ORÍGENES NEOLATINOS

COLECCIÓN LABOR

SECCIÓN III

CIENCIAS LITERARIAS

N.º 367-368

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

PAOLO SAVI-LOPEZ

ORÍGENES NEOLATINOS

Traducción de la edición italiana del
PROF. P. E. GUARNERIO

por

PILAR SÁNCHEZ SARTO
Profesora del Instituto de Oñate

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO

Talleres Gráficos Ibero-Americanos S. A. : Provenza, 86, BARCELONA

PREFACIO

« Este libro quiere ser una introducción genérica a los estudios de filología neolatina. En los manuales Hoepli tuvo ya larga y próspera vida una obra semejante de E. Gorra, *Lenguas Neolatinas*. Como otros cuidados absorben ahora toda la actividad de mi colega y amigo, no le ha sido posible dar de su obra, hace tiempo agotada y ahora envejecida, una nueva edición. Y haciéndose sentir, entre tanto, la necesidad de una obra adecuada, he asumido el encargo hecho por el editor de componer un manual nuevo, en realidad independiente del antiguo, de acuerdo con los resultados a que la ciencia ha llegado hasta el día de hoy. Espero que los compañeros de estudio querrán prestarle buena acogida, como yo la daré, también, a todas las sugestiones que tiendan a mejorar el libro para el porvenir. Sobre todo confío en que desde estas páginas se difunda, entre nuestros discípulos de todos los países, el amor por el gran nombre de Roma ».

* * *

Con estas simples palabras presentaba Paolo Savi-Lopez el manuscrito de *Orígenes Neolatinos*, que a fines de 1916 entregaba al editor casi al mismo tiempo que el de la *Fonología romance*, en cuya publicación yo debía acompañarle.

En este lapso de tiempo ¡ cuántos hombres y cosas se han transmutado ! Egidio Gorra ha desaparecido (27-VII-1918) y poco después le seguía Paolo Savi-Lopez (27-II-1919). De ningún modo podré rememorar mejor el nombre de este último que reproduciendo la mayor parte de las páginas, vibrantes de emoción, en las que Guido Manacorda, a guisa de medallón antiguo, ha grabado amorosamente el perfil del llorado amigo (1) :

« Su obra literaria no es vasta : ningún volumen nos abruma con la brutalidad de la mole, ni nos mortifica con la cerrada y minuciosa erudición, ni nos ahoga y rebela con el sosiego y la superioridad del maestro que desde lo alto derrama una lección. Su obra está llena de luz y de sonido, equilibrada y magnífica. Apoyado sobre una robusta cultura clásica, él recorre con maestría los vastos dominios románicos ; sabe del germanismo antiguo y moderno y de la sagrada India mucho más de lo que parece. Era un docto en el verdadero sentido de la palabra, pero poseía, sobre todo, la rara habilidad de no dar pruebas de ello. Ultimada su obra no se arrodillaba para adorarla, como hacen los fariseos de la crítica, y menos aún la exponía a la ajena adoración. Más bien parecía decir : venid todos, gozad y saciaos. Daba joyas con el aire de distribuir baratijas, y su gesto era el de un gran señor hospitalario. Y bien se comprende que sus arcas estaban llenas de joyas.

» Educado en la ortodoxia histórica de Italia y de Alemania, había recogido y aplicado sus normas. Pero sin rigidez dominicana, y sin soberbia ni pedantería académica ; animándola, más bien, con un espíritu de juventud, más admirablemente fresco y vivaz cuanto más maduraban sus años. Sus maestros habían envejecido a los 20 ; él era joven a los 40. Ninguno se entregó a la labor de discernir y discriminar con mayor cariño

(1) En *Rivista d'Italia,* 1919, vol. II, fasc. 2.º.

que él. Pero desde el principio se dió cuenta del error que implica considerar el hecho sin alma : *perinde ac cadaver*. Los datos físicos y fisiológicos, aunque pasados por el tamiz del racionalismo más experto y de la erudición más pura, no bastan para dar razón de la obra de arte. Él sintió agitarse y temblar el *nous* creador bajo el fenómeno creado, y fué en su busca, como un buen caballero antiguo a la *quête* del santo Graal. Y aun cuando no llega a encontrarlo, atisba y recoge la luz refleja, difundiéndola a aquellos que vacilan en las tinieblas. Fué, sobre todo, un indagador de estados de ánimo. Su comparación variada y riquísima, más que a una filiación de los hechos, lleva casi siempre a un parentesco de los espíritus. *L'emprunt*, en sí y por sí no le interesó más que muy mediocremente ; en cambio, el acorde indecible entre almas alejadas lo tenía siempre pensativo.

» Sintió y amó profundamente el paisaje. Quiso que el fondo de la Naturaleza encuadrase el hecho literario; pero pintorescamente, tal como lo sintieron nuestros prerrafaelistas toscanos, y no tiránicamente, como impone la doctrina determinista de Hipólito Taine. Vergeles tolosanos, estancadas salinas de las Bocas del Ródano, límpidas aguas del Vauclusa, viñedos del Mosela, pétreas y soleadas sierras dieron relieve a las figuras evocadas por él, sin privarlas de su ambiente y de su vida. Una claridad solar se difunde por todos sus escritos, y por ella nos sentimos acariciados, como por un *renouveau*. Temblor de alas de pájaro, fragancia de flores, susurros de aguas y lentas volutas de sagrados aromas que emergen de argénteos incensarios mantienen despiertos nuestros sentidos sin llegar a pasmarlos nunca.

» Paolo Savi-Lopez contribuyó mucho, verdaderamente, al incremento de los nobles estudios. Arduos problemas de nuestra literatura en sus orígenes, de

novelística comparada y de lingüística; exégesis y reconstrucciones de textos antiguos provenzales, españoles y franceses, tuvieron ampliamente ocupado su espíritu, y sus argumentaciones rigurosas y su tersa doctrina fueron orientadas por él hacia felices soluciones. Nuestra universidad le debe una *Crestomatía italiana* de los primeros siglos, y le deberá en breve un volumen póstumo sobre *Orígenes Neolatinos*, que es cuanto de más lúcido, sólido y ponderado, entre las opiniones contrapuestas, se pueda esperar hoy acerca de la materia. Una feliz simpatía por Arturo Schopenhauer le indujo a traducir « El mundo como voluntad y como representación »; versión italianamente perfecta y rica y viva, con todas aquellas gracias y aquellos colores por los cuales la prosa del gran pesimista tan noblemente se aparta y se eleva sobre la de los otros clásicos de la filosofía germánica. Pero, sobre todo, le debemos un *Cervantes* depurado de todas las incrustaciones de una crítica secular; espíritu verdaderamente representativo (tanto en las miserias de la vida aventurera como en la riqueza del talento fantástico) de aquella España de fines del siglo XVI y principios del XVII que caminaba rápidamente hacia un sangriento ocaso, después de una gloria fulgurante e impura. Con él reconocemos bien que la novela de Don Quijote no es tanto la reacción más o menos sabida del sueño contra la realidad, sino la afirmación (mucho más humana que la de Lope) de que no es cierto que la *vida es sueño*, sino que el sueño — el sueño que cada uno de nosotros lleva encerrado en el alma y al cual lo sacrifica todo — es la realidad y la vida.

» La guerra mundial encontró a Paolo Savi-Lopez en aquel único puesto de combate que le permitía su salud sumamente comprometida, y perdida ya de modo casi irreparable. No hubo, en él, arrebato, pero tampoco vacilación, y tomó partido claramente, desde el princi-

pio, por el oprimido y por el débil, como lo exigía su alma caballeresca. Consignamos esto en honor suyo, porque sólo los ignorantes y los pobres de humanidad pudieron eludir el mantenerse *au dessus* o *au dehors de la mêlée.* Él buscó las causas ideales de la guerra, se persuadió de haberlas encontrado y las ilustró, como solía, en una serie de escritos, con limpidez y recta conciencia. De una parte el mundo germánico-romántico : anhelos desenfrenados, prepotencia, odio, desequilibrio, falta de mesura, fuerza, selvatismo ; de otra, el mundo latino-clásico : amor, serenidad, alegría, mesura, equilibrio, buen gusto, *urbanitas.* Construcción, en verdad, un poco rígida y estrecha, como polémica. En efecto, *intra iliacos murus peccatus et extra ;* y en todos y en cada uno de nosotros, un poco de sol y un poco de tempestad, tumulto de los sentidos y delicadezas del espíritu, y, sucesivamente, compostura y contraste, amargura de los rencores largo tiempo alimentados y dulzura de los perdones generosos : aún las expresiones parecen tomar, frecuentemente, un peculiarísimo colorido de raza.

» Pero Paolo Savi-Lopez no fué solamente teorizador, sino que gustó de hermanar el pensamiento y la acción ; bien puede decirse que maduró y creció obrando. Promotor y fundador del Instituto Italiano de París, fundado para estrechar los lazos de amistad y cultura entre las dos naciones latinas, supo hacerlo activo instrumento de propaganda italiana durante la larga y áspera vicisitud de la guerra. Y era ciertamente conmovedor ver un hombre, consciente ya de su próximo fin, medir estoicamente los designios a realizar en la tregua de los días de vida que todavía le quedaban. Que el éxito no haya correspondido enteramente al sacrificio y a los deseos no fué, desde luego, culpa suya. Él mismo, derramando desde lo hondo de su alma la amargura del fin no alcanzado, indicaba las causas de ello

en esta revista; orgullo e ignorancia de los pueblos aliados, ingenuidad de nuestra diplomacia; y, de paso, sugería los remedios. Fué su último escrito: bien hubieran podido y debido meditar sobre él nuestros gobernantes».

* * *

«Paolo Savi-Lopez no fué solamente un literato sino un hombre. No sé de cuántos se podría decir otro tanto, entre los que viven bajo la sombra protectora de Minerva. Tuvo cualidades verdaderamente superiores: espíritu caballeresco, inteligencia penetrante y viva, nobleza, franqueza, serenidad, mesura, buen gusto: aquellas mismas que, sintiendo vivir en sí, como herencia latina, exaltó contra las opuestas cualidades de la raza germánica. Ninguno de nosotros, que lo conocimos desde la juventud y seguimos su avance con ánimo fraternal y entusiasta, lo vió nunca apartarse de su recto y luminoso camino. De su noble y elevada persona, de sus grandes ojos serenos, en los que a veces se reflejaba un sueño lejano y secreto, parecía traslucir el espíritu de un héroe carlyliano: sintieron su influjo amigos y escolares, experimentaron su encanto las almas femeninas. No fué elocuente en el sentido profesional de la palabra, pero su discurso claro, neto, incisivo, dejaba en el ánimo del oyente una huella profunda. Acaso hubo en su espíritu algo que nunca quiso traslucir a los otros, por un sentido de noble pudor o casi de timidez, o acaso por desdeñosa reserva. Algunas de las experiencias vitales que él hizo, acerca de las cuales le preguntábamos muchas veces a qué tendían y de qué estado de ánimo se originaban. Pero ni de los escritos ni de su impenetrable sonrisa de *gentleman* llegó nunca la respuesta.

»En sus últimos días quiso cerca de sí, y leyó con los ojos velados por una niebla mortal la *Imitación de Cristo*,

y en ella se refugió con un ánimo que no era ya terreno. Así, el hombre que había contemplado siempre desde lo alto y con el desprecio del estoico el propio dolor, terminó por amarlo cristianamente. Y cristianamente murió, dejando a su madre y a su noble compañera el llanto de las Marías ».

* * *

Invitado por el editor para efectuar la publicación póstuma de los *Orígenes Neolatinos*, que su autor dejó incompletos, he creído que el amor a los estudios comunes y el buen nombre del dilecto amigo me aconsejaban aceptar, y he aceptado tanto más cuanto que la publicación estaba tan avanzada que aparecía ya la osamenta entera y perfecta de la obra, que así no sería revisada por un extraño y conservaría intacta la fisonomía deseada por el autor. Con escrupuloso cuidado he respetado, pues, todo aquello que el autor dejó ya compuesto, compaginado o manuscrito, y al llenar las lagunas parciales y cerrar la obra con un postrer capítulo he tenido rigurosamente en cuenta sus apuntes y algunos fragmentos conservados. Sin indicar en la edición las lagunas y sus rellenos, creo oportuno que resulten evidentes por las siguientes advertencias. Entre 1917 y 1918, con alguna lentitud, motivada por las ocupaciones del autor en el Instituto Italiano de París, se realizó la composición y tiraje de los capítulos I y II (« La Romania » y « La Conquista latina »). El capítulo III, « El latín », y el IV, « Variedades neolatinas », estaban ya compuestos y en espera de la corrección definitiva para rellenar algunas lagunas, al principio del párrafo primero del capítulo III, del enlace de los párrafos tercero y cuarto, y de todo el párrafo quinto, que fueron debidamente redactados sobre apuntes manuscritos, a la vez que se ponía al día la nota bibliográ-

fica. En el capítulo IV («Variedades neolatinas») ocurrió lo mismo con una breve laguna al principio del párrafo sexto, con la tabla de conclusiones y buena parte de la nota bibliográfica, en especial sobre geografía lingüística y onomasiología.

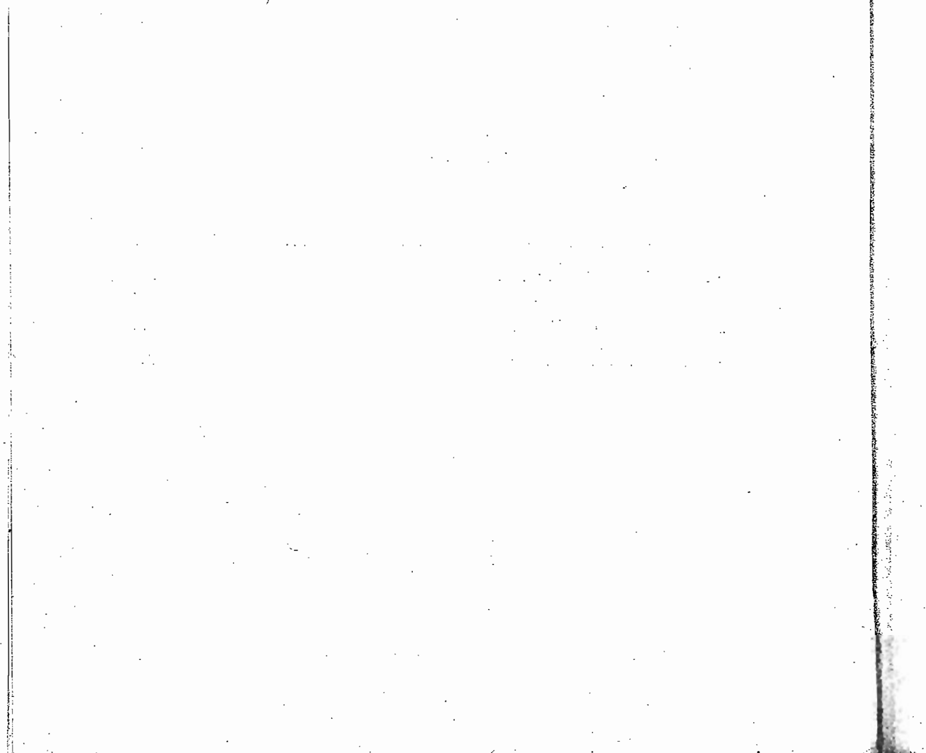
El capítulo V («Huellas prerromanas e influjos extranjeros»), manuscrito preparado para la publicación, sólo tenía, indicada por el autor mismo, una laguna de cerca de veinte páginas, que se llenó a base de algunas notas, completándose, también, la nota bibliográfica. Finalmente, el capítulo VI («Las lenguas literarias») se compuso de nuevo a base de escasos apuntes de una decena de hojas, a lo cual me pareció útil añadir un índice alfabético de la materia y de los vocablos.

Realizado así con religioso cariño mi objetivo, confío esta obrita a nuestra universidad, para la cual él la escribió y de la que resulta bien digna, ya que es, nos agrada repetirlo, «cuanto de más lúcido, sólido y ponderado, entre las opiniones contrapuestas, se pueda esperar hoy acerca de la materia».

P. E. G.

ÍNDICE

		Págs.
I.	**La Romania**	15
	Notas bibliográficas	47
II.	**La conquista latina**	53
	Notas bibliográficas	106
III.	**El latín**	112
	Notas bibliográficas	164
IV.	**Las variedades neolatinas**	168
	Notas bibliográficas	242
V.	**Huellas prerromanas e influencias extrañas**	251
	Notas bibliográficas	318
VI.	**Las lenguas literarias**	322
	Notas bibliográficas	381



Capítulo I

La Romania

1. La lengua de Roma, el latín, goza aún de una vida intensa y fecunda en los idiomas neolatinos. La misma potencia vital maravillosa por la que gran parte de los preceptos del Derecho romano se perpetúan en las legislaciones modernas, hace que la lengua romana se mantenga siempre con renovada energía en una vasta superficie de la tierra. Los idiomas neolatinos pueden considerarse, en su múltiple variedad, bajo diversos aspectos, ya como otras tantas fases actuales del latín o como lenguas nuevas que se derivan de él : aun así, continúan siendo substancialmente el latín no ya oscurecido, sino afectado en diversos aspectos por los varios factores etnográficos e históricos a consecuencia de los cuales se producen las modificaciones sucesivas o paralelas al nacimiento de un idioma. Indagar estos factores, estudiar cómo se ha llegado, de la primitiva unidad latina, por el continuo girar de generaciones y hechos históricos, al complejo mundo neolatino, diverso en sus aspectos pero siempre uno en la íntima estructura de sus idiomas, es tema esencial de una ciencia que se

conoce con el nombre de Filología neolatina o romance (1), ciencia que estudiando lingüísticamente toda una gigantesca variedad nacida del gran tronco latino, mezclada a la diversidad de estirpes a las que Roma imprimió su sello, nos ayuda a conocer el surgimiento de la nueva nacionalidad, a la vez que contribuye poderosamente a iluminar con sus destellos los eternos motivos espirituales y el milagroso vigor del genio romano.

2. ¡Romano! ¡Cómo resonó en el mundo este nombre fatídico! Al principio sólo se consideraba romanos a los habitantes de Roma, distintos de los pueblos circunvecinos, etruscos, oscos, helenos, galos, etc. Poco a poco fueron borrándose todas estas denominaciones y únicamente sobrevivió el nombre romano en su señorío incontrastado, especialmente cuando el edicto de Caracalla extendió la ciudadanía de Roma a todos los súbditos imperiales: « In orbe romano qui sunt ex constitutione Imperatoris Antonini cives romani effecti sunt » (2). Entonces pudo exclamar Rutilio Namaciano:

Fecisti patriam diversis gentibus unam;
Urbem fecisti quae prius orbis erat (3).

(1) Romance, de *romanice:* adverbio que indica el lenguaje latino o neolatín en oposición al *barbarice* de los germanos y, como consecuencia, el neolatín vulgar frente al latín literario. Las palabras que en los distintos idiomas indican después ciertas formas literarias particulares — en francés *roman*, italiano *romanzo, a*, español y portugués *romance* — parten de un significado originario común, las « composiciones escritas en lengua vulgar ». En español y portugués, *romance* conserva, además, su significación genérica, indicando la lengua respectiva.

(2) Ulpiano, *Dig.*, I, V, 17. *Ad. Justin. Novell.*, LXXVIII, 5.

(3) *Itiner.*, V, 63.

Y Claudiano, hablando de Roma dice :

Haec est in gremium victos quae sola recepit,
Humanumque genus communi nomine fecit (1).

De ella canta igualmente Prudencio :

Deus undique gentes
Inclinare caput docuit sub legibus iisdem,
Romanosque omnes fieri, quos Rhenus et Ister,
Quos Tagus aurifluus, quos magnus inundat Iberus...
Jus fecit commune pares et nomine eodem
Nexuit et domitos fraterna in vincla redegit (2).

Y San Agustín pregunta así : « Quis jam cognoscit, gentes in Imperio Romano quae quid erant, quando omnes Romani facti sunt et omnes Romani dicuntur? » (3). El gran nombre común duró aproximadamente hasta el final de la época carolingia, en contraste con la otra denominación contrapuesta, la de los bárbaros o la de sus varias gentes usada con más frecuencia : francos, godos, lombardos y todos cuantos se precipitaron del Norte sobre las fértiles tierras imperiales. Además de éstos se consideraba romanos a todos los habitantes del Imperio, ya destruído, que hablaron latín : al BARBARICE LOQUI se contraponía siempre victoriosamente el ROMANICE LOQUI. Del glorioso apelativo nació en el latín vulgar el nombre común destinado a indicar el conjunto de la latinidad. De ROMANI se formó ROMANIA, de manera análoga a como nacieron los nombres particulares de países como GALLIA, GRAECIA, BRITANNIA. Formado para comprender bajo un término

(1) *De laud.*, III, X, 50.
(2) *Contra Symmachum*, V, 501 y ss.
(3) *In Psalm.*, LVIII, I.

genérico el conjunto del territorio imperial, sirvió después para indicar el Imperio de Occidente cuando se separó de Bizancio, y el Imperio de Oriente se llamó entonces 'Ρωμανία. Pero cuando el IMPERIUM ROMANUM, vacilante sobre sus bases demasiado vastas y cansado de tanta grandeza, cayó por fin, la misma palabra sirvió todavía para denominar una colectividad ideal que no era ya un organismo político, pero conservaba en su espíritu el sentimiento indestructible y el orgullo de su propia unión : ROMANIA significó mundo romano, cultura romana, contrastando con la BARBARIES que se precipitaba sobre ella para destruirla.

El nombre es apropiado también para la lengua. Si el término *latina lingua* había permanecido siempre vigoroso en su tradición, también el otro, *romana lingua*, se ha abierto camino y es «más querido, tanto a los ciudadanos de Roma como a los provincianos : más moderno y adecuado al hecho, puesto que los dominados veían sobre sí a Roma y de ella recibían leyes y derechos, idioma y cultura » (1). Después de la época imperial, en la Edad Media, se contraponen las dos expresiones : *latina lingua* siguió indicando la lengua literaria, y *romana lingua*, por el contrario, significó el latín hablado, vulgar. El nombre de Romania sobrevivió hasta el final de la época carolingia, recibiendo aún nuevo impulso de la restauración del antiguo Imperio llevada a cabo por el genio y las armas de Carlomagno. Únicamente después del derrumbamiento de aquella unión, vino a extinguirse

(1) V. CRESCINI, *Romana lingua*, en la *Miscellanea di studi in onore di A. Hortis*, Trieste, 1910, I, págs. 441 y ss.

la conciencia común de la Romania mientras se perfilaban, cada una con su nombre particular, las diversas individualidades nacionales, ahora diferentes, separadas con vida propia del tronco común. Más tarde no se habló ya de romanos, sino de franceses, lombardos, provenzales, catalanes, etc. Todavía se llama Romania a alguna parte aislada del antiguo Imperio, como Italia, en oposición a Germania o al ducado de Roma, o la provincia que actualmente lleva aquel nombre — la Romaña — y que corresponde al antiguo exarcado de Ravena (1) continuaron llamándose *romanos* aisladamente dos pueblos latinos que no formaron ninguna nacionalidad nueva y que estaban completamente rodeados por gentes bárbaras : no necesitan de nuevos apelativos para distinguirse ; son los romanos de la Recia a los que llamamos siempre *Romauntsch,* y los de la Dacia, o sea los *rumenos* (2), que siguen hablando la *limbă romînă.*

(1) Es posible que haya quedado ese nombre a la provincia por haber pertenecido a la Iglesia romana en virtud de una donación de Pipino, o por haberse derivado del diminutivo *Romaniola,* que indicó el último resto de posesión en Occidente de la *'Ρωμανία,* o sea del Imperio de Oriente. No puede venir directamente de *Ρωμανία,* por la diferencia del acento, pero cabe suponer que los habitantes de aquella región acentuaran a la latina.

(2) La historia de los nombres *Romano, Romania,* ha sido trazada por GASTÓN PARIS con la clara y luminosa precisión que siempre aportaba a sus múltiples obras filológicas este notable cultivador de los estudios italianos, que solía combinar certeramente con una elegancia perfecta en el pensamiento y en la forma. Consúltense sus *Mélanges linguistiques,* fasc. I, París, 1905, y el primer volumen de la revista *Romania,* fundada y dirigida por él con el precioso concurso de Paul Meyer (1872). Cfs., además, la obra de V. CRESCINI, *Romania,* en la *Rivista*

3. El actual territorio lingüístico neolatino está bien lejos de corresponder exactamente a los confines geográficos del Imperio romano. Muchas partes de este Imperio se han perdido para la latinidad que, en cambio, ha adquirido otras tierras nuevas que los romanos no conocieron.

En una primera ojeada general la Romania actual aparece compuesta de un gran núcleo que tiene por centro la tierra madre, Italia (comprendiendo la costa oriental adriática de Trieste con toda la Dalmacia), la Península ibérica, Francia, una parte de Suiza y Bélgica y, aislada en Oriente, la Rumania con algunas prolongaciones balkánicas. En el resto del Imperio otros pueblos han dominado violentamente a Roma: anglosajones y celtas en Bretaña, germanos en Germania, en parte de la Recia y en la Nórica, húngaros en la Panonia, eslavos en buena parte de los Balkanes, y a ello hay que añadir los árabes del África mediterránea. Esta es, sumariamente, la suerte actual de los dominios imperiales de lengua latina que ahora consideraremos un poco más despacio.

Neolatinos son, por tanto, el Occidente de Europa, Francia con las islas normandas del Canal de la Mancha, políticamente inglesas (Guernesey, Jersey, Sercq, Aurigny) (1), Portugal y España con las Baleares. De la

d'Italia, dic. 1908; K. Dieterich, *Römer-Romäer-Romanen*, en los *Neue Jahrbücher f. klass. Altertum*, XIX; A. Counson, *La pensée romane*, Lovaina, 1911, cap. II. — En los impresos de Ragusa se emplea aún el nombre de *Romanija*, en el mismo sentido que se daba a Romania en la Edad Media.

(1) Con los nombres ingleses de Sarke y Alderney.

Francia neolatina es preciso excluir la península de Bretaña, es decir, todo el departamento de Finisterre y, en su parte occidental, los otros dos departamentos Côtes-du-Nord y Morbihan : allí se hablan dialectos celtas por razones que indicaremos más adelante, y lo mismo sucede en las islas que circundan la península bretona por debajo hasta Belle-Île, sin contar alguna otra pequeña colonia bretona en el departamento del Loira inferior. En el ángulo extremo Sudoeste de Francia se encuentra la Vasconia, que si por una parte es políticamente francesa y corresponde a buena parte del departamento de los Bajos Pirineos (1), por la otra, mucho mayor, pertenece a España y está limitada por Bilbao al Oeste, Estella al Sur, y el Pico de Anie al Este. La lengua vascongada se halla lingüísticamente del todo desgajada del tronco romance.

Al extremo Norte de Francia, hacia la frontera belga, encontramos el flamenco, dialecto del tronco germánico hablado en las proximidades de Hazebruck y Dunkerque y en algún otro municipio del departamento del Paso de Calais. El límite idiomático donde se dividen las gentes neolatinas y las germánicas, parte de Gravelinas, un poco más abajo de Dunkerque y traza una línea bastante regular hacia Oriente, terminando en breve rasgo más allá de Lieja y Visé. Desde estas poblaciones la línea asciende casi en línea recta hasta Luxemburgo, que es completamente germánico, salvo algunas localidades fronterizas. En Bélgica, pues, vienen a ser

(1) Comprende exactamente los distritos de Mauléon y Bayona y algo del de Oloron.

neolatinas la parte meridional del Flandes occidental y oriental, de Brabante, Limburgo, toda la provincia de Namur y casi toda la de Hainaut, Lieja y el Luxemburgo belga.

Después de haber seguido de cerca la frontera luxemburguesa, la línea tiende a formar un arco que atravesando la Lorena y los límites de la Baja Alsacia, termina dirigiendo su vértice extremo hacia Dieffenbach, al Sudeste de Estrasburgo, donde retrocede formando un pequeño arco que se interna hacia la frontera suiza. Así, pues, no sigue, sino en breve trecho la frontera política francoalemana que quedó marcada en 1871, pero se interna más o menos profundamente en los límites señalados al Imperio. Cerca de 146 000 habitantes de la Lorena alemana hablan dialectos franceses y unos 52 000 alsacianos. El dialecto de Metz es francés y, en cambio, el de Estrasburgo es germánico.

Gran parte de Suiza es latina de diversa latinidad. Por un lado, a Occidente, Ginebra con los cantones vecinos de Vaud y Neuchâtel, la mayor parte del Valais y del cantón de Friburgo y algo del de Berna. Por otro lado, a Mediodía, el cantón del Tesino. El cantón de los Grisones señala el principio de un idioma romance que se extiende hacia Oriente a lo largo de una sutil e intrincada serie de valles alpinos, teniendo sobre sí la ola hoy tan importante de los dialectos alemanes hasta desembocar en el Friul, donde, pasado el Isonzo, confina con el eslavo.

Más abajo se prolonga Italia entre sus mares con las grandes islas tirrenas, y en el Adriático la lengua

latina mantiene valerosamente su derecho secular y su mayor civilización contra las irrupciones eslavas, desde Trieste a través de la Istria, en Fiume y en la ribera dalmática.

Finalmente, en el Oriente europeo se encuentra el rumano, lengua romana aislada entre diversos idiomas, que se habla también fuera de las fronteras políticas de Rumania, en Besarabia (Rusia) y en Transilvania y Bánato (Hungría). Además, en algunas regiones de Bucovina, Serbia, Istria, Albania, Macedonia, Tesalia, Epiro, etcétera, siguiendo la suerte de grupos diseminados en la gran confusión étnica y lingüística de la península balkánica.

4. Así aparece en conjunto el dominio actual del latín en Europa. Si lo comparamos con una carta geográfica del Imperio romano comprenderemos, además, cuáles eran las tierras que no hablaban únicamente latín y pronto veremos cuán grande es la diferencia de sus límites respectivos. De las antiguas provincias imperiales se han perdido Bretaña con Caledonia (Escocia), casi toda la Germania inferior y superior (a la izquierda del Rhin), la parte de Germania que comprendía los alrededores del Tirol y los Grisones con los países de los vendélicos al Noroeste, entre el Danubio y el Inn ; la Nórica, que es el territorio comprendido entre el Danubio al Norte, el Inn al Oeste, los Alpes cárnicos al Sur, y cerrado al Este por una línea casi vertical que asciende hasta cerca de Vindóbona (Viena) ; la Panonia, que casi corresponde a la actual Hungría occidental ;

gran parte de la Iliria — denominación que de indicar la costa oriental del Adriático con las tierras adyacentes del interior pasó a significar toda la región balkánica y la Panonia misma — la Macedonia, entre el Adriático y el Egeo, donde se conserva bien poco de neolatino ; Grecia ; Tracia, entre el Egeo y el mar Negro ; toda el Asia Menor y, más lejos, la Cólcida en las orillas del mar Negro oriental, Armenia, Asiria, Mesopotamia, Arabia y, finalmente, toda la costa septentrional de África desde Egipto a Mauritania.

¿Por qué la huella de Roma no se conserva con más intensidad en todas esas regiones? Las causas de la decadencia fueron múltiples y diversas. En algunas, la romanización no había podido penetrar tan profundamente que dejara una huella indeleble : este fué el caso de las lejanas Islas Británicas que el mar separaba del resto del Imperio. Dos expediciones a Bretaña realizó Julio César, los años 55 y 54 a. de J. C., que fueron el principio de diversas relaciones comerciales y políticas con Roma. El año 47 de J. C., en tiempos del emperador Claudio, se llevó a cabo la anexión de la Bretaña meridional, erigida en provincia el año 50 y guarnecida por legiones, mientras los britanos eran incorporados a las tropas auxiliares de Roma. Sucesivas ocupaciones extendieron el dominio imperial y en tiempos de Agrícola (78-85) Roma procedió a la conquista de Escocia. Poco a poco se perfeccionó en el orden administrativo hasta que en tiempos de Diocleciano fué dividida la región en cuatro provincias a las que el emperador Valente añadió una quinta el año 369. Según el procedimiento de las

ocupaciones, se habían instituído de vez en cuando colonias romanas pobladas por veteranos y comerciantes. Los nombres locales ingleses que terminan en *-cester* y *-chester* recuerdan un CASTRUM romano. Sin embargo, esta ocupación militar no fué siempre romana, puesto que buena parte de sus gentes eran auxiliares galos y germanos. Los restos que se conservan del arte y de la epigrafía territorial dan indicios de una cultura poco avanzada. En el siglo IV ó V la romanización británica comenzó a ser interrumpida por las irrupciones de los bárbaros pictos y escotos (1); en el año 409 las tropas romanas fueron reclamadas para la defensa de Italia contra los godos. Abandonadas a sí mismas, las provincias británicas incapaces de gobernarse cayeron en el desorden y pidieron inútilmente ser guarnecidas por las milicias imperiales, hasta que viéndose cada vez más abandonadas y en peligro llamaron en su defensa a los sajones que, en vez de ayudarles, se apoderaron poco a poco del gobierno después de luchas que duraron todo el siglo V y aun más, si bien algunas regiones (el actual País de Gales) continuaron considerándose provincias romanas durante mucho tiempo. El elemento romano remanente fué absorbido tanto por los celtas como por los sajones (2), y el latín fué la lengua usada para fines de cultura, pero sus raíces no eran bastante firmes para permitirle sobrevivir como lengua hablada del

(1) Los escotos eran celtas venidos de Irlanda, y los pictos pertene ían a otra rama celta. Cfs. J. LOTH, *Les pictes d'après des travaux récents*, en los *Annales de Bretagne*, VI, págs. 111 y ss.

(2) Para conocer otras opiniones, cfs. G. PARIS, l. c., página 24, n.º 2.

pueblo, por cuanto al desembarcar como conquistadores en Bretaña los anglos y los sajones pudieron apropiarse algunas voces que habían sobrevivido a las invasiones, como CAESAR, STRATA, MONETA, MILIA, CASEUS, COQUINA, CASTRUM, MONTEM, etc. Esta primera capa es distinta de las sucesivas importaciones neolatinas llegadas hacia el año 1000 por vía francesa, especialmente por las expediciones de Guillermo el Conquistador (1066-1087) que, con sus normandos, había sentido ya en Francia la influencia latina y había aprendido el idioma francés antes de ocupar Inglaterra. Influencia que luego se hace más rica por cuanto a fines del siglo XII lós franceses de Normandía ejercieron una vasta y profunda influencia tanto en la sociedad como en la cultura inglesas. Sin embargo, estas sucesivas estratificaciones de léxico neolatino que con tanta riqueza han acrecentado el vocabulario inglés, no tuvieron ni podían tener influencia orgánica alguna en la lengua impuesta por los anglosajones en la antigua Britannia.

Para dar otro ejemplo de romanización en sentido regresivo detengámonos un momento a considerar el cambio sufrido por la Germania. Después de las primeras incursiones victoriosas de los Césares, Roma continuó sistemáticamente el proyecto de apoderarse de Germania hasta el Elba por medio de las compañías de Druso (13-9 a. de J. C.), Tiberio (8 a. de J. C.), Domicio Enobarbo (6 a. de J. C.-2 J. C.), pero la derrota de Varo en la selva de Teutoburgo, seguida de la sublevación germánica del año 9 d. de J. C., redujo de nuevo

los romanos al Rhin. En tiempo de los Flavios vuelven a avanzar los romanos hasta ocupar de modo estable todo el Sudoeste de Germania. Vespasiano (74 d. de J. C.) trazó el gran camino militar que va de Argentoratum (Estrasburgo) a Sumolocena (Rottenburgo, junto al Neckar); bajo Domiciano se construyó en Maguncia un puente sobre el Rhin y se romanizó la región comprendida entre el río Main y los montes del Taunus. El *limes*, o frontera guarnecida, sufrió un nuevo avance en tiempos de Trajano, Adriano y Antonino Pío. Según las opiniones más admitidas, comenzaba esta frontera en Baviera, un poco al Sudoeste de Regensburgo (Ratisbona) a orillas del Danubio; avanzaba hacia Occidente pasando por Kipfenberg, junto al Altmühl, y sobresalía ligeramente hacia el Norte por Weissenburgo y Gunzenhausen, siempre en Baviera; luego entraba en Württemberg; volviendo a bajar un poco, pasaba al Norte de Aalen y se dirigía siempre a Occidente para terminar en Lorch, todavía en Württemberg a la derecha de Stuttgart, siguiendo el trazado de la vía férrea por Nuremberg. De allí volvía a salir, formando casi un ángulo recto a lo largo del Neckar, atravesaba la Odenwald y seguía un poco más hacia el Norte por la cuenca del riachuelo Mümling, terminando en el macizo volcánico de Vogelsberg en el Hesse superior, junto a Giessen. Entre esa zona y el sistema montañoso del Taunu, vuelve al Sudoeste por las vertientes septentrionales del Gran Feldberg (encima de Francfort), siguiendo el río Lahn para unirse al Rhin en Rheinbrohl, un poco al Sur de Bonn. La orilla izquierda del Rhin era casi completa-

mente romana. También dominaron los romanos en las costas del mar germánico, por lo menos a la derecha hasta la desembocadura del Elba, habitada por frigios y cáucicos.

Muchas colonias importantes recibieron vida de Roma : corresponden a las actuales ciudades de Colonia, Bonn, Maguncia, Worms, Espira, Estrasburgo, etc. Castillos, caminos, monumentos, baños, fueron señales de la urbanización importada. Lugares hoy célebres por sus baños, como Wiesbaden, Baden-Baden, Badenweiler, lo eran ya por obra de los romanos. Una importantísima ruta conducía desde el Rhin a los pasos del Simplón y San Gotardo en dirección a Italia ; otra iba de Lyon a Metz y a Tréveris, dividiéndose después en dos ramales que seguían hacia Maguncia y Colonia ; otra, aún, desembocaba en los lagos de Ginebra y Constanza ; toda una sólida red de espesas comunicaciones garantizaba la seguridad del territorio poseído. Entre tanto, las gentes bárbaras, mal sometidas, encontraban cada vez nuevo vigor moral en las poblaciones hermanas o afines oprimidas por el *limes* imperial, y en aquel contacto perenne se nutría el sentido de su individualidad étnica contra el mundo romano, estimulado el uso de sus lenguas nacionales, fortalecida la resistencia natural por una civilización de la que la mayor parte difería y se alejaba. Encontramos una prueba de la influencia de Roma en las abundantes voces latinas admitidas en los dialectos germanos ya en edad remotísima. Esta influencia se debe a la presencia de los romanos en el suelo germánico o al gran número de germanos incorporados a las mili-

cias del Imperio. Lo cierto es que la romanización fué en Germania superficial y esporádica. A la distancia, a la enorme diferencia de cultura que dificultaba la asimilación, al vigor del sentido étnico de los germanos oprimidos, puede añadirse otro motivo que impidió la fusión : la insuperable variedad de temperamento que existía entre los dos pueblos documentados por los acérrimos juicios que los escritores romanos han emitido casi siempre — si se exceptúa Tácito en su romántica y tendenciosa *Germania* — acerca de la naturaleza de los germanos, juicios compensados más tarde por las opiniones no menos malévolas que acerca de los romanos emitieron tan pronto como un rudimento de cultura les dió capacidad para formularlas.

Por otra parte, el señorío de Roma declinó bien pronto : a partir del siglo III las invasiones comenzaron por conmover las bases y malograr los frutos, terminando por destruir casi todo vestigio en los siglos sucesivos. En las provincias renanas, en Alsacia y Lorena, la vecindad amenazadora de los bárbaros había producido una disminución de la población romana que abrió camino a nuevas costumbres ; en Flandes los habitantes romanos fueron exterminados por los invasores.

5. El despertar de razas sólo en parte dominadas o romanizadas o el violento irrumpir de nuevas hordas bárbaras por los violados confines del Imperio destruyeron entonces la obra realizada por Roma, y no sucedió de otro modo en buena parte de las provincias romanas antes citadas, así como en aquellas donde llegó a extin-

guirse la lengua romana. En la Norica, por ejemplo, y en la Panonia, regiones de fondo étnico ilírico en las que antes de los romanos habían dominado los invasores celtas, las colonias romanas habían sido recorridas ya por los emperadores, y la romanización empezó a vacilar pronto, aun cuando diga Veleyo Patérculo que unos cuarenta años después de la conquista en Panonia no se hablaba más que latín (1). Una buena parte de la población romana se refugió en Italia y el resto fué absorbido por los invasores. Así sucedió también en la Recia, donde un núcleo romano logró, no obstante, mantenerse en las regiones más alpestres.

En otras zonas, por el contrario, el obstáculo que se opuso a la romanización fué distinto. En Grecia, donde Roma dominó desde siglo y medio antes de J. C., la penetración militar y política no pudo alcanzar en igual tiempo la conquista intelectual. La tradición de la cultura griega era demasiado superior a la romana; en los dialectos helénicos había una fuerza íntima muy importante, pudiendo estas formas lingüísticas compararse al latín de los dominadores. Desde el año 146 a. de J. C. en que fué conquistada hasta 330 d. de J. C. en que se traslada la capital del Imperio de Roma a Constantinopla, Grecia vivió bajo una hegemonía que pudo efectivamente influir mucho en su espíritu, en su vida interior y en su literatura, pero no fué bastante a extirpar de raíz la poderosa fuerza del helenismo, antes bien, ésta resucitó más viva y fecunda en la nueva capital. Los griegos se extendían al Norte por la Macedonia

(1) *Hist.*, II, 110.

y la Tracia; además, por todo el Mediterráneo oriental, por Asia Menor, Siria y países adyacentes, donde, hablado por las clases más cultas, acabó por encontrarse con los múltiples dialectos regionales. La romanización se introdujo profundamente en el interior de Siria, extendiéndose por tierras que más tarde invadió el desierto en el que aun se ven restos de casas y fortificaciones, obras públicas romanas; pero la cultura griega fué más fuerte, viéndose también estimulada por el Cristianismo que en Oriente se sirvió de la lengua griega. Lo mismo puede decirse de Egipto, cuyo gran puerto, fundado por Alejandro Magno, se mantuvo firme como centro de helenismo que irradiaba por todo el valle bajo del Nilo.

El resto de la costa septentrional de África, por el contrario, fué una zona donde se produjo una vasta e intensa floración latina. Allí se habían establecido colonias griegas en la Cirenaica desde el siglo VII a. de J. C., mientras a Occidente dominaban los fenicios en el siglo VI. Poderosa en su gigantesco desarrollo, Cartago procuró reunir bajo su propio dominio todas las colonias fenicias del Mediterráneo occidental, reuniéndolas en federaciones, oponiéndose sobre todo a la penetración helénica, y alcanzó su objeto cuando en el siglo III a. de J. C. Roma, sintiendo Italia amenazada, emprendió contra Cartago aquella guerra de la que tras largas luchas debía salir definitivamente asegurado el predominio romano en el mundo. De este modo hizo suya toda el África septentrional; rica en comercio y en cultura, sede de numerosísimas escuelas, patria de escritores paganos y cristianos que en el siglo II d. de J. C. era

ya un importante centro literario cuya tradición va de Apuleyo a Tertuliano y San Agustín, fué entre las tierras imperiales la que sintió en sí más profundamente la huella latina. Esta florida civilización no fué completamente destruída por los vándalos que llegaron por la vía de España en el siglo v, porque entonces se produjo más bien cierta adaptación de los invasores a la cultura del país, pero la romanización se dispersó cuando los bizantinos, un siglo después, en tiempos de Justiniano, vinieron a ocupar el lugar de los vándalos. En el siglo VII, finalmente, una civilización nueva, la árabe, que en Oriente había invadido los territorios de Bizancio, extendió su dominio e impuso su cultura en las antiguas tierras donde brillaron en otro tiempo el poder de los cartagineses y el reflejo de Roma.

6. De esta manera hemos señalado sumariamente la gran disparidad que existe entre los confines del Imperio romano y los límites del actual territorio neolatino ; hay que tener en cuenta, sin embargo, que estos últimos no siempre se han mantenido inmutables en el correr de los siglos ; que algunas veces no es difícil determinar con precisión las oscilaciones producidas a veces en épocas próximas a la nuestra y casi ante nuestros ojos. Se advierten tales oscilaciones especialmente en aquellos lugares que siendo de distintas razas e idiomas, están en contacto y se oprimen recíprocamente con vicisitudes alternas. Por ejemplo, siempre se mantiene en pie el conflicto entre el elemento germánico y el neolatino ; los franceses ganan cada vez más

terreno a los flamencos en el Noroeste de Francia, y es fácil comprender cómo la lengua dominante va imponiéndose poco a poco sobre cuanto se conserva de heterogéneo en el ámbito político del Estado. Pocas alteraciones, pero en conjunto favorables al francés, han tenido lugar en Bélgica, y lo mismo puede decirse de todo el confín lingüístico francoalemán, hasta debajo de Suiza en la que, por el contrario, han penetrado un poco los dialectos germánicos. Éstos presionan con gran insistencia hacia el Mediodía, y en muchos territorios van logrando fáciles conquistas sobre el neolatín de la Recia, haciéndole abandonar sus antiguos asientos. Los nombres locales y otros indicios nos dicen cuanto mayor fué en otros tiempos su extensión, que terminaba en Bregenz, a orillas del lago de Constanza. En el siglo XIV y más adelante se reconocía oficialmente el alemán en Trento, pero el señorío veneciano instaurado en el siglo XV pudo oponer un dique resistente a esta invasión lingüística.

Algo análogo sucedió con los dialectos eslavos, que favorecidos artificialmente por la política austríaca, presionaron hacia la costa neolatina del Adriático: los idiomas romances supervivientes en la región balkánica sufrieron diversas vicisitudes, de las que trataremos más adelante. El veneciano, más fuerte por su tradición secular, resistió firmemente donde otros destellos latinos han terminado por extinguirse, y el italiano, aun hoy, vuelve a afirmarse con renovado vigor, siguiendo la ley doblemente fatal de la Geografía y de la Historia. En general, refiriéndonos al conjunto de la Romania,

3. SAVI-LOPEZ: Orígenes neolatinos. 367-368.

es lícito decir que no sólo tuvo fuerza para absorber todas las gentes bárbaras penetradas profundamente en su seno, sino que, a continuación, realizó un movimiento expansivo que abarcó casi todas las fronteras a que había quedado circunscrita en sus comienzos la invasión bárbara.

7. Los territorios que dejaron de ser latinos conservaron aún muchas huellas de su latinidad pasada, sin hablar de todo lo que más tarde pudo introducir la irradiación de cultura que difundieron Italia y Francia: Roma, convertida de nuevo en centro del mundo por el espíritu del Cristianismo; Francia, por la antigua organización feudal y nacional de la Edad Media; el Renacimiento italiano por su fecunda luz universal, la hegemonía de la cultura francesa renovada primero en el gran siglo y después con los filósofos del siglo XVIII. Hablamos de los restos directos de la dominación romana, los *relitti romani*, como les llama Jud para distinguirlos de las importaciones sucesivas (1), ya sean vocablos de cultura o denominaciones de cosas. Por ejemplo, los aldeanos romanos introdujeron el cultivo de la vid en las colinas del Rhin, y a ellos debe el alemán las palabras *Wein* = VINUM = vino, *Most* = MUSTUM = mosto, *Kelter* = CALCATURA = prensa, *Keller* = CELLARIUM = bodega. La presencia de algún antiguo latinismo en dialectos celtas, germánicos, etc., sirvió alguna vez para reconstruir un fragmento desaparecido del

(1) J. JUD, *Probleme der altromanischen Wortgeographie*, en *Zeitschrift für romanische Philologia*, XXXVIII, 1 y ss.

latín del Imperio. Encontramos, por ejemplo, PRANDIUM = comida, en toscano *pranzo*, en rumano *prinz*, en sardo *prangiu ;* en cambio no se encuentra huella de esta palabra en la Península ibérica, en Francia ni en la Recia, aunque se ve en los dialectos celtas (en irlandés *proinn*, en címrico *prain*). Al celta de Bretaña e Irlanda pudo llegar a través de la Galia que era el gran camino de las colonias, de la cultura y del tráfico que afluía hacia las islas. En otros dialectos franceses se encuentra *prangière*, ya en el sentido ordinario de « pranzo » o en otros significados derivados que recuerdan al latín PRANDIARIA. Esto presupone PRANDIUM, que se mantuvo puro antes de emigrar a países más lejanos, al otro lado de los mares, y esto no confirma el hecho de que *dîner* DISIEIUNARE, en que vino a concretarse la forma más antigua, sea de formación propiamente romana, sino de otra más reciente : del romance.

El idioma latino siguió los grandes caminos que de las regiones imperiales más romanizadas conducían a las provincias de la periferia : de la Italia meridional a través del Adriático y más allá por la *via Egnatia* que unía Durazzo con Tesalónica (Salónica) y la capital del Imperio de Oriente ; de la Italia septentrional a Alemania por los pasos alpinos ; de Francia también a Alemania por el valle del Mosela o por la *troueé* de Belfort o siguiendo el curso del Mosa, camino milenario de ejércitos y culturas en continuo fluir. Así se ha conservado una parte muy considerable del vocabulario latino en los estratos más profundos de las lenguas, en aquellos lugares en que un día dominó el Imperio romano. De esta

manera, perdura el latín en pueblos extraños que le han acogido, mientras que para los neolatinos se ha perdido. Así el latín PONDO que se ha extinguido en todo el territorio romance sustituído por LIBRA, dió lugar al alemán *Pfund* que se encuentra también en dialectos celtas. Otras veces conserva fuera de la latinidad el sentido primitivo, que se ha limitado o ha variado en territorio romance: QUIESCERE hace en címrico *cwsg* « sueño », *cysgu* « dormir », mientras en sardo *chelcire* significa « imponer silencio », y un dialecto romance de la Recia tiene *quetscher* « callar » (1).

También en los países helénicos se encuentra una vasta infiltración latina, a pesar de las razones históricas que impidieron en Grecia y en Oriente, como veremos, el triunfo de la latinidad. En el griego se encuentran en abundancia elementos romanos venidos directamente a través de los Balkanes, aunque en los puertos del mar Egeo y en los del Mediterráneo oriental sólo se encontrarán huellas mezquinas de la influencia romana. No obstante, más tarde se produjo allí una nueva y prolongada corriente de importación romance por medio de la República de Venecia y de su dialecto triunfante en los mares levantinos. « En su mayor parte aquellas voces no proceden del comercio medieval de Amalfi, Pisa o Florencia, ni siquiera del de Génova; casi todas proceden, por el contrario, del poder político y comercial de Venecia, tanto en la Edad Media como en la Moderna, porque la Dominante imperó en tierra griega casi tanto

(1) Véase, para comprobar esta argumentación, el importantísimo ensayo antes citado de JUD.

tiempo como Roma, es decir, casi seiscientos años » (1). Otra corriente neolatina en los Balkanes y en todo el Mediterráneo (así como en varios lugares de la Europa central y septentrional, como Londres, Amsterdam, Hamburgo, Viena, etc.) fué llevada por los hebreos expulsados de España en 1492. El español de los hebreos, difundido más que nada en Oriente, es un castellano que, detenido en su evolución natural, conserva substancialmente la fonética de fines del siglo xv (como conserva un carácter arcaico el francés del Canadá), pero ha perdido gran parte de su importancia originaria y se han introducido en él gran variedad de elementos extraños (2).

8. En compensación del territorio perdido en Europa y África la romanidad se ha visto acrecida en época reciente con nuevos y extensísimos territorios por efecto de la expansión colonial y de la emigración. Con el descubrimiento de América el latín se difundió rápidamente. De habla española son Méjico, Puerto Rico, Cuba, parte de las Antillas, Santo Domingo, la América

(1) M. G. Bartoli, *Romania* y *Ρωμανία*, en la miscelánea *Scritti varii di erudizione e di critica*, en honor de R. Renier. Turín, 1912. Allí también se encuentra la bibliografía correspondiente, las menores influencias francesas, documentos catalanes de Oriente, etc.

(2) Acerca del español de los hebreos de Constantinopla y Salónica, puede consultarse J. Subak, *Zum Judenspanischen, in Zeitschrift für rom. ph.*, XXX, 129 y ss. — M. L. Wagner, *Los judíos de Levante*, en *Revue de dialect. rom.*, I, con bibliografía. — Por otra parte, *Beiträge zur Kenntnis des Judenspanischen von Konstantinopel*, en *Schriften des Balkancommission, Linguistische Abteilung*, Viena, 1914.

central y meridional — menos el Brasil, que es portugués. En algunos lugares del Brasil y Argentina comienza la gran emigración italiana a limitar con su idioma el español dominante. En América del Norte, además de Méjico, fueron un día preferentemente españolas California y Texas, mientras que hoy impera el inglés en estos Estados como en el resto de los de la Unión. Hay colonias catalanas en Cuba y la Argentina. El francés ha echado profundas raíces en el Canadá, donde se practica con todo cariño y devoción por una población tenaz de cerca de millón y medio de almas. El francés es hablado, además, por 80 000 habitantes de la Luisiana y un millón de Haití y las Antillas francesas, sin contar las colonias (ligadas políticamente a la madre patria) de Saint-Pierre y Miquelon, Guadalupe, Martinica y la Guyana.

En África un nuevo reflujo de latinidad vino a reconquistar las perdidas regiones de la costa mediterránea que un día fueron dominio de Roma. Marruecos está repartido entre España y Francia; francesa es también Argelia, y Túnez lo es políticamente, aunque en su aspecto lingüístico puede considerarse italiano por la ingente población de emigrados, sicilianos principalmente, a los que este país debe toda su cultura ; italianas son Libia y la Cirenaica, así como buena parte de Alejandría en Egipto. Bajando más en el continente africano encontramos el gran imperio colonial francés con Madagascar y las islas Mauricio y Reunión, más allá el Congo belga y las pequeñas colonias portuguesas, italianas y españolas. A Portugal pertenecen las Azores, el archipiélago de Madera y la isla de Cabo Verde ;

las Canarias y algunas islas menos importantes del golfo de Guinea son españolas.

En Asia se encuentran las antiguas factorías francesas de la India (Pondicheri, Karikal, Yanaon, Chandernagor) y la gran Indochina francesa, comprendiendo Tonkin, Annam, Cochinchina, Cambodge y Laos. El portugués vive en algunas posesiones de la India, en Ceylán, Macao y en muchas localidades del archipiélago asiático. El español subsiste todavía en las Filipinas y, finalmente, el portugués, español y francés están representados con diversa vitalidad y medida en las islas de Oceanía.

Hay que hacer, sin embargo, una observación importante a propósito de este inmenso territorio neolatino esparcido fuera de Europa por toda la superficie de la tierra. Son países cuya población indígena se dispersó o fué asimilada completamente, de manera que la lengua neolatina fué importada con la misma continuidad que tenía en el país de origen y apenas registra alguna pequeña modificación introducida poco a poco, de generación en generación, bajo el nuevo cielo. Por el contrario, en otros lugares los colonos europeos llegaron a ponerse en contacto con los nativos : éstos aprendieron el idioma adaptándolo a la conformación de sus propios órganos vocales, pero conservando, en conjunto, un poco del propio patrimonio lingüístico, mezclado con la lengua nueva en medida variable según los países y el diverso grado de incultura. De esta manera se han formado las lenguas *criollas:* mezcla confusa y variada de una lengua neolatina y un dialecto colonial,

En este sector de la expansión neolatina fuera de Europa resulta siempre difícil trazar líneas precisas y constantes. Es todo un vasto mundo en el que, hoy día, el progreso civil, la corriente inmigratoria, las alteraciones políticas pudieron introducir continuamente nuevas modificaciones. Sin embargo, es hermoso ver, en conjunto, de cuánta vitalidad expansiva son capaces aún estas antiguas lenguas, a través de las cuales el latín llega a reinar en una porción tan grande del Globo a la que no alcanzó siquiera el vuelo del águila romana.

9. De esta manera el latín es hablado hoy — en los diversos dialectos y lenguas que lo perpetúan — por una población esparcida por toda la superficie de la tierra, que es por su número incomparablemente mayor que la que lo hablaba bajo el antiguo dominio imperial de Roma. Reproducimos a continuación, traducida del francés, una página de Gastón Paris, maestro cuya lengua se mantiene viva aún, después de muchos años de su muerte, página que ilumina con elocuencia esta vida perenne de las lenguas romanas :

« Las conquistas de la Romania son de dos clases : unas, simple consecuencia de las conquistas materiales hechas por las naciones romanas : así sucede con la anexión de una parte de América ; otras, menos considerables, aunque más interesantes, son victorias logradas por el idioma. Una lengua romana colocada junto a otra — especialmente si se trata de una lengua germánica — domina casi fatalmente, a no ser que, como ocurrió en la Recia y en la Nórica, el número de los

welches (1) sea demasiado inferior al de los alemanes que le rodean. ¿A qué se debe este notable fenómeno, esta influencia destructora ejercida poco a poco por las lenguas romanas sobre sus vecinas? Las causas que se pueden aducir son de tres clases: unas obedecen al poder político, al esplendor social que diversas veces ha pertenecido a los países romanos; por ejemplo, la Francia de Luis XIV gozaba de un verdadero prestigio en Europa que se dejaba sentir casi aun en los pueblos donde se debatían oscuramente esas cuestiones vitales; ello hace que el ciudadano francés esté orgulloso de su lengua e induce a los alemanes o flamencos a abandonar fácilmente la suya (2). Otra causa está en la construcción de las lenguas romances comparadas a las germánicas: habiendo gozado de una vida histórica mucho más dilatada, son, y aun lo eran mejor en otros tiempos, más claras, más manejables, porque habían servido para los usos más variados; exigen menos esfuerzo, no sólo a los órganos vocales, sino también al pensamiento. Por último, la tercera razón debe ser buscada en este hecho innegable: a pesar de la influen-

(1) Con este nombre designaban los germanos a los romanos; en la forma antigua *valah*, *welch*, anglosajón *vealh*, antiguo nórdico *vali*. De ahí las formas modernas *walachisch*, *waelsche* y *wallon* (valón).

(2) No menor prestigio, aunque independiente de razones políticas y fundado sólo en la excelencia soberana de la cultura, y limitado por eso a las clases intelectualmente más elevadas, tuvo el italiano durante el Renacimiento en toda Europa. Por este prestigio del italiano se consiguió entonces una renovación auténtica en la unión con las otras naciones latinas, casi una conciencia del espíritu común.

cia considerable y aun saludable del elemento germánico en la constitución del mundo moderno, la civilización de Europa es esencialmente hija de la civilización romana, como el Cristianismo ha sido transmitido al mundo moderno por el mundo romano. Las lenguas romances han tenido por auxiliar perpetuo al latín, órgano de la ciencia, de la filosofía, del derecho y de la religión. Así vemos desde la Edad Media entre los países romanos y las naciones germánicas la misma relación que se produce más tarde: las lenguas romances, especialmente el francés, son conocidas, habladas y alabadas en todo el mundo cristiano, mientras que los ejemplos de *Romani* que conozcan una lengua alemana podrían sin duda reducirse a un número casi imperceptible. La razón alegada en este caso es tan real que se ha visto a las naciones eslavas comenzar su educación por el francés cuando se han propuesto participar de la civilización moderna. Esta lengua es aún en el mundo entero, junto con el italiano, la señal y el vehículo de cierta cultura afín, es decir, de lo que hay más delicado en la civilización común a los pueblos modernos, transmitida y desarrollada por las naciones romances » (1).

De la misma manera que al italiano y al francés, estas palabras se refieren también al español, que en determinada época de su historia alcanzó un vasto dominio político, una admirable fuerza expansiva y un elevado prestigio literario, y que antes tuvo que luchar no sólo contra la amenaza germánica, como las lenguas hermanas, sino también contra un enemigo de gran

(1) L. c., págs. 27-28.

importancia, más fuerte aún por la mayor elevación de su cultura y madurez cívica: el enemigo árabe instalado durante siglos en territorio español; y, sin embargo, acertó a deshacerse de él expulsándole poco a poco de su propio territorio.

En el capítulo siguiente veremos en qué consiste la esencia de la romanización: mostraremos que si el latín tiene aún hoy una viva realidad espiritual que sirve de vínculo entre muchos pueblos herederos de la antigua Romania, este parentesco de espíritu y de lengua no se ha confundido aún con la afinidad de raza como generalmente se cree. No existen razas latinas fuera del pequeño territorio de la Italia central. En vez de esto hay gran variedad de razas que el latín ha unificado espiritualmente sin borrar la diferencia de sangre originaria. La Romania no gozaba de armonía étnica: fué un hecho histórico, una obra de conquista, llamada a transformarse poco a poco en un hecho espiritual indestructible, que vivió durante milenio y medio después de desintegrarse aquella conquista, y que vivirá aún largo tiempo, si continúa poseyendo esos prodigiosos gérmenes de energía que podemos ver aún en la actualidad.

10. Advertiremos también en el curso de este libro que la época de los orígenes neolatinos fué, ante todo, una continua lucha mantenida entre la tradición romana, por una parte, y el Imperio germánico, por otra, que anhelaba las nobles y fértiles regiones del Mediodía. En los límites asignados a nuestra sumaria exposición

presentaremos las actitudes y los efectos de estas luchas que terminaron con la victoria de la tradición a la cual cedió en muchas cosas el mismo elemento enemigo, adoptando en gran parte cultura, ideas, costumbres e instituciones romanas, mientras nosotros también, a nuestra vez, adoptamos algo de él. Esta antigua lucha, victoriosa para nuestro espíritu no debe, sin embargo, impedirnos reconocer con justicia latina, serena y ecuánime los méritos inmensos que la moderna Germania ha adquirido con el estudio del mundo neolatino. Si la historia de la lengua neolatina es en realidad la historia de la independencia espiritual latina perpetuada a través de edades que no fueron del todo oscuras, como se pretende, florida con vívidos fulgores en el amanecer de las nuevas literaturas, desarrollándose con todo esplendor en su madurez definitiva, la investigación científica de esta historia ha nacido preferentemente en Germania y a ella debe, conjuntamente, la primera inspiración y el rigor del método. El Romanticismo alemán — creado a su vez por impulsos nacidos del movimiento espiritual que tiene por jefe a Juan Jacobo Rousseau — fué el que dió el impulso. Mientras, por una parte, el arte antiguo de los griegos sentido románticamente en la intimidad de su inspiración, despertaba animándose como Galatea al soplo de Pigmálión, por otra parte aparece por vez primera la joven poesía del pueblo naciente, objeto de estudio y de amor, el canto sencillo y primitivo al que la musa clásica no había señalado el ritmo con sus números. Desde que Herder exaltó la poesía popular como inspiración de un

alma más grande y ardiente y supo al mismo tiempo crear dentro de sí la intuición directa de las cosas pasadas sintiéndolas tal como debieron ser sin someterlas a reglas previamente establecidas o a esquemas ideales; desde que Guillermo Schlegel se atrevió a afirmar, más tarde, que « para hacer progresar la filología de la Edad Media es necesario aplicarle los principios de la filología clásica », desde entonces pudo decirse que el estudio del mundo neolatino había adquirido un derecho de ciudadanía en el reinado de la ciencia (1). Nació, como el estudio de la filología germánica, en un pujante despertar de renovada energía, en protesta contra el antiguo clasicismo — que en ese tiempo resurgió, no ya viejo y disecado, bajo el mismo soplo animador — y nació con la nobleza que empapó por completo aquel movimiento espiritual. Libre de todo prejuicio de estirpe tuvo abierto el ánimo a las voces del arte y de la vida, de cualquier parte que vinieran: tuvo la capacidad de trasladarse al pasado para vivirlo con conciencia objetiva de lo verdadero, y juzgarlo con inaudita vibración de amor; encerró en sí la disciplina metódica, la constancia del esfuerzo, la austeridad recogida y casi religiosa, y los muchos y graves defectos que más tarde malbarataron los estudios en Germania, reflejándose también entre nosotros, no bastaron para borrar aquella gloria. La aridez pedantesca, el predominio de ciertas tendencias demasiado mecánicas, la falta de armonía,

(1) Para sus relaciones con el Romanticismo cfs. G. Richter, *Die Anfänge der romanischen Philologie und die deutsche Romantik*, Halle, 1914.

de gusto y de mesura que se advierte con demasiada frecuencia en los epígonos, no mermó la elevación de los iniciadores. El más importante entre éstos es, en nuestro sector, Federico Diez, que vivió de 1794 a 1876.

El Romanticismo se inclinó apasionadamente hacia la poesía de la Edad Media: Augusto Guillermo de Schlegel logró reanimar la antigua lírica amorosa de los trovadores, mientras Ludovico Tieck determinó la influencia de Francia y de Provenza en los cantores de la Edad Media alemana; Federico Diez tradujo, en primer lugar, antiguos romances españoles; después, por consejo de Goethe, se decidió a examinar las obras que un benemérito sabio francés, Francisco Raynouard (1761-1836) había ido publicando acerca del florecimiento literario de la antigua Provenza (1). Ese es el punto de arranque de dos obras que pueden considerarse como absolutamente fundamentales: *Poesie der Troubadours* (1826) y *Leben und Werke der Troubadours* (1829). A continuación investigó directamente la lengua y publicó aquella *Grammatik der romanischen Sprachen* (1836-1843) que señaló el primer momento importante de la filología neolatina, y algunos años después el diccionario etimológico: *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen* (1854). El método creado con estas obras ha podido ser, con los años, integrado, modificado y corregido — pero en substancia se mantiene aún vivo en la actualidad. Era una deuda de gratitud recordar

(1) *Choix des poèsies des Troubadours*, París, 1816-1821. — *Lexique roman ou Dictionnaire de la langue des Troubadours*, París, 1838-1844.

en estas páginas el nombre de Diez porque de él nace la innumerable falange de estudiosos que, siguiendo sus huellas, ha logrado elevar con ardiente fervor un monumento sólido de ciencia, monumento al que se agrega de día en día algo más, cada vez con un esfuerzo nuevo, no sólo en la vieja Europa, sino también en América, donde la filología neolatina da frutos cada vez más ricos y prometedores. La Romania que ha vivido mil y mil vidas, sigue viviendo actualmente en la ciencia.

Notas bibliográficas

Para la historia de la filología neolatina cfs. la minuciosa exposición bibliográfica de G. Gröber, *Geschichte der romanischen Philologie*, en el primer volumen de la excelente obra *Grundriss der romanischen Philologie*, Estrasburgo, 1904 (2.ª ed.). El *Grundriss* representa un altísimo mérito de aquel noble y doctísimo filólogo que fué Gustavo Gröber, uno de los maestros más dignos que ha tenido nuestra disciplina.

Para seguir anualmente las múltiples actividades de la ciencia es interesantísimo el *Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der romanischen Philologie*, cd. por K. Vollmöller, que viene publicándose desde 1890 con la colaboración de filólogos de mérito de todos los países.

Entre las revistas citaremos solamente las principales entre las que siguen publicándose todavía :

Romania, colección trimestral consagrada al estudio de las literaturas romanas, dirigida, sucesivamente, por P. Meyer y G. Paris (1872-1903) ; por P. Meyer y A. Thomas (1904-1906); por P. Meyer (1906-1911); por M. Roques. Véase J. Gilliéron, *Table analitique des dix premiers volumes* (1872-1891), París, 1885, y A. Bos, *Table des trente premiers volumes*, 1907.

Zeitschrift für romanische Philologie, edit. por G. Gröber, Halle, 1877. En 1901 comenzó a añadírsele un suplemento bibliográfico, copiosísimo (a veces en exceso). Desde 1911 la dirige E. Hoepffner.

Litteraturblatt für germanische und romanische Philologie, edit. por O. Behagel y F. Neumann. Todos los números contienen, al final, el conjunto de las nuevas publicaciones en los distintos sectores filológicos.

Romanische Forschungen, edit. por K. Vollmöller, Erlangen, 1885.

Archiv für das Studium der neueren Sprachen, que del nombre de su fundador se acostumbró a llamar durante algún tiempo Herrigs *Archiv*. Se inició en 1846 y actualmente está dirigido para la parte romance por H. Morf.

Germanisch-romanische Monatsschrift, 1909.

Neuphilologische Mitteilungen, edit. por la Asociación neofilológica de Helsingsfors 1899.

Revue des langues romanes, Montpellier y París, 1870 (a pesar del título se ocupa casi exclusivamente del provenzal).

Studi romanzi, editados bajo la dirección de E. Monaci, Roma, 1901.

Modern language notes, Baltimore, 1886.

The Romanic Review, dirigida por H. A. Todd y R. Weeks, Columbia University Press, 1910.

Consagradas exclusivamente a estudios lingüísticos :

Archivio glottologico italiano, fundado y dirigido por G. I. Ascoli, Turín, 1873. En 1902 se encargó de la dirección C. Salvioni, y en 1910 P. G. Goidánich.

Revue de dialectologie romane, Halle 1909 ; con un *Bulletin de dialectologie romane*, ibíd., también en 1909.

La revista *Wörter und Sachen*, que se publica en Heidelberg, desde 1909, tiene un carácter especial, contando entre sus directores a W. Meyer-Lübke (véase cap. VI de este volumen).

Entre las revistas especiales, en uno u otro aspecto, recordamos las siguientes :

Revue de philologie française et provençale, 1889.

Zeitschrift für neufranzösische Sprache und Literatur, Berlín, 1879, dirigida por D. Behrens.

La excelente *Revista de filología española*, Madrid, es una prueba excelente del método con que la escuela de R. Menéndez Pidal renueva los estudios neolatinos en España.

Revista Lusitana, Oporto, 1887, dirigida por J. Leite de Vasconcellos, también muy útil.

La gramática de Diez aparece en la 5.ª edición cuidada por F. Apfelstedt y E. Seelmann : F. Diez, *Grammatik der romanischen Sprachen*, Bonn, 1882.

(Traducción francesa en tres volúmenes debida a A. Brachet, G. Paris y A. Morel-Fatio, París, 1874-1887). — Id., *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen*, 5.ª ed., con un apéndice de A. Scheler. — J. U. Jarnik, *Neuer vollständiger Index zu Diez' Etymologischen Wörterbuch der romanischen Sprachen mit Berücksichtigung von Schelers Anhang zur 5. Auflage*, Heilbronn, 1889.

Con relación a F. Diez, cfs. : U. A. Canello, *Il professore Federico Diaz e la filologia romanza nel nostro secolo*, Florencia, 1872 (de la *Rivista Europea*). — A. Mussafia, *F. Diez*, en *Oeserreichische Wochenschrift*, 1872, págs. 2 y ss. — H. Breymann, *F. Diez, seine Werke, und deren Bedeutung für die Wissenschaft*, Munich, 1878. — E. Stengel, *Erinnerungsworte an F. Diez* Marburgo, 1873.

La mejor obra de conjunto de filología romance que hoy existe es : W. Meyer-Lübke, *Grammatik der romanischen Sprachen*. I. *Romanische Lautlehre*, Leipzig, 1890 ; II. *Romanische Formenlehre*, 1894 ; III. *Romanische Syntax*, 1899 ; IV. *Register*, 1901. (Traducción francesa bajo la dirección de E. Rabiet y A. Doutrepont, 3 vols., París, 1890-1900, con un cuarto vol. de índices, 1905). — A Meyer-Lübke se debe también el último y mejor diccionario etimológico : *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1911. — Esta obra hizo caer en desuso otra semejante que le precedía : G. Körting, *Lateinisch-romanisches Wörterbuch*, 3.ª ed., Paderborn, 1907, que era útil como colección de materiales, pero tenía el defecto de las excesivas fantasías e incertidumbres del autor. Recuérdese las observaciones críticas hechas acerca del diccionario de Meyer-Lübke, entre las que citaremos sólo las siguientes : de Thomas, sobre el francés y provenzal en *Romania*, XL, págs. 102 y ss., y XLI, págs. 448 y ss. ; Jud en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, 1911, págs. 416 y ss. (cfs. la respuesta de Meyer-Lübke, ibíd., 1912, págs. 228 y ss.) ; de Tallgren, para el catalán y español, en *Neuphilologische Mitteilungen* (Helsingfors), de 1911-1912 ; de Puscariu para el rumano, en *Zeitschrift für rom. Ph.*,

XXXVII, pág. 99; de SALVIONI, para el italiano y el ladino, en *Revue de dial. rom.*, IV y V, y de WAGNER para el sardo, ibíd. IV y en *Archiv. f. d. Studium d. neur. Spr.*, CXXXIV, páginas 309 y ss.

Una obrita de utilidad para los estudios de lingüística neolatina, clara y consciente, es la publicada por E. BOURCIEZ, *Éléments de linguistique romane*, París, 1910. Los principiantes pueden servirse también de A. ZAUNER, *Romanische Sprachwissenschaft*, 3.ª ed., Leipzig, 1914. Hay en ella una traducción italiana, de G. B. FESTA, *Glottologia romanza*, Turín, 1904. Para la fonética hay un manual excelente: *Fonologia romanza*, por P. E. GUARNERIO.

La *Einführung in das Studium der romanischen Sprachwissenschaft*, por W. MEYER-LÜBKE, 2.ª ed., Heidelberg, 1909, es una guía excelente para quien tenga ya buena base de estudios.

Una verdadera y propia enciclopedia filológica neolatina es el *Grundriss der romanischen Philologie* antes citado. Muchas veces la recordaremos en el curso del presente volumen.

Para conocer la extensión y los límites actuales de la Romania, cfs. G. GRÖBER, *Die Ausbreitung der romanischen Sprachen*, en el *Grundriss der rom. Ph.*, I, 2.ª ed., págs. 541 y ss., con la bibliografía relativa.

Acerca de la Bretaña latina: *Corpus Inscriptionum latinarum*, vol. VII, *Inscriptiones Britanniae*, ed. de E. HÜBNER, con introducción *De provinciae Britanniae inscriptionibus, administratione, re militari*, 1873. — MOMMSEN, *Römische Geschichte*, vol. V, cap. 5: *Britannia*. Puéde consultarse la traducción italiana de E. de RUGGERO, *Le provincie romane da Cesare a Diocleziano*, Roma, 1887. — A. POGATSCHER, *Zur Lautlehre der griechischen, lateinischen und romanischen Lehnwörter im Altenglischen*, 1888; del mismo, en *Englische Studien*, vol. XIX, págs. 329 y ss. — J. LOTH, *Les mots latins dans les langues brittaniques*, 1892. — Acerca de la Germania romana: MOMMSEN, *Römische Geschichte*, vol. V, cap. 4: *Das Römische Germanien und die freien Germanen*, con un mapa. — FR. KÖPP, *Die Römer in Deutschland*, 2.ª ed., Bielefeld y Leipzig, 1912. — ASBACH, *Die Kultur der römischen Rheinlande*, en *Deutsche Litteraturzeitung*, 1902, n.º 45. — Para los países del Danubio, además de MOMMSEN, puede servir de orientación JUNG, *Römer und Romanen in der Donauländern*, Innsbruch, 1889; la bibliografía que

se refiere más de cerca a los estudios neolatinos vendrá a continuación. — En el Oriente griego: L. HAHN, *Rom und Romanismus im griechisch-römanischen Osten*, Leipzig, 1906; del mismo, *Zum Sprachenkampf im römischen Reich bis auf Zeit Justinians*, en *Philologus*, Supplem. X, 1907. — W. M. RAMSAY, *The historical geographie of Asia minor*, Londres, 1890. — R. E. BRUNNOW y A. DOMASZEWSKI, *Die Provincia Arabia*, Estrasburgo, 1904-1909. — G. BOISSIER, *L'empire romain en Orient*, en la *Revue des Deux Mondes*, julio 1874. — Para África: como siempre el Mommsen y el *Corpus Inscriptionum Latinarum* (vol. VIII. *Inscriptiones Africae*, coll. G. WILLMANNS). — G. BOISSIER, *L'Afrique romaine*, París, 1895. — PARENCORDT, *Geschichte der vandalischen Herrschaft in Afrika*, Berlín, 1837. — Téngase en cuenta que estas notas bibliográficas no son más que sumarias: la bibliografía particular para todas las provincias del Imperio romano puede verse en J. JUNG, *Grundriss der Geographie von Italien und dem Orbis Romanus*, 2.ª ed., Munich, 1897, en el *Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft*, editado por IVAN v. MÜLLER, III vol. — Tienen gran valor para la historia de la expansión latina las siguientes obras: J. JUNG, *Die romanischen Landschaften des römischen Reiches*, Innsbruck, 1881. — A. BUDINSKY, *Die Ausbreitung der lateinischen Sprache über Italien und die Provinzen des römischen Reiches*, Berlín, 1881. — Para la organización de las provincias romanas puede consultarse W. T. ARNOLD, *The roman system of provincial administration*, 2. ed., Oxford, 1906. — Un buen compendio de la conquista romana se encuentra en *A companion to latin studies*, editado por los síndicos de la University Press por J. E. SANDYS, Cambridge, 1910, págs. 366-409.

Los límites entre el territorio neolatino y el germánico han sido expuestos minuciosamente por GRÖBER, l. c., págs. 544 y ss., y por H. SUCHIER, *ibid.*, 712 y ss. Aun más minuciosamente para Bélgica y el Norte de Francia por G. KURTH, *La frontière linguistique en Belgique et dans le nord de la France*, vol. I, 1895; vol. II, 1898. — N. MORF, *Deutsche und Romanen in der Schweiz*, Zurich, 1901. — TAPPOLET, *Ueber den Stand der Mundarten in der deutschen und französischen Schweiz*, Zurich, 1901. — *Limites successives des langues dans la Suisse occidentale*, en la *Bibliographie de la Suisse romande*, vol. I, Neuchâtel, 1913. — Genéricamente GALLOIS, *Les limites linguistiques du français*, en los

Annales de géographie, IX, págs. 211 y ss., con mapa reproducido en PETIT DE JULLEVILLE, *Histoire de la langue et de la littèrature française*. — Para los límites romances en los países adriáticos y danubianos, cfs. el cap. V del presente volumen. Acerca de la antigua extensión del romance rético, véase G. PARIS, l. c., págs. 11 y ss. — W. GÖTZINGER, *Die romanischen Ortsnamen des Kantons St. Gallen*, 1891.

Atlas históricos que den cuenta en uno u otro sentido de los hechos interesantes, llevados a cabo por los romanistas: *Atlas de géographie historique par une réunion de professeurs et de savants, sous la direction de* F. SCHRADER, nueva edición, París, 1911. — SPRUNER-MENKE, *Hand-Atlas für die Geschichte des Mittelalters und der neueren Zeit*, 3.ª edición corregida por Th. Menke, Gotha, 1880. — R. L. POOLE, *Historical Atlas of modern Europe from the declive of the Roman Empire*, Oxford. Está dividido en grados diversos, entre los que están *The Latin nations*, Oxford, 1903. — Cfr. O. I. TALLGREN, *L'Atlas historique roman*, en el *Bulletin de dialectologie romane*, vol. V, págs. 1 y ss.

Capítulo II

La conquista latina

1. ¿Qué encontró el latín a su paso en los territorios que por derecho de conquista estaban destinados a pertenecerle de una manera estable? En el capítulo anterior se ha explicado cuáles fueron estos territorios. Ahora estudiaremos directamente el dominio neolatino siempre vivo en Europa en todos ellos, comenzando por Italia.

Sucesivas oleadas de pueblos, emigrados en el crepúsculo de la Prehistoria, habían venido a derramarse repetidamente sobre la Península italiana, superponiéndose en una confusión étnica que no siempre resulta fácil de desentrañar. El primer choque violento que Roma tuvo con estas estirpes antiguas fué debido a los etruscos.

Este pueblo aparece siempre envuelto en sombras de misterio. Tuvo un período remotísimo de gran expansión, llegando a unificar gran parte de Italia bajo su dominio. Tito Livio, como todos los historiadores antiguos, exalta esta soberanía que se ejerció intensamente por tierra y por mar (1). Los etruscos tuvieron en su

(1) V, 33, 7 ; I, 2, 5.

poder el valle del Po, rico en ciudades florecientes; al Sur de la Etruria propiamente dicha dominaban en la región de Campania hacia el año 800 a. de J. C., afirmándose en medio de las colonias griegas y procurando someter a Cuma que, con la ayuda de Siracusa, infligió a los etruscos una derrota memorable en sus aguas el año 474 a. de J. C. Recuerdan su origen etrusco los nombres de Volturno (Capua), Nola, Sorrento. Según Livio, en el Lacio fué etrusca Fidene; Túsculo, cuyo nombre proclama su origen. Según afirma Catón, la región volsca perteneció también a los etruscos. Hacia el año 600 a. de J. C. gobernaban en Roma con los Tarquinos, pero su esplendor fué efímero, pues Roma no tardó en libertarse con un resurgir poderoso de sentido nacional, en el siglo IV, cuando ya los etruscos habían sido despojados de la Italia superior por la invasión gálica y en el siglo V los sannios habían sacudido su yugo en el Sur. Y, aunque los etruscos habían intentado dirigirse hacia Córcega después de dominar las otras islas tirrenas, los cartagineses lograron alejarles de allí: el dominio de los mares pasó a estos últimos, que lo compartieron con los griegos, mientras un nuevo ocaso descendía sobre el poder etrusco para el que ya no había de brillar nueva aurora.

¿De dónde venían los etruscos? Según Herodoto, procedían de Lidia, y atravesando el Mediterráneo habían desembarcado en el país de los umbros (1), pero aunque muchos historiadores modernos han dado crédito a este testimonio, otros sostienen que se trata,

(1) I, 94.

por el contrario, de una leyenda semejante a aquella otra según la cual las poblaciones de Occidente debían su origen al Oriente helénico (1). La presencia de los etruscos en la Recia, como veremos a continuación, unida a otras muchas consideraciones — siendo la más importante que el etrusco no era un pueblo de marinos, y que entre sus ciudades únicamente Populonia estaba junto al mar — hace que sea dudoso el relato de Herodoto. Recientemente se lanzó la hipótesis de que el pueblo etrusco no es el resultado de un solo elemento étnico ; pero en el deseo de continuar manteniendo la antigua tradición según la cual se enlaza a las inmigraciones marítimas venidas de Asia, puede atribuirse su rico desenvolvimiento político a la fusión de elementos étnicos diversos, algunos de los cuales han venido del Norte (2). Esto no pasa de ser una hipótesis ; también puede considerarse tendenciosa la que hace venir del Norte toda una civilización etrusca que sólo floreció en Italia (3) y de la que no se encuentra indicio alguno más arriba de la Recia.

Todo es incierto : ni siquiera la lengua puede proporcionarnos indicios más precisos, a pesar de que existen casi 7000 inscripciones en un alfabeto de origen greco-

(1) K. J. Beloch, *Römische Geschichte bis zum Ende der Republik*, en la *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, edit. por A. Gercke y E. Norden, Leipzig y Berlín, III, 204-207.

(2) E. Pais, *Intorno alla gente degli Euganei*, en los *Rendiconti della R. Accademia dei Lincei*, serie V, vol. XXV, pág. 111.

(3) No es seguro — ni mucho menos — que sea etrusca una inscripción no griega encontrada en Lemno y divulgada como etrusca.

calcídico aprendido, acaso, de los griegos de Cuma, y a pesar también de un texto, religioso tal vez, recientemente descubierto en Egipto.

Las inscripciones van del año 500 a. de J. C. a los comienzos del Imperio y, según otros, mucho más tarde, pero el material que proporcionan se compone en sus tres cuartas partes de nombres propios y el resto ha quedado sin descifrar en su mayor parte, de manera que aun hoy se discute el problema de si los etruscos pertenecían o no al gran tronco indoeuropeo. La mayor parte de los autores lo niegan, pero otros lo afirman, y no falta quien, además de creerlo indoeuropeo, considera el etrusco como una lengua estrechamente afín a las itálicas, y en particular al latín (1). Los últimos estudios, especialmente de los nombres propios, tienden a robustecer la afirmación : quedan aún muchas dudas que se disiparán en uno u otro sentido con los modernos descubrimientos de material epigráfico. Hasta ahora una sola cosa es evidente : los etruscos tuvieron una civilización muy elevada que casi les convirtió en iniciadores y maestros de la ulterior cultura romana, a pesar de la opinión contraria de Mommsen que sólo concedía a los etruscos capacidad para la imitación. De sus monumentos sepulcrales se desprende también la noticia que conocemos, por mediación de los escritores romanos, de que los etruscos acusaban un gran des-

(1) Recordaremos los nombres de Corssen, Decke, Lattes. A éstos puede añadirse E. Cocchia, en el ensayo *La sfinge etrusca, Atti della R. Accad. di Arch., Lettere e Belle Arti di Napoli*, nueva serie, vol. III, 1914.

arrollo de las artes por influencia griega ; también tenemos testimonio de la profundidad que alcanzaron los estudios acerca de la Naturaleza y la cosmogonía religiosa.

Tampoco debieron descuidar los estudios literarios, cuando afirma Tito Livio (1) haber leído en diversos textos que a fines del siglo IV *ab urbe condita* acostumbraban los romanos a mandar a sus hijos a aprender letras etruscas como hicieron más tarde con las griegas.

Esta cultura hubo de ceder, sin embargo, al predominio de la latina. Hacía ya mucho tiempo que los romanos se habían apoderado de la Etruria cuando las leyes de Sila arrojaron a la población etrusca de todas sus posesiones. Más tarde César multiplicó las guarniciones y las colonias romanas, contribuyendo de esta manera a borrar las antiguas huellas nacionales.

La lengua se mantuvo aún durante algún tiempo — por lo menos hasta el siglo II d. de J. C., en que Aulo Gelio (2) la cita como idioma vivo, y aun mucho más tarde si las últimas inscripciones pertenecen realmente al siglo III o al IV.

2. Si es dudosa, como vemos, la pertenencia de los etruscos al tronco itálico, resulta seguro, por el contrario, que tampoco pertenecieron a él muchas de aquellas gentes tan numerosas que poblaban Italia antes de que en ella se extendiera el dominio romano : parte de esas gentes eran indoeuropeas y las otras de origen

(1) IX, 36, 3.
(2) XI, 7, 4.

incierto. Una buena porción de las llanuras de la Italia superior antes de la llegada de los etruscos, así como las costas no sólo de Italia, sino también de la Galia y de Iberia, estaban ocupadas por los ligures, *inliterati mendacesque*, según Catón, de los que se sabe que no eran indoeuropeos, pero que podían relacionarse con estas razas por indicios válidos que les hacían afines a los celtas (1). Poco o nada sabemos de su idioma, del que se conservan algunas inscripciones de escasa importancia: se han logrado algunos indicios de su difusión basados en la toponimia (2). Pertenecientes a la estirpe ligur fueron también los euganeos, que habiendo sido rechazados de territorios más amplios, hubieron de refugiarse en las montañas cercanas a Verona y Brescia, bajo la presión de los ilíricos venecianos, otros poderosos invasores venidos no se sabe cómo ni cuándo. Tampoco sabemos cómo llegó a extenderse la invasión de las estirpes ilíricas que desde el Adriático se extendieron por todas las costas orientales de Italia y alguna vez penetraron en el interior. En primer lugar, Apulia con la Basilicata fué ilírica con los yapigios; una rama de la familia ilírica — en vez de griega como piensan algunos — fueron los mesapios,

(1) Kretschmer, en Kuhns, *Zeitschrift für vergleichende Sprachwissenschaft*, XXXVII, 197 y ss.

(2) Acerca de los ligures de Italia, véase G. Oberziner, en el *Giornale storico e letter. di Liguria*, III (1902). Para la extensión de los ligures, v. Müllenhoff, *Deutsche Altertumskunde*, III, págs. 173 y ss., y C. Jullian, *Histoire de la Gaule*, París, 1909, I, págs. 110 y ss. Los corsos, según Séneca, fueron iberos; nada seguro sabemos acerca de los sardos.

desde la punta extrema de Gargano a Otranto. También el Abruzzo tuvo un fondo de raza ilírica ; Paulo Diácono llama « venidos de Iliria » a los pelignios, en la parte meridional de la provincia de Aquila, y según Plinio, otros ilirios (los liburnos) residieron en el Piceno. En todas estas regiones debió haber una raza que Goidánich llama ilíricoitálica, estrechamente ligada en su origen con la población ilírica de la otra orilla del Adriático, de la que aún subsisten los albaneses (1). Gran parte de estos territorios pasó más tarde al dominio de los griegos, pero los mesapios se mantuvieron con su idioma vivo casi hasta el final de la República romana o los comienzos del Imperio ; los griegos continuaron en las costas meridionales de Italia por espacio de más de un milenio antes de la Era vulgar (Cuma parece fundada en 1035 a. de J. C.) y extendieron también hacia los mares septentrionales y al interior — allí por mediación etrusca — el radio de su cultura. Los alfabetos itálicos se derivan del griego ; con elementos griegos se enriquecen las religiones, los mitos, la cultura práctica y el arte, especialmente en el Mediodía de Italia, y entre tantas gentes extrañas gira el nacimiento de los pueblos itálicos propiamente dichos. Nadie sabe cuándo llegaron a la Península itálica, tal vez un milenio antes de la Era vulgar. Sin duda encontraron ya el país poblado por razas desconocidas ; no se sabe si les habían precedido los ilíricos adriáticos y los etruscos,

---

(1) *L'origine e la forma della dittongazione romanza*, Halle, 1907, págs. 143-144.

pero tal vez fueron los etruscos, llegados poco a poco a Italia, quienes oprimieron a los italos.

3. Las lenguas itálicas pueden dividirse en dos grupos principales. Por una parte el latín con algún otro dialecto, entre los que es bastante conocido únicamente el falisco, y por otra parte el grupo osco-umbro que toma el nombre de sus dos dialectos principales, los cuales señalan también los términos geográficos extremos del dominio : el osco al Mediodía y el umbro al Norte ; entre éstos se intercalan tanto geográfica como lingüísticamente, los dialectos sabélicos o sabinos, en los Apeninos centrales, hablados por los marsos, pelignios, marrucinos, vestinos, picenos, pretucios, más afines al osco, y los volscos que se parecen más al umbro.

Se conservan algunas inscripciones sabélicas arcaicas en un alfabeto propio, que aparece tal vez en el siglo v ó vi a. de J. C. o acaso anteriormente ; pero en parte de estos dominios, los dialectos locales fueron pronto superados por el latín (así sucedió, por ejemplo, entre los érnicos y los equos), de tal manera, que no queda huella directa de ellos en las inscripciones locales.

La concordancia del osco-umbro con el latín afecta a los sonidos, a la forma, a la sintaxis y al léxico, de tal manera que no es posible poner en duda su pertenencia a una lengua itálica primitiva común.

Los umbros — que nada tienen que ver con los celtas, a pesar de la opinión difundida entre los romanos y seguida por muchos contemporáneos nuestros —, después de haber dominado una buena parte del valle

del Po, quedaron reducidos por las invasiones etruscas y por los celtas a la región montañosa situada a la izquierda del Tíber, cuyos alrededores corresponden a la moderna Umbria, donde sufrieron aún nuevas pérdidas por la presión de los etruscos. A este pueblo umbro pertenece, con algunas pequeñas inscripciones y unas pocas monedas, el documento máximo que se conserva en las lenguas itálicas, constituído por las siete célebres tablas eugubinas descubiertas en 1444. Todas, excepto dos, están escritas por una cara ; la escritura de cinco de ellas pertenece al alfabeto umbro (variante del etrusco) ; las otras dos están escritas en caracteres latinos. Contienen prescripciones relacionadas especialmente con los ritos del sacrificio, por un colegio sacerdotal de Iguvium (Gubbio).

La cronología de estas tablas es incierta. Las más antiguas pertenecen, según unos, al siglo II a. de J. C., mientras las más recientes se atribuyen a principios del siglo I de nuestra Era, es decir, a los últimos tiempos de la República. Según otros, se remontan del año 450-400 al 186-118 a. de J. C. No ha faltado quien atribuye las últimas tablas a la época de Augusto, y tal vez más tarde. Ricos, laboriosos, dedicados al comercio y a la agricultura, los umbros trabaron pronto relaciones pacíficas con Roma, y se mantuvieron fieles a ellas. Su lengua era relativamente inculta y de bastantes afinidades con el latín : dos cualidades que debieron apresurar la absorción por parte de este último. Todas las inscripciones privadas que se han encontrado en el país son latinas. El antiguo alfabeto local cedió rápidamente

ante el alfabeto latino, aunque el espíritu de la tradición pudo mantenerlo durante algún tiempo para los usos religiosos. Colonizada a fines del siglo IV, Umbria se romanizó con mayor rapidez que el Mediodía, siendo probable que el umbro desapareciera durante la guerra social.

Los documentos más antiguos que se conservan del osco son algunas monedas de la época en que la Campania osca (que tomó el nombre de los campanienses sannios) fué ocupada por los sannios (siglo V) y unas pocas inscripciones en caracteres griegos, indicio de una influencia de cultura griega que debió coincidir con la dominación de los etruscos, dominadores en la Campania aproximadamente del año 800 al 400 a. de J. C. Del alfabeto etrusco se deriva probablemente el osco, que encontramos en las monedas y en restos epigráficos, especialmente en Capua ; el alfabeto latino se empleó cada vez con mayor largueza, terminando por dominar. Las últimas huellas de la lengua se encuentran todavía en los comienzos de la época imperial. Pompeya nos ofrece gran cantidad de materiales, pues parece que la lengua osca resistió mucho tiempo en esa zona, aunque para los usos oficiales cesó de utilizarse a partir de la guerra social. Tal vez se mantuvo en algunas localidades apartadas hasta los primeros siglos de la Era vulgar ; entre tanto el griego se usó en la Italia del Sur y en Sicilia durante todo el Imperio y no sucumbió por completo hasta la Edad Media. Al llevarse a cabo la conquista romana, la cultura osca estaba más desarrollada que la de los invasores : los primeros escritores latinos —

Ennio, Pacuvio, Lucilio — eran de origen campaniense. El osco es substancialmente la lengua de los sannios, con ramificaciones de frentanios, arpinos y campanios. Además de Campania lo encontramos en parte de la Apulia (Noroeste), en la Lucania y en el Abruzzo occidental, terminando en Mesina, que fué colonia de Campania (1). Por las diferencias que existen aún entre el osco y los dialectos sabélicos se supone (2) que los de Campania y los otros sannios, siendo de cultura inferior a los oscos, cuyo territorio invadieron, aprendieron su idioma y lo difundieron con la propia conquista.

Del volsco — que presenta afinidades con el umbro, como decimos, pero cuya semejanza con los dialectos sabélicos y cuya posición lingüística exacta da lugar a complejas discusiones — sólo se encuentra un documento, una inscripción en bronce, hallada en Velletri. También el volsco, hablado desde el Liri a los montes Albanos, tuvo un alfabeto propio. Según Festo, perduraba todavía en el siglo II a. de J. C.: « qui Obsce et Volsce fabulantur nam latine nesciunt ». Perteneció a un territorio del Lacio central y del Nordeste.

Los faliscos poseyeron una pequeña región entre el Tíber y los montes Soratte y Cimino, resto tal vez de

(1) No se sabe nada concreto de la lengua de los abruzzos, lucanios y apulios itálicos. Por los pocos restos que tenemos, parece que el umbro tenía analogías con los dialectos itálicos llevados a Sicilia por los sicanos, sicelos y morgetios. La cultura griega acabó con la italianización de Sicilia. De los abruzzos y lucanos se sabe que fueron bilingües, esto es, que además del osco muchos hablaban también griego (dórico).

(2) W. Deecke, *Die italischen Sprachen*, edic. revisada por W. Meyer-Lübke, en *Grundriss der rom. Ph.*, I, 435.

un territorio más extenso. Tuvieron también alfabeto propio y una cultura algo desarrollada, puesto que la poesía romana conoció un *metrum faliscum*, y de importación falisca fueron los versos fescenios. De los érnicos y de los equos establecidos al Oriente de los latinos, ignoramos si fueron más parecidos a éstos o a las gentes sabélicas, porque la rápida absorción romana no ha dejado huella de sus dialectos.

4. Todas estas gentes, itálicas o no, debían convertirse poco a poco en romanas. Conquistada primero la hegemonía en el Lacio, Roma se aseguró durante el siglo v el dóminio sobre los equos y los volscos ; después, con la ayuda de la población latina inició la lucha contra los etruscos, tomándoles Veyes y distribuyendo el territorio entre los suyos. La expansión se detuvo un momento bajo la amenaza de los celtas que llegaron a apoderarse de la urbe y tuvieron que ser alejados a precio de oro. Las ciudades latinas sacaron partido de esta debilitación de la urbe, uniéndose en una alianza de la que Roma estuvo ausente, pero el acuerdo no tardó en restablecerse sobre bases de una igualdad plena, que lejos de ser una ventaja para aquellas ciudades, apresuró su absorción. Completamente sometidos los volscos, reunidos en confederación los érnicos, apresada la rica Ceres etrusca a mediados del siglo IV, romanos y latinos se apoderaron de la llanura comprendida entre el Cimino, Terracina y parte de los montes circunvecinos.

Entre tanto los sannios de los Apeninos, uniendo estrechamente en torno suyo las estirpes afines, consti-

tuyeron también en el Mediodía una federación que se extendió por la Campania y parte de la Apulia y hacia el año 340 a. de J. C. intentó la conquista de Capua, que invocó la ayuda de Roma. Ésta rechazó una vez a los sannios, pero sobrevino una hora difícil : latinos, volscos y campanienses se sublevaron, unidos, contra ella, dando lugar a nueva guerra y una nueva victoria. La Liga latina se disolvió : nuevas colonias y alianzas ratificaron el dominio. Capua se hizo romana. Los sannios se encontraron todavía más compactos por la presión de los invasores. Lucharon durante veinte años, a veces con éxito, como cuando abatieron a sus enemigos en las Horcas Caudinas, pero al fin fueron rechazados a sus montes, perdiendo la Campania y la Apulia (303 a. de J. C.) que Roma proveyó de guarniciones y, dejando asegurada la región del Mediodía, volvió a marchar hacia el Norte. Siguieron las empresas contra los equos, sabinos, umbros y etruscos del valle del Tíber, mientras los sannios aprovechaban esa oportunidad para tomar las armas de nuevo (298 a. de J. C.) y los galos senones comparecían también en el campo de batalla.

Estos últimos fueron vencidos, los sannios obligados a pedir la paz, los sabinos romanizados (299). Gran parte de la Italia central y meridional fué romanizada, excepción hecha del Sannio que resistió obstinadamente.

En el siglo III el conflicto de Roma con los tarentinos tuvo por consecuencia la lucha con Pirro, rey del Epiro, llamado en socorro de aquéllos junto con todas las gentes de la Italia meridional, pero después de varias vici-

situdes quedó vencido también el nuevo peligro : fué tomada Tarento, terminó el dominio griego en la costa oriental, los lucanienses y bruzios fueron acogidos en la confederación romana, los sannios sometidos definitivamente y privados de gran parte del territorio. Roma dominó desde el Arno y el Rubicón hasta Mesina. Entonces le llegó la vez a Sicilia. Mesina primero, y la costa oriental, excepto Siracusa, después, cayeron en poder de Roma, y, por último, después de diecinueve años de guerra, los cartagineses tuvieron que ceder la isla (241); poco después perdieron también la Cerdeña. Cuando más tarde los cartagineses, con Aníbal al frente, tomaron su revancha en Cannas (216), toda la Italia meridional, mal sometida fuera de las colonias y de las guarniciones romanas, se rebeló otra vez y se unió al invasor púnico ; los griegos, oscos y etruscos entrevieron una posible resurrección que, pocos años después, la victoria de Escipión en Zama anuló para siempre (202), reafirmando la hegemonía romana y reduciendo a los cartagineses a su originaria patria africana. Aquel fué el momento decisivo que determinó el fin de las diversas civilizaciones meridionales, y la incontrastada huella de la capital se afirmó una vez más. Sólo quedó por dar un último paso : que todas las gentes itálicas se hicieran efectivamente romanas, y esto se consiguió también por medio de la guerra. Los italos confederados se levantaron de todas partes a pretender el derecho de ciudadanía romana que los hiciese iguales a los dominadores, y la resistencia encontrada les llevó a intentar la ruptura del yugo.

Una poderosa Liga itálica se formó y combatió desde el Apenino piceno hasta la Apulia; los umbros y los etruscos trataron también de asociarse. Entonces vinieron las concesiones por parte de la ciudad dominadora; la *lex Julia de civitate* comenzó concediendo el derecho de ciudadanía a todos los italos que habían permanecido fieles; otras dos leyes sucesivas extendieron la concesión frenando muchos impulsos rebeldes y permitiendo la concentración de fuerzas contra la tenaz resistencia oscosabélica, reducida por último al Sannio y a la Lucania. Pocos años después, Sila dominó para siempre a los sannios y venció la última resistencia etrusca, evacuando de sus habitantes buena parte de la Campania y de la Etruria para establecer en su lugar a sus propios soldados. Destruída así la nacionalidad osca y la etrusca, Sila fué realmente el fundador de la unidad itálica bajo el dominio de Roma.

5. Para no complicar demasiado la narración hemos dejado al margen las vicisitudes que sufrió la Italia septentrional. Allí vivían los celtas, limitados a Oriente por los venecianos y a Occidente por los ligures. Tito Livio afirma (V, 34, 35) que los celtas, obligados a emigrar de su habitual residencia por exceso de población, bajaron a Italia en tiempos de Tarquinio Prisco (616-578 a. de J. C.) dispersando en el Tesino a los etruscos que dominaban en esa región — etruscos eran las gentes circunvecinas de Parma, Mantua, Bolonia — y fundando la ciudad de Milán. También los umbros, que dominaban en Ravena, hubieron de sufrir la invasión que se exten-

día por este lado del Po ; de la misma manera fué reducido el dominio de los ligures y venecianos, pueblo, según Herodoto (1), de raza ilírica, cuya estirpe indoeuropea revelan los nombres locales y algún resto epigráfico, y que en la época de Polibio (siglo II) conservaba aún su nacionalidad y su lengua, establecido hacia el Adriático. El mismo Livio nos dice (X, 2) que los venecianos de Padua estaban siempre en armas ante el peligro de los galos (2). Otras estirpes celtas cayeron sobre las regiones en que más tarde había de nacer Aquileya, y un poco más adelante en la costa adriática entre Rímini y Ancona.

Según una tradición referida por Livio, con la que están de acuerdo Plinio, Diodoro Sículo y Apiano, la invasión celta tuvo lugar no hacia el año 600, sino hacia el 396 a. de J. C. (3). Los historiadores están de acuerdo generalmente en que un pueblo venido de más allá de los Alpes, atraído por la belleza y fertilidad de la llanura del Po, estableció allí sus moradas, desplazando a los etruscos.

Era el mismo pueblo que por emigraciones y conquistas sucesivas terminó ocupando de modo más o menos estable buena parte de Europa. Podemos seguirle paso a paso en la historia del siglo VI a. de J. C. y siempre tuvo por centro el curso medio del Rhin

(1) *Storie*, I, 196, 1.

(2) Los romanos llamaban galos a todos los celtas del continente europeo.

(3) Estos diversos testimonios se encuentran reunidos en la obra de DOTTIN, *Manuel pour servir à l'étude de l'antiquité celtique*, 2.ª ed., París, 1915, págs. 408 y ss.

(*Rhēnos* es un nombre celta como el del río Main = *Moinos*, y el de la ciudad de Maguncia = *Maguntiăcum*). La Germania se extendía hasta el Elba y más allá, llegando al Mediodía hasta los Alpes y por la Galia septentrional hasta el Loira. Forma como una barrera gigantesca entre la cultura mediterránea y la oscura masa bárbara de los germanos. Lo que siglos después hicieron éstos en Europa — desparramarse violentamente más allá de sus tierras nativas invadiendo territorios exterminados por otras gentes — lo hicieron ahora los celtas. Habían penetrado ya, tal vez en edad remotísima, en las lejanas Islas Británicas; entre el año 700 y el 500 a. de J. C. ocuparon la Galia, donde hasta entonces no se tenía mención más que de los ligures. Impulsados por aquella fatal ansia mediterránea que empujaba a los pueblos del Norte hacia las pingües tierras soleadas del Mediodía, abandonaron a los vecinos germanos su sede originaria entre el Rhin, el Main y el Elba ; en el siglo v, probablemente, se trasladaron a España, estableciéndose en el Centro y Occidente entre los nativos iberos. Otra corriente abarca los Alpes suizos, invade el país de los vendélicos, arroja a los habitantes de la Iliria septentrional y de Panonia, donde la toponimia conserva su recuerdo (el nombre de Viena, *Vindóbona*, es celta) y aparece en Italia, viniendo no se sabe de dónde, hacia el año 400 a. de J. C., llegando a exaltar su orgullo sobre las ruinas de Roma, ganada en 390. Otras corrientes siguen el curso del río Danubio penetrando en la Península balkánica, se ponen de acuerdo con Alejandro, y le envían mensajes a Babilonia. Después

de la muerte del gran emperador conquistaron Macedonia el año 280; saquearon Delfos, volvieron por la Tracia hacia Bizancio y el Asia Menor, fundando un reino independiente hacia el año 235.

El año 298 vinieron nuevos celtas de los Alpes a Italia para reforzar a los cisalpinos que allí estaban ya desde un siglo antes. Otros bajaron todavía muchas veces en los años siguientes.

Este pueblo aventurero sólo nos es conocido por testimonios incompletos y frecuentes discordias que nos relatan los escritores griegos y latinos, quienes por otra parte los confundieron frecuentemente con los germanos. Eran guerreros salvajes que, según Aristóteles, iban ligeramente vestidos, y según Estrabón, se recargaban de adornos bárbaros. Los galos que se establecieron en la llanura del Po vivían en pueblos sin amurallar, formados por casas de madera cubiertas con paja.

Catón atribuye a los cisalpinos dos cualidades : saber combatir y ser oradores hábiles : *Gallia duas res industriosissime persequitur : rem militarem et argute loqui ;* si el *argute loqui* del texto no es un circunloquio por *agricolturam* (1). Polibio los considera extraños a todo lo que no fuese agricultura y guerra (2). Esta fué también la característica de la Galia transalpina, pero la abundancia de metales contribuyó a la propagación de la industria. El

(1) En un fragmento conservado de Gelio : Keil, *Grammatici latini*, t. I, pág. 202, cfs. para las correcciones *Philologie et linguistique*, crestomatía ofrecida a Luis Havet, París, 1909, págs. 119-128.

(2) *Storie*, II, 17.

Gobierno era generalmente oligárquico y aristocrático. El Estado, dirigido por aquellos que César llama vagamente *magistrados*, se apoyaba en una especie de organización feudal y en una asamblea. Sacerdotes y nobles concentraban en sí el poder, y la plebe vivía en condición casi servil.

Había otra casta distinta de la de los caballeros que participaba de los oficios públicos : la de los *druidas*. No eran éstos precisamente sacerdotes, sino algo más, unos personajes investidos de funciones religiosas, educativas, políticas y judiciales. La etimología y el valor exacto del nombre que los caracteriza son inciertos (según Thurneysen, viene tal vez de *dru-vids*, « muy sabios »). Diodoro los llama *filósofos* (1), diciendo que nadie ofrecía sacrificios a los dioses sin su intervención, puesto que ellos conocían su naturaleza y hablaban su lengua. Eran, por tanto, entre otras cosas, adivinadores, naturalistas, médicos, además de maestros de la juventud. Se consideraban depositarios de las tradiciones nacionales y se les tenía por instigadores de los movimientos de rebelión contra la dominación romana. Esta actitud contribuyó a hacerlos desaparecer pronto. En la Galia los suprimió un senadoconsulto, en tiempos de Tiberio. Aun subsistieron durante algún tiempo en el refugio de las selvas, pero en la época de Vespasiano no se encontraba huella de ellos. De manera análoga desaparecieron de la Gran Bretaña, aunque allí habían tenido su principio, puesto que ya no se habla de druidas entre los celtas de Italia, de Iberia, del Danubio

(1) *Bibliot.*, V, 31.

y de Asia Menor, y en la misma Galia la doctrina druídica fué importada de las Islas Británicas. Parece que los druidas pertenecieron originariamente a la estirpe — no indoeuropea — que en la Gran Bretaña encontraron los celtas invasores, quienes los adoptaron para sí (1). La doctrina era privilegio de pocos y no se confundía con la religión. Poco sabemos acerca de la religión de los celtas : pero debió asumir seguramente formas bastante variadas en un pueblo tan móvil y disperso. En los documentos tardíos que de ella se conservan aparece ya muy mixtificada con la mitología grecoromana.

Si César no se acuerda más que de los druidas (2), Estrabón reconoce (3) que entre los celtas eran objeto de particulares honores, además, aquellos que llamaban bardos y vates. Los primeros eran poetas y músicos, se acompañaban con la lira — que Venancio Fortunato llama *chrotta* — cantando, según dice Diodoro (4), himnos en alabanza de los héroes o canciones satíricas ; los vates eran adivinos. La veneración de que eran objeto estos diversos representantes del saber civil y religioso demuestra cierto grado de refinamiento intelectual. No obstante, faltan elementos para individualizar con pre-

---

(1) H. ZIMMER, *Beiträge zur Erklärung altirischer Texte der kirklichen und Profanliteratur*, en *Sitzungsberichte der königl. preuss. Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, phil.-hist. Klasse, 1909. — Cfs. POKORNY, *Der Ursprung des Druidentums*, en *Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien*, 1908.

(2) *De bello gallico*, VI, 13, 14.

(3) *Geogr.*, IV, 4, 5.

(4) *Bibl.*, V, 31.

cisión el carácter de los celtas, destacándolo de la uniforme penumbra en que están envueltos los bárbaros prehistóricos — distinguiéndoles especialmente de los germanos con los que los celtas se hallan confundidos muchas veces en la memoria de los antiguos. Cuando los historiadores griegos o romanos intentan esclarecer este enigma, es demasiado tarde: la romanización omnipotente lo absorbe todo y llega a extenderse sobre ellos. En la pobreza de documentos directos en que nos encontramos, la principal fuente de nuestros conocimientos es siempre el libro de César.

Milán, el centro más antiguo de los galos cisalpinos en Italia — *Medio-lánum* — fué tomada por los romanos el año 222 a. de J. C.; y totalmente romana fué la Cisalpina, después de algunos decenios de lucha, en 191, en que 28 500 celtas de la estirpe de los boios cayeron en la última derrota. En Parma, Módena, Cremona, Piacenza y Bolonia se asentaron sucesivamente de modo estable millares de colonos romanos y latinos. De manera análoga ocurrió en la orilla izquierda del Po, donde fueron romanizados los galos insubrios de Milán, Novara, Bérgamo y los galos cenomanos de Brescia y Verona. Junto con los celtas se confunden entonces en el nombre de Roma ligures y venecianos. El territorio de los ligures fué conquistado definitivamente en 180 a. de J. C. y distribuído en 173 a colonos romanos y latinos; sólo conservó su lenguaje hasta la época de Augusto alguna tribu remota. En cuanto a los venecianos — que Polibio considera semejantes a los galos en la indumentaria y en las costumbres, pero distintos completamente en

el modo de hablar (1) — eran ya aliados de Roma el año 225 a. de J. C. En 181 fundaron los romanos Aquileya, y la población romana afluyó hacia la ciudad anexionada definitivamente a Italia el año 42 a. de J. C.

6. Bastante rápida fué, igualmente, la conquista de la Galia transalpina por parte del proceso de romanización. Allí dominaban los celtas, como ya se ha dicho, en gran parte del país; sólo al Mediodía abundaban más los ligures; Marsella, ocupada por los foceos hacia el año 600 a. de J. C. (2), era el centro de una floreciente colonia helénica, que trascendía con sus comerciantes a las rutas de los mares y del interior. Hacia el año 154 a. de J. C. Marsella pidió auxilio a los romanos contra los ligures; háblase después de una nueva victoria contra algunas poblaciones célticas que, según Q. Fabio Máximo, dió lugar en 121 al comienzo de la dominación romana en la Galia meridional, camino importante para las comunicaciones terrestres con la ya conquistada Iberia. El año 122 fundó Roma el castillo de *Aquae Sextiae* (Aix) y en 118 la colonia *Narbo Martius*, de la que tomó el nombre de *colonia Narbonensis* toda la provincia del Sudoeste de la Galia. Desde entonces la romanización alcanzó cada vez mayor predominio en todo el Mediodía, especialmente cuando Julio César, por castigar a Marsella de su hostilidad durante la guerra civil, la privó de gran parte del dominio. La Marsella griega

(1) *Storie*, II, 17.
(2) No están de acuerdo en esta fecha los testimonios de los antiguos.

perduró aún y logró mantener durante algún tiempo, con el uso de su lengua capaz de resistir la influencia de Roma, una influencia de cultura destinada a dejar huella no muy fácil de determinar, pero profunda, sin duda, en la cultura meridional de Francia. Varrón, en el siglo I a. de J. C., llama a los marselleses *trilingües, quod et graece loquantur et latine et gallice* (1). El griego fué empleado en las inscripciones hasta los comienzos de la Edad Media.

También los galos limítrofes se sirvieron de los caracteres griegos, como lo prueban inscripciones gálicas en aquella escritura, y el testimonio de César (2).

La *provincia Narbonensis* se romanizó en pocos años y fué considerada como una parte de Italia. *Italia verius quam provincia*, la llama Plinio (3). César concedió a sus habitantes derecho de ciudadanía romana. Era la provincia por excelencia, y para indicar a algún originario del país bastaba decir *natione Provincialis*. De ahí procede el nombre moderno de Provenza, *Provence*, que significa sencillamente *provincia*. Cicerón nos ha legado una vivaz descripción de la vida que se desarrolló bajo la influencia romana (4).

Todo el resto de la Galia llegó a ser romana por las armas de César, desde el año 59 al 51 a. de J. C. Estaba dividida en tres partes, habitadas por distintas ramas

(1) S. GIROLAMO, *Commentariorum in epist. ad Galates*, lib. II, al principio.
(2) *De bello gall.*, VI, 14, 29.
(3) *Nat. Hist.*, III, 4.
(4) *Pro Fonteio.*

de celtas — Aquitania, Lugdunensis, Bélgica — diversas entre sí por su lengua, instituciones y leyes, a pesar del fondo común de la estirpe. Esta división continuó en el orden administrativo establecido por Augusto cuando residió en estas comarcas entre 16 y 13 a. de J. C. La Aquitania, donde en parte vivían aún gentes ibéricas, estaba comprendida entre los Pirineos, los Cevennes, el Garona y el mar. La *provincia Lugdunensis* — Lugdunum, *Lyon*, colonia romana fundada el año 43 a. de J. C. — estaba limitada por el Loira, el Sena y el Saona ; Bélgica, al Norte del Saona y del Sena, ocupaba toda la Galia septentrional y se extendía a Oriente hacia el Rhin. Las tres provincias reunidas administrativamente tuvieron por capital a Lyon, donde anualmente se reunía el Concilio de los representantes de las diversas *civitates* en que se dividía la región interior (las *civitates* aumentaron en tiempos de Augusto de 60 a 125). Las cuestiones financieras, aduaneras, etc., eran comunes, manteniendo de esta manera en la Galia una verdadera unidad bajo el Imperio.

Rica en autoridad, comercio y cultura, sede del gobierno común, Lyon parecía una segunda Roma. Druso había erigido allí, el año 12 a. de J. C., el *ara Augusti*, casi un centro espiritual de todo el país. El Mediodía, sobre todo, estaba invadido de romanos, mientras en el Centro y al Norte era su número más escaso, y la población siguió siendo celta en su mayor parte. Sin embargo, el genio administrativo de los conquistadores, dejando a los conquistados una amplia autonomía bajo el freno del poder imperial, respetando con sagaz

tolerancia los usos y la fe, dando carácter sacerdotal, según la tradición druídica, a aquel que el Parlamento de Lyon elegía su presidente, consiguió hacer penetrar por todas partes en brevísimo tiempo la superior influencia de la cultura de Roma. Ya en tiempos de Tiberio eran célebres los estudios romanos de *Augustodonum* (Autum) en los que se formaban la mayor parte de los jóvenes celtas (1). Más lenta que en el Mediodía fué la romanización en el Centro y en el Norte, pero ninguna región pudo resistir su ímpetu, y el ingenio pronto de los galos acertó a sacar fecundísimo impulso. Calígula ordenó debates de elocuencia latina y griega en Lyon que se hicieron famosos en todo el Imperio. En general, los siglos II y III señalaron la hora más importante para la latinidad gálica por las célebres escuelas romanas de Narbona, Tolosa, Burdeos, Tréveris, Lutecia y Rouen. Plinio celebraba que los libreros de Lyon vendieran sus *libellos* (2), y el español Marcial oyó decir que sus propios libros hacían las delicias de Vienne (3). En las postrimerías de la República, Galia producía ya hombres — P. Varrón Atacino, Cornelio Galo, Pompeyo Trogo — que prestan luz a la cultura romana. Los oradores galos eran célebres. En el Norte del país *Augusta Trevirorum* — Tréveris — se convirtió en un centro activísimo de romanización.

7. Las lenguas originarias de la población romanizada debían decaer, naturalmente, y ceder paso al latín.

(1) TÁCITO, *Annales*, III, 43.
(2) *Epist.*, 9, 11, 2.
(3) 7, 88, 1.

De estos diversos idiomas, ramas del tronco común celta, bien poco sabemos, en substancia (1). Precisamente porque el latín cortó la vida de estas lenguas, no podemos estudiarlas a través de hechos sucesivos que llegaran hasta nosotros, sino que debemos atenernos a los escasos documentos que han sobrevivido a la ola romana. La condición de las lenguas celtas en las Islas Británicas fué muy distinta, porque allí no fueron sofocadas por completo ni por Roma ni por la invasión anglosajona de que hemos hecho mención. En Irlanda se habla todavía celta, así como en parte de Escocia y en la isla de Man. Son tres dialectos que en conjunto constituyen el grupo llamado *gaélico* (de la antigua voz irlandesa *goidhel*, escocesa *gaedheal*, pronunciado *gael*). Dialectos celtas de otro grupo son el *cornico* — dialecto de Cornuailles, que se usaba a principios del siglo XIX — y el *címrico*, hablado en el País de Gales: forman el grupo *bretón*. Afín a ellos es el *armoricano* que se habla

(1) Como todos sabemos, el celta es una lengua perteneciente a la gran familia indoeuropea. DOTTIN (*Manuel* cit., página 125) hace notar que de mil voces celtas de las de *Urkeltischer Sprachschatz* de W. STOKES y AD. BENZZENBERGER (FICK, *Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Srachen*, 4.ª edición, vol. II, Gotinga, 1894), 418 son comunes a toda la familia (sánscrito, zendo y armenio en Asia; eslavo, griego, itálico y germano en Europa); 143 comunes sólo al celta y al germano; 106 al celta y al itálico; 74 al celta y al griego; 68 al celta y al litoeslavo; 39 al celta, itálico y germano; 34 al celta, al griego y al itálico; 34 al celta, eslavo y germánico; 22 al germánico, céltico, griego e itálico; 18 al celta, griego, itálico y eslavo; 17 al celta, itálico y eslavo; 16 al celta, griego y germánico; 15 al celta griego, itálico, germánico y eslavo; 12 al celta, itálico, germánico y eslavo; 7 al celta, griego, germánico y eslavo.

en la Bretaña francesa, la antigua Armorica : dialecto que llevaron consigo los celtas de Cornuailles (quienes se llamaban ellos mismos *bryton*, y *brytonec* a su lengua) cuando entre el siglo v y el vii de la Era vulgar pasaron de la isla nativa a la costa francesa, huyendo del dominio anglosajón, y se establecieron allí de manera fija, imponiéndose a la escasa población de galos romanizados que la habitaban. De ellos pasó a la tierra el nombre de Bretaña *(Britannia minor)*.

La Irlanda celta estaba destinada a tener no poca influencia en la cultura medieval. Cristianizada en el siglo iv, fué centro de fe y de estudios, no siendo turbada en los siglos sucesivos por bárbaras incursiones germánicas como el resto del Imperio. En muchos conventos el cultivo de la doctrina religiosa iba acompañado con el entusiasmo por la tradición clásica amorosamente perseguida en sus códigos. Monjes irlandeses emigraron en los siglos vi y vii al continente que no estaba sometido a los bárbaros, llevando juntos la palabra de Dios y el rayo de luz de su gramática. Entre ellos fué a vivir San Colombano, que fundó el monasterio de Bobbio al pie de los Apeninos. Buen número de doctos procedentes de Irlanda pasaron a la corte de Carlomagno ; entre otros un cierto Dungal, que viviendo después en el claustro de San Agustín, en Pavía, fué encargado en esta ciudad, el año 825, de dirigir una escuela que parece ser el germen de la futura Universidad. Una copiosa contribución a la cultura de la Edad Media proporcionaron los bretones emigrados a Francia : fueron el trámite por el cual se

propagaron las antiguas leyendas británicas del rey Arturo, preparando la fantástica floración del ciclo arturiano.

Los dos grupos idiomáticos antes aludidos — gaélico y británico — dieron lugar cada uno a una rica literatura. El primero tuvo en el irlandés antiguo y medio una lengua literaria que conservó la propia unidad hasta después de la Reforma, cuando la católica Irlanda se separó espiritualmente de Escocia y de la isla de Man, unidas al movimiento reformador. El grupo británico nos aparece en sus documentos más antiguos (siglos VIII-X) como una gran unidad en la cual sólo con trabajo pueden distinguirse los diversos elementos. Poco a poco la separación geográfica y política existente entre los distintos dialectos del grupo, no contiguos entre sí, hizo que aumentaran cada vez más las características dialectales respectivas, hasta el punto de que hoy el címrico y el bretón hablado en Francia parecen lenguas diversas. Grandes son, pues, las diferencias actuales de uno y otro grupo, del gaélico y el bretón, a pesar del origen común, tanto, que los que hablan uno apenas comprenden a los del otro. Para entender mejor el aislamiento relativo de Irlanda con relación a las otras Islas Británicas adviértase que, de la misma manera que fué independiente de la Gran Bretaña en el aspecto político durante la segunda mitad del siglo XII, así también fué independiente en los sectores material e intelectual; así puede decirse que desde el siglo VI a. de J. C. al VII d. de J. C. fué considerada más bien como una colonia libre de la Galia

occidental, ligada a ésta por relaciones más intensas que con la Gran Bretaña (1).

Volviendo al celta del continente europeo, hay que reconocer que, como ya hemos dicho, fué sofocado en la Galia por el latín y cedió igualmente al latín, a los dialectos germánicos o a otros idiomas en el transcurso del efímero dominio de la raza que en celta se expresaba. ¿De qué medios disponemos para reconocer algo, después de tanta ruina? Son varios, pero el fruto que de ellos se consigue no es muy rico. Tenemos, en primer lugar, ciertas palabras que nos son referidas como celtas por los escritores griegos y latinos. Por ejemplo, *marca* significa « caballo » para los celtas, según Pausanias (X, 19, 11), y Servio cita la voz *gaesa*, dándole el sentido de « azagaya » (cfs. el irlandés *gai*, *gae*). *Bascauda* es un vaso, según Marcial (XIV, 89). *Dunum* equivale a « monte », según diversos testimonios (cfs. el irlandés *dun*, fortaleza). En total, estas voces, expresa o hipotéticamente señaladas como celtas, son poco más de doscientas ; las más numerosas son nombres de plantas usadas en la farmacopea antigua, pero también las hay relativas a animales, guerra, agricultura, utensilios de trabajo, etc. Muchísimas corresponden a voces de las lenguas celtas insulares. A este grupo pueden unirse, después, otras voces de origen celta adoptadas por el latín (de las que hablaremos a continuación) o del

(1) H. ZIMMER, *Ueber direckte Handelsverbindungen Westgalliens mit Island im Altertum und frühen Mittelalter.* Sitzungsber. der kgl. preuss. Akademie der Wissenschaften zu Berlin, phil.-hist. Klasse, 1909 y 1910.

germánico, que se distinguen por alguna particularidad fonética o por testimonios directos o porque siguen usándose aún en los modernos dialectos celtas.

Otra fuente notable son las inscripciones, poco numerosas — cerca de una cincuentena —, algunas escritas en el alfabeto etrusco de la Italia superior, otras en alfabeto griego [César hace notar que los druidas se servían de *litteris graecis* (1)] y parte, finalmente, en el alfabeto latino. El conjunto que nos ofrecen es escaso y muchas veces oscuro : pocas son celtas con seguridad. La última fuente, abundantísima, son los nombres propios, referidos por los clásicos o conservados en las inscripciones o en las monedas, especialmente los nombres de lugar, muchos de los cuales sobrevivieron a la suerte de los celtas, conservándose hasta hoy en algunos de los lugares donde existió un día el Imperio, y constituyendo de esta manera el mejor documento histórico a través del cual puede seguirse en el pasado ya lejano el camino que siguió por Europa aquella inquieta estirpe. Muchos ejemplos serán registrados más adelante cuando hablemos de la supervivencia del celta en las lenguas neolatinas. Entre tanto diremos, en general, que de origen celta se conservan nombres compuestos de lugar que tienen por segundo elemento las voces *-dunum* « monte » (más de un centenar esparcidas en Europa desde Portugal a Serbia y Rumania), *-durum* (ant. celt. *doro* « puerta » ? (2)),

(1) *De bello gallico*, I, 29 ; VI, 14.

(2) Cfs. MEYER-LÜBKE, en el *Sitzungsberichte der kaiserlichen Akad. der Wissenschaften in Wien*, phil.-hist. Klasse, CXLIII.

-nemetum « recinto sagrado », *-magus* « campo », *-briga* « altura », *-ritum* « vado », *-bona*, de significado incierto, ejemplos : *Viro-dunum*, Verdun (1) ; *Novio-magus*, Noyon ; *Sego-briga*, Segorbe en España ; *Vindó-bona*, Viena. Hay otros, de distinta composición, como *Medio-lanum* o *Mediolanium*, que además de la ciudad lombarda es también el nombre de casi una cuarentena de localidades de origen celta en Francia y otros países (2).

Entre los países continentales de Europa que un día pertenecieron a los celtas, es la Galia, indudablemente, el que poseyeron con más seguridad, tanto, que durante mucho tiempo pudo sostenerse la opinión, hoy abandonada, de haber iniciado los celtas de la Galia el movimiento para invadir España, Italia, la Península balkánica, Asia Menor y la Gran Bretaña. Por el contrario, H. d'Arbois de Jubainville ha observado que en la misma Galia son celtas, siquiera en gran parte, los nombres de lugar habitados, pero todos los nombres de montes y ríos son de apariencia ligur (*Rhodanus*, *Sequana*, *Isara*, *Jura*, etc.). Mientras los celtas dieron nombre a las fortalezas y a los centros de población, los nombres de los ríos y de los montes siguieron siendo los mismos que habían señalado otras gentes anteriores a la ocupación celta del país (3), que fueron esclavizadas por los nuevos dominadores ; de la

(1) Verduno en Piamonte, Verdú en Cataluña, Berdún en Aragón.

(2) LONGNON, *Mediolanum*, en la *Revue celtique*, VIII, página 374. Cfs. ibíd., XX, pág. 443.

(3) *Les premiers habitants de l'Europe*, 2.ª ed., vol. II, París, 1894, págs. 124 y ss.

misma manera sufrieron luego los celtas, a su vez, bajo el yugo romano. En otros respectos, pero llegando a conclusiones afines, H. Zimmer nota en las costumbres y en la lengua de los celtas insulares el mismo dualismo que puede advertirse también en los celtas en general en los pueblos itálicos y en los germanos, es decir, la huella de una mezcla de elementos indoeuropeos con el fondo preexistente de una raza no indoeuropea y que él llama ibérica, para usar un nombre expresivo de mixtificación (1).

En conjunto, la singular pobreza de cuanto nos es conocido en torno al antiguo celta del Continente donde tuvo su sede más florida, en la Galia, nos atestigua, como decimos, el inmenso poder de Roma. Hay que advertir, sin embargo, que esto no quiere decir que se borrara en un momento en todos los órdenes de la población : tenemos pruebas de lo contrario y, por otra parte, hubiera sido imposible, puesto que los celtas permanecieron en el país después de la conquista romana y gozaron de cierta autonomía administrativa, como se ha dicho. Claro es que el latín debió penetrar más lentamente en las clases menos cultas y en aquellos lugares que por su apartamiento de los grandes centros estaban en menor contacto con los romanos. Ulpiano, a principios del siglo III de J. C., estableció (y su testimonio se registra en el Digesto) que los testamentos pudieran ser redactados *non solum latina vel*

(1) « En tal mezcla consiste lo que llamamos hoy celtismo, romanismo, germanismo ». *Sitzungsber. der königl. preuss. Akad. der Wissenschaften zu Berlin*, phil.-hist. Klasse, 1910.

graeca lingua, sed etiam gallicana. Según Elio Lampridio, una druidesa predijo *gallico sermone* la muerte del emperador Alejandro Severo (1). San Jerónimo (341-420) que había vivido en Tréveris en la Galia, y en Ancira en Asia Menor, escribe (2) que los gálatas — celtas emigrados hacía siglos al Asia Menor — se servían además del griego, de un dialecto casi igual al de Tréveris ; los argumentos opuestos a esta última afirmación no han conseguido debilitar su solidez. Lo mismo puede decirse de un diálogo de Sulpicio Severo (3), de principios del siglo v, en el que un galo del Norte se excusa de traer su lengua rústica y poco elegante (es decir, un latín poco pulido) entre los floridos aquitanos del Mediodía, y uno de ellos le responde : pero habla claramente, si quieres, *vel celtique aut gallice.* Menos claros son otros testimonios, como el de Ireneo, que vivió en Lyon en el siglo II. Éste se excusa de la poca finura de su griego (4), por el hecho de que viviendo entre celtas debe ocuparse de su « bárbaro dialecto » : si se considera que vivía en un centro de romanización como Lyon puede suponerse que el bárbaro dialecto no fuese sólo el celta, sino, al menos hasta cierto punto, también el latín vulgar hablado por los celtas. Según todas las probabilidades, el celta desapareció en el siglo VI, después de la caída del Imperio.

---

(1) *Severus,* 60, 6.
(2) MIGNE, *Patrología latina,* t. XXVI, col. 382.
(3) *Dial.,* cap. XXVI, en MIGNE, *Patr. lat.,* t. XX.
(4) *Contra haereses,* lib. I, praef., MIGNE, *Patr. graeca,* t. VII, col. 444.

8. En la Península ibérica los celtas invasores ocuparon una vasta superficie que no puede precisarse con exactitud. Los celtíberos, mencionados por Diodoro y Estrabón, ocuparon una región central en las fuentes del Tajo, del Guadiana y del Guadalquivir, pero también fuera del territorio habitado por los celtíberos se encuentran numerosos nombres celtas de lugar. Varias tribus debieron emigrar entre la población ibérica. Según Estrabón, había celtas en el país correspondiente al actual Portugal meridional (1). Otras indicaciones de diversas colonias celtas nos dan los antiguos, pero no se encuentra huella de celtas en las Provincias Vascongadas, en Navarra, Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía y las costas septentrionales. En la historia de la Península estos celtas no tienen individualidad propia : el nombre de celtíberos mismo es indicio de una mezcla con los indígenas. En la historia de la penetración romana, y para estudiar el origen de la nueva raza neolatina, se han tenido más en cuenta los iberos que los celtas.

9. ¿Quiénes eran los iberos? La cuestión es sumamente difícil. Hemos tratado ya de los vascos ; ahora bien : los vascos parecían descendientes de los iberos. Esto sostiene con gran abundancia de datos de investigaciones Guillermo de Humboldt (2). Confrontando el vasco con los nombres ibéricos conocidos a través de

(1) III, I, 6.

(2) *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewöhner Spaniens vermittelst der Vaskischen Sprache*, Berlín, 1821.

los escritores antiguos y con las huellas ibéricas que pueden advertirse en la toponomástica, afirmó que el vasco es el ibero, hablado un tiempo en toda la Península y difundido también en otros países mediterráneos. La hipótesis de G. de Humboldt es aceptada generalmente, si bien ese investigador la apoyaba en gran parte en semejanzas lingüísticas muy ingenuas, como no podía menos de suceder en un tiempo en que los estudios filológicos no se establecían aún sobre sólidos fundamentos. En realidad, cuando se puso en juego una investigación metódica, los resultados siguieron siendo los mismos, según se deduce de las investigaciones de A. Luchaire (1). Examinando todo el material lingüístico, Luchaire saca por consecuencia que en toda región española se encuentran nombres que pueden ser explicados por el vasco ; por eso se comprende que el pueblo vasco era afín al ibérico, y que este parentesco se extendía también a los habitantes de la antigua Aquitania, donde muchos nombres locales muestran su semejanza con el vasco. Sabemos que los aquitanos eran distintos de los otros pueblos de la Galia. Los resultados de la investigación lingüística parecen confirmados por diversas afinidades de otro género (2). No parece que la familia ibérica estuviera constituída con verdadera y auténtica unidad : el nombre colectivo mismo de iberos se aplica a to-

(1) *Remarques sur les noms des lieux du Pays basque*, 1874 ; *Les origines linguistiques de l'Aquitaine*, 1877.

(2) GERLAND, *Basken und Iberer*, en *Grundriss der rom. Ph.*, I, 422 y ss.

das las ramas del linaje común por los mercaderes griegos de Marsella que lo encontraron por primera vez entre los habitantes de las orillas del Ebro. No obstante, la relativa unidad actual del español testimonia la existencia de un fondo de raza común en todo el país, fondo que se mantiene bien firme contra las diversas emigraciones griegas, celtas y púnicas. Cuando, después, Roma impuso su dominio, los iberos conservaron su carácter a pesar de haber perdido el idioma, que sólo pudo sobrevivir en las montañas vascas. Los iberos no tuvieron unidad política ni siquiera verdadera unidad lingüística, repartiéndose su idioma en varios dialectos — pero su fondo era común, y sobre este fondo se estableció la romanización.

¿De dónde provenían los iberos? A esta pregunta se ha contestado de diversas maneras desde los geógrafos griegos, ya embarazados al encontrar otros iberos al otro lado del mar Negro, junto al Cáucaso. « Los iberos de Asia, escribe Appiano (1), son considerados por unos como una colonia de los iberos de Europa, por otros como los padres de éstos ; hay, finalmente, quien cree que no tienen de común otra cosa que el nombre, no teniendo parentesco ni de costumbres ni de lengua ». Humboldt hace derivar los iberos del Asia Menor, otros de los bereberes (2), otros de los egipcios

(1) *De bello Mithridatico*, c. 101. Cfs. D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, *Les premiers habitants de l'Europe*, pág. 399.

(2) G. von der GABELENTZ, en *Sitzungsberichte des kön. Akad. d. Wissenschaften*, hist.-philol. Klasse, Berlín, 1893 ; y *Die Verwandtschaft des Baskischen mit der Berbersprache Nord-Afrikas*, Brunswick, 1894.

y de los coptos (1). No ha faltado quien ha encontrado semejanza al vasco con algunas razas americanas (2), y, finalmente, d'Arbois de Jubainville hace descender directamente los iberos de aquellos diez millones de hombres que, según Teopompo y Platón, habían conquistado la Europa occidental nueve mil años antes de la Era vulgar, procedentes de la fabulosa Atlántida. Opinión difícil de refutar, puesto que gira en torno de una fábula (3).

En todas estas construcciones se presupone la identidad o afinidad del ibérico con el vasco ; no siendo este último una lengua indoeuropea tampoco el ibero lo sería.

Recientemente se han presentado otras teorías. J. Vinson y W. J. van Eys separan por completo los vascos de los iberos (4). Según Vinson, los dos pueblos fueron igualmente aborígenes y completamente independientes uno del otro. A continuación, E. Philipon ha hecho a su vez todo un nuevo edificio de afirmacio-

(1) *Supplementi periodici all'Archivio glottologico italiano*, 4.ª disp., págs. 1 y ss. Cfs. SCHUCHARDT, en *Zeitschrift für rom. Phil.*, XVIII, 174 y ss.

(2) G. PHILIPS, *Die Einwanderuug der Iberer in die pyrenaische Halbinsel*, en *Sitzungsberichte der kais. Akad. de Wissensch.*, Viena, 1870. Cfs. HIRT, *Die Indogermanen*, I, 37-38.

(3) La leyenda, de origen egipcio, de la conquista de la Libia y de la Europa meridional por parte de un gigantesco ejército procedente de la Atlántida, ha sido narrada por Platón en el *Timeo*.

(4) Cfs. las *Polémiques sur les origines et les antiquités basques*, en *Mélanges de linguistique et de anthropologie*, por A. HOVELACQUE, E. PICOT y J. VINSON, y los escritos de Vinson indicados en la nota bibliográfica al final de este capítulo.

nes (1). Según él, la afinidad de los vascos con los iberos es una leyenda sin base científica. Existió en el Sudoeste europeo un pueblo prehistórico, no ario, del que los vascos son probablemente el último y aislado residuo, pero este pueblo fué pronto absorbido o confinado en el macizo pirenaico por una raza nueva, indoeuropea, que vino después de él : los iberos. Éstos eran, según Philipon, los mismos que ya hemos visto residir en Asia junto al Cáucaso, y del Oriente emigraron hacia Occidente. Recorrieron las regiones septentrionales del Asia Menor, cruzaron el Helesponto, atravesaron la región donde más tarde fueron separados los tracios y los ilíricos y penetraron en la Península itálica. Allí se dividieron en dos ramas : una, la de los iberosicanos, se extendió por toda Italia, habitada aún por poblaciones desconocidas ; otra, la de los iberos, continuó el camino, conquistó la Liguria, invadió la Galia y penetró, finalmente, en la Península ibérica por las dos extremidades de los Pirineos. Tal vez esto sucedió cuando, en el siglo VII de la Era vulgar, al parecer, los celtas, invadiendo a su vez la Galia, obligaron a los iberos que les habían precedido a confinarse en la Aquitania y a procurarse nuevas residencias más al Mediodía. La Península estaba entonces en poder de los tartesios, pueblo egeo de cultura superior a los iberos, venido por el estrecho de Gibraltar, después de haberse detenido en las costas septentrionales de África. Los tartesios perduraron al lado de los iberos. Hacia el siglo VII de la Era vulgar, España

(1) *Les Ibères*, París, 1909.

estaba habitada al menos por dos pueblos, completamente distintos e independientes y a la vez sin afinidad con los vascos : eran los libiotartesios y los iberos. Los primeros, más muelles, no supieron oponer resistencia a los iberos ni a los cartagineses ni a los romanos, y cuando estos últimos conquistaron el país, los tartesios renunciaron con singular facilidad a las propias costumbres y a la propia lengua para adoptar la de los vencedores. A ellos se debió, sin embargo, aquel rebosamiento de cultura en medio del cual florecieron ciudades opulentas admiradas por los historiadores antiguos. Los «ricos tartesios», dice Avieno (1), se entregaban con pasión a las letras. Estrabón hace una encendida pintura de la riqueza y de la pompa que resplandecían entre los turdetanos (que eran tartesios) : comparándolos con los otros iberos, dice, son más sabios : tienen literatura e historia escritas y poemas y leyes versificados (2). La lengua de los tartesios era indoeuropea (3) e igualmente ocurría con la lengua de los iberos. Esta última nos es conocida en parte por las brevísimas 77 inscripciones (o fragmentos de las mismas) que se conservan y que son posteriores al siglo IV a. de J. C., por las monedas, en número de 649, y, finalmente, por un número considerable de nombres personales, de poblaciones, ríos, montes y ciudades registrados a partir del siglo VII a. de J. C.

(1) *Ora maritima*, V, 423.

(2) 3, 1, 6.

(3) Téngase en cuenta que el carácter indoeuropeo de las lenguas egeas, aunque admitido por BRUGMANN, es negado por otros autores.

por los autores grecolatinos o conservados en las inscripciones latinas de la Península ibérica, de Aquitania y de la Galia Narbonense.

Las conclusiones de Philipon, en su conjunto sistemático, son más que persuasivas y bien fundadas ; sin embargo, el hecho de que sea posible llegar a resultados tan distintos en el examen de un problema histórico, como son los resultados de Philipon, Vinson y otros, prueba cuán oscura es aún en nuestros días la cuestión ibérica y con cuán escasos materiales contamos para llegar a una solución definitiva. Entretanto, se encuentran aún analogías entre palabras vascas y las de lenguas asiáticas, africanas, etc. Hasta el momento en que alguna nueva revelación venga a iluminarnos, mantendremos entre tanta diversidad de opiniones la de Schuchardt : que el aquitano (del que podemos tener algunas nociones a través de unos dos centenares de nombres propios) (1) es el dialecto ibérico del cual procede directamente el vasco. De esta manera resulta indudable para nosotros el parentesco de los vascos con los iberos, un día dominadores de la Península y limitados más tarde por las invasiones sobrevenidas después : por los fenicios al Sur, los griegos al Noroeste, los celtas en el Centro. El año 226 a. de J. C., durante la segunda guerra púnica, los romanos se dirigieron a la Península como aliados de Sagunto, impulsados por la necesidad que sentían de arruinar la base de operaciones de Aníbal. Las regiones meridionales fueron las

(1) Luchaire, *Études sur les idiomes pyrénéens de la region française*, 1879.

mejor dispuestas, pero el carácter altanero de aquel pueblo, atestiguado por Tito Livio, hizo durar más de doscientos años la empresa de su sumisión. Ésta sólo se realizó por completo tras una última guerra de ocho años (26-18 a. de J. C.) en tiempos de Augusto. El dominio cartaginés en una parte de las regiones fué destruído por Escipión Africano, después de largas luchas, el año 206, pero los iberos que habían prestado ayuda a los romanos contra los cartagineses, emprendieron por su parte la lucha contra los nuevos dominadores.

Tras la victoria de las armas, continuó más tranquila y, por tanto, más poderosa bajo el Imperio la obra de asimilación romana. Ésta fué más fácil en el Mediodía y en la costa oriental (con las Baleares), es decir, en los países más sazonados por su anterior civilización, mientras las ásperas provincias septentrionales resistieron más largo tiempo a la nueva cultura y conservaron un carácter más propiamente militar. Numerosas colonias fundadas ya por César y por Augusto ayudaron a la penetración latina. El año 74 d. de J. C., Vespasiano pudo conceder el derecho de ciudadanía latina a las regiones del interior. Sólo en la época transcurrida de Augusto a los Antoninos se duplicó la población. Caminos imperiales, abundantes exportaciones, activa explotación de las minas, gran incremento de las escuelas públicas, hicieron cada vez más íntima la fusión. El uso del ibérico y aun del púnico pudo sobrevivir en el pueblo durante algún tiempo en aquellos lugares en que había reinado, pero

el latín no tardó en imponerse por todas partes, hasta tal punto que España pudo dar a Roma poetas, escritores y emperadores, entre los que basta recordar a Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Trajano y Adriano. El ibérico desapareció con tanta rapidez que no parece que hubiera testimonios de él posteriores a fines del siglo I cuando escribe Tácito (1) que un hombre del país, después de haber asesinado al pretor L. Pison, apostrofó a los romanos en su dialecto, *sermone patrio*. El no existir noticias posteriores no excluye que, fuera de los centros romanos, el ibérico persistiera en algunos lugares más aislados del interior. Según Estrabón (2), los turdetanos, habitantes de una región en que abundaban los centros romanos en el siglo I de la Era vulgar, hablaban ya latín, hasta el punto de olvidar la propia lengua, que era el más cultivado entre los dialectos ibéricos: afirmaciones éstas que son, tal vez, algo exageradas.

10. Cuando Roma, movida por el deseo de asegurar los límites naturales de Italia, tomó sólida posesión de la Recia, de la Vindelicia (15 a. de J. C.) y de la Panonia y estableció en el Danubio los límites del Imperio, vino a someter una población preferentemente céltica. Sólo la Recia, como veremos, siguió siendo en parte latina. Era tradición entre los romanos que los habitantes de la Recia tenían origen etrusco (3).

(1) *Annales*, 4, 45.
(2) III, 3.
(3) Tito Livio, V, 35; Plinio, III, 20; Giustino, XX, 5.

Según atestigua Livio, «alpinis quoque ea (etrusca) gentibus haud dubie origo est, maxime Raetis, quos loca ipsa efferarunt, ne quid ex antiquo, praeter sonum linguae, nec eum incorruptum, retinerent». Hablaban, pues, un etrusco corrompido. Los de la Recia, una vez sometidos, formaron en las milicias romanas; en cuanto a los vindélicos bien poco es lo que de ellos sabemos: parece que no eran celtas, pero tampoco faltan allí huellas onomásticas de la invasión celta (1), y, por otra parte, hay quien actualmente considera a los vindélicos y a los ligures de origen indoeuropeo, afín al de los celtas mismos. En el siglo IV, la provincia rética fué dividida en dos: *Raetia prima*, con capital en *Augusta Vindelicorum* (Augsburgo), y *Raetia secunda*, con capital en *Curia* (Coira). Esta última resistió, mientras la otra se germanizaba. En el siglo IV duraba allí aún el señorío de Roma, mantenido tal vez por las emigraciones de fugitivos romanos, de manera contraria a lo que afirma Eugippo en la vida de San Severino, es decir, que los romanos de la Recia huyeron todos a Italia, dejando el campo libre a los alemanes y a los bávaros. Los primeros germanos que ocuparon la Recia fueron los godos, sin alterar nada de la administración romana.

11. Los ilirios de la Dalmacia fueron romanizados completa y definitivamente. Esta región había sido conquistada a partir del año 167 a. de J. C., después

(1) DOTTIN, op. cit., pág. 448, y *passim*. GOIDÁNICH, op. cit., págs. 128-131, niega la celtización de la Recia.

de grandes esfuerzos guerreros. En 59 a. de J. C. toda aquella orilla del Adriático fué erigida en provincia romana; numerosos municipios fueron instituídos allí más tarde por los Flavios. La «Colonia Martia Julia Salonae» fué la capital, centro de un intercambio asiduo y cada vez más intenso con la costa oriental de Italia. Las colonias griegas anteriores (establecidas principalmente en el siglo IV a. de J. C.) fueron absorbidas. Durante toda la Edad Media se conservó en los puertos de la Dalmacia, entre los eslavos que habían sobrevenido, una romanización cada vez más lánguida y atenuada. El destino natural por el que Dalmacia había sido ligada indisolublemente a Italia no tardó, sin embargo, en llevar allí una nueva ola de latinidad, con el veneciano.

Resto de los antiguos ilirios son hoy los albaneses, habitantes de la Albania propiamente dicha, del Epiro y de las colonias albanesas de Italia. El albanés, idioma indoeuropeo, es una supervivencia del ilírico. La naturaleza alpestre de los lugares y la índole rebelde de los selváticos habitantes impidieron allí que naciese, como había ocurrido en Dalmacia, un verdadero y propio lenguaje neolatino, porque la romanización no logró imponerse firmemente en la región. Aún se encuentran afinidades entre el albanés y las otras lenguas adriáticas, de la Dalmacia y de la costa oriental italiana, además del rumano. De ahí se deduce que el problema del origen de los albaneses no puede separarse de aquel que refleja el origen del pueblo rumano, del que hablaremos en breve. Para explicar esta afinidad otros sos-

tienen que no debe considerarse en primer lugar a los ilirios sino a los tracios, cuando se trata de inquirir la paternidad de los albaneses y de los rumanos; los ilirios no tuvieron más que una parte secundaria (1). Precisa considerar, sin embargo, la gran afinidad del albanés con el neolatín de la Dalmacia y de las costas orientales dalmáticas — donde se supone que también se establecieron numerosas poblaciones ilíricas en edad prehistórica — y advertir que una derivación tracia común de esta afinidad balcanoadriática no tendría ningún punto de apoyo sólido en nuestros conocimientos hasta reconstruir un tronco originario ilírico entre los Balkanes y el Adriático, en el cual se deba investigar la razón de la afinidad mantenida entre aquellas lenguas diversas neolatinas y albanesas. Los albaneses son sencillamente ilíricos menos romanizados que sus parientes de la Dalmacia (2). Entretanto, es tan importante el material de voces importadas del latín al albanés como el apoyo del latín en la formación de las palabras, que puede considerarse al albanés casi neolatino. Del siglo XII proceden las últimas noticias de una lengua romance difundida por la Albania sep-

(1) G. Weigand, en el *Jahresbericht des Instituts für rumänische Sprache zu Leipzig,* XVI, pág. III. Cfs. Hirt, *Die Indogermanen.* También se refiere a los albaneses y a los tracios. Véase las objeciones fundadas de H. Pedersen, en *Kuhns Zeitschrift,* XXXVI, 299.

(2) H. Geltzer, *Beiträge zum Dalmatischen und Albanesischen,* en el *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXXII, 257 y ss. — K. Treimer, *Albanisch und Rumänisch,* ibid., XXXVIII. De este argumento hablaremos más adelante.

tentrional (1) : ésta es la fuente de los elementos romances más antiguos que han permanecido en gran número insertados en el fondo ilírico del albanés. A los elementos latinos se fueron uniendo después, en gran abundancia, nuevos elementos italianos (2), especialmente venecianos o venidos de la costa meridional opuesta, y con frecuencia también por mediación de los griegos, testimonio de las íntimas relaciones con que en todo tiempo la latinidad y la italianidad unieron las dos orillas adriáticas por el ineludible hecho geográfico e histórico que hoy continúa en la historia contemporánea.

12. En tiempos de Trajano un tercio del ejército de Roma se estableció en la costa adriática, y desde la Dalmacia la romanización se extendió por la región interior septentrional de los Balkanes hasta la Mesia, donde numerosísimos veteranos poblaron las ciudades fundadas por Flavio y Trajano, mientras, por el contrario, en Tracia, Macedonia y en la costa del mar Negro se mantenía el elemento griego. Desde el otro lado del Danubio, al Norte de la Mesia, habitaban los dacios, pueblo de nacionalidad tracia como los mesios. Militarmente poderosos y llegados a cierto grado de

(1) M. G. BARTOLI, *Das Dalmatische*, Viena, 1906, I, 192-193; del mismo, *Romania y Ρωμανία*, en la miscelánea *Scritti vari in onore di R. Renier*, Turín, 1912.

(2) R. HELBIG, *Die italienischen Elemente im Albanesischen*, en el *Jahresbericht des Instit. f. rum. Sprache*, X, 1904. Cfs., además, la recensión de J. SUBAK, en *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXX, págs. 86 y ss.

cultura — como nos lo demuestran las monedas — por una absorción gradual de la cultura grecorromana, y protegidos, además, por la defensa de su río, los dacios fueron durante mucho tiempo un peligro para el poder de Roma en aquellas regiones. César había pensado ya en combatirlos; Augusto les dominó por primera vez cuando quisieron descender de allí al Danubio, pero la lucha no tardó en resurgir. Incursiones romanas devastaban la Dacia; incursiones dacias molestaban los territorios romanos. Domiciano concertó con los dacios, después de larga lucha, una paz muy poco honrosa. Algún tiempo después entró en campaña Trajano.

Trajano estaba ya junto al Danubio en el invierno 98-99 cuando la muerte de Nerva le hizo emperador. Volvió, a la cabeza de sus ejércitos, en la primavera de 101. Una primera paz victoriosa fué estipulada el año 103, pero bien pronto resultó insuficiente. Trajano volvió a comenzar, tendiendo sobre el Danubio un puente de piedra, que entonces parecía un milagro. La guerra, recomenzada en 105, fué ganada el 107; colonos de Roma invadieron el nuevo territorio y la Dacia fué provincia romana. «Trajanus victa Dacia ex toto orbe romano infinitas eo copias hominum transtulerat ad agros et urbes colendas», dice Eutropio (1). La nueva cultura alcanzó allí mayor rapidez y fecundidad que en las provincias vecinas, habiendo sido muerta o dispersada gran parte de la población indígena. Municipios que gozaban de excepcionales privilegios surgían en multitud. Los dacios supervivientes, numerosos en

(1) VIII, 6.

la Moldavia, participaban ahora activamente de la prodigiosa vida imperial, y servían en las milicias, conservando — según las costumbres liberales de los romanos — sus costumbres y su dios.

Una obra tan admirable de cultura vino a desaparecer, cuando la madre patria, decaída por su desunión interna, no estuvo ya en condiciones de ofrecer defensa válida a estas regiones extremas del Imperio. En el siglo III comienzan a dominar los godos, descendidos al Ponto, y Aureliano abandonó la Dacia el año 271, reuniendo sus tropas en la Mesia, donde se refugió con ellas una parte de la población romana. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que la romanización fuese destruída de un golpe; los godos mantuvieron con Roma ciertas relaciones favorecidas también por el Cristianismo y respetaron hasta cierto punto las instituciones latinas; el tráfico a través del Danubio continuó, protegido por fortalezas romanas que persistían aún en la orilla izquierda. A fines del siglo VI y principios del VII cayó sobre los romanos de la región ilírica, mantenidos bajo el dominio bizantino, la ola impetuosa de la invasión eslava; los búlgaros, confundidos con los eslavos, se apoderaron de la Mesia; la cultura romana desde Dalmacia al Danubio fué transformada.

13. Hace mucho tiempo que se discute si el neolatín de la actual Rumania, que coincide aproximadamente con la antigua Dacia, proviene directamente de la Dacia romana o es — desde que los romanos se

retiraron de aquellas regiones — un reflujo de latinidad nuevamente importada a la orilla izquierda del Danubio, en época difícil de fijar, por la población romana de la Mesia, que emigrando hacia el Norte bajo la presión de los eslavos, operó una restauración del latín en aquellos lugares en que esta lengua se había ya extinguido — acaso encontrando aún algún resto de germanos latinos que habían sobrevivido allí. Esta última opinión, nacida de varios argumentos históricos y lingüísticos, ha sido estudiada cuidadosamente en época reciente. No faltan razones en sentido contrario para admitir una continuidad latina directa en la Dacia. Un investigador reciente, Sextil Puscariu, ha examinado el problema a base de sólidas argumentaciones (1) y sus resultados le han llevado a creer que la cuna de los rumanos fueron las dos orillas del Danubio, tanto la izquierda, cedida por Aureliano, como la otra, donde el elemento eslavo dominó sobre el romano. Poco a poco los romanos de la orilla derecha fueron eslavizados, mientras los eslavos de la orilla izquierda, por el contrario, se dejaban absorber por los romanos.

El problema histórico de la romanización en los Balkanes está, como se ve, erizado de muchas y graves dificultades. Un hecho innegable que debe tenerse presente en el estudio de esta Romania balkánica es el substrato étnico de los ilíricos. Entre el rumano y el albanés, como ya observamos, se advierten profundas

(1) *Eine Rekonstruktion des Urrumänischen*, en *Beihefte zur Zeitschrift für rom. Ph.*, 26, págs. 17 y ss.

relaciones no limitadas por el diverso destino de los dos pueblos y de los dos idiomas. Ambos coinciden en la sintaxis y también en la forma con que el albanés trató al propio elemento latino. En el rumano se encuentra toda una capa de voces afines a otras albanesas que no parecen importadas sino que se deben a una herencia autóctona ; esto parece confirmar el origen del rumano al Mediodía del Danubio, con un fondo de raza ilírica parecida a la que llegó a ser más tarde albanesa. Los antepasados prerromanos de los rumanos vivían en un territorio que fué penetrado profundamente por las colonias romanas ; por el contrario, sus parientes los antecesores de los albaneses opusieron a la penetración romana el áspero obstáculo de sus montes y de sus costumbres. Los unos y los otros, pues, son ilíricos más o menos romanizados, como decimos a propósito de la Dalmacia (1).

En otro capítulo veremos con más detenimiento la suerte sufrida por las lenguas supervivientes a aquella gran cultura romana destruída entre el Adriático y el mar Negro. En Dalmacia, donde la huella de Roma era más antigua, se conservaron en el idioma algunos arcaísmos preciosos del latín, a pesar de las relaciones ininterrumpidas y cada vez más intensas con la costa italiana. En el Danubio inferior, por el contrario, donde la romanización era de fecha más reciente, muy alejada de Italia y casi aislada por completo después de la irrupción eslava, quedó una lengua que cada vez se apartaba más del neolatín de Italia, aunque conser-

(1) K. Treimer, l. c.

vaba siempre alguna analogía particular respecto a los otros idiomas neolatinos de Occidente. De allí, una gran masa de población huyó al decaer el dominio bizantino, y así se explica la existencia esporádica de núcleos romanos al Sur de la línea que un día dividió en los Balkanes los países griegos de los latinos, es decir, de los macedorrumenos o aromuni, de los que hallamos referencias en Macedonia, Albania y Tesalia del siglo IX al XI. Otros descendientes de los romanos se refugiaron en la Mesia superior y en la Dardania hacia Occidente, en la antigua Dalmacia (compuesta de dos antiguos principados, Moldavia y Valachia), en Besarabia, Transilvania y en el Bánato; por otra parte, a la derecha del Danubio, en la Dobrudja, en parte de la Serbia y de la Bulgaria. Al Noroeste de Salónica hay otros rumanos musulmanes; otros más estaban esparcidos por Macedonia, Tesalia, Epiro y Albania. Un núcleo de rumanos — bastante más numeroso en el pasado — se encuentra aún en la Istria y en algunas colonias del Carso. Las revueltas políticas de la Península balkánica en estos últimos años hacen necesaria una revisión estadística, tarea difícil por el embrolladísimo caos étnico de aquella región, en la que el pueblo rumano, a pesar de la insidia y la violencia milenaria de tantas gentes, representa con firme y gloriosa tenacidad la tradición de Roma.

13. ¿Qué son las pretendidas «razas latinas»? Hay que asegurar que no existen. Por el contrario, hay otra cosa infinitamente más delicada y más pro-

funda, más sutil y más tenaz — algo que no es raza sino espíritu, que no es materia fisiológica sino luz de ideas: existe *la latinidad*.

Hemos visto que cuando Roma se lanzó en su sueño imperial a la conquista del mundo se encontró con una cantidad de razas distintas. Italos de muchas razas no latinas, griegos y etruscos, ligures e ilíricos, celtas, iberos y tracios se hicieron romanos en todas las regiones donde el espíritu de Roma estaba destinado a perpetuarse en la lengua, aun cuando el Imperio cayó deshecho bajo el peso milenario de su gloria y su cansancio. Estas gentes sometidas se apropiaron la cultura y se adaptaron a la lengua soberana de los dominadores; iluminados por la gran luz romana, aportaron también su vivo resplandor a la gran llama de vida imperial que arrojó sobre el mundo aquella luz. En el siglo IV el latín triunfaba por todas partes de manera que, cuando en el siglo siguiente se rompió el vínculo del Imperio, ninguna de las antiguas lenguas nacionales estaba en condiciones de poderse reafirmar. Aun bajo la cultura uniforme conservaron aquellos pueblos distinta sangre y alma. Los iberos siguieron siendo iberos con el sentido tenaz de su raza guerrera; los celtas siguieron siendo, en el fondo, hábiles forjadores de industria y de pensamiento, los nuevos romanos de la Galia, etc. Sólo el habla latina se imprimió intensamente en sus razas; ocurrió esto de una manera natural, por la propia fuerza, sin recurrir a ninguna violencia. Los romanos no pensaron ya en perseguir la lengua de los pueblos sometidos, así como

tampoco las religiones, pero por la autoridad de que estaba circundado su nombre pareció a aquellos pueblos un privilegio singular la concesión de emplear el latín en los actos públicos (1). Y puesto que toda lengua es una disposición de la mente, una forma del alma, una revelación de lo íntimo del ser, la común espiritualidad latina se sobrepuso a la diferencia fundamental de la sangre, apoyándose en las razones ideales del espíritu, sobre la tradición de la cultura y las aspiraciones superiores de la conciencia. Este es el principio de vida de la romanización neolatina. El acuerdo de tantos pueblos extranjeros en una misma lengua fué, al principio, el fruto de una violencia exterior, pero poco a poco creó entre aquellos pueblos una afinidad espiritual instintiva. El latín de cada uno pudo apartarse de sus bases primitivas y todas las gentes siguieron el propio hecho ; las nacionalidades sofocadas por Roma volvieron a encontrar libre el camino de la historia, pero el haber participado profundamente en una misma cultura es un vínculo que no se rompe fácilmente. Es un sentimiento fundado en su reflexión y en las más nobles actitudes de la mente, en vez del ciego, material y exclusivo sentido de la raza. Esto distingue el conjunto latino del germánico o del eslavo. Por esto, decimos una vez más, no existen razas latinas, pero existe entre muchas gentes distintas la alta conciencia armoniosa del genio latino.

(1) M. Bréal, en las *Mémoires de la Société de Linguistique*, IV, págs. 382 y ss.

Notas bibliográficas

A pesar de algunos extravíos de espíritu informador, se mantiene siempre viva la gran *Storia romana* de MOMMSEN. En Italia tenemos E. PAIS, *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*, I, Roma, 1913, y G. DE SANCTIS, *Storia dei romani*, I y II (*La conquista del primato in Italia*, 1907) ; III, en dos partes (*L'età delle guerre puniche*, 1917), Turín, Fratelli Bocca. Esta última obra se recomienda en particular por la síntesis amplia y comprensiva del mundo romano.

Un largo compendio crítico, acompañado de copiosa bibliografía para cada asunto, en torno a las diversas razas itálicas y no itálicas es el de DAREMBERG y SAGLIO, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, París, 1877, y el de PAULI-WISSOWA, *Realencyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft.*

Un sumario excelente es el formado por DEECKE y MEYER-LÜBKE, en el *Grundriss der rom. Ph.*, del que se oye citar siempre la 2.ª edición que tiene una bibliografía que llega hasta 1904. — Acerca de la geografía de la Italia antigua : H. NISSEN, *Italische Landeskunde*, 2 vols., Berlín, 1883-1902. — K. J. BELOCH, *Italischer Bund*, Leipzig, 1880. — Del mismo, *Campanien*, 2.ª ed., Breslau, 1890. — Acerca de los dialectos itálicos (sólo citaremos las obras principales) : A. FABRETTI, *Corpus Inscriptionum italicarum*, Turín, 1867-1878, con un apéndice de 1880. — MOMMSEN, *Die unteritalienischen Dialekte*, Leipzig, 1850. — R. VON PLANTA, *Grammatik der oskisch-umbrischen Dialekte*, Estrasburgo, 1893-1897. — BUCK, *A Grammar of Oscan and Umbrian*, Boston, 1904. Edición alemana, reducida, Heidelberg, 1905. — R. S. CONWAY, *The Italic Dialects*, 2 vols., Cambridge, 1897 (rica colección de materiales). — Del mismo, *Dialectorum Italicarum exempla selecta*, Cambridge, 1899. — BRÉAL, *Les Tables eugubines*, París, 1875. — BÜCHELER, *Umbrica*, Bonn, 1883.— ZWETAIEFF, *Sylloge Inscriptionum oscarum*, San Petersburgo y Leipzig, 1878 ; *Inscriptiones Italiae Mediae dialecticae*, Leipzig, 1884, e *Inscriptiones Italiae Inferioris dialecticae*, Leipzig, 1886. — W. DEECKE, *Die Falisker*, Estrasburgo, 1888.

Acerca de los pueblos no itálicos: K. O. MÜLLER, *Die Etrusker*, 2.ª ed. corregida por W. DEECKE, Stuttgart, 1877. —

W. CORSSEN, *Die Sprache der Etrusker*, Leipzig, 1874-1875. — *Corpus Inscriptionum etruscarum*, en los *Denkschriften der Wiener Akademie*, 1892. — E. LATTES, *Saggio di un indice lessicale etrusco*, en *Atti de la R. Accademia di Arch., Lett. e Belle Arti di Napoli*, 1908, 1909, 1911 ; por otra parte, *Rendic. del R. Istit. Lomb.*, vol. XLV (1912), y *Memorie* del mismo, volumen XXIII (1914), y, por último, *Terzo seguito del Saggio di un Indice lessicale etrusco*, en la *Memorie della R. Accad. di Arch. Lett. ecc. di Napoli*, vol. III (1914). — J. MARTHA, *Art étrusque*, París, 1889. — El mismo, *La langue étrusque*, París, 1913 (muy fantástica). — Acerca de los elementos etruscos en el onomástico romano : W. SCHULZE, *Zur Geschichte der lateinischen Eigennamen*, en *Abhandlungen der Göttinger Gesellschaft der Wissenschaften*. V, 2, Berlín, 1904. Para conocer los elementos etruscos de la toponomástica toscana : SILVIO PIERI, *Di alcuni elementi etruschi nella Toponomastica toscana*, en Rendiconti R. Accad. dei Lincei, vol. XXI (1912), págs. 145 y ss., reeditado como primer capítulo de un estudio que trata de « *Toponomastica della valle dell'Arno* », Roma, 1915. — S. BÜGGE, *Das Verhältnis der Etrusker zu den Indogermanen und der vorgriechischen Bevölkerung Klein-Asiens und Griechenlands*, Estrasburgo, 1909. — C. PAULI, *Die Veneter und ihre Schriftdenkmäler*, Leipzig, 1891 (*Altitalische Studien*, III). — Acerca de los ligures en Italia, cfs. el estudio de OBERZINER (que se cita en la nota 2 de la página 58), y los antedichos *Altitalische Studien*, I, de PAULI. — G. FLECHIA, *Di alcune forme dei nomi locali dell'Italia superiore*, 1873. — Sobre los mesapios : DROOP, *The Messapians Inscriptions*, en el *Annual of the British School of Athens for*, 1905-1906. — W. DEECKE, *Zur Entzifferung der messapischen Inschriften*, en el *Rheinisches Museum, N. F.*, XXXVI, XXXVIII, XL. — F. RIBEZZO, *La lingua degli antichi Messapii*, Nápoles, 1907.

Sobre la cuestión de los griegos en la Italia meridional : E. PAIS, *Storia della Sicilia e della Magna Grecia*, I, Turín, 1894.— A. HOLM, *Geschichte Siciliens im Altertum*, 3 vols., Leipzig, 1869-1898. — A. FREEMANN, *History of Sicily*, 4 vols. (incompleta), Oxford, 1891-1894. — Acerca de la persistencia de los idiomas prerromanos : G. MOHL, *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, París, 1899, y la obra de BUDINSKY, *Die Ausbreitung der lateinischen Sprache über Italien und die Provinzen des römischen Reichs*, 1881.

Acerca de los celtas: H. d'Arbois de Jubainville, *Les premiers habitants de l'Europe d'après les écrivains de l'antiquité et les travaux des linguistes,* 2.ª ed., París, 1889-1892. — W. Z. Ripley, *The races of Europe, a sociological study,* Londres, 1900. — O. Schrader, *Reallexicon der indogermanischen Altertumskunde, Grundzüge einer Kultur- und Völkergeschichte Alteuropas,* Estrasburgo, 1901. — H. Hirt, *Die Indogermanen, ihre Verbreitung, ihre Urheimat und ihre Kultur,* Estrasburgo, 1904-1907. — O. Schrader, *Die Indogermanen,* Leipzig, 1911. — G. Grupp, *Kultur der alten Kelten und Germanen,* Munich, 1905. — C. Jullian, *Histoire de la Gaule,* París, 1908-1909. — H. d'Arbois de Jubainville, *Principaux auteurs de l'antiquité à consulter sur l'histoire des Celtes depuis les temps les plus anciens jusqu'au règne de Theodore Ier,* París, 1902 (*Cours de littérature celtique,* tomo XII). — Los textos se encuentran referidos en A. Holder, *Altceltischer Sprachschatz,* Leipzig, 1891, incompleta. — H. d'Arbois de Jubainville, *Les celtes depuis les temps les plus anciens jusqu'en l'an 100 avant notre ère,* París, 1904. — G. Bloch, *Les Origines, la Gaule indépendante et la Gaule romaine,* en la *Histoire de France,* de E. Lavisse, I. — J. Déchelette, *Manuel d'archéologie préhistorique, céltique et galloromaine,* París, 1913-1914. — El mismo: *L'archéologie celtique en Europe,* en la *Revue de Synthèse historique,* III. — A. Bertrand, *La religion des Gaulois,* París, 1897. — Ch. Renel, *La religion de la Gaule avant le Christianisme,* París, 1906. — S. Reinach, *Idées générales sur l'art de la Gaule,* en la *Revue Archéologique,* IX, 1905. — Romilly Allen, *Celtic Art in pagan and christian times,* Londres, 1905. — Wh. Stokes y Ad. Bezzenberger, *Urkeltischer Sprachschatz* (Fick, *Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Sprachen,* 4.ª ed., II, Gotinga, 1894). — Holger Pedersen, *Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen,* Gotinga, 1909-1911 (2 vols.; incompleta). — J. Rhys, *The celtic inscriptions of France and Italy.* Del Proceedings de la British Academy, 1907. — C. Jullian, *De la littérature poétique des Gaulois,* en la *Revue Archéologique,* VI, 1902.

H. Zimmer ha dado una excelente exposición de conjunto y de fácil lectura, en *Sprache und Literatur der Kelten in allgemeinen,* en *Die Kultur der Gegenwart,* publicada por Paul Hinneberg, I, sec. XI, 1, Berlín y Leipzig, 1909. — Excelente guía para los estudios celtas es el citado G. Dottin, *Manuel pour*

servir à l'étude de l'antiquité celtique, 2.ª ed., París, 1915. — Conserva siempre valor entre estos tratados generales, E. Windisch, *Keltische Sprache*, edit. por Gröber, *Grundriss*, I, 2.ª ed., Estrasburgo, 1904. — Una síntesis breve, pero excelente, es la de R. Thurneysen, *Die Kelten in ihrer Sprache und Literatur*, Bonn, 1914. — Útil bibliográficamente es la de V. Tourneur, *Esquisse d'une histoire des études celtiques*, Lieja, 1905.

He aquí algunos estudios especiales que pueden interesar más directamente a los romanistas : H. d'Arbois de Jubainville, *Les Gaulois et les populations qui les ont précédés dans l'Italie du Nord*, en la *Revue celtique*, XI. — J. Zwicker, *De vocabulis et rebus gallicis sine transpadanis apud Vergilium*, Lipsia, 1905. — A. Bertrand y S. Reinach, *Les Celtes dans les vallées du Pô et du Danube*, París, 1894. — H. d'Arbois de Jubainville, *Les Celtes en Espagne*, en la *Revue celtique*, XIV, XV. — J. Leite de Vasconcellos, *Les Celtes et la Lusitanie portugaise*, en la *Revue celtique*, XXIII. — Kiepert, *Die iberischen und keltischen Namen in Hispanien*, en el *Monatsberichte der königl. preuss. Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, phil.-hist. Klasse, 1864.

Acerca de los celtas en Bretaña, J. Loth, *L'émigration bretonne en Armorique*, Rennes, 1883. — E. Windisch, *Das keltische Britannien*, en *Abhandlungen der phil.-hist. klasse der königlichen Sächs. Akad. der Wissenschaften*, 1912. — A. Travers ha intentado en vano sostener la persistencia del antiguo celta en Bretaña, en la *Revue de Bretagne*, XII. — F. Vallée, *La langue bretonne en 40 leçons*, 2.ª ed., París. — J. Loth, *Chrestomathie bretonne*, I, París, 1890.

Para conocer el celta insular bastan las indicaciones siguientes :

Irlandés antiguo : J. Vendryès, *Grammaire du vieil irlandais*, París, 1908. — R. Thurneysen, *Handbuch des Altirischen* (con textos, y diccionario), Heidelberg, 1909. — Cimrico : J. Strachan, *Introduktion to early Welsh*, Manchester, 1909. — Cornuallés : H. Jenner, *A hanbook of the Cornish language*, Londres, 1904. — Huellas latinas : J. Vendryès, *De Hibernicis vocabulis quae a latina lingue originem duxerunt*, Lutecia, 1902. — J. Loth, *Les mots latins das les langues brittoniques*, París, 1892.

Acerca de la literatura celta, véase el anteriormente citado primer volumen de la colección *Kultur der Gegenwart*, que contiene : L. C. Stern, *Die schottisch-gälische und die Manx-Litera-*

tur. — El mismo, *Die Kimrische Literatur.* — El mismo, *Die Kornische und die bretonische Literatur.* — Por otra parte, G. DOTTIN, en la *Revue de synthèse historique*, 1903-1904.

Para los vascos e iberos: J. VINSON, *Essai d'une bibliographie de la langue basque*, París, 1891 y 1898. — F. MICHEL, *Le pays basque*, París, 1857. — J. VINSON, *Le folklore du pays basque*, París, 1883. — R. COLLIGNON, *Anthropologie du Sud-Ouest de la France*, 1.ª parte, *Les Basques*, en las *Mémoires de la société d'Anthropologie de París*, 1895. — P. BROCA, *Sur l'origine et la répartition de la langue basque*, en la *Revue d'Anthropologie*, 1875. — M. DE LARRAMENDI, *Diccionario trilingüe del Castellano, Bascuence y Latín*, San Sebastián, 1745. — W. J. VAN EYS, *Dictionnaire basque-français*, París, 1873. — AZKUE, *Diccionario vasco-español-francés*, Bilbao, 1905. — VAN EYS, *Grammaire, comparée des dialectes basques*, París, 1879. — ANÓNIMO, *Gramática de la lengua vasca*, Bilbao, 1909 (empírica). — H. KIEPERT, *Beitrag zur Ethnographie der iberischen Halbinsel*, en el *Monatsberichte der Berl. Akad.*, 1864 (con un mapa). — E. HÜBNER, *Monumenta linguae ibericae. Adiecta est tabula geographica*, Berlín, 1893. — E. HÜBNER, *Römische Herrschaft*, en *Westeuropa*, Berlín, 1890. — CL. GIACOMINO, *Intorno all'opera Monumenta etc. de* HÜBNER, en los *Supplem. all'Arch. glott. it.*, aquí citados (véase pág. 89, nota 1). — E. S. BOUCHIER, *Spain under the roman Empire*, Oxford, 1914. — J. DÉCHELETTE, *Essai sur la chronologie historique de la péninsule iberique*, en la *Revue Archéologique*, XII, 1908; XIII, 1909. — H. WINKLER, *Das baskische und der vorderasiatischmittelländische Völker- und Kulturkreis*, Breslau, 1909. — Particularmente importante es la *Revista internacional de estudios vascos*, y para la cronología de los estudios vascos es la *Revue de linguistique*. Ténganse en cuenta los recientes trabajos de VINSON que allí se encuentran: 1907, págs. 1 y ss. *La langue ou les langues ibériennes*, págs. 209 y ss.; *L'ibère et le basque.* — Hay que tener también en cuenta las observaciones que en sentido contrario ha hecho H. SCHUCHARDT, *Die iberische Deklination*, en los *Sitzungsberichte der K. Akademie der Wissenschaften in Wien*, phil.-hist. klasse, CLVII, 2; y en *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXXII, 348 y ss. — Del mismo SCHUCHARDT, contra las hipótesis asiáticas de Winkler, es el escrito *Romano-baskisches*, en el *Zeitschrift* cit., XXXVI, 33 y ss.; cfs. también su *Nubisch und Baskisch*, en la *Revue internationale des études basques*, VI, 268 y ss. (mucha analogía).

Para la Recia : P. C. PLANTA, *Das alte Rätien*, Berlín, 1882.

Para los Balkanes : W. TOMASCHEK, *Die alten Thraker, eine ethnologische Untersuchung*, en el *Sitzungsberichte der K. Akad. der Wissenschaften in Wien*, 1893-1894. — Acerca de los ilíricos cfs. la obra citada de HIRT, *Die Indogermanen*. — Para los albaneses : G. MEYER, *Die lateinischen Elemente im Albanesischen*, revisado por W. MEYER-LÜBKE, en *Grundriss d. rom. Ph.* 1², 1038 y ss. — G. MEYER, *Etymologisches Wörterbuch der albanesischen Sprache*, Estrasburgo, 1891. — F. MANEK, G. PEKMEZI, A. STOLZ, *Albanesische Bibliographie*, Viena, 1909. — Para conocer las distintas vicisitudes de la latinidad en los Balkanes, véase C. JIRIÇEK, *Die Romanen in den Städten Dalmatiens während des Mittelalters*, en *Denkschriften der K. Akad. der Wissenschaften in Wien*, 1901, especialmente el capítulo primero : *Römer und Romanen im Norden der Balcanhalbinsel bis zur Einwanderung der Slaven*. — M. BARTOLI, *Das Dalmatische, Altromanische Sprachreste von Veglia bis Ragusa und ihre Stellung in der apenninobalkanischen Romania*, Viena, 1906. En el primer volumen se estudia la etnografía ilírica y la conquista romana. — O. DENSUSIANU, *Histoire de la langue roumaine*, publicado sólo el vol. I, París, 1902, cap. I *(La romanisation de la péninsule balcanique)*. — Todas las obras generales acerca del Imperio citadas ya en el capítulo anterior, pueden también aplicarse a éste : MARQUARDT, *Organisation de l'Empire romain*, traducción del alemán, vol. IX del *Manuel des Antiquités romaines*, de MOMMSEN-MARQUARDT. — Un resumen excelente figura en la obra citada en la página 51 : *A companion to latin studies*, editado.... por J. E. SANDYS, Cambridge, 1910.

Capítulo III

El latín

1. Las lenguas neolatinas se derivan del latín vulgar. Ésta es una verdad convenida y, como muchas verdades convenidas indiscutiblemente, se apoya en un equívoco. Son seguramente verdades aseguradas por el sentido común, que si se examinan detenidamente están expuestas a perder su veracidad. Son expresiones tradicionales que, a fuerza de serlo, corren peligro de ser falsas. Así ocurre también en cierto modo con la derivación de las lenguas neolatinas del latín vulgar. Es necesario comprender estos conceptos, desdoblar el valor de la palabra, si se quiere que la frase tradicional continúe siendo verdadera, en el buen sentido de la palabra.

Cuando se dice latín vulgar se entiende, naturalmente, que el latín vulgar debía tener una individualidad propia, porque latín vulgar es una definición. Así, pues, existe un latín vulgar distinto del latín propiamente dicho; de otro modo no lo llamaríamos de esta manera. Y ¿qué es el latín en conjunto? Es el que conocemos por los libros de los autores clásicos, es decir,

el latín literario. De esta manera, el latín vulgar se alza frente al literario; pero, a su vez, ¿qué es el latín literario? Sabemos que en el siglo I de Roma, cuando aún no se tenía una sólida tradición literaria, una cultura nacional bien formada, faltó también una verdadera y propia lengua, como la que conocemos en los escritores latinos de los siglos posteriores. Se conservan de aquellos primeros siglos restos fragmentarios que muestran un latín muy diferente del que será, más tarde, latín literario: un latín vacilante en sus formas y sonidos, que tenía por base elementos dialectales, es decir, sin ningún punto de contacto con el latín literario. Más tarde se extendió sobre Roma la influencia griega derivada de una cultura. El ejemplo griego inspiró a Roma la necesidad de tener una lengua literaria, y ésta se formó a imitación del modelo griego por obra de escritores y gramáticos que pulieron, compusieron y adaptaron la lengua vulgar a las necesidades literarias, codificando las normas gramaticales, elevando, por último, la lengua viva hasta formar aquel tesoro lingüístico monumental, que se mantendrá inmutable casi siglos enteros y que será el latín literario.

Pero, en realidad, ¿de qué ha nacido este latín literario? Sin duda alguna procede del latín hablado; es una estabilización de aquél y una codificación ocasionada no sólo por la necesidad de tener una lengua literaria, sino también por la influencia externa de la cultura griega. Por esa causa, el latín literario tiene en sí algo de artificial, tanto, que se conservará inmóvil

casi siempre, con pocas modificaciones que resultarán sensibles en la época del Imperio con la decadencia romana y los nuevos elementos introducidos por el Cristianismo. Ahora bien: en estas circunstancias parece evidente que lo que llamamos latín vulgar debía llamarse en realidad latín, sencillamente, latín verdadero. El latín hablado es el vulgar; éste es el hecho lingüístico real y propio, espontáneo. El latín literario, por el contrario, es un hecho artificial. Resulta, pues, un error, contraponer el latín vulgar al literario, en el sentido de inferioridad. Por el contrario, el latín vulgar es la lengua viva; el literario es una lengua muerta, es el lenguaje de los libros, de las escuelas y la cultura. El latín que, considerándolo vulgar, llegábamos casi a envilecerlo, ocupa, no obstante, el primer lugar, contiene todas las energías propias de una lengua viva y merece ser llamado « latín » sin más explicación.

Las lenguas neolatinas se derivan del latín vulgar en el sentido de que éste era el verdadero, vivo y hablado. El literario, en cambio, como hecho artificial, producto de cultura, ha permanecido estéril; no podía producir lenguajes porque no era una lengua viva. Este es un punto fundamental que conviene afirmar bien aunque no se encuentre en los libros, donde se acostumbra a reproducir frases tradicionales sin atender a su fondo. Naturalmente, por el hecho de que el llamado latín vulgar, que nosotros llamamos « latín », disfrutaba de una vida propia, no era posible encerrarlo en esquemas lógicos, precisos, de fonética, morfología, sintaxis y léxico como pueden fijarse para el literario.

Suponemos que el latín hablado fué la lengua de todo un mundo complejo de elementos heterogéneos que se enriqueció y transformó de día en día y que siempre estaba sujeto a nuevos contactos e influencias; era la lengua del pueblo romano durante todo el desarrollo de su potencia. Pensemos un momento en la vida prodigiosa de aquel pueblo en toda su expansión, y veremos que la misma vida prodigiosa se refleja en su idioma.

Es evidente que los sonidos y las formas del latín hablado no pueden definirse como lo hacíamos anteriormente con las del latín literario. Por otra parte, veremos cómo el latín hablado, desde sus orígenes, se resiente, como es natural, del hecho histórico. Los primeros testimonios que tenemos del latín nos demuestran ya en el lenguaje de aquel pueblo de la Italia central cierto número de influencias lingüísticas de los pueblos circunvecinos. A la fundación de la ciudad contribuyeron razas circunstantes de la Roma propiamente dicha. Más tarde se advierten influencias etruscas y del Mediodía de Campania, y a medida que se ensanchaba la acción política en Roma, se extendía la acción lingüística sobre las diversas lenguas italianas, y el latín que en la literatura nos parece inmóvil, por las inscripciones y otros indicios donde se pueda comprobar la realidad del lenguaje hablado, nos aparece, por el contrario, en continua variación fonética y morfológica.

Más tarde, cuando se llevó a cabo la unidad italiana, se encuentran cada vez más abundantes en el

latín hablado los elementos itálicos. Gran parte de los grupos eran itálicos y no latinos propiamente dichos, y las provincias italianas tomaban ya parte en la vida romana, de donde se deduce con facilidad el enorme flujo y reflujo de elementos dialectales que debieron influir en el idioma. De ahí ese latín tan complejo, que es, en adelante, la lengua de un pueblo que en su desarrollo civil estaba constituído por castas, categorías y diversos órdenes civiles. Cuanto más se enriquece la cultura romana y se multiplican las formas de su vida, con tanta mayor facilidad se forman las diversas estratificaciones del latín, correspondientes a las diversas categorías, a las varias clases y ocupaciones sociales, como sucede aún actualmente en todo el conjunto dialectal.

El latín que se habla es siempre el mismo, más o menos culto. No es posible distinguir con exactitud el de los ambientes militares y el de las masas populares, el de los señores y todas sus variedades : es la vida en movimiento continuo. Siempre hay algo nuevo, siempre existe algo que se mueve y que nace. Este latín es tan móvil y tan rico, que pasará a usarse en las provincias porque en ellas no se introduce tanto el latín literario. Las tropas eran itálicas, y elementos de latinidad osca, umbra, etc., se encontraban en Francia y en España ; cada vez se introdujeron mayor cantidad de elementos indígenas provinciales en el latín de las provincias, especialmente gálicos, ibéricos, etc. Son pocos y mezquinos los elementos que se pierden en parte : voces aisladas que sólo parcialmente se han

conservado para la escritura de monumentos, pero es fácil suponer cuánto más rica debió ser la lengua viva. Este latín provincial del Imperio es, aún, latín vulgar, es decir, era entonces y siempre latín hablado en nuevos aspectos, nuevas actitudes y nuevas formas.

Aun más : junto a la lengua viva, en toda esta variedad se encuentra la escuela del latín literario que obra en sentido contrario ; por una parte, ejerce una función conservadora por medio de la cultura, y por otra, manteniendo el contacto con el latín literario impone un freno a la libertad de la lengua viva. Además, gran número de palabras de la lengua literaria se vuelven continuamente a las lenguas populares, de manera que el latín vivo viene a contener gran parte de reflejos del latín literario, que es el de la escuela. Estos reflejos se atenuaron tan lentamente como el poderío romano, a medida que disminuía la unidad imperial. Cuanto más se atenúa y desintegra la unidad imperial y, con ella, el poder aristocrático de Roma, tanto más se desarrolla la autonomía local y más crece la libertad popular, y con sus relaciones aumenta la libertad de la lengua, disminuyendo el control ejercido por la tradición central dominadora. En este punto empezó a desarrollarse más rápidamente, cada vez con mayor libertad, sin frenos de ninguna clase, aquel proceso por el cual, del latín hablado se llegó al neolatín hablado, es decir, a las lenguas neolatinas. Esta es, en líneas fundamentales, la historia de los idiomas neolatinos.

2. Pero, ¿qué fué el latín, en su origen? Fué un dialecto del grupo itálico, hablado por un pueblo pequeño — el Lacio — en un territorio limitadísimo de la orilla izquierda del Tíber, limitado a Oriente por el curso inferior del Aniene y por los montes Sabinos, al Mediodía por otros montes que pertenecían a los volscos, y a Occidente por el mar, entre Terracina y la desembocadura del Tíber. En torno se agrupan otros linajes itálicos : sabinos, faliscos, equos, érnicos, marsios, volscos. Del otro lado del Tíber, en la otra orilla, se extienden los etruscos. La Historia no puede decir con certeza de dónde habían venido aquellas oscuras gentes latinas con las otras estirpes itálicas ; se dividían en varias tribus (los llamados *triginta populi latini*) reunidos por una vaga confederación políticorreligiosa de la que era centro la capital Alba Lunga.

A través del río pasan las influencias culturales de que se alimentan alternativamente la parte septentrional y la meridional de Italia : allí se encuentra la gran vía que pone en contacto la Magna Grecia y la Etruria, mientras de sus desembocaduras vienen por vía marítima otros influjos mercantiles. Allí, en el paso donde se elevan las siete colinas sobre la llanura baja, bastante cerca del mar para poder recibir a lo largo del río los productos mediterráneos, pero lo suficientemente alejada para no correr el peligro de las incursiones enemigas, fué fundada Roma (1), en el nudo donde se reúnen las más importantes comuni-

(1) CICERÓN, *De rep.*, II, 5 ; TITO LIVIO, V, 54.

caciones terrestres, enlazándose por medio del puente sobre el Tíber.

Con los fundadores latinos encontramos de pronto los etruscos y los sabinos: « civitas ex nationum conventu constituta », según dice Cicerón (1). Allí, y tras un breve girar de siglos, se emprende el gran vuelo. De esta manera, poco a poco, Roma se extiende por los pueblos más próximos de Italia hasta los más lejanos, y ensancha los confines naturales de la Península y, de conquista en conquista, con una voluntad imperial prodigiosa, llega a constituir la sólida y compleja armonía de su dominio en gran parte del mundo conocido. La lengua de la pequeña tribu latina que nos aparece confusamente en la orilla de su río, se convierte en lengua universal del Imperio romano.

Es tradicional el prejuicio de que el latín es una lengua netamente determinada en todas sus formas, rígidamente fija y regulada por normas constantes. Cuando más, habíamos oído hablar del latín un poco tosco de los primeros siglos (el latín de Plauto o de Ennio); después, del latín clásico que encontramos en el oro purísimo de la lengua de Cicerón o de Virgilio y, finalmente, de un latín argénteo un poco decaído de su pureza, que se relaja aun más con las corrupciones groseras del bajo latín. Todo esto, sin embargo, se refiere al latín literario, es decir, sólo representa un aspecto del problema. El latín de la literatura está naturalmente muy lejos de ser todo el latín. De ahí la ne-

(1) *De petit. consul.*, 54.

cesidad de detenernos ahora un poco en el examen de estos argumentos, para llegar a esclarecer dos conceptos fundamentales : primero, explicar con claridad qué es el latín ; segundo, en qué sentido puede decirse que las lenguas romances son una continuación del latín mismo.

Ante todo, siguiendo el latín de siglo en siglo, en su desarrollo histórico observamos una profunda modificación sucesiva de sonidos y formas, de las que daremos algunos ejemplos : Ĕ tónica, ante ciertas consonantes, se sustituye por Ĭ : de *DĔGNOS, *LĔGNOM (cfr. DĔCET, LĔGO «yo recojo») se derivan DĬGNUS, LĬGNUM. Delante de L seguida de las vocales A, E, O, U, se convierte, por el contrario, en Ŏ : como al infinitivo VELLE corresponden las formas con Ŏ, VOLO, VOLUI, etc., Ŏ seguida de L + consonante se iguala a Ŭ ; así, a STŎLIDUS corresponde STŬLTUS. Aunque durante la República se seguía escribiendo VOLGUS, VOLPES, VOLTUR, se pronunciaba ya en realidad VULGUS, VULPES, VULTUR, según dice Catón. De esta manera se escribía la Ŏ secundaria en VOLT, VOLTIS, aunque se pronunciaba VULT, VULTIS.

A partir del siglo II a. de J. C. EI se transformó en Ī ; DĪCO, de DEICO, DIFFĪDO de DIFFEIDO, INCĪDO de INCEIDO. En los comienzos del mismo siglo AI se convirtió en AE ; AEDĒS de AIDĒS, QUAERO de QUAIRO. Así, AE dejó rápidamente de ser diptongo ; Varrón dice que en sus tiempos los campesinos pronunciaban MESIUS y EDUS en lugar de MAESIUS y HAEDUS. Tal forma de pronunciar se hizo corriente en la época

imperial: AE se pronunciaba como E abierta, que coincidía con la Ĕ, aunque una y otra se semejan mucho en las lenguas neolatinas.

A principios del siglo II a. de J. C. el diptongo OI se presenta como Ū, después de haber pasado por el intermedio OE: ŪNUS de OINOS (en Plauto OENUS), COMMŪNIS de COMMOINIS, ŪSUS DE OISUS (casos de conservación como en POENA, FOETOR, etc., tienen su explicación fonética). OU se transformó en Ū a fines del siglo III a. de J. C.; LŪCUS de LOUCOS, NŪTRIX de NOUTRIX. AU se mantuvo invariable en la escritura, pero en la pronunciación popular se convirtió en Ō (1) y se produjo cierta confusión que, a veces, para corregirla, pronunciaban AU donde originariamente era Ō; Suetonio, en la biografía de Vespasiano, dice así: « Vespasianus Mestrium Flōrum consularem, admonitus ab eo *plaustra* potius quam *plostra* dicenda, postero die *Flaurum* salutavit ».

Alteraciones parecidas han ocurrido con vocales átonas. Las inscripciones y otros testimonios nos muestran en la edad arcaica FILIOS, VIROM, OPOS, CONSENTIONT, DEDERONT, en vez de FILIUS, VIRUM, OPUS, CONSENTIUNT, DEDERUNT; y aunque el paso de Ŏ a Ŭ átona en la pronunciación se efectúa en este caso en el siglo III a. de J. C., en la escritura se mantuvo Ŏ hasta

(1) No siempre. En varias regiones neolatinas (en el sardo, provenzal, ladino, etc.), AU se mantiene: esto es señal de que no se había reducido a U en todo el latín hablado. La reducción pertenecía a alguna corriente dialectal itálica, especialmente umbra y falisca, que no se difundió equitativamente. Se debió tener CAUDA junto a CŌDA, FAUX al lado de FŌX.

principios de la edad imperial. Augusto pronunciaba DOMOS por DOMUS, a manera umbra o volsca.

Toda una serie de transformaciones vocálicas se produjo en los compuestos, donde la vocal tónica de las formas simples acabó por convertirse en átona; ejemplo: LEGO: CÓLLIGO, CADO: CÉCIDI, LOCUS: ÍLLICO (IN-LOCO), etc. En el latín arcaico el acento principal, acento de intensidad, recaía siempre enérgicamente en la primera sílaba — tal vez por influencia etrusca (1)? — pero en la edad en que tuvo principio el uso literario del latín, este acento dejó su lugar al musical, determinado por la cantidad de la penúltima sílaba. Entonces se conservaron aun intactos los cambios vocales, aunque en adelante la antigua tónica, convertida en átona en virtud del acento arcaico, volviera a llevar el acento, como se ve, por ejemplo, en STATUS: INSTÍTUO, SALIO: DESÍLIO, HABEO: PROHIBEO, FACTUS: EFFECTUS, APTUS: INEPTUS, etc.

También se encuentran ejemplos de transformaciones en las consonantes. A veces encontramos en inscripciones INCOMPARAVILIS por INCOMPARABILIS, VENE por BENE, etc., y viceversa BENI por VENI, BIXI por VIXI. Aproximadamente en el siglo I a. de J. C. hubo

(1) Esto sostiene F. SKUTSCH, *Der lateinische Akzent*, en *Glotta*, 1912, observando que la influencia etrusca en Roma es contemporánea al acento arcaico, y que numerosos hechos en las dos lenguas se explican por el mismo fenómeno; mientras se lleva a cabo el paso del latín a su nueva acentuación, penetró en Roma la influencia griega. Acerca del acento puede consultarse F. F. ABBOTT, *The accent in Vulgar and Formal Latin*, en *Classical Philology*, II, 444.

un paso de B a V no sólo entre vocales sino también, a veces, en principio de palabra ; esto hizo que se produjeran confusiones en la escritura, porque el temor de escribir V donde correspondía B dió lugar a veces a que una B ocupara el lugar que correspondía a una V.

-D final, precedida de vocal larga, desaparece desde principios del siglo II a. de J. C. : PRAIDĀD, MERITŌD, MAGISTRATŪD (abl. sing.) se convertían en PRAEDĀ, MERITŌ, MAGISTRATŪ. Así encontramos aún, en el imperativo futuro de DARE y ESSE, DATŌD y SUNTŌD ; después, DATO y SUNTO. Quintiliano (1) dice « Latinis veteribus *d* plurimis in verbis adjectum », pero, en vez de eso, sucedió exactamente lo contrario : que se había perdido la -D antigua.

En Varrón leemos (2) : « In multis verbis, in quo antiqui dicebant *s*, postea dicunt *r*..... : *foedesum foederum, plusima plurima, meliosem meliorem, asenam arenam* ». Cicerón nos dice que L. Papirio Cursor, que ejerció la dictadura en el año 339 a. de J. C., modificó su nombre de PAPISIUS en PAPIRIUS (3). Luego, en el siglo IV a. de J. C., debió acaecer el tránsito de la -S- intervocálica a R. Sólo aparentemente vemos excepciones de esta regla, como en CAUSA, CASUS, que en realidad eran CAUSSA, CASSUS, o en voces de importación extranjera, como GAESUM gálica, BASIS y PAUSA griegas, ASINUS tal vez sabino.

(1) *Instit. orat.*, I, 7, 12.
(2) *De lingua latina*, VII, 26.
(3) *Ad fam.*, IX, 21, 2.

En el latín arcaico, -s final desaparecía en la pronunciación, cuando iba precedida de vocal breve y seguida de palabra que empezase por consonante. Las antiguas inscripciones la omitían frecuentemente: en la antigua métrica no se la tenía en cuenta. Pronto fué restaurada para uso literario, pero la lengua común siguió dejándola en desuso: « quod jam subrusticum videtur, *olim autem politius*, eorum verborum, quorum eadem erant postremae duae litterae quae sunt in *optumus*, postremam litteram detrahebant, nisi vocalis insequebatur » (1).

De distinta naturaleza es la sustitución de la -R final en -S, en LABOR por LABOS, ARBOR por ARBOS; y la -R- de casos oblicuos ARBORIS, LABORIS en vez de ARBOSIS, LABOSIS, etc., aun en nominativo. En las inscripciones arcaicas, -M final se omite frecuentemente (en umbro, desaparece). Por ejemplo, OINO por OINOM (= UNUM), DVONORO por DVONORUM (= BONORUM). Restaurada después en el latín literario, siempre menos frecuente aparece, por el contrario, en las inscripciones de carácter popular. Quintiliano observa (2): « Atqui eadem illa littera (*m*), quotiens ultima est, et vocalem verbi sequentis ita contingit, ut in eam transire possit, etiam si scribitur, tamen parum exprimitur, ut *multum ille* et *quantum erat*, adeo ut paene cuiusdam novae litterae sonum reddat; neque enim eximitur, sed obscuratur et tantum in hoc aliqua inter duas vocales velut nota est, ne ipsae coeant ». Así, pues, -M quedó

(1) CICERÓN, *Orator*, 48, 161.
(2) *Inst. orat.*, IX, 4, 40.

reducida a una simple nasalización de la vocal precedente.

3. Estos ejemplos, tomados de la fonética, bastan para mostrar cuán grande movilidad de sonidos—y también de formas — se registraba efectivamente en aquel latín que, por el contrario, nos aparece rígidamente inmóvil en sus escritores clásicos ; y no sólo hay que considerar el latín vulgar — del que hablaremos en seguida — sino también en el latín hablado por las clases cultas. Porque en este último resulta también más evidente ; he aquí dos pruebas del latín arcaico. La primera es un epígrafe funerario de Lucio Cornelio Escipión que fué cónsul el año 259 a. de J. C. :

HONC OINO PLOIRUME CONSENTIUNT R[OMAI]
DUONORO OPTUMO FUISE UIRO
LUCIOM SCIPIONE FILIOS BARBATI
CONSOL CENSOR AIDILIS HIC FUET A[PUD VOS]
HEC CEPIT CORSICA ALERIAQUE URBE
DEDET TEMPESTATEBUS AIDE MERETO[D].

O sea :

Hunc unum plurimi consentiunt Romae
bonorum optimum fuisse virum (virorum)
Lucium Scipionem. Filius Barbati
Consul, censor, aedilis hic fuit apud vos ;
hic cepit Corsicam Aleriamque urbem,
dedit Tempestatibus aedem merito (1).

Meillet ha observado con mucha exactitud que « la rapidez de la evolución lingüística coincide con ciertas

(1) *Corpus Inscript. Lat.*, I, 8, 9.

mutaciones de igual modo rápidas y profundas que en Roma sufrieron las instituciones familiares, económicas y políticas, y la extensión misma de la ciudad. El carácter mixto que tuvo desde el principio la población romana es, desde luego, uno de los varios factores propicios de una rápida evolución lingüística; allí donde una población está compuesta de elementos diversos desde sus orígenes y recibe continuamente, durante mucho tiempo, una poderosa inmigración extranjera procedente de diversos lugares, el sentimiento lingüístico resulta cada vez más incierto, sobre todo cuando no está sometido (como sucedía en los primeros siglos de Roma) a una literatura influyente, a una aristocracia sólida y nacionalmente culta, y a una escuela elemental bien difundida » (1).

Se puede suponer que en edad más arcaica hubo una influencia etrusca, por los contactos estrechísimos de los dos pueblos, por referencias del dominio que ejercieron los etruscos sobre Roma durante algún tiempo, el año 600 a. de J. C., aproximadamente, en la época de Tarquino. Nuestros mezquinos conocimientos relativos al etrusco no nos permiten documentar una inducción que, sin duda, es legítima, tanto más si consideramos el buen número de nombres y de sufijos etruscos que perduran en la onomástica latina (2), las

---

(1) Citado por A. Ernout, *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin*, París, 1909, pág. 2.

(2) W. Schulze, *Zur Geschichte der lateinischen Eigennamen*, en *Abhandlungen der Göttinger Gesellschaft der Wissenschaften*, V, 2, Berlín, 1904.

huellas de costumbres etruscas en las romanas, la presencia en Roma de un *vicus Tuscus*, y el testimonio de Livio en torno a la educación etrusca de la juventud romana : « ... tum romanos pueros, sicut nunc graecis, ita etruscis litteris erudiri solitos » (1). Después, por la extensión que el dominio latino alcanzó en el suelo italiano, era inevitable que pasase al latín algo de los múltiples dialectos, sin estar regulados aún por una tradición escrita verdadera y propia que no existía ni bajo la monarquía, ni en los comienzos de la edad republicana. Formas, flexiones, voces rústicas o extranjeras tenían curso sin que una norma bien establecida consintiese en rechazarlas (2).

Una tradición de lengua literaria se formó en Roma sólo por influencia griega, y sus iniciadores no debieron ser de origen latino sino osco: Ennio, Pacuvio, Lucilio (3). Una ortografía oficial, libre de influencias dialectales, y una pronunciación conforme al uso literario no llegaron a establecerse sino en vísperas de la época imperial. Entonces, después de un trabajo tenaz de dos siglos, se estableció la unidad lingüística y apareció con formas sólidas aquel latín al que llamamos clásico, en el que se encuentran aún, consagradas en adelante por el vocabulario, muchas voces en las que puede reconocerse un origen itálico aunque no latino.

(1) IX, 36.

(2) ERNOUT, l. c., p. 23.

(3) En Ennio se encuentran influencias oscas conscientes o inconscientes, distintas de las griegas, pero debían estar en armonía con el carácter de la lengua latina. Cfs. R. FROBENIUS, *Die Syntax des Ennius*, Nördlingen, 1910.

Son nombres de animales : ANAS, ASINUS, BLATTA, BOS, BUFALUS, COLOBRA, EDUS, HIRCUS, IUVENCUS, LUPUS, SCROFA, URSUS ; nombres de plantas : ACUS -ERIS, ALEUM, FENUM, FORDEUM, FURFUR, OLUS ; términos agrícolas : BURIS, CASA, CLOSTRUM, FURCA, IRPEX ; palabras referentes a los sagrados rituales itálicos : IDUS, INFERUS, INFULA, NOVENSILES, POPA, STRENA ; indicaciones de cosas que Roma había conocido fuera : BITUMEN, SULPHUR, TUFUS. La colección — en los límites posibles a la actual investigación científica — de estas voces itálicas admitidas en el latín puede encontrarse en la obra citada de Ernout, páginas 26-28.

Otras veces es la forma fonética la que delata el origen. Así sucede con ALACER, que debía ser ALICER, según la fonética propia del latín, y es forma dialectal que por una casualidad singular fué adoptada por el latín literario, mientras, por el contrario, la forma ALICER, genuinamente latina (gen. ALECRIS) debió existir en el habla popular, porque se ha conservado en las derivaciones romances, cfs. it. *allegro*, ant. fr. *haliegre*, etc. La presencia de -F- en BUFALUS, BUFULCUS, FORFEX, INFERUS, INFULA, RUFUS, SCROFA, SIFILARE, y muchas otras, es contraria a la fonética latina : procede de una importante corriente oscoumbra introducida en Roma. Del mismo origen proviene la asimilación de ND en NN, por la cual al latín OPERANDA corresponde el osco UPSANNA. A tal corriente se deben los plautinos DISPENNO y SOCIENNUS ; por otra parte, GRUNNIO junto a GRUNDIO, etc.

« Los aldeanos del Lacio, los sabinos que llevaron a Roma su culto y sus instituciones políticas, los pueblos aliados y sojuzgados de los cuales la ciudad adoptó dioses y santuarios, los de Campania que proporcionaron a los agrestes habitantes del Lacio el modelo de una ciudad y de una literatura itálica, todos han contribuído al enriquecimiento de la lengua romana » (1). Cicerón habla de cierta *rusticitas* en el lenguaje, que muchos gustaban ostentar en su tiempo, afectando arcaísmo : « Rustica vox et agrestis quosdam delectat, quo magis antiquitatem, si ita sonet, eorum sermo retinere videatur.... » (2) ; y era precisamente en aquel antiguo latín rústico, no regulado aún por los pulidos gramáticos, donde se sentían la corriente idiomática del campo y la de las otras gentes itálicas. Y advierte : « Quare cum sit quaedam certa vox romani generis urbisque propria, in qua nihil offendi, nihil displicere, nihil animadverti possit, nihil sonare aut olere peregrinum, hanc sequamur, neque solum rusticam asperitatem, sed etiam peregrinam insolentiam fugere discamus » (3). Esta *peregrina insolentia* será precisamente el eco de los acentos no romanos — sabinos, oscos, umbros, etc. — que resonaban en la ciudad, mientras la *rustica asperitas* debe referirse a los dialectos primitivos de las campiñas vecinas y de las ciudades latinas circunstantes (4). De las restantes palabras de carácter

(1) ERNOUT, l. c., pág. 26.
(2) *De orat.*, 3, 11, 42.
(3) *De orat.*, 3, 12, 44.
(4) F. G. MOHL, *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, París, 1899, págs. 47-48.

popular se encuentran en la lengua de Horacio : *bellus, calefactare, clarare, pauperare, caballus* (1).

Entre tanto, mientras en Roma se va consolidando la tradición literaria unificadora y purificadora de la lengua, se madura contemporáneamente la fuerte conciencia política de la ciudad dominadora y se acentúa con mayor intensidad, más robusta y exclusiva, su voluntad imperial que había nacido ya muchos decenios antes del Imperio.

Con la guerra social tuvo principio aquella consciencia nueva (91-88 a. de J. C.). La ciudadanía romana se extendió a todas las poblaciones itálicas, toda huella de autonomía quedó desvanecida y Roma imprimió por todas partes su propio sello infrangible y se dispuso a cumplir la obra de conquista ya iniciada fuera de los confines de Italia. El latín literario se nutrió de este espíritu dominador, y consiguió de él la rígida fuerza de conservación que le dará firmeza en el correr de los siglos venideros. Los signos de la ortografía consagrada, las formas obligadas de la morfología y de la sintaxis, tuvieron bien limitada en el uso literario aquella lengua que hemos visto tan móvil y abierta por naturaleza. Esta es la lengua que sirvió a la literatura, al Estado, a las clases más cultas, que en el habla siguieron firmes, en lo posible, a la tradición tenazmente defendida por los gramáticos, las escuelas, el sentido de la buena educación, el orgullo de la superioridad social. Una lengua tan elaborada,

(1) RUCKDESCHEL, *Archaismen und Vulgarismen in der sprache des Horaz*, Erlangen, 1910.

sin embargo, por una aristocracia de vida, de pensamiento y de cultura no pudo ser la lengua de todo el pueblo.

He aquí, pues, cómo frente al latín escrito — y a aquel latín hablado que se modelaba tradicionalmente sobre lo escrito — continuaba usándose el latín que vive de una fuerza espontánea, libre en todos los órdenes menores del pueblo, el latín de la existencia cotidiana, móvil, sin freno de tradición, abierto a las mil influencias que pueden actuar sobre una lengua viva, espejo fiel de la vida real en sus aspectos múltiples, rápidos, abigarrados. Éste es el latín vulgar (1).

Las expresiones « latín clásico » y « latín vulgar » no hay que tomarlas como términos contradictorios. La realidad lingüística era una sola, ni vulgar ni clásica : era el latín. Nada más erróneo ni más groseramente empírico que el exagerar aquella distinción que contrapone como dos organismos las dos clases de latín. El latín literario no es más que una parte del latín hablado que llegó a hacerse fijo, mientras toda la fuerza creadora, toda la potencia en acto, perteneciente al latín vulgar, es lo que llegará a ser el neolatín, y por consiguiente « el latín ».

(1) Para los antiguos testimonios sobre esta materia, cfs. principalmente la obra capital de H. SCHUCHARDT, *Der Vokalismus des Vulgärlateins*, Leipzig, 1866-1869, vol. I. — Las diversas teorías modernas acerca del latín vulgar discutidas y coleccionadas por el ya citado F. G. MOHL, *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, París, 1899, en el principio del cap. II, páginas 31 y ss.

4. ¿De qué medios nos valdremos para conocer el latín vulgar, que es todo lo que puede decirse « el latín »? Los medios son diversos y pueden enumerarse así: 1.º, las inscripciones; 2.º, el testimonio de los gramáticos; 3.º, los manuscritos, es decir, los errores que la ignorancia del copista dejó escapar, errores de forma que no tienen relación con la lengua literaria sino con la propia; 4.º, los diplomas, documentos políticos de diversa naturaleza que se refieren a la Edad medieval; 5.º, la lengua neolatina.

La fuente principal para el conocimiento del latín vulgar no se involucra en ninguna de las cuatro clases de restos enumeradas en primer término, pero sí en las lenguas neolatinas que son como una prolongación del latín, en las que los elementos externos son proporcionalmente una cantidad ínfima con relación a los de procedencia latina. Muchísimas palabras de las lenguas neolatinas no se encuentran ni en el vocabulario latino ni en las fuentes que hemos recordado hace poco. No obstante, tienen una huella innegablemente latina y no es posible atribuírles un origen que no sea el latín hablado, aun no habiendo dejado huellas tras de sí. Por este medio, de la consideración del neolatín llegamos a reconstruir buena parte del latín, colmando, al menos en parte, las innumerables lagunas ocasionadas por la escasez de documentación directa. No es preciso exagerar en la reconstrucción, que es siempre un elemento peligroso; en definitiva siempre es una compostura basada en principios abstractos, que algunas veces puede llevarnos más lejos de lo permitido por la razón

histórica. No obstante, si aún subsisten en todo el territorio neolatino cientos de vocablos o formas de la latinidad hablada atestiguadas por varias fuentes directas de las que tenemos indicio, puede presumirse legítimamente, en teoría, que cuando una voz o una forma igualmente difundida por todo aquel territorio no esté documentada en el latín vulgar, ha debido pertenecer a él, porque de otro modo, ¿de dónde habrían venido cuando no puede entreverse ningún otro origen? Repetimos que esto sólo debe decirse de los hechos lingüísticos que afectan a la mayor parte o a casi todo el territorio romance, pues si, por el contrario, se presentan limitadamente en esta o aquella parte del mismo, es obvio que debe tratarse de innovaciones procedentes de pueblos con los que el latín pudo encontrarse en contacto en las distintas regiones, y que no se propagan a todas las demás ; pueden ser también innovaciones posteriores.

Por otra parte, la investigación histórica de los dialectos romances nos dice cómo llegó a modificarse en ellos la forma latina : sabemos, por ejemplo, que las vocales tónicas latinas han sido sustituídas en las distintas lenguas vulgares. De una palabra italiana, francesa, etc., podemos llegar, de esta manera, a la base latina respectiva. El italiano *cuore*, el *coeur* francés y el español *cuer* demuestran de consuno que son una continuación del CŎR latino, porque es sabido que la ŏ latina se sustituye en ciertos casos por *uo* en italiano, *oeu* en francés moderno y *ue* en español ; luego si la existencia de CŎR no pudiera sernos demos-

trada podríamos inferirla. Del mismo modo, del italiano y el español *fiero*, provenzal y francés *fier*, rumano *fiara*, etc., se induce necesariamente un FĔRU, con Ĕ de pronunciación abierta, según resulta del sonido abierto o del diptongo de sus continuadores romances.

Con este mismo procedimiento se reconstruyó la latinidad, de la que no tenemos nociones directas. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que al decir que una reconstrucción semejante sólo es posible cuando una voz se ha difundido por todo el territorio romance, no es preciso tomar este precepto al pie de la letra. Unas voces pudieron caer fácilmente en desuso en algunas provincias, sustituyéndose por otras, sin que por eso quede insegura la presunción de su pertenencia al latín común. Así vemos que el español ha dejado desaparecer ya en edad neolatina su palabra *cuer* sustituyéndola por un derivado: *corazón*; hechos semejantes sucedían también en fases anteriores.

Por otra parte, vemos que en el rumano faltan muchos hechos lingüísticos comunes al resto del mundo latino; esto demuestra que son posteriores a la edad en que los romanos del Danubio se encontraron aislados de Roma sin ningún contacto con la madre patria. Por el contrario, algunas características especiales que también fueron de todo el latín, se mantuvieron sólo en Cerdeña, que fué romanizada en edad remota y que por su situación geográfica, con pocas relaciones íntimas con el mundo romano, conservó aquellas huellas arcaicas que en el resto de la romanización se modificaron a través de épocas sucesivas.

Además, sabemos ya cómo el latín fué algo más que un coto cerrado : era una lengua prodigiosamente viva y hablada en un vastísimo territorio. Desde el principio pudo sufrir ciertas modificaciones en las provincias o acrecentarse con algunos elementos léxicos que alguna vez pasaron a otras provincias y otras quedaron circunscritos al lugar de origen, continuándose en las fases neolatinas : pero también ellas fueron latinas, y nos está permitido hacer resaltar esta forma primitiva por si no tiene huellas escritas de ella. Un buen indicio de latinidad común consiste en encontrar correspondencia entre el rumano y algún dialecto occidental, aunque no sea por un hecho lingüístico de mucha extensión, pues el registrarlo en dos territorios que siempre han sido independientes uno del otro es prueba de que pertenecen a una romanización originaria común.

Con este criterio y con la guía que tenemos de la regularidad y constancia de los hechos fonéticos puede procederse a la reconstrucción en la que encontramos a veces palabras o formas que faltan del todo en los documentos del latín vulgar, como en *RETINA > it. *redina*, fr. ant. *resne*, fra. mod. *rêne*, prov. *renha*, cat. *regna*, esp. *rienda*, pg. *redea*. ¿Por qué en el latín vulgar se ha formado un nuevo *RETINA en vez de HABENA? A partir del siglo II -B- se transformó en *-v-* : de ahí surgió la confusión de (H)AVENA con AVENA, que daba lugar a molestias tratándose de dos palabras relacionadas con el caballo. Por eso no tardó en difundirse *RETINA (1).

(1) JUD, *Probleme der altrom. Wortgeographie*, pág. 33.

Las confrontaciones entre lenguas neolatinas nos demuestran la existencia de alguna etimología diversa de la que podríamos encontrar, al parecer, en voces latinas conocidas; por ejemplo, la italiana *coda* y la ant. prov. *coza* con *o* cerrada, fr. *queue*, rum. *coadă*, no pueden ser continuación de CAUDA, porque AU da en italiano y francés *o* abierta (*ǫro*), conservándose en provenzal y en rumano (*aur*). En cambio, todo sería normal si en vez de CAUDA tomamos como origen un *CŌDA, porque en todos la vocal tónica corresponde al mismo título que el italiano, francés, provenzal, rumano, todos con ō latina (1). Así, el italiano *pioggia*, de acuerdo con otras formas romances, no puede dar por resultado PLŬVIA, como hace en español *lluvia*, pero nos da *PLŎVIA, que se ha modificado en la tónica por influencia de PLŎVERE. De la ŭ de PLUVIA tendremos en italiano *o* estricta; aun más: en GRASSUS, las voces romanas correspondientes proceden de un *GRASSUS que modificó la inicial por la analogía de GROSSUS.

Los derivados mediante preposición y sufijo debieron, pues, ser muy abundantes en el latín hablado del pueblo; conocemos por textos latinos las voces de que se compone el derivado, pero sólo encontramos esto en sus continuaciones neolatinas, por ejemplo: *FIGICARE junto a FIGERE (it. *ficcare*, prov. *ficar*, esp. *hincar*, esp. *ficher*, pg. *fincar*); *ALTIARE, *CAPTIARE, *MISCULARE, *EXPAVENTARE, *CUMINITIARE; *ALTITIA, *GRANDITIA, *PAGENSIS (de PAGUS; it. *paese*, fr. *pays*, etc.).

(1) Para otros ejemplos consúltese MEYER-LÜBKE, *Einführung*[2], pág. 98 y ss. Para CAUDA cfs. la nota de la página 121.

Formados con diminutivo : *SOLICULUS (fr. *soleil*, it. *solecchio*) ; *PECTORINA (fr. *poitrine*, prov. *peitrina*, ant. esp. *petrina* « peto », y esp. mod. *pretina* « cintura » ; it. *pettorina*). En la declinación *PATRI, *CANI. Alteraciones en la conjugación : *COMPLIRE, *IMPLIRE. Formas nuevas : *VOLERE, *VENUTUS, *SUFFERTUS, *MOSSUS ; variaciones en la colocación de acentos en *BÁTTUERE, *HÁBUERUNT, *RECÍPIT (como en general en los compuestos, por ejemplo, DISPLÁCET en vez de DÍSPLICET) ; innovaciones temáticas y flexionales de todo género : *DAO *DAUNT, *STAO *STAUNT en vez de DO, STO ; 2.ª pers. *SES por ES ; perfecto *CADUI *VIDUI, etc.

Pocos son los ejemplos, acaso escogidos, de los que podemos servirnos para reconstruir el latín vulgar a través del neolatín. Pero, como decimos, no hay que ir demasiado lejos por ese camino. Si el método reconstructivo, a pesar de todos sus riesgos, es el único de que podemos servirnos cuando carecemos de fuente directa — por ejemplo, en las indagaciones sobre el indoeuropeo primitivo — será más prudente servirse menos cuando gran parte de los hechos nos es confirmada históricamente, para no incurrir en la arbitrariedad de multiplicar hipótesis puramente teóricas que llegan a formar una latinidad vulgar, uniforme y constante (1).

(1) Un ensayo capital de reconstrucción, con criterios metódicamente severos, es el de G. GRÖBER, *Vulgärlateinische Substrate romanischer Wörter*, en *Archiv für lateinische Lexicographie*, I-VII, V ; por otra parte, MEYER-LÜBKE, *Die lateinische Sprache*, en *Grundriss der rom. Ph.*, I², 451 y ss ; G. GRÖBER, *Sprachquellen und Wortquellen des lateinischen Wörterbuchs*, en *Archiv. für lat. Lexicographie*, I, 35-67.

5. Después de la reconstrucción lograda por medio del neolatín, la fuente principal del latín vulgar son las inscripciones, pero tampoco éstas carecen de inconvenientes. Son de muchísimas clases, esparcidas por todos los tiempos y todos los territorios de Roma. Pueden ser inscripciones oficiales, concebidas y ejecutadas en ambiente de alta cultura y que por eso reflejan la lengua literaria, pero de mayor importancia para nosotros son aquellas que están más expuestas a las influencias de la lengua popular, que se producen fuera de los ambientes de baja burocracia y que, aun siendo oficiales, reflejan algo de la lengua popular.

Aparecen luego las inscripciones privadas, que conciernen a todas las clases sociales, y cuanto más pobres y humildes son estas inscripciones más preciosas resultan para nosotros, porque contienen mayor riqueza de materia popular, donde los esquemas de la gramática se confunden y simplifican, y aparece más libremente la forma del hablar cotidiano.

Precisa poner cuidado, sin embargo, en considerar los errores de que se compone la inscripción, el tallista que las ha esculpido, errores que pueden revelarnos una costumbre de sonidos y de formas o de voces, interesante para nosotros. Por eso, en general, las inscripciones, por populares que sean, tienen todas cierto fondo literario. En ellas hay siempre un esfuerzo por acercarse a la lengua culta. Los mismos *grafitos* de Pompeya que son espontáneos, porque fueron escritos ocasionalmente en las murallas de la ciudad, no están del todo exentos de cierta pretensión literaria. Otro

inconveniente mucho menor presentan generalmente las inscripciones, y consiste en que todas ellas giran en torno a una esfera limitada de conceptos. La mayor parte son de carácter fúnebre y pueden ofrecernos gran variedad de palabras, como aquellas que por lo demás repiten fórmulas rituales.

Otra fuente de notable importancia para el latín vulgar son los testimonios de los gramáticos. En Cicerón y en Quintiliano se encuentran ya registradas formas evidentemente vulgares; más tarde, durante el Imperio, abundan los gramáticos que anotan en sus escritos las formas populares para enseñar a sus discípulos a evitarlas como erróneas y contrarias al buen uso latino. Muchas formas populares nos son conocidas por ese medio, y todas han sido recogidas y examinadas para nuestros fines en las obras especiales señaladas en la nota bibliográfica.

Pueden añadirse, después, los glosarios en general o los libros especiales de los glosadores que abundaban bajo el Imperio y que nos conservan buena parte de las lenguas populares, explicándolas palabra por palabra, poniendo frente a un vocablo vulgar uno literario, y viceversa.

La obra glosográfica más antigua es la de Verrio Flacco, de tiempos de Tiberio: *De Verborum significatione*, de la que nos ha llegado un compendio de Pomponio Festo, de mediados del siglo II, y de Paulo Diácono, del siglo VIII. Sigue después la de Nonio Marcello, de la segunda mitad del siglo III, del que falta una edición cierta.

La más importante para nosotros es el *Appendix Probi* (1), llamada así porque fué encontrada en un palimpsesto de Bobbio, hoy en Viena, del siglo VII u VIII en un texto gramatical de Probo. El autor es un gramático que compuso (no más tarde del siglo III, probablemente) esta especie de índice, en el que no explica las palabras clásicas con las vulgares, pero registra la expresión popular equivocada, poniendo junto a ella la forma correcta correspondiente, por ejemplo: *speculum* y no *speclum*, *masculus* por *masclus*, *vetulus* por *veclus*, *vitulus* por *viclus*, *articulus* por *articlus*, *baculus* por *vaclus*, *oculus* por *oclus*, *tabula* por *tabla*, *stabulum* por *stablum*, *frigida* por *frigda*, *calida* por *calda*, *vinea* por *vinia*, *senatus* por *sinatus*, *auris* por *auricla*, *viridis* por *virdis*, *pusillus* por *pisinnus*, *sibilus* por *sifilus*, *persica* por *pessica*, *mensa* por *mesa*, *grundio* por *grunnio*, *vobiscum* por *voscum*, *nunquam* por *nunqua*, *olim* por *oli*, *pridem* por *pride*, *idem* por *ide*, etc.

Las llamadas *glosas de Reichenau* (2) son un texto del siglo VII en el cual la lengua literaria está explicada por la correspondiente popular, por ejemplo: *callidior* = *vitiosior*; *erumnas* = *miserias*; *binas* = *duas et duas*; *levam* = *sinistram*; *ferus* = *durus*; *pecuniam* = *praetium*; *cuncti* = *omnes*; *hispidus* = *pilosus*; *horta* = *nata*; *olim* = *antea*; *isset* = *ambulasset*; *emit* = *comparavit*; *stramen* = *stramentum*; *sepulta* = *sepelita*, etc.

(1) H. KEIL, *Grammatici latini*, IV B (1864), págs. 197 y ss.

(2) *Reichenauer Glossen*, en el *Altfranzösisches Uebungsbuch* de W. FÖRSTER y E. KOSCHWITZ, 4.ª ed., Leipzig, 1911, páginas 2 y ss.

Un grupo bastante numeroso de formas populares es el que nos suministran algunos textos, distintos por la edad y la naturaleza, en los que el latín hablado se muestra con mayor o menor sinceridad. Uno de los más importantes es la *Cena de Trimalción*, de Petronio (1), que pertenece a una edad muy anterior a las glosas tardías anteriormente mencionadas. El autor de esta obra es Petronio Arbitro — el mismo Petronio « arbiter elegantiarum » que Nerón indujo a morir el año 66 de J. C. — y la *Cena di Trimalcione* representa el episodio de un amplio romance, cuya acción se desarrolla en los alrededores de Nápoles, probablemente en Cuma. El diálogo se desenvuelve entre los comensales del banquete, y entre los interlocutores que hablan correcto latín se encuentra un liberto llamado Trimalción que habla a su modo, sirviéndose de un lenguaje rústico de campesino, y no sólo lo habla él sino alguna vez, también, otros comensales; las toscas chocarrerías de los libertos interlocutores son riquísimas en términos del vocabulario popular.

Otro texto que abunda en importantes materiales vulgares es la llamada *Mulomedicina Chironis*, conservada en un manuscrito de Munich y compuesta en una edad ligeramente posterior a la *Cena de Trimalción*, tal vez en el siglo IV (2). Es un tratado de ciencia veterinaria, o más bien una reconstrucción de un texto

(1) *Petronii cena Trimalchionis*, editada por W. HERÆUS, Heidelberg, 1909.

(2) E. ODER, *Claudii Hermeri Mulomedicina Chironis*, Lipsiae, 1901.

griego compilado por un escritor que no sabía muy bien el latín literario y dejaba escapar fácilmente idiotismos de su lengua popular; por eso es notable entre las fuentes del latín tardío por su riqueza de modismos populares en la morfología y en la sintaxis, tanto como en el léxico.

Por último, debe mencionarse entre los restos más recientes de la latinidad popular la historia de una *Peregrinatio ad loca santa* (1), escrita entre los años 381 y 388 en España por una monja llamada Eteria (a la que se atribuía erróneamente el nombre de Silvia), obrita de singular interés por su carácter narrativo y descriptivo, escrita con ingenuidad agradable, que proporciona a la lengua un tono popularmente familiar. Es la narración más antigua que existe de una peregrinación a Tierra Santa y también un texto cristiano que si bien no pertenece a los primeros tiempos tiene bastante antigüedad para mostrarnos un latín todavía distante del de la Edad Media.

En general, toda la literatura cristiana es digna de gran consideración como nacida de una latinidad popular, pues si bien el Cristianismo es un elemento conservador y el latín cristiano representa el literario, no lo es éste más que hasta cierto punto, pues va mezclado con elementos griegos y populares. Por otra parte, como hecho social, el Cristianismo representa el zozobrar de aquel mundo romano que tiene su expresión en el latín literario. Fué el derrumbamiento

(1) *Peregrinatio ad loca santa*, editada por P. Geyer en *Itinera hierosolymitana saeculi*, IV-VIII, 1898.

de todos los valores éticos romanos, un movimiento revolucionario de la plebe en el que elementos económicos y espirituales, religiosos y sociales vencieron y anegaron los de la sociedad romana. De ahí correspondió también una gran parte al latín clásico, que había sido la lengua de aquel mundo que andaba revuelto. Algunos Padres de la Iglesia, como San Agustín y San Jerónimo, son escritores cultísimos, y su latín puro y modelado sobre el clásico. Otros, por el contrario, usan un latín muy impuro, mezclado con modismos, formas y sonidos populares, que les proporcionaba el Cristianismo como expresiones del mundo nuevo que surgía. Resulta fácil comprender que estos escritores, como Gregorio Magno, son, a nuestro juicio, más dignos de atención y de estudio.

6. En esta sumaria reseña de fuentes hemos abarcado gran amplitud de tiempo y lugar; ahora necesitaremos poner un poco de orden en los conceptos, examinando sistemáticamente el conjunto de materiales de que hemos dado señal. Entretanto hay que determinar cuáles son los caracteres genéricos del latín vulgar. La antigua cantidad de las vocales se pierde, y se desenvuelve otra nueva, en la que se modifican los sonidos; en el vocalismo y en el consonantismo se advierten innovaciones de diversa naturaleza: confúndense géneros y modos, muchas formas verbales se pierden y son sustituídas por formas nuevas (como el pasivo AMABATUR que da lugar a ERAT AMATUS, el futuro DABO a DARE HABEO). Prevalece la tendencia

popular de sustituir con perífrasis analítica, más materialmente tangible, las formas sintéticas: ya no se forma el comparativo según el tipo en -IOR, sino con PLUS y MAGIS; el uso de los pronombres y de las conjunciones es distinto del latín literario, y regulado cada vez más por la precisión de determinar concretamente, con evidencia representativa, los aspectos: ISTE, ILLE se refuerzan añadiéndoles una terminación locativa más precisa mediante el prefijo ECCE o ECCU (por la misma necesidad popular de representación precisa que da lugar en la conversación corriente italiana a expresiones como *questo qui, quello lì*), y lo mismo sucede con las preposiciones. Éstas, siempre sometidas al mismo impulso y no sólo a causa de las modificaciones fonéticas que producen la confusión de los casos, son adoptadas para sustituirlas, habiéndose perdido en parte la regularidad de la declinación.

También la sintaxis se presenta con diferencias fundamentales. En el latín vulgar es más extensa y sencilla, pareciéndose a las construcciones usuales de las lenguas neolatinas, disponiendo las palabras, por lo común, como nosotros (según lo que es de orden lógico para nuestra costumbre mental) las disponíamos cuando una especie de razón afectiva o musical no haga que se presente distinto el orden habitual. Hay que recordar a este propósito que la sintaxis del latín clásico era artificial en su mayor parte y no debía encontrar nunca plena correspondencia con la lengua ordinaria. Esto lo prueba el hecho de que ninguna de sus construcciones típicas se ha conservado en los dialectos neo-

latinos ; por otra parte, todos los escritores latinos nos muestran junto a aquellas construcciones « clásicas » otras que podríamos llamar « vulgares », de manera que también en el dominio de la sintaxis — y especialmente en ella — podríamos ver cuán engañosa resulta una contraposición excesivamente esquemática de clásico y vulgar, como si los dos términos no fuesen diversos aspectos de ese único hecho real que es, como hemos dicho ya, el latín. En conjunto es un fluir de vida mutable, vivo y corriente, fijado sólo en parte y de manera artificial por la tradición clásica.

En el latín arcaico, cuando tales tradiciones no se habían anquilosado aún por el artificio de sus esquemas, encontramos construcciones vulgares o romances, como se quiera decir. Por ejemplo : Livio Andrónico : HASTA VOLANS PERRUMPIT PECTORA FERRO ; Ennio : UNDIQUE CONVENIUNT VELUT IMBER TELA TRIBUNO, CONFIGUNT PARMAM, TINNIT HASTILIBUS UMBO AERATUS, SONIT AES GALEAE ; el mismo : PHILOSOPHARI EST MIHI NECESSE, AT PAUCIS ; inscripción arcaica : FORTUNA SPONDET MULTA MULTIS, PRAESTAT NEMINI : VIVE IN DIES ET HORAS, NAM PROPRIUM EST NIHIL ; Plauto : VIDETUR TEMPUS ESSE, UT EAMUS AD FORUM. Estas formas vulgares arcaicas se encuentran aun en más escritores clásicos — señal evidente de que en todo tiempo pertenecieron al lenguaje usual de Roma, como en Cicerón : QUO USQUE TANDEM ABUTERIS, CATILINA, PATIENTIA NOSTRA? ; César : GALLIA EST OMNIS DIVISA IN PARTES TRES, QUARUM UNAM INCOLUNT BELGAE, etc. ; Salustio : CATILINA NOBILI GENERI

NATUS FUIT MAGNA VI ET ANIMI ET CORPORIS, SED INGENIO MALO PRAVOQUE; Horacio: EXGEI MONUMENTUM AERE PERENNIUS,... QUOD NON IMBER EDAX, NON AQUILO IMPOTENS POSSIT DIRUERE (1).

No es oportuno detenerse a explicar ahora por qué motivos predominó la construcción « clásica » en el latín literario. Se da por cierto que ésta dominó e imprimió su influencia en toda la literatura romana, de manera que cuando otra manera de construir sobreviene a su vez en las escrituras más populares y en los autores de edad más reciente — por ejemplo, en la Vulgata — produce el efecto de una novedad (2).

Algo parecido ocurre en las formas y en la pronunciación que estableció el latín clásico eliminando ciertos modos corrientes en los cuales las lenguas neolatinas se encuentran de acuerdo con la latinidad arcaica; ejemplo: desaparición de *-m* final o en el acento del italiano *fécero*, francés *firent*, rumano *feacerǎ* que en Plauto es *fĕ̆cĕrunt*, mientras en el clásico hace *fēcērunt* (3). Con razón ha dicho un antiguo maestro: « Lo que hemos acostumbrado a retener respecto al latín tardío, es lo mismo que se veía ya hace muchos siglos en la

(1) E. RICHTER, *Zur Entwickelung der romanischen Wortstellung aus der lateinischen*, Halle, 1903, págs. 1-7.

(2) Cfs. MEYER-LÜBKE, *Einführung*², págs. 108-109.

(3) Con respecto a la sintaxis, poco o nada se ha podido sacar de las inscripciones latinas provinciales que preludian determinados modos sintácticos del neolatino respectivo. Ninguna huella de sintaxis específica española ha encontrado H. MARTIN, *Notes of the syntax of the latin inscriptions found in Spain*, Baltimore, 1909.

lengua del pueblo » (1). Las concordancias del neolatín con el latín arcaico reaparecen al decaer el latín clásico, mostrándonos, a través de algunos fenómenos esenciales, la ininterrumpida continuidad de la lengua viva, sólo en apariencia interrumpida por la floración triunfal del latín clásico.

No son menores en el latín vulgar las novedades del vocabulario, si bien, como para todo el resto, sirven las observaciones hechas hasta aquí. Muchas palabras clásicas han caído en desuso y han sido sustituídas por otras indígenas o extranjeras de la procedencia más diversa : palabras que en el latín clásico tenían un sentido tienen después otro, generalmente más limitado, más concreto ; por el contrario, los términos abstractos son cada vez más raros. La palabra expresa representaciones, más que conceptos. Abundan los términos específicos, técnicos, que ignora la lengua clásica ; se encuentra una riqueza enorme de nuevos términos derivados y compuestos. Estos caracteres son propios de las lenguas populares, con los abundantes matices que pueden contener : son características que ya se entrevén en el latín arcaico, cuando el refinamiento de la cultura no había intervenido aún para producir cierta lengua particular (el latín literario) regulado por un severo purismo, de una tendencia a

(1) WÖLFFLIN, en *Archiv für lateinische Lexicographie*, I, 100. — W. M. LINDSAY observó en *American Journal of Philology*, XIV, 319, que Nevio acentuaba INTÉGRUM como los neolatinos; cfs. también F. MARX, *Die Beziehungen des Altlateins zum Spätlatein*, en el *Neue Jahrbücher*, 1909, págs. 434 y ss.

la abstracción como toda lengua que expresa en su ideología una cultura superior y desprecia aristocráticamente la libertad vulgar — como sucedió en Francia con la formación de la lengua literaria de los siglos XVII y XVIII.

Para un conocimiento preciso del llamado latín vulgar puede consultarse la interesantísima *Introduzione allo studio del latino volgare* de un benemérito romanista americano, C. H. Grandgent, editada en italiano en la Colección Hoepli. En cuanto a la sintaxis, una guía excelente con cuidadosa selección de materiales puede encontrarse en la obra ya citada de E. Richter.

7. Hemos señalado al principio de este capítulo, las huellas de influencia itálica en el latín, mostrando qué parte tan importante de la lengua hablada por los romanos debe atribuírsele al llevarse a cabo la unificación de Italia. Esto fué calificado de «latín de Italia», pues en él confluían los viejos dialectos indígenas absorbidos por el latín. «Si la influencia de las antiguas lenguas itálicas se dejaba sentir en la lengua literaria de la época de César y Cicerón, o sea en el momento en que la literatura romana alcanza el punto más elevado y puro de su evolución, bien se comprende cuán considerable hubo de ser esta influencia sobre el idioma vulgar y en la lengua más o menos inculta de los campesinos, de los plebeyos y esclavos, y, especialmente, cuán profunda fué la penetración en el latín por parte de los dialectos itálicos en aquellas regiones

donde un contacto íntimo y constante deformaba durante siglos el idioma primitivo introducido con los colonos de Roma » (1).

Puede decirse que el primer núcleo del latín vulgar está constituído por la antigua *rusticitas* difundida entre los itálicos con los primeros emigrantes latinos, que los indígenas van mezclando con la *peregrinitas* de su nacionalidad respectiva. El contacto estaba favorecido naturalmente por la íntima afinidad preexistente entre el latín y las lenguas itálicas. Es un período inicial que de los principios de la expansión romana va hasta cerca de la guerra social. En las diversas colonias se forman dialectos latinoitálicos por el contacto del latín popular arcaico con los idiomas más o menos afines que van apareciendo poco a poco. Varrón, que era de origen sabino, no sabía comprender ya bajo el nombre de *Sabina lingua* otra cosa que el latín dialectal de la Sabinia (2). Es necesario partir del concepto de un latín rústico propiamente dicho, anterior al literario y llevado por toda Italia con las primeras conquistas, que siguió viviendo libremente después durante siglos bajo la República cuando no se había establecido aún la gran administración del Imperio. Aquel latín rústico no tenía aún junto a sí el freno regulador de una lengua literaria ; por eso estaba sujeto a todas las influencias locales, fraccionado en numerosos dialectos por el contacto con las lenguas preexistentes, libremente móvil y variado.

(1) Mohl, op. cit., p. 52.
(2) Mohl, op. cit., pág. 88.

La mayor parte de los hechos característicos del latín vulgar tienen evidente analogía con los antiguos dialectos itálicos (osco, umbro, falisco, volsco, etc.). El movimiento y la sucesiva fusión étnica que recibió impulsos de la guerra social tendió después a disminuir sensiblemente la barrera existente entre aquellos dialectos. La sombra de Roma se extendió cada vez más imperiosa con la administración y la cultura; las transformaciones se multiplican; el latín literario, el oficial, tiene importancia por las variedades dialectales arcaicas, que se desdibujan y son absorbidas hasta cierto punto, como suele suceder en todo Estado dirigido por una sólida unidad política y espiritual — por ejemplo, en Francia, donde los dialectos mueren de día en día.

Desde la época de los Césares, los dialectos latinos en Italia se confunden hasta tal punto que resulta imposible señalar límites geográficos a las formas dialectales, cada vez más raras, que se encuentran aún en las inscripciones. El servicio militar obligatorio y el traslado de poblaciones en masa de un territorio a otro contribuyen poderosamente a fijar las huellas locales sobre el latín. Tal fué el proceso de unificación del latín vulgar; por eso puede decir Quintiliano (1) que en su tiempo había un latín hablado uniformemente, aunque con variedad de acento en toda la Península. De esta manera se constituyó el «latín de Italia», pues aunque Quintiliano exagera, sin duda, tras la aparente unidad continuaron durante el Imperio

(1) *Inst. orat.*, I, V, 56.

las diversas variaciones locales que dieron lugar a los dialectos modernos. «Cuando César, cumpliendo la obra comenzada por Sila, arrojó por toda Italia los veteranos de sus ejércitos diseminándolos en pequeños grupos aislados y no en legiones y cuerpos enteros, como había hecho Sila, por las nuevas colonias, cuando nuevos movimientos migratorios y nuevas corrientes de colonos hubieron transformado una vez más la geografía de Italia, la unificación lingüística pudo considerarse casi terminada»; así escribe Mohl (1), y su juicio puede admitirse porque no se trata de retener encerrados del todo en aquella unificación relativa los confines originarios de los dialectos itálicos primero, latinoitálicos después.

Este latín itálico impregnado de formas provinciales pasó a las provincias de fuera de Italia. Si la primera expansión de Roma en los territorios itálicos se inició el siglo VI a. de J. C., debieron pasar más de 300 años antes que el nombre latino se extendiera fuera de Italia; España no fué provincia de Roma hasta el año 197 a. de J. C. Iliria después de 167, Galia meridional el 120, la septentrional el 50, la Recia el 15, Dacia, por último, el año 107 d. de J. C. Fueron, pues, más de 300 años, en los que se llevó a cabo la perfecta asimilación de romanos e itálicos, especialmente cuando estos últimos, después de la guerra social, consiguieron la ciudadanía romana que, mientras les elevaba a nueva dignidad, suprimía de hecho todo intento de autonomía local y favorecía la nivelación común.

(1) Op. cit., págs. 148-149.

Las legiones estaban formadas en su mayoría por itálicos ; los itálicos eran conducidos en masa a poblar las colonias provinciales. El latín llevado a las provincias fué el que se hablaba en Roma por el vulgo, detenido hasta cierto punto por el continuo freno de la lengua literaria.

Fuera de la órbita italiana — y aun en muchas regiones de Italia misma, pobladas por gentes no itálicas, y después fuera de la Península — el latín se difundió rápidamente entre gentes de diversas estirpes e idiomas, y ya hemos visto cuán rápida y pujante se extendió la obra asimiladora de la latinidad. En este punto se nos presentan algunos problemas cuya solución no es fácil. ¿En qué relación se encontraron el latín y los idiomas extranjeros? ¿Qué reacción sufrieron a causa del latín? ¿Qué fué, en concreto, el latín hablado en el Imperio? ¿Qué influencia ejercen las lenguas populares? Problemas, como se ve, de fundamental importancia que estudiaremos ahora, y a los que aludiremos también en los capítulos siguientes.

Se comprende desde el primer momento que las consideraciones hechas sobre la íntima unión de los dialectos itálicos con el latín no pueden valer cuando el latín se pone en contacto con lenguas completamente distintas y muy lejanas de él. Cuanto más distintas son dos lenguas tanto menos posible es que la una influya en la otra. Según Mohl, en la historia de la romanización provincial se pueden distinguir tres períodos. En el primero, los indígenas empiezan a oír

el latín de los colonos, y poco a poco los que se encuentran más próximos al centro de la ocupación romana aprenden la nueva lengua propagándola en los alrededores. Con el segundo — que Mohl pone generalmente con criterio demasiado sistemático y uniforme entre los siglos II y I de la Era vulgar — se encuentra una fase transitoria durante la cual el latín se insinúa lentamente hasta el corazón de los países dominados, junto a los antiguos dialectos nacionales que siempre subsisten. Entonces se habla ya con más o menos corrección por una parte bilingüe de población, pero, no obstante, se considera un idioma extraño aun no asimilado, porque si en las regiones itálicas había bastado un simple contacto para difundir la latinidad, en las provincias se necesitó educar a los bárbaros, enseñándoles literalmente el latín. Esta educación se llevó a cabo en el siglo IV. El latín triunfó casi en todas partes, llegando a ser la lengua madre por la enorme cantidad de habitantes de todo el Imperio. Los viejos idiomas nacionales, sometidos a la marea latina, murieron poco a poco, y en grandes zonas quedaron reducidos a un simple recuerdo. Entonces comenzó el tercer período de la romanización, en el cual el latín se estableció definitivamente en las provincias (1).

8. ¿Con qué caracteres se presenta en adelante esta latinidad común? Recordemos que el latín vulgar no nos es conocido directamente sino en una mínima parte, y que es preciso trabajar mucho por induc-

(1) MOHL, op. cit., págs. 66-71.

ción. Se debería juzgar sólo por los documentos directos — las inscripciones provinciales — que fueron casi uniformes en todo el Imperio, pero lo cierto es que las inscripciones, aun las más groseras, no reflejan, como ya decíamos, la palabra viva; la lengua viva sólo se introduce alguna vez de manera ocasional a través de la pretensión literaria. Quien se propone dictar o esculpir una inscripción, trata siempre de servirse de su latín más «pulido», o sea el menos popular; por eso las verdaderas formas populares nos son inaccesibles las más de las veces. La relativa uniformidad de las inscripciones no puede, pues, hacernos admitir la uniformidad efectiva del latín provincial. Decimos uniformidad y no unidad, porque de unidad, hasta cierto punto, se puede y se debe hablar: unidad genérica, que no excluye los diversos matices de las pronunciaciones locales y los gérmenes de aquellas diversas características particulares de donde se derivar, más tarde, los dialectos neolatinos. Todos los que aprendían el latín le imprimían algunas modificaciones determinadas por la naturaleza y la costumbre de los propios órganos vocales y casi un reflejo de la pronunciación inherente al propio lenguaje anterior. Tanto más cuanto que los idiomas prerromanos no desaparecieron de pronto, como ya sabemos, sino que continuaron viviendo aún algún tiempo, particularmente en las clases inferiores. En todos los territorios de la conquista romana hubo un período — a veces de siglos — que puede llamarse bilingüe, en el que el latín y el idioma indígena subsistieron a un tiempo; se com-

prende fácilmente que la pronunciación del primero debió resentirse de la del segundo. Desde luego, no hay que pensar que el idioma indígena alterase substancialmente la estructura del latín ; ésta se mantuvo intacta siempre y en todas partes, pero sufrió alteraciones en los sonidos, confusión de formas o introducción de vocablos locales. La admirable elasticidad del dominio romano, el cual se imponía por la propia fuerza material aun siendo muy tolerante con las costumbres, la religión y aun el lenguaje extranjero, sin destruir por eso los elementos de las diversas nacionalidades ni suprimir las energías, favoreció indirectamente aquella acción limitada sobre el latín. Éste podía existir más sujeto en aquellos lugares en que por la dificultad de sus vías de comunicación o a causa de las grandes distancias venía a encontrarse un poco aislado del contacto con Roma.

Estas alteraciones iniciales del latín nos alejan, en parte, de nuestro examen, porque sólo entre límites muy restringidos le encontramos reflejado en las escrituras provinciales, pero es indudable que inicialmente debieron ser bastante sensibles en correspondencia con los diversos sustratos étnicos, mientras que después fueron exoneradas por la influencia romana, cada vez más fuerte, y por la asimilación progresiva tanto como por las distintas influencias. Mejor ejercitados en el latín y contenidos por la presencia continua de los romanos, los indígenas de las diversas provincias terminaron por corregir espontáneamente muchas características dialectales, ya sea propias o heredadas de los

primeros colonos itálicos, tratando de acercarse cada vez más al idioma de la metrópoli. La unidad del latín vulgar se consiguió en gran parte por la acción purificadora que la lengua literaria ejerció sobre ellos: acciones tanto más eficaces cuanto más fuertes se hacían el Estado y su administración. En todas las provincias de fuera de Italia esta lengua, enseñada en las escuelas y hablada por los funcionarios, mantuvo sofrenada la libertad idiomática de las poblaciones y les dió una norma, un modelo que imitar cimentando la unidad a costa del fraccionamiento primitivo.

La restauración unitaria del latín hablado se debe, al menos hasta cierto, punto, al latín escrito. « Allí hay, afirma Mohl, una diferencia esencial y profunda que separa con toda claridad Italia de las provincias. En éstas fué el latín oficial, más o menos mezclado de vulgarismos, el que constituyó la base principal de la lengua hablada; las formas dialectales se anegan allí poco a poco y se pierden a menos que no hayan reaccionado desde mucho antes generalizándose e implantándose con firmeza en las costumbres de las masas ya latinizadas. En Italia, por el contrario, es el antiguo latín dialectal de la República el que acaba por desenvolverse y vivir a pesar de todas las limitaciones establecidas por la historia y la política; todo se limita aquí a una lucha entre dialectos, a una lenta absorción de los pequeños dialectos locales en una forma dialectal más amplia, a las interferencias sucesivas de una lengua provincial con otra, a la formación natural de una forma lingüística más general y preponderante,

evolucionando a la vez y de manera insensible hacia el latín oficial de la capital» (1).

No creemos que sea justo contraponer de esta manera Italia a las provincias: la misma Italia, fuera de las regiones lingüísticamente itálicas, presentaba condiciones idiomáticas respecto al latín que no diferían de las de la Galia, de la Iberia, etc., y, por otra parte, la influencia verdaderamente considerable de la lengua oficial en las provincias no debe inducirnos a menospreciar la otra influencia menos importante, pero señaladísima, al fin, de la lengua vulgar empleada por los soldados y los colonos. De todas formas resulta cierto que así como había ocurrido en Italia, en todo el Imperio acontece también un proceso unificador del lenguaje, debido en parte a la acción directa de Roma, y en parte a los cambios intercoloniales, a las relaciones comerciales, a la vida de tráfico y a los movimientos de la población. Aun así, no se llegaron a perder los gérmenes de las diferencias locales: el latín del Imperio se transformó sensiblemente en la fonética, en la morfología y en el léxico, aun en su edad más rica, hacia el siglo V.

La tiranía lingüística de Roma nos deja entrever bien poco de esta variedad, y los escritores de las provincias se mantienen fieles, en lo posible, al purismo literario clásico. Sin embargo, algo puede atisbarse; por ejemplo: en España y en la Galia septentrional PRO, por influencia de PER, fué sustituído por un *POR, del que no se encuentra huella directa, pero que puede

(1) Op. cit., p. 255.

comprobarse por las derivaciones romances. CUM en el siglo v no sólo no existía en el latín gálico sino que había perdido su actividad en los compuestos, y en su lugar aparece APUD como preposición aislada. En la Galia, España, Cerdeña y Recia se conserva -s, mientras que en otras provincias ha caído en desuso.

En esta investigación de las particularidades locales viene en nuestra ayuda un indicio seguro : la confrontación con las fases sucesivas, es decir, con los dialectos neolatinos. Aun cuando estos últimos puedan contener modificaciones posteriores, acaecidas en el lugar o debidas a la infiltración de sonidos y de formas de otros dominios romances, en conjunto se ve aún claramente que deben presentarnos una evolución de hechos determinados, al menos en germen, cuando el latín fué adoptado por los naturales de las regiones. Esta alteración genérica superficial del latín producida en las provincias de diversas maneras, especialmente en lo relativo a la pronunciación de sonidos, fué, sin duda, la razón principal por la cual el neolatín se modificó rápidamente al enfrentarse con el latín; y podría decirse que la historia de los dialectos neolatinos comenzó el día en que el latín fué hablado por bocas no latinas, si esta afirmación no presentara en forma demasiado absoluta y esquemática una verdad que en substancia es un poco compleja. Que la unidad en el léxico vivo del latín vulgar, además de los sonidos, fué más que incompleta, se deduce del discreto número de restos prerrománicos que conservan las lenguas romances. Un habitante inculto del valle del Ródano designaría

ya al chopo en la época de Constantino, no con el latín ALNU (rumano *anin* *ALNINU), sino con *verna;* y no diría CALDARIA (rumano *caldare*) ni SERU (engadinés *sarun*), sino PARIOLU y MESIGU. Para « avispero » deberá usar BRISCA en vez de FAVU, para la encina CASSANU por QUERCU, para el abeto SAPPU, SAPPINU por ABIETE, para « topo » no usan TALPA, sino DARBONE ; por JUNICIA y JUNIX se difundió en el Mediodía de Francia un oscuro MODZON, MUOJ. En la terminología del cáñamo no se conoce el latín MACERARE y PECTINARE, sino *NASIARE y *CERESTIARE ; en la habitación de los niños no había CUNA, sino BERTIUM (francés *berceau*) (1).

Hemos hablado ya de voces itálicas, adoptadas en abundancia del latín ; sin embargo, existe una cooperación léxica que venía de otras fuentes menos próximas. El griego, en primer lugar, por mil caminos, de los contactos literarios en Roma a los vulgares en las provincias donde el griego era lengua viva, y más que nunca cuando el Cristianismo con su literatura religiosa traducida del griego derramó una nueva ola de helenismo en el suelo romano (2). Por otra parte, fueron adoptadas por el latín voces de origen celta. Los escritores romanos introdujeron una docena de vocablos indicándolos como de origen ibérico (3) — y se

(1) JUD, *Probleme der altrom. Wortgeographie*, págs. 58-59.

(2) Los vocablos griegos en el latín han sido coleccionados por O. WIESE, en los *Preisschriften der Jablonowskischen Gesellschaft*, XXIII, Leipzig, 1882.

(3) E. PHILIPON, *Les Ibères*, pág. 190.

comprende que sólo una mínima parte de la cooperación léxica prerromana pudo ser documentada por textos latinos. En otro capítulo diremos hasta dónde puede reconocerse, continuada en los idiomas romances a través del latín vulgar. Por ahora es suficiente que tengamos en cuenta que al latín de las provincias contribuyeron formas léxicas, unas veces circunscritas al respectivo latín provincial, otras extendiéndose por todo el territorio romano, como lo demuestra el que aún se conserven por todo el territorio romance.

Si nos detenemos a examinar en cuántas formas diversas, todas latinas, se expresa a veces una misma representación en territorios a veces distintos, podremos darnos cuenta de la enorme riqueza y variedad léxica del latín vulgar, debida a las diversas combinaciones a que los elementos latinos, aun siendo hoy los mismos, pueden dar lugar al formarse nuevas palabras. Obsérvese, por ejemplo, qué formas tienen los dialectos franceses para expresar el concepto «primavera». Además de PRIMU TEMPUS *(printemps)* tenemos PRIMAVERA, PRIMA, sin más sobrentendiéndose «estación», *RENOVELLU, NOVELLU TEMPUS, FORIS TEMPUS, distintos derivados de FORIS (EXIRE FORIS, SALIRE FORIS, PARTIRE FORIS), SORTITA, BELLU TEMPUS, BONU TEMPUS (1). A cada una de estas expresiones corresponden los numerosísimos derivados dialectales modernos.

(1) C. MERLO, *La carta 1093 dell'Atlas linguistique de la France,* en los *Scritti varî d'erudizione e di critica in onore di R. Renier,* Turín, 1912, págs. 119 y ss. Cfs, del mismo, *I nomi romanzi delle stagioni e dei mesi,* Turín, 1904.

9. No quisiéramos que tantas páginas escritas acerca del latín hablado dejaran en el ánimo del lector la impresión de una diferencia esencial entre la lengua hablada y la escrita, entre el latín vulgar y el literario. Si el vulgar pudo reflejarse más en el literario fué debido a que influyeron menos en él los férreos vínculos del purismo clásico, pero ya hemos puesto en claro que el literario, a su vez, y en medida mucho mayor, influyó en el hablado ; esta influencia siguió ejerciéndose en todo tiempo. La misma tradición escrita que durante el Imperio difundía por todas partes su autoridad, y por medio de las escuelas, los escritores, la administración, no sólo era un freno para la variedad local del latín, sino una perenne fuente que nutría el habla vulgar, no dejó de hacerse valer en la Edad Media y se inflamó con una luz nueva y ardiente en el Renacimiento, vertiendo por todas partes entre la gente vulgar una multitud de palabras en las que se encontraba visible la huella clásica sin aquellas modificaciones de sonidos que se originaban en las lenguas vulgares o, por lo menos, en pequeñas cantidades.

Así, pues, el léxico neolatino no sólo se ha formado del latín vulgar, sino también del literario, el cual, con el altísimo prestigio de su cultura, ponía su sello a la unidad idiomática ya creada por la conquista romana : una vez más podremos repetir que las lenguas neolatinas son una continuación, no del latín vulgar, sino del «latín». Si muchos latinismos literarios han permanecido muertos en los libros, otros muchos son de Roma en cuya lengua vive, con tanta intensidad que el examen

histórico de sus sonidos apenas nos induce a distinguirlos de la gran masa que fluye de boca de los que la hablan, y si algunas palabras nos parecen populares por el sonido, otras, en cambio, nos delatan su origen literario, señal evidente de que sólo la abstracción de nuestros análisis históricos puede ser en ellas algo artificial, es decir, literario, mientras en realidad son palabras vivísimas, sólo que tuvieron formas vivas distintas de algunas otras. Las importaciones más recientes del latín muestran en general más visible su huella literaria, mientras tantas y tantas otras son tan antiguas en el uso como los pobladores y sólo revelan una influencia literaria conservadora en algo de su pronunciación. Por ejemplo, si CAPĬTULU da en italiano el latinismo intacto *capitolo*, el francés *chapitre* con la modificación de la inicial y el español *cabildo* son en parte populares. Así, el semiculto francés *épître* próximo al culto italiano *epistola* y el español *tilde*, *siglo*, son casi el italiano *titolo*, *secolo*.

Trabajando en torno a este asunto puede llegarse al final de las gramáticas históricas particulares. Lo que precisa poner de relieve es el artificio puramente teórico que pone una barrera entre el latín literario y el hablado, que hace una división entre éste y aquél (1) cuando, en realidad, sólo debería hablarse del « latín » en general. De manera parecida resulta un concepto escolástico y arbitrario que nos hace unir a las distinciones de « latín literario » y « latín vulgar » la otra

(1) Como hace después de muchos otros, F. STOLZ, *Geschichte der lateinischen Sprache*, Leipzig, 1910.

de « bajo latín », es decir, latín usado por los escritores de la decadencia. Éste, que se manifiesta también por su menor pureza al compararle con el literario de la edad de oro, en realidad no es más que el latín que, libre de la rígida tradición literaria y de la sólida obstinación conservadora, permitía mayor libertad de movimientos y una adhesión más espontánea a la lengua viva. Puede decirse esto, como ya hemos observado, para una gran parte del latín eclesiástico, que por un lado sufría la influencia vulgar, y por otro ejercía influencia sobre el vulgo.

Cuando la unidad del Imperio quedó rota y la cultura romana confinada en límites estrictos a través de la Edad Media, se advirtió claramente la diferencia existente entre los vulgares y el latín escrito, el cual sobrevivió en adelante de manera artificial, pero aun se le tiene en cuenta, ya por cuanto puede reflejarse de vulgar en una edad en que faltan documentos directos de lengua vulgar, o por la influencia que pudo seguir recibiendo de aquél. En el latín de las fórmulas merovingias encontramos reflejos significativos vulgares, muy desatinados. Por el contrario, el latín carolingio de los siglos VIII y IX, por efecto de la reforma de Alcuino, revela una restauración sistemática del modelo clásico (1), y se comprende que tal mejora-

(1) K. C. Rice, *The phonology of Gallic Clerical latin after the Sixth Century*, Cambridge Mass., 1909. — J. Pirson, *Le latin des formules mèrovingiennes et carolingiennes*, I, en *Romanische Forschungen*, XXVII ; y *Merowingische und Karolingische Formulare*, Heidelberg, 1913.

miento de la cultura debió actuar de vez en cuando en algunas corrientes del idioma hablado, como toda lengua hablada por las clases cultas influye en sus dialectos. Con estas digresiones nos apartamos del argumento directo del capítulo presente en el que nos proponíamos, sobre todo, descubrir la falacia de la sistemática contraposición entre el latín vulgar y el clásico, mostrando, por el contrario, la viva, móvil y multiforme energía de la única realidad efectiva que fué, sencillamente, « el latín ».

Notas bibliográficas

No es necesario recordar que para las inscripciones la colección principal es el *Corpus Inscriptionum latinarum :* I, Inscripciones antiquísimas ; — II, Hispania ; — III, Grecia, Iliria, Moesia, Dacia, Recia ; — IV, Pompeya ; — V, Galia cisalpina ; — VI, Roma ; — VII, Britannia ; — VIII, África ; — IX y X, Italia superior, Sicilia y Cerdeña. Se ha comenzado una nueva edición, vol I, parte I, 1893. — Deben recordarse, además : Rossi, *Inscriptiones christ. urbis Romæ*, 1857 ; Le Blant, *Inscrip. chrét. de la Gaule*, 1857-1865, etc. Para las inscripciones más recientes *Le notizie degli Scavi* e *I Monumenti antichi*, publicados bajo la dirección de la Real Academia de los Lincei de Roma. Para notas sumarias relativas a las inscripciones y manuscritos, cfs. F. Stolz, *Historische Grammatik der lateinischen Sprache*, Leipzig, 1894, vol. I, págs. 67-75, y para la utilización de los materiales de las inscripciones y manuscritos puede tenerse en cuenta la obra ya citada de H. Schuchardt, *Vokalismus des Vulgärlateins*, Leipzig, 1866-1869.

Acerca de los gramáticos fundamentales, tenemos la gran colección de H. Keil, *Grammatici latini*, I-VII, Leipzig, 1857-1880, es decir : I Flavii Sosipatri Charisii artis grammaticae lib. V, Diomedis art. gramm. lib. III, ex Charisii arte excerpta (rec. H. Keil) ; — II y III, Prisciani Grammatici Cæsariensis Instit. gramm. lib. XVIII (rec. M. Hertz) ; — IV, Probi, Donati, Ser-

vii, qui feruntur libri ex rec. H. Keilii, notarum laterculi ex rec. Th. Mommseni; — V, Artium scriptores minores Cledonius, Pompeius, Julianus, excerpta ex commentariis in Donatum, Consentius, Phocas, Eutyches, Augustinus, Palæmon, Asper, de nomine et pronomine, de dubiis nominibus, Macrobii excerpta ex rec. H. Keilii; — VI, Scriptores artis metricæ Marius Victorinus, Maximus Victorinus, Cæsius Bassus, Attilius Fortunatianus, Terentianus Maurus, Marius Plotius Sacerdos, Rufinus, Mallius Theodorus, fragmenta et excerpta metrica ex rec. H. Keilii; — VII, Scriptores de orthografia Terentius Scaurus, Velius Longus, Caper Agrœcius, Cassiodorius, Martyrius, Beda, Albinus. Audacis excerpta, Dosithei artis gramm., Arusiani Mesii exempla elocutionum, Cornelii Frontonis liber de differentiis. Fragmenta grammatica. Index scriptorum ex recen. H. Keilii. — Supplementum. Anecdota Helvetica quae ad grammaticam latinam spectant ex bibliothecis Turicensi Einsidlensi Bernensi collecta ed. H. Hagen.

F. Stolz hace una breve reseña de los gramáticos latinos en la *Historische Grammatik*, antes citada, vol. I, págs. 55-67; para la utilización de las noticias de los gramáticos acerca de la pronunciación del latín, cfs. E. Seelmann, *Die Aussprache des Latein nach physiologisch-historischen Grundsätzen*, Heilbronn, 1885, y las dos recientes aunque no sin exageración, una en las *Göttingische gelehrte Anzeigen*, 1890, págs. 660 y ss., y la otra en el *Jahresbericht über die Fortschritte der romanischen Philologie*, por K. Vollmöller, vol. I, págs. 48 y ss.

Para los glosarios cfs. Loewe, *Prodromus Corporis glossariorum latinorum*, 1876, y Götz, *Glossæ nominum*, 1884; además, la más importante de las colecciones en esta materia, Götz, *Corpus glossariorum latinorum*.

La primera edición crítica del *Appendix Probi* con un *facsímil*, fundada en una nueva lectura del código vienés latín n.º 17, f.º 50 v., se debe a Wendelin Förster en los *Wiener Studien*, XIV (1892), 278 y ss.; puede unirse a la obra reciente de W. Heraeus, *Die Appendix Probi*, Heidelberg, 1899. En torno a esta obrita son dignos de tenerse en cuenta: *Mélanges Renier*, págs. 301-309; *Mélanges Boissier*, págs. 5-9; *Romanische Forschungen*, VII, 145 y ss., y la bibliografía de W. Förster y E. Koschwitz, *Altfranzösisches Uebungsbuch*, 4.ª ed., Leipzig, 1911. — También son de notar las *Glosas de Reichenau*, que en estos últimos años

han sido objeto de nuevos estudios e investigaciones, para las que puede consultarse J. STALZER, *Die Reichenauer Glossen der Handschrift Karlsruhe*, 115, en el *Sitzungsberichte der philos-histor. Kl. der K. Akad. in Wien*, v. CLII (1906), n.º VI (págs. 1-172); K. HETZER, *Die Reichenauer Glossen*, en *Beihefte zur Zeitschrift f. rom. Philol.*, n.º VII, Halle S., 1906; W. FÖRSTER, *Die Reichenauer Glossen*, en *Zeits. f. rom. Philol.*, XXXI (1907), págs. 513-568; cfs. también la misma *Zeits.*, XXX, 49 (Stalzer) y 526 (Förster); J. STALZER, *Zu den Reichenauer Glossen*, en *Zeitschrift f. die österreichischen Gymnasien*, LX (1909), págs. 97-132, cfs. ibíd., pág. 863 (Förster); W. FÖRSTER, *Noch einmal die Reichenauer Glossen*, en *Zeits. f. rom. Philol.*, XXXVI (1912), págs. 47-71, cfs. *Romania*, XLIV (1915), págs. 122-130 (Bertoni).

Para los textos del latín vulgar puede recomendarse la colección que fué comenzada bajo la dirección de H. HERÆUS y H. MORF, con el título de *Sammlung Vulgärlateinischer Teste*, Heidelberg, de la que han nacido las siguientes obritas: I, *Silviæ potius Aetheriæ Peregrinatio ad loca santa*, edit. por W. HERÆUS, Heidelberg, 1908, con bibliografía. Véase también el primer impreso de los descubridores G. F. GAMURRINI, *S. Hylarii tractatus de mysteriis et hymni, et S. Silviæ Aquitanæ peregrinatio ad loca santa*, Roma, 1887. Nueva edición del mismo, en *Studi e documenti*, IX, Roma, 1888. — II, *Petronii cena Trimalchionis* nebst ausgewählten pompejanischen Wandinschriften; edit. por W. HERÆUS, Heidelberg, 1909. Es útil encontrar quien ha relacionado el texto de la Cena con las inscripciones pompeyanas. Cfs. en la bibliografía puesta al pie de página las indicaciones de los estudios especiales acerca de la lengua. — III, *Proben aus den sogenannten Mulomedicina Chironis* (libros II y III); herausgegeben von MAX NIEDERMANN, Heidelberg, 1910, con bibliografía. La edición completa es la ya referida: E. ODER, *Claudii Hermeri Mulomedicina Chironis*, Lipsiæ, 1901. — IV, *Kleine Texte zum Alexanderroman. Kommonitorium Palladii*, Briefwechsel zwischen Alexander y Dindimus, Brief Alexanders über die Wunder Indiens nach der Bamberger Handschrift; herausg. v. FRIEDRICH PFISTER.

Para la literatura referente a la *Peregrinatio ad loca santa*, así como respecto a los trabajos especiales acerca del latín de Gregorio Magno, el de San Jerónimo y el de las inscripciones de España, Galia, etc., cfs. la bibliografía que precede en la

citada *Introduzione allo studio del latino volgare*, de C. H. GRANDGENT, publicada en versión italiana por la Colección « Manuales Hoepli », 1914 n. 399-400, serie científica; los escritos posteriores más notables son: M. NIEDERMANN, *Uebere inige Ouellen unserer Kenntnis des späteren Vulgärlateins*, en *Neue Jahrbücher für Klass. Altertum*, XXIX/I, 313 y ss. — F. W. WESTAWAY, *Quantity and Accent in the Prononciacion of Latin*, Cambridge, 1913. — I. MAROUZEAU, *Notes sur la fixation du latin clasique*, en *Mémoires de la société linguistique de Paris*, XVIII (1913), 146 y ss.

CAPÍTULO IV

Las variedades neolatinas

1. Si las lenguas neolatinas no son otra cosa que el latín vulgar, ¿por qué se presentan en formas tan variadas? ¿Por qué existen dialectos italianos, franceses, españoles, rumanos, etc.? ¿Qué causas particulares han ocasionado tan gran variedad de sonidos y forma? Por otra parte, ¿con qué criterio determinaremos y distinguiremos los diversos dialectos?, o, más claro aún, ¿es posible determinarlos, cada uno dentro de sus límites, y distinguirlos unos de otros con diferencias que no sólo sean empíricas sino fundadas en datos científicos?

Problemas complejos y difíciles, aun no aclarados del todo y tanto más oscuros hoy cuanto que aparecieron hace pocos años — o más oscuros a consecuencia de nuevas orientaciones científicas, que mostrando caminos desconocidos hasta ahora han hecho surgir dudas acerca de ciertas verdades que antes parecían definitivamente logradas. Con frecuencia sucede lo mismo en la ciencia: el descubrimiento de un mundo nuevo, aumentando y modificando nuestros conoci-

mientos, nos obliga a veces a contemplar con nuevos ojos lo que poseíamos o creíamos poseer antes, pudiendo suceder también que en esta revisión se vaya demasiado lejos, llegando a sacrificar lo antiguo, arrastrando lo que considerábamos más sólido y seguro.

Así se advierte con claridad en los primeros tiempos en que una nueva orientación, un nuevo método se introdujo en el campo de la ciencia, dando lugar a esperanzas y entusiasmos que no podían menos de estar en pugna con las direcciones y los métodos de los antecesores. Poco a poco el equilibrio sereno de la investigación objetiva acabó con aquella injusticia : la verdad que puede llevar consigo toda orientación científicamente perseguida se estimó plenamente ; estableióse una armonía entre lo antiguo y lo moderno, y de la misma manera que en las formaciones geológicas se superponen y ordenan los estratos de tierra sin destruirse, así se asientan, coordinan y equilibran las verdades logradas con los diferentes métodos de la ciencia.

Antes de adentrarnos en el examen de los problemás que hemos aludido es necesario dilucidar una cuestión preliminar : la de esclarecer los conceptos de lengua y de dialecto.

En este capítulo hablaremos siempre de dialectos y no de lenguas. ¿Qué es una lengua? En su origen no es más que un dialecto, llevado a la escritura y convertido en medio de expresión de una colectividad por su cultivo literario, político, administrativo, etc. Desde el momento en que un dialecto se convierte en expre-

sión de la cultura, sin limitarse a la materialidad de las relaciones diarias, se encuentra, en cierto modo, regulado y sofrenado por las reflexiones, desenvolviéndose con cierto procedimiento que le diferencia poco a poco de aquel que el mismo dialecto ha seguido en boca del pueblo. El uso de la escritura contribuye a aquella regla y a aquel freno, estableciendo paulatinamente una tradición que será tanto más sólida cuanto más maduro y abundante sea su desarrollo literario.

Los mil factores que pueden modificar día tras día un dialecto hablado influyen en él mucho menos cuando el dialecto está consagrado por una tradición escrita. Por otra parte, un dialecto que llegue a este grado tendrá contactos cada vez más numerosos con otros idiomas. Si representa una cultura superior o una fuerza política, se impondrá a aquellos otros sobre los cuales pudo extenderse más directamente su influencia, no sin registrar en cierto modo su influencia y enriquecerse con nuevos elementos. A medida que aumenten la cultura y la fuerza aumentarán también los contactos — no ya los próximos, sino también los lejanos — a través de las diversas literaturas, de manera que el dialecto convertido en lengua se aparta cada vez más de sus propios orígenes, quedando incomparablemente enriquecido por los nuevos elementos absorbidos de todas partes, pero haciéndose también más rígido por el poder de la reflexión y de la tradición escrita, que son esencialmente conservadoras.

Diremos a continuación cómo se convirtió de esta manera el dialecto florentino en lengua italiana y el de

París en lengua francesa, etc. De momento basta haber señalado sumariamente los términos de la cuestión para que resulte claro lo que indicábamos hace poco, a saber, que en la clasificación de las lenguas desde el punto de vista prosódico se debe hablar sólo de dialectos y nunca de lenguas, aunque entre ambos no haya ninguna diferencia substancial, estando también los primeros sujetos a numerosísimas influencias exteriores, como veremos, es decir, participando en más limitada escala de aquellos efectos conservadores o perturbadores que actúan sobre las lenguas.

El sistema seguido por Diez de considerar los idiomas neolatinos, según su clasificación, bajo el aspecto de su desarrollo en calidad de lenguas literarias, es, pues, equivocado. La individualidad de una lengua está determinada, según él, en razón del uso que de ella se hace en alguna literatura y no ya por los caracteres propios de la misma. Distínguense italiano, valaco (rumano), francés, provenzal, español, catalán, portugués, agrupando en torno a cada uno los dialectos de las regiones donde impera como lengua literaria, ya que entre ellos sólo pueden encontrarse ínfimas diferencias (1). Sistema equivocado en substancia, si bien resulta más difícil advertir el error que corregirlo.

La división que se suele adoptar en la actualidad es algo diferente: italiano (que comprende también el

(1) Véase para los conceptos de lengua y dialecto el luminoso proemio, de ASCOLI, al vol. I del *Archivio glottologico*, y también un artículo de F. D'OVIDIO, *Lingua e dialetto*, en la *Rivista di Filologia ed Istruzione classica*, junio 1873.

dálmata), ladino, sardo, rumano, provenzal (con el catalán y el gascón), francés, franco-provenzal, español y portugués. La verdad es que esta división vale menos que la otra, porque aquélla se fundaba en un criterio exterior cierto, pero no en otro uniforme, es decir, en la lengua literaria, mientras la nueva procede confundiendo el criterio literario y el fonético. El « italiano », por ejemplo, comprende en sí dialectos profundamente distintos si no se tuviera en cuenta que el italiano es la lengua literaria de la Península ; el « ladino », por el contrario, se considera aparte por razones fonéticas, que siendo en sí muy ajustadas, podrían aplicarse también con igual razón a otros grupos dialectales comprendidos bajo la denominación común de italianos. Los ejemplos pueden multiplicarse, como se verá en el curso de este capítulo.

¿Existe posibilidad de determinar límites entre los dialectos pertenecientes a una misma familia? A esta pregunta responde o pretende responder toda una discorde falange de estudios de los que es curioso seguir la marcha para llegar a exponer, junto con el fundamento de las clasificaciones, los métodos y los problemas más importantes en el dominio de los estudios romances.

2. Cuando Graziadio Ascoli fijó en 1873 con un ensayo magistral el grupo de los dialectos ladinos, y poco después aisló entre las hablas francesas y provenzales otro grupo definido por él con el nombre de *franco-provenzal* (1), admitió la existencia posible de

(1) *Saggi ladini*, en *Archivio glottologico*, I; *Schizzi franco-provenzali*, ibíd. III, 61-120.

límites bien determinados, aunque con zonas intermedias, de dialecto a dialecto, fundándose en la existencia de numerosos caracteres comunes a cierto número de variedades dialectales, que así, por estos caracteres, pueden distinguirse de otras variedades circunstantes. Las diversas modificaciones producidas en los sonidos, en la forma y en la sintaxis de un dato complejo dialectal con respecto al idioma originario pueden ser reconocidas como propias de cierto territorio y sirven de base a las clasificaciones de los dialectos, es decir, a la determinación de los confines.

Contra tales determinaciones alzó su voz P. Meyer (1). Afirmó que al lado de las innovaciones fonéticas o de otra naturaleza que sirven para caracterizar un grupo de lenguas dialectales se encuentran otras por las cuales cada una de estas lenguas concuerda con dialectos de diferentes grupos : no se pueden violar aquéllas sin atacar los derechos de éstas ; de manera que toda clasificación de dialectos en grupos determinados viene a hacerse abstrayendo arbitrariamente algunos caracteres sin atender a los otros que acaso conducirían a diversas agrupaciones. Donde no se presenta el obstáculo natural de mares o de altas montañas o la barrera de un pueblo perteneciente a distinta rama — como, por ejemplo, la barrera que divide los romanos de los germanos — los dialectos se suceden en el espacio a través de divagaciones infinitas y complejas, entre las que no puede hacerse ninguna demarcación. Puede seguirse geográficamente este

(1) *Romania*, IV, 294 ; V, 504 ; XXIV, 575 ; XXVII, 338

o aquel fenómeno, pero no hemos de servirnos de él para trazar límites que serían destruídos por la consideración de otros fenómenos. Antes que Meyer, en 1870, M. Schuchardt había escrito : « Lo que podemos delimitar no es la extensión de un dialecto sino la de sus características fonéticas ». Las modificaciones de la lengua se propagan como ondas desiguales, unas más otras menos, y en diverso sentido ; innovaciones ramificadas posteriormente pueden llegar a unir ramas que antes estaban divididas.

Estas teorías, sostenidas por la autoridad de G. Paris (1) encontraron contradictores manifiestos que prefirieron seguir el camino trazado por Ascoli (2). El principal entre ellos fué G. Gröber (3), el cual opina que los límites de los dialectos son determinables hasta cierto punto, apoyándose en razones históricas a las que se podría demandar, al menos en parte, el por qué de las diferencias.

Ya sabemos que en los tres o cuatro siglos en que tuvo lugar la expansión romana, el latín no siempre fué igual, y vemos, además, que sus variaciones, en origen, son reflejo del latín vulgar importado a las provincias en diversas épocas. El latín que los romanos

---

(1) *Les parlers populaires de la France*, en la *Revue des patois gallo-romans*, II, 161 y ss.

(2) HORNING, *Ueber Dialektgrenzen im Romanischen*, en el *Zeitschrift für rom. ph.*, XVII, 160 y ss., con bibliografía. Véase principalmente la notable memoria de GAUCHAT, *Gibt es Mundartgrenzen?*, en *Archiv für das Studium der neuren Sprachen und Litteraturen*, CXI, 29 y ss., y 365 y ss.

(3) *Grundriss der rom. Ph.*, I, 535 y ss.

llevaron a Cerdeña el año 238 a. de J. C. se diferenciaba en muchos puntos del que los colonos de Trajano difundieron en la Dacia. El sardo, por ejemplo, conserva distintas Ĭ Ŭ de Ē Ō, buena prueba de que la diferencia se hallaba aún en el latín vulgar en la época de la ocupación romana; por otra parte, C G continúan siendo guturales ante E I. De la misma manera se conservan las guturales ante *e* en el dálmata. Este criterio cronológico que pudo ser legítimo para el sardo y en algún otro caso aislado en que la situación geográfica determinaba un estado de aislamiento del conjunto neolatino, tiene poco o ningún valor en aquellos países que, estando en continuo contacto con el resto de la latinidad, han podido sufrir diariamente las diversas influencias y según las fases de ellas.

Importa más tener presente que el latín, en su expansión, se difundió por pueblos pertenecientes a lenguas diversas, y a veces muy diferentes entre sí. Es lícito presumir, pues, en primer lugar, que cada uno de estos pueblos, al aprender el latín, imprimió en él algunas modificaciones particulares, debidas a la conformación especial de los propios órganos vocales y a las anteriores costumbres glóticas. El origen de muchos fenómenos neolatinos hay que buscarlo en las lenguas prerromanas. La asimilación del latín en algunas provincias sucedió de manera más o menos perfecta. El reflejo del idioma nativo sobre el que se sobreponía el nuevo fué cierto gradualmente y en principio muy sensible. Los órganos acostumbrados a los sonidos indígenas trataban, por necesidad, de colocarse de otro modo

para dar a aquello que percibía el oído en la lengua de los romanos, es decir, se dió lo que se acostumbra a llamar una transformación en la base de la articulación de los sonidos, cuyos resultados no podían ser más que aproximados, como sucede siempre que nos ponemos a hablar una lengua extranjera.

Sucede así hasta cierto punto por causas fisiológicas, pero también contribuyen de manera fundamental causas psíquicas en toda lengua humana, es decir, la percepción más o menos exacta de nuevos sonidos, el refinamiento mental de la cultura, el esfuerzo mayor o menor que se pone en reproducir aquellos sonidos, etc. Por esta causa continúan siendo hoy muy justas en el fondo, después de tantos estudios, las palabras que escribió en 1876 Constantino Nigra, y aplicables a todo el dominio romance: «En la Italia inferior bajo el latín no se encuentran restos que no sean itálicos; en cambio en la superior hay un residuo celta..... Adoptando la lengua de los vencedores, los celtas de la Italia superior tomaron en substancia, como era natural, el fondo léxico y las formas gramaticales del latín, pero no pudieron tomar íntegra con igual facilidad la fonética y la sintaxis, porque estas dos partes del idioma tienen estrecha relación con los órganos materiales de la pronunciación y del pensamiento, que en las dos razas no eran exactamente iguales, según resulta de la comparación de la lengua latina con el resto de las hablas celtas que llegaron hasta nosotros (1).

(1) *Romania*, 1876, pág. 426.

Se comprende que las transformaciones introducidas en una lengua de éstas, separadas de la base de la articulación, no son ni enteramente uniformes en todos los que la hablan ni enteramente individuales; son más bien debidas a disposiciones genéricas, colectivas, que se atenúan con más o menos facilidad, de individuo en individuo, y que gradualmente llegan a resolverse en un uso medio corriente. Por ejemplo, un napolitano que aprenda francés, pronunciará *iu* en vez de *ü*; pero aquel *iu* es, en realidad, muy distinto en los diversos individuos. Además, esta disposición de los órganos vocales que hace imposible reproducir la percepción acústica de la *ü* puede ser superada por muchos mediante una educación más fina y un ejercicio más intenso. Imaginemos ahora que una región histórica cualquiera impusiera en Nápoles el uso de la *ü*: entonces, o bien prevalecería la reproducción vulgar *iu*, y toda debilitación individual de *iu* se fijaría poco a poco de manera común, o, por el contrario, la pronunciación correcta de *ü* a la que pueden acostumbrarse con más facilidad las clases cultas, tiende a corregir lentamente el *iu* vulgar y se hace pronunciación corriente.

En el período de asimilación del latín por parte de muchas razas se dieron infinitos casos de este género. Las lenguas prerromanas continuaron viviendo junto al latín por tiempo variable según los lugares, especialmente en las masas populares, manteniendo así, aun durante mucho tiempo, por vía acústica, su influencia sobre aquellas que habían dejado ya de ser bilingües. Quien, en el estado actual de nuestros conocimientos,

pudiera emprender un estudio verdaderamente fundado en varios centros de romanización neolatina, debería procurar, por una parte, atender a la etnología, y por otra al desarrollo en el grado de la cultura, que puede hacer menos eficaces los reflejos de aquélla. Tales consideraciones, con otras muchas, nos inducen a recordar que estos reflejos étnicos, aun siendo la razón más importante de las diferencias idiomáticas, no pueden ser determinados por nosotros de manera precisa, sino en contados casos.

Otro elemento de incertidumbre procede del hecho de que las condiciones étnicas prerromanas no siempre se nos presentan con claridad y aun a veces son para nosotros muy oscuras. Por ejemplo, ¿quién nos dirá con precisión hasta dónde llegaron los ligures? Aun es mayor nuestra ignorancia acerca de las condiciones lingüísticas. ¿Qué sabemos de muchas lenguas prerromanas? De algunas poco, de otras nada. La ignorancia étnica se complica aún más cuando con ella se enlazan ignorancias lingüísticas. Consideremos la Gascuña, por ejemplo. Allí se establecieron en época remotísima los ligures, los iberos, más tarde los celtas. ¿Qué cruces lingüísticos, además de los étnicos, se habían producido en esta región? La generalidad de los hechos lingüísticos de que se integra una lengua no sigue inmutable a través de los siglos, adhiriéndose con absoluta necesidad a una raza; infinitas corrientes, como veremos a continuación, con más detalle, pueden modificar e innovar aquellos hechos. El concepto de raza es distinto del de lengua. Si conociéramos las lenguas

prerromanas más perfectamente de lo que las conocemos, nuestro conocimiento sería siempre relativo y fragmentario, cristalizado en algún documento, y de poco nos valdría penetrar en aquellas móviles corrientes de lugar a lugar, de que en gran parte se constituye la vida de la lengua.

Las diferencias iniciales introducidas en el latín de las provincias por efecto del proceso de asimilación debieron ir atenuándose cada vez más con el hábito prolongado que, al menos en los centros mayores, estaba siempre apoyado por el contacto con Roma. El impulso psíquico del que procedía la asimilación no debía detenerse sino cuando ésta pareciese conseguida, pero esto no podía suceder más que hasta cierto punto, especialmente en el pueblo, menos culto. Si cualquier reflejo se mantuvo entre los más cultos, mucho más visiblemente se advierte la acción de los elementos prerromanos en la masa popular que consiguió mayor libertad cuando al relajarse los vínculos del Imperio se perdió la fuente unificadora de los idiomas, disminuída en adelante por fuerzas materiales y morales; fué entonces cuando actuaron, cada vez más, los otros factores destinados a aumentar la variedad inicial de las lenguas neolatinas (1).

Entre tanto, los caracteres locales no siguieron siempre circunscritos entre los límites de un lugar fijo :

(1) En relación con estos argumentos existe toda una bibliografía. Recuérdese F. Wechssler, *Giebt es Lautgesetze?*, Halle, 1900, págs. 91-122. — P. G. Goidànich, *L'origine e le forme della dittongazione romanza*, V.º Beihefte de la *Zeitschr. f. rom. Phil.*, Halle, 1907, págs. 51-56.

se derramaron ampliamente en el latín imperial o, por lo menos, se comunicaron a las poblaciones circunstantes, si bien las diferencias dialectales no coincidieron exactamente con la variedad del principio, y fenómenos característicos de una región pudieron extenderse por un espacio amplísimo en una o más direcciones. Tampoco puede decirse que la expansión se encontrara sólo en las fases del latín vulgar; éste continuó siempre y continúa aun hoy, de centro a centro.

Según una justa observación de M. Bartoli (1), esta influencia difusa debió afectar en primer lugar y particularmente a fenómenos de origen itálico (osco o umbro), griego o celta. Italos, griegos y celtas eran, entre los pueblos de las edades prerromana y romana, los únicos que hablaban lenguas arioeuropeas y gozaban de una cultura igual o superior, en principio, a la romana. Otros, por el contrario, como los ilíricos, tenían lenguas arioeuropeas, pero cultura inferior a la romana; otros aún, como los etruscos, se alababan de poseer una cultura floreciente, pero hablaban lenguas diversas arioeuropeas. El latín del Lacio era naturalmente más parecido a las otras lenguas arioeuropeas que al etrusco, se asemejaba más a las otras lenguas itálicas (osco y umbro) y al griego que al ilírico, y así como cuanto más se parecen dos idiomas tanto más influyen el uno en el otro, los elementos itálicos, griegos y gálicos del latín neolatín son más numerosos que los etruscos y los ilíricos: numerosos

(1) *Alte fonti del neolatino*, extracto de la *Miscellanea di studi in onore di Attilio Hortis*, Trieste, 1910, págs. 894 y ss.

y tenaces por andar muy distantes entre los límites de las respectivas razas itálicas, griegas y gálicas.

Presentamos aquí algunos ejemplos entre los muchos que da en conjunto Bartoli de innovaciones sobrevenidas en la Italia meridional y central, y de otras difundidas por distintas zonas del actual mundo neolatino: caída de consonantes finales con consiguiente caída de vocales iniciales: INTEGRUM *integru;* nasalización de vocales ante aspirante: MENSA *mesa;* alargamiento de la consonante seguida de semivocal: BATUO *batto,* AQUA *acqua*; STO DO *stao dao;* pérdida del futuro latino CANTABO, sustituído por *cantare habeo;* los comparativos perifrásticos *magis bonum* y *plus bonum.* Por otra parte, muchas innovaciones léxicas, como ECCE *eccum,* FUNIS *chorda,* RUBEUS *russus,* SAXUM *petra,* VENTER *pantex,* etc.

Naturalmente, no se llega a afirmar con esto que la base étnica — que consideramos como fundamental para razonar las variedades iniciales neolatinas — no sirvió después en cierto modo a la determinación posterior de los límites dialectales: es necesario servirse de ella con mucha prudencia sólo en aquellos casos en que esto resulta posible.

3. Un criterio que debe tenerse muy en cuenta es el de las vías de comunicación y centros de latinidad. Quienes consideraban al neolatín en una región dada como una sucesión ininterrumpida de matices entre los que no se puede trazar una línea exacta de demarcación, llegaban a afirmar de este modo que la latini-

dad se había extendido como una ola hasta cubrir todas aquellas regiones partiendo de un solo impulso central y difundiéndose según un mismo ritmo por todo su alrededor. Mas, por el contrario, los centros de romanización fueron muchísimos y hasta cierto punto distintos entre sí; eran las distintas ciudades o colonias de fundación romana, cada una de las cuales estaba rodeada de una población indígena. Algunas localidades se encontraban junto a grandes vías de comunicación, frecuentadísimas y siempre atravesadas por nuevas oleadas de procedencia romana; otras, por el contrario, estaban aisladas y lejanas. En muchos lugares las relaciones veíanse obstaculizadas, en uno u otro sentido, por la naturaleza del suelo; en otras partes por la hostilidad o poca sociabilidad de los hombres. La lengua de los centros urbanos donde la vida más intensa determinaba un hablar más rápido y conforme a la economía del esfuerzo, no evolucionaba con el mismo ritmo de los campos, perezosos y lentos. Otras desigualdades se determinaban con los movimientos de población, algunos de los cuales podemos ver reflejados en los nombres locales celtas unas veces, otras ibéricos, latinos, germánicos, etc.

Si aun hoy, cuando las relaciones y los cambios son infinitamente mayores, podemos a veces trazar bastante exactamente una línea de demarcación dialectal, muchas líneas bien visibles debieron subsistir también en el pasado. Todo dialecto ha tenido un centro propio de difusión (1), y otro tanto sucede con las lenguas;

(1) Para esa teoría, G. Gröber, *Grundriss* cit., I², págs. 539 y ss.

éste ha podido ser un centro primitivo de cultura romana o una posterior cabeza de partido político y religioso (frecuentemente coinciden estas tres condiciones), un mercado periódico, un nudo de comunicaciones, etc. Schuchardt admitía ya en 1870 (1) esta importancia; informaciones que la confirmaron hicieron Salvioni, por una parte, del cantón Ticino, y Menéndez Pidal en cierto trecho de la frontera valencianoaragonesa.

Ha insistido de manera especial en esta materia H. Morf, basando en estas consideraciones la individualidad del franco-provenzal (2). Si se toma por norma la evolución seguida por la A, tónica o átona, que en provenzal es siempre *a*, en francés *ie*, *e*, *i*, mientras que en franco-provenzal sólo se modifica en este sentido después de paladial, se tienen como límites franco-provenzales, al Norte, Louhans (Saona y Loira); al Sur, Saint-Vallier, junto al Ródano y Grenoble; al Oeste, Forez en el valle del Loira superior, y al Este el Ródano superior en el cantón suizo del Valais. El centro coincide con el curso medio del Ródano; las cabezas de demarcación eran Lyon y Vienne. Böhmer advirtió (3) que la región coincide con el reino burgundio que luego fué absorbido por los francos en 534. La mitad de esta región está fuera de los límites franco-provenzales; no es, pues, posible encerrar en los tér-

(1) *Ueber die klassification der romanischen Mundarten*, Graz 1900 (pero escrito 30 años antes).

(2) *Mundartenforschung und Geschichte auf romanischen Gebiet*, en el *Bulletin de dialectologie romane*, págs. 11-12.

(3) *Romanische Studien*, I, 629.

minos políticos del reino burgundio la razón de los límites lingüísticos. Por el contrario, el franco-provenzal es el dialecto de los antiguos obispados de Lyon y Vienne, que de estos centros se extendió a Oriente sobre los Alpes italianos, al Norte de la Suiza.

Otra prueba de este argumento nos la proporciona una investigación reciente, relativa a una parte del territorio limítrofe catalano-occitánico (1). La frontera entre estos dos dominios, en la parte oriental, parecía debida en su origen al hecho de que entre aquellos países se encontraba una diferencia etnográfica y a que, por otra parte, la cadena de los Corbières formaba una barrera difícil de atravesar con cambios frecuentes, pero si esta frontera ha persistido en la Edad Media, se ha debido a que la separación de las diócesis de Narbona y Elne, así como las de los condados del Rosellón, Fenouillèdes y Narbona han contribuído a mantenerla. De tal modo se llegaría a concluir que razones etnográficas, históricas y topográficas se concertaron para explicar la existencia de un límite dialectal, y así ocurre en realidad con mucha frecuencia (2).

(1) K. Salow, *Sprachgeographische Untersuchungen über den östlichen Teil des Katalanisch - Languedokischen Grenzgebietes*, Hamburgo, 1912. (N. 1 de la Biblioteca publicada por la Sociedad internacional de dialectología romana.)

(2) Siempre a propósito de las circunscripciones eclesiásticas, véase también H. Morf, *Zur sprachlichen Gliederung Frankreichs*, en *Abhandlungen der königlichen preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, phil.-hist. klasse, 1911 ; cfs. M. Roques, en *Romania*, 1914, págs. 318 y ss. — Rousselot escribió en su trabajo *Les modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin (Charente)*, París,

4. La conciencia de la historia local es base indispensable a la determinación de los dialectos, así como el examen preciso de la situación geográfica. Hay que advertir a este propósito que no siempre un obstáculo natural coincide con una barrera lingüística. La mejor prueba de que una áspera y alta cadena montañosa puede no dividir lingüísticamente un territorio nos la dan los Alpes occidentales que separan Italia y Francia. La vertiente italiana, desde el valle de Aosta hasta la colina de Tenda, es toda o franco-provenzal o provenzal. El Mont Blanc no es suficiente para separar dialectalmente el Valle de Aosta de la Saboya; los valdeses de una parte del Monviso tienen una lengua semejante a la de la región de la otra vertiente, a la de Provenza. En las dos vertientes opuestas debió existir un fondo étnico común que encontraron ya los romanos. La organización de Augusto estableció, después, en los pasos alpinos tres provincias especiales que abarcaban las dos vertientes y miraban hacia la Galia. A su vez, los longobardos cedieron los pasos de Aosta y Susa a Francia. Eclesiásticamente, las dos vertientes pertenecieron conjuntamente al obispado de Vienne (1). Por

---

1891 (estr. de la *Revue des patois Gallo-Romans*): «... Las transformaciones fonéticas de esta época antigua presentan un carácter particular: coinciden en su mayor parte tan exactamente con los límites de las parroquias que casi esto solo basta para determinar los diversos grupos que se formaron en el seno de su población» (pág. 348).

(1) H. MORF, l. c. en el *Bulletin de dialectologie romane*, I, pág. 6. — Muchas observaciones a estos argumentos tiene E. TAPPOLET, *Ueber die Bedeutung der Sprachgeographie*, extracto de la Miscelánea en honor de Morf, *Aus romanischen Sprachen und Literaturen*, Halle, 1905.

el contrario, en Suiza puede advertirse (1) que entre dos localidades sin obstáculos intermedios, unidas por buenos caminos, se encuentran frecuentemente bruscos cambios dialectales. Allí debió existir un obstáculo en otro tiempo, pero no fué de carácter geográfico, sino político o eclesiástico.

Estas consideraciones no impiden que en muchísimos casos el obstáculo natural sea tenido en cuenta, si bien muy a menudo puede ser atenuado con el tiempo (mediante la apertura del tráfico a través de un paso de montaña, un puente tendido sobre un río, un camino, un ferrocarril, etc.). De esta manera pueden variar las condiciones de una preeminencia local determinada por razones históricas, por la concentración de la población, por ser residencia de la autoridad, etc. Todo esto va teniéndose presente en el transcurso del tiempo. Pero aun cuando la investigación se haya completado, se encuentra otra dificultad grave : ¿a base de qué hechos lingüísticos se han fijado los límites dialectales? ¿qué se entiende precisamente por límites? Las características de todo dialecto son muchas : será necesario elegir algunas y ver donde terminaron, soslayando otras ; por otra parte, las características de dos dialectos se encuentran a veces sobre una sola línea, pero más frecuentemente en una zona intermedia. Aun más : el confín puede ser parcial, interrumpido por zonas discrepantes. Véase cuán delicada es esta investigación y cómo es improcedente extrañarse cuando el resultado aparece imperfecto. Los mismos límites de un dialecto, traza-

(1) GAUCHAT, l. c. págs. 365 y ss.

dos según ciertos caracteres, no coinciden con trazados según caracteres distintos.

No se debe deducir de esto, sin embargo, que tengan razón los que niegan las individualidades dialectales. Las individualidades existen para nosotros aun cuando nos parezcan confusas y poco discernibles. A pesar de las enormes dificultades prácticas a veces casi insuperables, nos son confirmadas por la razón histórica y por la evidencia con que algunos lugares logran revelarse, así como, por otra parte, nos son manifestadas empírica y seguramente por nuestro oído. Habitantes de países vecinos que encuentran en algunos puntos dificultades para entenderse o se extrañan de la forma de hablar respectiva, usan evidentemente dialectos diversos. Las individualidades dialectales son, con mucha frecuencia, individualidades colectivas; de otra manera no podremos hablar de dialectos.

En cierto sentido y dentro de ciertos límites se ha podido decir que la lengua es una creación perenne individual de cada uno de los que la hablan, es decir, que cada hombre, en el acto del hablar, crea su lengua propia, una lengua que a él solo pertenece; esto es un concepto que ha de interpretarse rectamente si no se quiere con ello caer en una paradoja filosófica. Indudablemente, la lengua es una actividad espiritual en la que no hay nada verdaderamente mecánico; en ella se encuentra una energía creadora continua y libre que varía de individuo en individuo y de minuto en minuto, produciendo un número infinito de mutaciones en movimiento permanente e innegable. Es verdad, sin

embargo, que la imitación tiene allí una parte importante y que, por otra parte, esta creación individual libre se transforma inmediatamente en un hecho social, aunque queda frenado y reducido por otros ejemplos y por el deseo de hacerse comprensible a una colectividad en la que cada uno sufre la misma restricción y en la que los órganos vocales son, por naturaleza y por costumbre, más conformes entre sí. Las innovaciones individuales que llegaron a difundirse siendo aceptadas por los otros, apenas debieron ser sensibles, en principio, pues de otra manera serían consideradas como anomalías. De este argumento hablaremos más adelante, al tratar de las llamadas leyes fonéticas.

Siguiendo el estudio de los límites, diremos que hace pocos años Morf trató de poner un cierto orden en la desordenada apariencia de los dialectos franceses, distinguiendo en ellos dos dominios fundamentales: celto-romance y belga-romance, basándose en tres peculiaridades fonéticas escogidas como apropiadas para trazar una demarcación. Estos nombres denotan una reminiscencia de la división étnica entre belgas y celtas, pero el mismo Morf reconoce que su territorio belga-romance no corresponde exactamente a los límites belgas, lo cual, por otro lado, no quita valor a la participación que tienen por una parte la lengua y por otra la raza, según hemos observado, o que, al menos, los dos términos no coinciden necesariamente. Otra tentativa hizo para estudiar el dominio francés Tappolet, estableciendo unas conclusiones a fin de que

resultasen claros los principios teóricos expuestos hasta aquí (1).

El conjunto dialectal mayor y más homogéneo en Francia está al Noroeste, en el dominio aproximado de la *langue d'oïl*. No se advierte una aparente delimitación entre el normando y el picardo, o entre las lenguas de la Isla de Francia y la de la Champaña. Mucho menos homogéneo es el Mediodía, donde aún se presentan bastantes semejanzas en el conjunto Languedoc-Provenza. Entre estos dos dominios, septentrional y meridional, se extiende una amplia zona manifiestamente heterogénea que va del Sudoeste al Norte de la Gascuña hacia Burdeos y se dirige hacia el Noroeste atravesando las montañas del Centro, gira en torno a Suiza, para ir a perderse más tarde en los Vosgos y en las Ardenas. Su longitud varía de 50 a 200 km. En esta móvil selva dialectal sumariamente dispuesta en la forma antedicha, Tappolet ha podido fijar dos líneas por las que un límite quede perfectamente delimitado : una es de naturaleza geográfica, la desembocadura de la Gironda, unos 100 km. desde el mar hacia el interior, hasta Burdeos. Los dialectos de las dos riberas están destacados de manera clara : en un lado se conserva la Á latina, al otro lado se convierte en *e* ; en una subsiste el tipo provenzal *anar*, en otra el francés *aller*, etc. ; la anchura de la hoz — 10 km., en el centro — era un poderoso obstáculo a las comunicaciones. La otra, arranca de la cuenca de Arcachon, en las orillas del Atlántico, y atraviesa las Landas trazando un arco casi regular

(1) L. c., págs. 17 y ss.

hasta las fuentes del Garona. En ésta no existen barreras naturales, pero se trata de un ángulo extremo de Francia que tuvo siempre unidad política propia y cuyos límites correspondían casi en absoluto al actual límite lingüístico. Allí vivían los aquitanos en la época de los Césares; en el siglo VI llegaron a aquella región los vascos que huían de la presión visigoda. Éstos dieron nombre al país (VASCONIA *Gascuña*). Las ordenanzas administrativas y políticas posteriores conservaron la individualidad étnica originaria.

Acerca de Italia, no hay aún trabajos bien fundamentados en este sentido. A ellos se dedicó A. Trauzzi, pero fundándose únicamente en consideraciones geográficas, y aprovechando tan sólo materiales poco seguros e insuficientes (1). El límite principal que reconoce es la cadena de los Apeninos septentrionales que desde el collado de Tenda se extiende hasta el paso de la Scheggia en las Marcas. Todas las características fonéticas, morfológicas y sintácticas estudiadas por él se detienen ante esta barrera, sea por una parte o por otra, pero también en otros lugares los Apeninos sirven de límite, como es natural; buenos aisladores son el grupo de Aspromonte y el Gargano. No sólo los montes, sino también los ríos, y especialmente el Po, de-

(1) *Aree e limiti linguistici nella dialettologia italiana moderna.* Rocca S. Casciano, 1916. Su investigación no se ha dirigido principalmente a los dialectos vivos, sino que se apoya en las notas de G. PAPANTI, *I parlari italiani in Certaldo alla festa del V centenario di Messer Giovanni Boccacci*, Livorno, 1875 (700 versiones en los dialectos italianos de una novela de Boccaccio).

tienen el camino de esta o aquella variedad de los diversos fenómenos dialectales. En la orilla derecha del río, en todo su curso, la -o de VENIO se pierde, mientras en la izquierda se advierten tantas manifestaciones diversas según los tramos en que el Po está dividido por los diversos afluentes, es decir, caída completa de la -o desde Dora Riparia a Sesia, -I refleja desde Sesia al Oglio, nueva pérdida de las -o de Oglio a la altura del Adigio, otra vez *-o* a lo largo del curso del bajo Adigio, hasta la desembocadura.

Otros muchos ríos italianos sirven de límite a este o aquel fenómeno : por ejemplo, el Tagliamento sirve de límite entre el véneto y lo que todavía existe del friulano. Lo extraño es que el estrecho de Mesina sirva de vínculo de unión en vez de separar ; ello prueba que no debe darse excesiva importancia a los obstáculos naturales. De todas formas, es necesario emprender en Italia una detallada investigación, apoyada en todos los factores no sólo geográficos sino también etnográficos e históricos que indicábamos anteriormente. Sólo entonces se podrá hablar con precisión de límites dialectales italianos ; he aquí un largo dominio de estudios, abierto a nuestros jóvenes filólogos.

Para terminar, puede afirmarse que la variedad étnica o lingüística prerromana ; la diferencia de época de conquista ; la afirmación más o menos rápida del latín según las circunstancias locales ; su desarrollo comercial e intelectual con sus consecuencias de vida más rápida, más intensa ; la mayor o menor vecindad de los grandes caminos sobre los que la latinidad continuaba derra-

mándose, en contacto directo con Roma, son otras tantas causas de variedades dialectales. La acción de muchísimos centros de difusión de la latinidad, cada uno con su territorio circunstante; la preponderancia política, administrativa o religiosa de los diversos centros que luego continúa en diversas formas de siglo en siglo; la presencia unas veces de obstáculos naturales, otras de territorios deshabitados o habitados por diversas gentes, explican la existencia de aquellos límites que otros tratan de negar. Sin embargo, no se desmiente en absoluto que, a través de aquellos límites, pudo seguir emigrando un gran número de hechos lingüísticos cuyo camino no podemos, a veces, trazar, y que ningún estudio de circunscripciones dialectales es posible sin atender a los innumerables elementos heterogéneos que han llegado a modificarlo o, a veces, a suprimirlo directamente.

En estas circunstancias fácilmente se comprende que la investigación científica ha de seguir una doble dirección. Debe descender del latín vulgar a los vulgares modernos, estudiando las variaciones que se han dado en los sonidos, formas y construcción, registrando minuciosamente todas las innovaciones e indicando, hasta donde es posible, su causa y su duración en el tiempo. De esta manera, segura del método que resulta de la confrontación de los hechos observados, dueña del desarrollo que han seguido las modificaciones, aun cuando haya descendido del latín al neolatín, podrá remontarse aún del neolatín al latín para darnos la imagen completa de lo que fué el latín aun en aquellos

lugares de donde no tenemos documentos: imagen del latín hablado que puede separarse del neolatín.

Ésta es la primera dirección que pudiéramos llamar « vertical », pero la investigación debe proceder más bien en sentido horizontal, siguiendo sonidos, formas y construcciones en el territorio actual de su extensión, tratando de fijar el punto de origen y los límites, además de las razones de su fuerza expansiva. Este camino que puede parecer sencillamente descriptivo conduce a la historia, como veremos, a la reconstrucción de hechos anteriores, a la representación genética de los hechos lingüísticos y a la imagen de la latinidad originaria. Los dos caminos conducen con distintos métodos, tan indispensable el uno como el otro, al mismo fin: a la historia.

5. El procedimiento horizontal que señala el camino de las distintas características ha tomado el nombre de GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA: ya hemos señalado algunos de sus principios; ahora conviene aclarar un poco más el concepto y señalar brevemente su desarrollo.

La dirección fué señalada en primer lugar en el ensayo, recordado anteriormente, de aquel gran iniciador que fué Ascoli. En 1881 apareció después un pequeño atlas fonético del Valais, obra de J. Gilliéron (1); de 1898 a 1909 duró la gran publicación de un atlas lingüístico rumano dirigido por Weigand (2); de 1902

(1) *Petit Atlas phonétique du Valais roman (Sud du Rhône)*, París, 1881.

(2) *Linguisticher Atlas des dacorumänischen Sprachgebietes*, Leipzig, 1898 y ss.

a 1908 se fueron acumulando los mapas del grandioso *Atlas linguistique de la France,* de J. Gilliéron y E. Edmont (1), completado por un amplio índice en 1912 y seguido de un suplemento que aplica el mismo método a Córcega (2).

¿Cuál es, en substancia, este método? Se escoge un número determinado de sonidos, formas o vocablos, y por cada uno de ellos se indaga la respectiva difusión en todo el territorio francés mediante informaciones directas de lugar en lugar. En un mapa de Francia se traza la indicación de los lugares en que vive aquel sonido, aquella forma o aquel vocablo. Todo sonido, forma o vocablo designado por la investigación tiene su mapa de manera que su difusión aparezca trazada en él con claridad.

Gilliéron había preparado un conjunto de cerca de 1600 palabras y formas, cuya difusión trataba de investigar. Más tarde unió a éstas 300 más. Su colaborador Edmont corrió de 1896 a 1900 no menos de 639 municipios franceses, repitiendo en cada uno de ellos la encuesta relativa a los vocablos y a las formas preestablecidas. Son, pues, 1600 mapas mudos del dominio francés (comprendiendo la Vallonia, Suiza francesa, Val d'Aosta, etc.), donde los 639 municipios están indicados con su número correspondiente. Cada carta nos da completo el material lingüístico que vive aún en 639 lugares por un concepto determinado (es decir, por cada una de las 1600 encuestas hechas por Gilliéron).

(1) París, 1902 y ss.
(2) París, 1914-1915 ; todavía incompleto.

A éstos hay que unir 300 cartas parciales para los vocablos añadidos a continuación (1).

Preparado el terreno de tal manera, del material recogido surgió en mil diversas formas el problema de cómo se debía explicar de vez en vez, en el sentido horizontal, la distribución de los hechos fonéticos, morfológicos y léxicos. Se ve, por ejemplo, cómo la versión dada a un sonido latino se extiende desde un centro en cierta dirección, o en varias direcciones; algunas corrientes son obstáculo o contención de otras, otras triunfan en vastas extensiones, y de todo esto se indaga el motivo con los medios ofrecidos por la investigación histórica antes señalada.

Se llega a distinguir hasta donde es posible, hechos debidos a corrientes emigratorias y hechos que en este o en aquel punto pudieron ser producto de condiciones iguales que dan aisladamente resultados semejantes. Se ven batallas de palabras cuyo fin puede ser la victoria o la muerte. Una palabra que por sucesivas reducciones fonéticas se convierte de polisílaba en monosílaba, ofrece a menudo poca resistencia ante otra palabra más sólidamente constituída. Es decir, dos o más palabras diferentes en su origen y de diverso significado, terminan volviéndose parecidas en aspecto; entonces una de ellas muere y es sustituída por otra que elimine aquella enojosa cacofonía. Otras veces se

(1) Acerca de la idea y la disposición del Atlas, v. A. THOMAS, en *Journal des Savants*, 1904, reproducido en *Nouveaux essays de philologie française*, París, 1904, págs. 346 y ss. Para la respuesta de GILLIÉRON véase *L'Atlas linguistique de la France, compte-rendu*, de M. A. THOMAS, París, 1904.

encuentran casos más raros, como, por ejemplo, una palabra que se parezca en la forma a otra de significación obscena; entonces se procura evitarla mediante una sucedánea, etc. No es suficiente decir que una palabra ha desaparecido del uso; es necesario buscar la razón histórica de la desaparición. Cada una de estas investigaciones nos abre un camino a inesperadas semejanzas y a revelaciones siempre nuevas de la actividad psíquica en la lengua. Veamos algunos ejemplos.

El latín SEMPER se difundió en la Galia como en otras partes: se conservan huellas de él en los textos más antiguos del Norte y algunos vestigios en el Mediodía, así como fuera de las regiones adyacentes a las áreas italiana y española, donde la conservación de SEMPER es normal. Sin embargo, en la Galia es donde SEMPER ha perdido más el significado de «súbito», y después ha terminado por eliminar casi del todo aquella palabra que no tenía ni relación ni descendencia que la defendiese. La noción «siempre» es una de aquellas nociones de cantidad cuya expresión nos parece a menudo demasiado débil e incapaz de comunicar íntegramente sin un gran apoyo de imágenes y superlativos: SEMPER, voz aislada, vacía de imágenes, no respondía a esa necesidad de fuerte expresión; de esta manera estaba abierto el campo a corrientes más representativas y claramente comprensibles, que no podían dejar de presentarse. Una de ellas fué *toudis*, pero le acompañaron otras muchas: *coup, fois, temps, voie*, etc., que unidas a *tout* sirvieron para formar otras que significaran SEMPER, equivalentes a *toudis*, for-

mada de *tout* y *di* (DIES). Sobre todas éstas dominó después *toujours*, que se difundió casi generalmente reemplazando a *toustemps*, *toutjamais* y otras fórmulas que anteriormente habían sustituído al SEMPER, demasiado incoloro, o directamente en aquellos lugares en que se habia conservado. ¿Por qué ocurrió una difusión tan grande? Se debe a la inmensa ventaja de formar parejas con la palabra *jour*, indispensable en el uso general. Le correspondió un desarrollo parasitario, en cierto sentido, por el apoyo de *jour*, que a su vez estaba preparado por *toudis*, el cual fué extinguiéndose hasta que el *di* cedió el sitio al *jour* (1).

Otro caso : ¿por qué algunos dialectos franceses usan *moudre* MULGERE (« mulgere ») mientras en la misma Francia otros dialectos más numerosos expresan el mismo concepto mediante *traire* y *tirer* o de otra manera? Porque en gran parte de Francia tanto MULGERE como MOLERE se reducen igualmente a *moudre*, y de ahí resultó una homonimia que determinó la sustitución de *moudre* por otro verbo, *traire*, sustitución que no se dió más que en dialectos donde MOLERE, según sus modificaciones locales, resultaba una forma (*moure*, *mole*, etc.) distinta de *moudre* MULGERE. Naturalmente, la sustitución es un hecho posterior ; primero se debió usar *moudre* en toda Francia (2).

(1) J. GILLIÉRON y M. ROQUES, *Études de Géographie linguistique d'après l'Atlas Linguistique de la France*, París, 1912, págs. III y ss.

(2) J. GILLIÉRON y M. ROQUES, ob. cit., págs. 16 y ss., pero el autor del capítulo referente a este asunto es JEAN MONGIN.

Interesantísima en este sentido es la historia de la expansión del latín CLAVUS en Francia (1). Observando el *Atlas* de Gilliéron se ve que todo el Norte tiene *clou*, mientras en el Sur CLAVUS ha sido sustituído por el derivado CLAVELLUS. ¿Cuál fué el motivo de la sustitución? En el Sur, CLAVUS se redujo a *claus*, y ésta fué también la reducción fonética meridional de CLAVIS « chiave »; en el Norte, por el contrario, se usaba CLAVIS *clef*, CLAVUS *clou*. Los dialectos del Sur pusieron reparo a esta homonimia, usando CLAVELLUS en lugar de CLAVUS y teniendo allí *clavel*. De los otros dialectos meridionales se destaca sólo el gascón que tiene *clau* tanto de CLAVIS como de CLAVUS. El gascón tiene también, como los otros, el verbo *claveler*, pero el Norte *clouer*, lo cual nos demuestra que ha debido tener en tiempo pasado el nombre *clavel*. ¿Por qué se ha perdido, cediendo el lugar a *clau*? Porque en gascón el sufijo - ELLU - se encuentra generalmente con el sufijo - ĬTTU - que da - *et* con valor diminutivo: de ahí una fase es *clavet*, que precisamente cayó en desuso por su inoportuna confusión con los diminutivos y propios (« chiodo » llegó a convertirse en « chiodino ») (2). El uso restauró entonces *clau*, sin que se diera ya lugar al equívoco posible con el homónimo *clau* CLAVIS, también porque este equívoco se evitó con la diferencia de

---

(1) J. GILLIÉRON, *L'aire* CLAVELLUS *d'après l'Atlas Linguistique de la France*, Neuveville (Suiza), 1912.

(2) Según GILLIÉRON, CLAVELLUS no debía tener sentido diminutivo. Seguramente lo tuvo en su origen, perdiéndolo cuando fué adoptado en lugar de CLAVUS.

los respectivos artículos masculino y femenino; precisamente porque en las fases menos antiguas del dialecto el uso del artículo se hizo más constante que en los siglos anteriores, es decir, en el tiempo en que surgió CLAVELLUS.

6. He aquí una de las formas por las que la geografía lingüística puede ayudarnos a explorar verticalmente estratos que no son documentables de otro modo. Este método tiende a seguir aisladamente cada palabra en sus derivaciones en un terreno dado, prescindiendo de todas las categorías en las que la misma palabra estaba encuadrada en la gramática histórica, pero conduce en compensación, de vez en cuando, al descubrimiento de paralelos y relaciones nuevas con que la historia adquiere nuevas luces.

De esta manera la geografía lingüística se entrelaza estrechísimamente con la historia de la lengua y sus criterios fundamentales encuentran una correspondencia en un dominio especial de investigaciones lexicológicas que antes precedieron a la geografía lingüística y ahora la acompañan. El iniciador de este dominio especial y, a la vez, su cultivador más destacado fué Hugo Schuchardt, el cual sostiene que la investigación del origen de una palabra debe tener principio en la consideración de la palabra misma en relación con todas las palabras que en el sonido o en el significado le son afines, en vez de aislarla considerándola en sí misma. A la vez sostiene la necesidad de acompañar el estudio de las palabras con el de los objetos, examinándolos

en su variedad real en relación con las palabras, ya que antes se consideraban demasiado superficialmente, como si hubieran sido siempre un mismo objeto y no lo eran más que en apariencia (1).

Puede medirse, además, la fuerza expansiva de una palabra investigando en su estructura, en su significación o en la influencia ejercida sobre ella por el dialecto de origen que explican las razones de su vida más o menos larga, o ver en sus reducciones fonéticas, en las homonimias que derivan de ella, en el excesivo aligeramiento, en la poca estabilidad de su sentido o en alguna otra razón que pueda darse, las causas de haberse usado una palabra. Claro es que de estas razones ninguna tendrá un rigor absoluto hasta el punto que nos lleven a establecer criterios demasiado mecánicos como los que combatíamos anteriormente. Encontramos, por ejemplo, palabras monosílabas que resisten perfectamente aun cuando sería fácil sustituirlas, como sucede con *an* en relación con *année*. La homonimia no es una fuerza que procede ineludiblemente, destruyendo sin tino cuanto se le presenta en el aspecto fonético. Para que actúe es necesario que antes se dé un encuentro de vocales, y éste no se produce sino entre vocales

(1) H. SCHUCHARDT, *Sachen und Wörter*, en *Zeitschs. f. roman. Philol.*, XXIX, 620 y ss. Acerca de las modernas tendencias de la lexicología y de la etimología, fundadas en el estudio de las cosas, véase también W. MEYER-LÜBKE, *Aufgaben der Wortforschung en Germanisch-romanische Monatsschrift*, I (1909), págs. 634 y ss. — BRÉAL, en la *Revue Bleu*, 9 de marzo de 1907, escribe ya « *la philologie réelle* », antes que « *philologie verbale* ». Véase la nota bibliográfica al final del capítulo.

afines en significado que marchan por las mismas vías del pensamiento. La vitalidad de una palabra puede depender de infinitas causas, no siempre ponderables, de la misma manera que a veces no sabemos definir los impulsos de donde procede la formación de ciertas palabras mediante este o aquel sufijo.

De todas formas, lo que quiere poner en evidencia el método geográfico es la emigración de los hechos lingüísticos de lugar en lugar en una medida infinitamente más amplia de lo que puede creerse; de ahí se saca la consecuencia de que en ninguna parte del territorio romance se encuentran sonidos, formas o palabras de las que se puede decir con seguridad que se hayan conservado directamente en aquel punto desde la época de la conquista romana. « En ninguna parte tenemos la certidumbre de conseguir una fiel tradición fonética; entrevemos una serie de tradiciones fonéticas rotas, reemplazadas por otras que se deshacen a su vez, en ocasiones contradictorias, otras concordantes, y este movimiento del latín inicial se escalona en un espacio de 1500 años » (1).

En tal forma, aun sin negar la regularidad de los hechos fonéticos, se llega a negar la existencia de los

(1) J. GILLIÉRON y J. MONGIN, *Scier dans la Gaule romane*, París, 1905, pág. 26. Un compendio breve, pero exacto, de las ideas en torno a las cuales se informa la geografía lingüística nos ofrece K. JABERG en la revista *Die Geisteswissenschaften*, 1913-1914, fasc. 18. De lo mismo, más amplio: *Sprachgeographie*, Aarau, 1908, excelente guía para orientarse en este dominio. También J. HUBER, *Sprachgeographie*, en el *Bulletin de dialectologie romane*, I, 89 y ss.

dialectos, en cuanto un dialecto sea el depositario circunscrito y fiel de un territorio latino autóctono. Ondas innovadoras, que inundaron los distintos centros, se han difundido aquí y allá dejando a su paso huellas esporádicas más o menos intensas; cada dialecto debe ser estudiado en relación con el país circunstante. La resolución del proceso en que se han modificado los sonidos no se ha basado sólo en leyes fonéticas locales sino en el territorio amplio y multiforme de su posible expansión. Especialmente la unidad que se toma como base no es el sonido sino la palabra. Toda palabra tiene su historia: la de los sonidos aislados puede considerarse sólo artificialmente distinta de aquella palabra. En cuanto se examinan los sonidos en sí mismos se llega a matar la realidad viva de la lengua.

Un ensayo de aplicación de estos criterios puede verse en la investigación instituída por Roques y Gilliéron sobre el desarrollo de los grupos latinos CL, FL en cuarenta dialectos franceses. ¿Qué valor tiene la concesión de un dialecto aislado, se preguntan los dos autores (1), y considerado como depositario de una tradición fonética que se remonta a la latinidad? Para dar una respuesta es preciso observar los dialectos modernos sorprendidos en su desarrollo. Ahora bien: la investigación nos lleva a comprobar la existencia de un embrollo inextricable en el que los distintos desarrollos de estos dos grupos se confunden y se superponen, de manera que la fonética no puede darnos el

(1) *Études de Geogr. ling.* cit., págs. 49 y ss.

medio de reconocer en un dialecto lo que hay de intruso.

No basta decir que la lengua no contiene en sí misma el principio de su evolución y que esto no es independiente del individuo que la habla, del cual refleja los diversos estados íntimos y las condiciones sociales. La lengua no sólo es el espejo fiel de una actividad que le es extraña, sino que solicita a su vez para sí la atención y la actividad del sujeto que habla. En todos los grados, la lengua es objeto de preocupaciones en que a la voluntad de ser plenamente inteligible se une la conciencia de la variedad de las formas individuales ó locales de la lengua, el sentimiento confuso de una jerarquía de idiomas y de formas, un oscuro deseo de hablar mejor. De esta manera, la lengua es objeto de un estudio incesante, de un trabajo de mejoramiento y de retoque que no le quita libertad, ya sea que una lengua, orgullosa de sí misma, desdeñe las vecinas, que juzga inferiores, o porque representando un estado social menos avanzado se tome a sí misma por modelo, modificando según la propia imagen las palabras llegadas de fuera e imponiendo a la variedad históricamente regular de los propios elementos una regularidad ficticia, ya sea que, por el contrario, lenguas que no quieren o no pueden ser más independientes encuentran un modelo y reconstruyen su individualidad despreciada en forma conforme a la que admiramos.

Todo esto sucede lentamente a través de prolongadas resistencias y adaptaciones. Así como se opina que

esta condición de los dialectos se debe, por ejemplo en Francia, a la prepotente invasión del francés literario, los que han formado esta teoría oponen a esto « que el francés no actúa sobre los dialectos necesariamente, aun en nuestros días; puede ser un francés provincial, un dialecto afrancesado, otro dialecto el que será o parecerá más próximo al francés, o el habla de algún centro socialmente superior, cualquiera que sea su importancia material; preguntaremos, para cada dialecto, en qué momento han debido comenzar estas varias influencias o si no es verosímil que se haya ejercido siempre alguna ». Con estos principios se puede llegar fácilmente a afirmar con Bartoli que la lengua ha sido creada con gérmenes heterogéneos. « Toda lengua, de todo momento y todo individuo, es una innovación y una creación, pero no en el sentido que el catequista da a esta palabra, sino en aquel que nos da todo artífice (desde el más humilde artesano al artista más ingenioso); es la imitación de otra lengua, es decir, la de otro individuo o de otro momento » (1). Como se ve, pues, los estudios de geografía lingüística pueden llevar a trazar límites en los confines de expansión de los hechos aislados (algunos afirman categóricamente que « toda investigación de geografía lingüística se relaciona con la busca de un límite ») (2), pero a la vez nos hacen negar del todo los límites dialectales, hasta afirmar que los nombres especiales dados a las diversas lenguas tienen sólo objeto didáctico y

(1) BARTOLI, *Alle fonti del neolatino*, cit., pág. 898.
(2) TAPPOLET, l. c., pág. 2.

práctico, y no corresponden a ninguna realidad, siendo la única este perenne flujo y reflujo de elementos heterogéneos.

No existen límites, dicen estos nuevos filólogos, como dijeron ya otros que hemos citado antes, pero partiendo de diversas premisas; no existen límites ni se puede distinguir entre voces importadas y voces indígenas ni tampoco entre voces de origen literario y de origen popular que se suponen formadas según las leyes fonéticas locales (1).

Son rebeliones propias de todas las tendencias nuevas, aunque propiamente el germen substancial de estas ideas en lo que tienen de vital, no es del todo nuevo, como reconocen justamente sus nuevos cultivadores. Júzguese como se quiera, es innegable que este amplío movimiento renovador de los esquemas demasiado rígidos en que gustaba encerrarse la investigación fonética neolatina, ha dado frutos excelentes y dará aún más en adelante. Debe reconocérseles el mérito de haberse aproximado más a la realidad viva, de haber tenido en cuenta las fuerzas innovadoras del idioma, de haber medido las migraciones y oleadas, de haber salido de los límites y de los esquemas de las clasificaciones demasiado metódicas. No cabe dudar que ciertos excesos serán atenuados cuando la ciencia progrese y que sin renegar más unos de otros, los diversos métodos científicos integrados en un sano equilibrio sabrán contribuir unidos a iluminar aquellas verdades que ninguno de ellos puede darnos por sí solo, íntegramente.

(1) Bartoli, l. c., pág. 900.

Son innegables los contactos, y de ahí las influencias exteriores, que pueden reformar no sólo el léxico sino también la fonética y la morfología, en una enorme escala, aun descontando algunas exageraciones, que a veces se reducen a « una escapatoria para librarse de los estorbos de la fonética » (1). Hasta ahora no teníamos ninguna razón para creer que, como las alteraciones pueden ocurrir por sustituciones o innovaciones debidas a elementos heteroglóticos, no se dieran también por otros motivos. ¿Cuáles? Señalaremos sólo los más evidentes o, por lo menos, los más probables.

7. Nadie cree, como sucedía antes, en la influencia del clima (Wundt), ni había muchos investigadores dispuestos a sostener que las alteraciones dependen del hecho de que los niños repitan exactamente la lengua de sus padres, mientras después, creciendo con la adolescencia el aparato oral y siguiendo las mismas articulaciones, se producen diferencias fonéticas (Herzog). Son conceptos demasiado materialistas, de los que es necesario precaverse tanto como de los excesos en sentido contrario, por lo que las alteraciones de la lengua y la formación de los dialectos son consecuencia de actividades puramente estéticas (Vossler). Pensemos más bien que en el ámbito de una comunidad, por imperfecta percepción e imperfecta reproducción de sonidos en uno o más individuos, especialmente de una a otra generación, y por la suma de innumerables alte-

(1) C. Salvioni, *Di qualche criterio dell'indagine etimologica*, Milán 1905, pág. 20.

raciones minúsculas, se llega a producir a través de grados mínimos alteraciones bien perceptibles después de un largo período.

Este desarrollo puede ser, sin duda, detenido o acelerado, según las circunstancias sociales y culturales de un país. Un dialecto de Cerdeña, expresión de vida secularmente casi inmóvil y aislada, se modificará con gran lentitud, mientras, por el contrario, el dialecto de París o de Milán, como el de cualquier otro centro importante encendido de un asiduo fervor de vida, impulsado por un ímpetu rápido y multiforme de actividad humana, se modificará con mayor rapidez al compás de los demás aspectos de la intensa vida ciudadana. Todos los factores de la actividad psíquica llegan a ser factores de posibles alteraciones de lenguaje. Sería muy arriesgado afirmar que la presión de la conquista germánica había influído en la reducción del latín en la Galia, por el cual cayó la vocal átona antes y después de acento (*juger* JUDICARE, *dire* DICERE), hipótesis discutida con razón por Gröber (1); pero aun donde no podemos dar ejemplos bien acreditados, la experiencia individual revela que los sucesos que trastornaron la vida produjeron nuevas formas de hablar, y que una condición agitada, presurosa de la existencia, se refleja en un lenguaje que tiende también a hacerse cada vez más expedito.

Estas innovaciones debidas al estado social no pertenecen, naturalmente, sólo a los sonidos, sino a todo el conjunto de la lengua en su unidad móvil y

(1) *Grundriss des rom. Ph.*, I², 298.

viva. Nuevas percepciones ampliaron el círculo de los significados, nuevas asociaciones mentales le removieron de su sitio, palabras de valor concreto adquirieron un valor abstracto, nuevas composiciones aumentaron hasta el infinito los medios de expresión ; pronto, toda la capacidad de representación que tiene un hombre y que está en continuo movimiento, se refleja en la movilidad de su lenguaje. Estudiando históricamente una lengua nos apercibimos de estos impulsos renovadores sólo cuando el hecho individual ha llegado a ser hecho común, pero, en realidad, podemos observar el perenne desarrollo de la lengua en cada uno de nosotros, y distinguir en torno nuestro, de día en día, el principio individual de innumerables alteraciones : éstas son siempre de origen individual. Llegan a formarse naturalmente en toda comunión de hombres de determinada autoridad lingüística, los cuales influyen en el idioma. El impulso individual es limitado individualmente por la memoria de los sonidos, de las palabras o de los significados percibidos a través de los otros miembros de la comunidad, acaso por lo que se puede llamar indeterminadamente el genio o el carácter genérico y tradicional de una lengua.

El estado psíquico común engendrado por las condiciones comunes, tanto históricas como sociales, mantiene, por decirlo así, una atmósfera común en el uso lingüístico. Las innovaciones, que siempre son inconscientes, se encuentran bajo el control de la comunidad que rechaza aquello para lo que no está dispuesta, y en el campo fonético no ocurren — a menos que no

sea por una influencia exterior — sino por grados mínimos, como ya hemos dicho, si bien acontece con frecuencia que una generación no baste a hacerles perceptibles. Estos movimientos, una vez iniciados y difundidos, se hacen generales hasta el punto de actuar también en los vocablos extranjeros que fueron adoptados en aquella época. Podemos reconocer la época de un vocablo importado según las alteraciones fonéticas que en determinados períodos se desarrollan en la órbita de un idioma. De esta manera, el impulso individual a través de un primer círculo (familia, afines, etc.) se extiende, coincide con otros, y en conjunto se llega a determinar nuevos caracteres dialectales que corresponden a la extensión de la comunidad.

Por esta razón, cuando se examina un dialecto a través de una amplia extensión de tiempo o en el conjunto de colectividades, en el resultado medio de su infinita variedad individual, encontramos que los cambios producidos en un período dado se nos presentan no ya como hechos desordenados y arbitrarios, sino constantes, porque son idénticas las condiciones de los sonidos sujetos a aquella alteración. No es preciso aducir ejemplos de ello, sino que bastará consultar la *Fonologia romanza* de P. E. Guarnerio, en la Colección Hoepli.

Esta regularidad y constancia general de los cambios, en igualdad de condiciones, es el quicio de la historia de toda lengua, y se mantiene victoriosa a pesar de algunos contratiempos desde 1878 hasta hoy. Prescindiendo de los teóricos debatidos y de la investigación de las causas, se nos presenta muy documentada

por el examen de los hechos. En cuanto a la sintaxis, es decir, al orden de las palabras, que es más tarde el orden de las imágenes y del pensamiento, se nos presenta siempre abierta a toda libertad individual — pero no hasta tal punto que no se pueda determinar históricamente qué construcciones fueron preferidas en un tiempo dado por el común de las gentes, y distinguir, por ejemplo, al menos a medias, cuáles fueron los tipos usuales de la sintaxis latina en contraste con la neolatina.

No hay que extrañarse, pues, de que la regularidad y la constancia se encuentren en medida mucho mayor en los sonidos y en las formas. La comprobación de esta regularidad ha dado origen al concepto de «leyes fonéticas» por muchos válidamente sustentada y por otros negada obstinadamente. ¿Qué se entiende por leyes fonéticas? Se entiende el principio regular y constante a base del cual determinados sonidos que se encuentran en iguales condiciones, comienzan en un período dado a modificarse de manera uniforme, puesto que cada sonido, según este concepto, tiene un valor acústico propio para sí y no en cuanto pertenezca a uno u otro vocablo ; quien pronuncia de una manera una vocal o una consonante como parte del conjunto acústico de un vocablo, deberá pronunciarla naturalmente del mismo modo en aquellos otros vocablos que se encuentren en las mismas condiciones en los que, puede decirse, produce la misma impresión. En otros términos: en cuanto pronunciamos no existen palabras sino sonidos de los que resultaría extraño imaginar que,

salvo un falso movimiento de los músculos, puedan ser emitidos de varias maneras caprichosas por el mismo individuo y en el mismo período de tiempo.

El principio de la necesidad inherente a la aplicación regular, parece, a primera vista, estar en relación — y así se indica por muchos — con el de la facilidad para clasificar los dialectos; donde esta relación se quebraba, encontrábase un motivo de duda para las leyes. Es decir, viéndose en muchos casos la dispersión de hechos que no coinciden dentro de unos límites dados, se llegó a afirmar que toda palabra, y no todo sonido, tiene su propia historia, y que la ley fonética, por efecto de la cual cierto sonido latino en iguales condiciones y en el mismo lugar sigue intacto o se modifica en un nuevo sonido dado, es una mera abstracción. ¿Es, pues, indispensable que una determinación geográfica — que con mucha frecuencia es muy posible para muchos sonidos — sea esencial, para que podamos establecer una ley fonética? Examinando un mapa lingüístico puede verse algunas veces una desordenada y caprichosa interferencia de fenómenos; desordenada y caprichosa en la distribución, pero no en el desarrollo de los sonidos latinos que, en realidad, se produce siempre con arreglo a lo que llamamos leyes.

Por razones que en parte nos son desconocidas, éstas son dispersas y con seguridad no tienen existencia *a priori*, si bien nos parecen como el compendio de una larga recopilación cronológica de hechos, es decir, el resultado de una múltiple experiencia — y esto nos basta para hacernos entrever un orden constante, un

principio de regularidad en la cantidad de los sonidos. Son, pues, abstracciones como cualquier otro procedimiento metódico que fije ciertos fenómenos dados aislándolos del eterno fluir de la lengua en el sentido de que las leyes son para nosotros una imagen tomada de la experiencia y no una realidad efectiva y actuante. La parte histórica del idioma no debe extraer su fuerza mayor del poder que tengan las diversas corrientes emigratorias. « Para él, la emigración y la muerte de las palabras son un fenómeno histórico, de la misma manera que lo es la evolución fonética. Cada uno de estos fenómenos le parece digno de ser estudiado en sus causas y en sus efectos, ya sean estas causas reductibles a una unidad, o sean legión » (1).

Debemos servirnos de las leyes fonéticas hasta donde alcancen los resultados de los hechos, pero sin rodearlas de una autoridad religiosa, como si fueran verdaderas leyes proclamadas como una voluntad divina, « entre rayos y truenos », según frase de Schuchardt, que siempre prestó un culto limitado a las leyes fonéticas (2).

« La fonética conservará siempre un papel principal », escribe Gilliéron, al que tanto impulso debe la geografía lingüística, pero se apresura a añadir que — sin hablar de la semántica, a la que toda investigación de historia de las palabras debe atender — es imposible no dar importancia también a los hechos que se derivan de aquella geografía (3).

(1) K. von Ettmayer, en el *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXX, 255.
(2) *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXV, 244.
(3) *Scier*, etc., cit., pág. 27.

8. La historia de la etimología de *trovare* (francés *trouver*, provenzal *trobar*) es muy instructiva. Diez la deriva de TURBARE. Schuchardt, en apoyo de esta derivación, ilustró con amplísimas investigaciones la expresión de pesca *turbare aquam*, es decir, revolver el agua para empujar la pesca hacia las redes, y demostró los grados sucesivos desde este significado primitivo hasta el otro, que llegó a ser genérico de *encontrar* (1). G. Paris, por el contrario, ve razones fonéticas que se oponen a la relación con TURBARE, y se inclina a un *TROPARE etimológico que del griego τρόπος debía significar en origen « encontrar melodía, componer », y más tarde « encontrar » simplemente (2). Dejemos las razones fonéticas ; en compensación no se ve por qué cambios ideológicos aquel *TROPARE hipotético terminó teniendo el sentido de « trovare » — mientras, por el contrario, los cambios ideológicos reflejados por la investigación de Schuchardt son claros para TURBARE, aunque, a su vez, sean oscuros los cambios fonéticos (3).

¿A qué consideraciones se deberá conceder la primacía en casos semejantes : a la fonética o a la semántica? La respuesta depende de los límites que se quieran

(1) H. SCHUCHARDT, *Romanische Etymologien*, en *Sitzungsb.*, de la Academia de Viena, vol. CXLI (1899), págs. 59 y ss., y por otra parte, *Zeits. f. rom. Phil.*, XXVI, 387 ; XXVII, 97 ; XXXI, 5.

(2) G. PARIS, *Mélanges linguistiques*, pág. 615, y A. THOMAS, *Nouveaux Essais de philologie française*, pág. 394.

(3) Un compendio del debate de E. TAPPOLET puede encontrarse en *Phonetik und Semantik in der etymologischen Forschung*, en el *Archiv. für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen*, CXV, 113 y ss., y cfs. MEYER-LÜBKE, *Rom. Etym. Wörth*, 8992.

asignar al imperio de las leyes fonéticas, es decir, al conocimiento de los múltiples factores de toda naturaleza que pueden haber contribuído a perturbar la normalidad de los hechos fonéticos, de los que separamos aquel principio que se quiere llamar ley, mostrándonos a la vez, en un mismo lugar, un mismo sonido latino, desarrollado de manera distinta en dos o más modos o palabras alteradas por superposición de otras palabras. Tales factores, en parte, nos son bien conocidos, y en parte escapan a nuestra apreciación : sería, pues, imprudente dar a las leyes fonéticas una preeminencia absoluta. Los resultados de ésta, o más bien, los hechos de que es expresión, se pueden disponer ordenada y seguramente en párrafos y fórmulas precisas, constantes, mientras, por el contrario, los efectos de otros cien factores no se dejan disciplinar sin muchas dificultades, y con frecuencia son considerados caso por caso, dando lugar a un trabajo delicadísimo de investigación en torno a cada una de estas aparentes infracciones de las leyes (1).

---

(1) Un caso singular de ilusión debida a las leyes fonéticas ha sido estudiado por JUD, en *Archiv f. Studium d. neur. Spr.*, etcétera, CXXI (1908), págs. 76 y ss., a propósito del fr. *Aune*, sosteniendo, contra la etimología fonética y conceptualmente impecable, según la cual *aune* es el latín ALNU, que el origen de la palabra francesa es germánico. Pero cfs. las objeciones de MEYER-LÜBKE, en el *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXXIII, 431 y ss., y la respuesta de JUD, en el cit. *Archiv*, CXXIV (1910), págs. 83 y ss., donde hay una serie de trabajos del mismo género, siendo el más notable y persuasivo el dedicado al fr. *son*, ibíd., CXXVI (1911), págs. 109 y ss. Cfs. a E. HERZOG, en *Jahresb. f. rom. Phil.*, XIII, I, 220, que no está de acuerdo con el último resultado.

Entretanto es necesario que la fonética no se oponga rígidamente con sus dogmas a la historia que podemos reconstruir o adivinar por otros indicios. En efecto, la fonética es historia por sí misma, y donde se revelen contradicciones debemos poco a poco tratar de acercarnos a la verdad más probable sin suposiciones teóricas. Todas estas restricciones legítimas no merman la importancia de los hechos conquistados a la historia por virtud de la fonética, importancia en la que todos convienen, sea cualquiera la opinión que se tenga de las leyes fonéticas.

Estamos persuadidos — y esta persuasión no sólo deriva del cultivo de un método particular sino también del conjunto de los resultados obtenidos hasta ahora con los distintos métodos — de que la documentación histórica, la regla constante y local de ciertas modificaciones visiblemente no importadas, nos permiten establecer la naturaleza propia de un dialecto. Se encuentra la reprobación cuando vemos que una voz que nos resulta importada está sujeta al mismo desarrollo que sufre el patrimonio hereditario, si continúa siendo activa; estamos persuadidos de poder encontrar en todo dialecto este fondo orgánico transmitido sin interrupción de padres a hijos desde la época romana hasta nuestros días. Sabemos, además, que innumerables contribuciones han influído en aquel dialecto, procedentes de otros idiomas que han tenido alguna relación con él; basta pensar, para las lenguas neolatinas, en todas las voces que el latín, no el hablado, pero sí el escrito, ha seguido admitiendo en todo tiempo

— voces que se distinguen por su fonética de las voces populares, y que por esta razón se suelen llamar voces doctas o semidoctas, según su origen literario. Esta es una distinción que debiera hacerse aun a aquellos que negando todo organismo en el lenguaje niegan a la vez la posibilidad de poner límites en la serie continua, libre y ondulante de sus movimientos.

Sabemos de manera análoga — y lo sabemos mucho mejor que antes, gracias a los estudios de geografía lingüística — cuántas y cuáles corrientes de innovaciones no literarias sino populares y vivas pueden difundirse de centro a centro, es decir, de dialecto en dialecto, produciendo a veces una alteración fonética general: por ejemplo, la desinencia -ÁTO en el pavés antiguo se reducía a *-ó*, dando *fió* «fiado», *trovó* «encontrado», etc., forma que supervive en el vogeres *lo* «ancho», pav. *pastó* «empastado» y en algún nombre local como *Gambolò* (1); pero una corriente venida de otros dialectos ha cerrado aquel proceso orgánico local sustituyendo genéricamente la desinencia *-a*: *fiá*, etc. Sabemos todo esto y debemos tenerlo en cuenta, desechando toda modestia en nuestro culto de las que podíamos llamar leyes fonéticas, porque junto a todos los factores conocidos, que impiden o desvían la eficacia, pueden darse otros que probablemente ignoramos.

La ciencia está en continuo movimiento, y nadie puede creer que posee la verdad por entero. Lo que

(1) Para el desarrollo lombardo -ó <-ATU cfs. SALVIONI, en *Arch. stor. lomb.*, XXIX (1902), págs. 361 y ss.

en el estado presente del saber puede considerarse como seguro, rindiendo la justicia debida a las distintas tendencias, podemos concretarlo en unos pocos principios fundamentales: 1.º El lenguaje es una energía constante, siempre activa; no se le puede atribuir nacimiento, desarrollo y extinción como a los organismos; por esto, como antes decíamos, los dialectos neolatinos son siempre el latín, y en estos términos no hay solución alguna de continuidad. 2.º Las diversas condiciones cronológicas, pero especialmente etnográficas y topográficas en que se desarrolla la obra de la conquista romana produjeron en el latín muchas variaciones que se mantuvieron en los centros respectivos de romanización, y continuaron más tarde en relación con las circunscripciones administrativas y religiosas locales, con la densidad de la población, con las vías de comunicación, etc. 3.º Las grandes emigraciones de formas y palabras de lugar en lugar modificaron profundamente los diversos centros dialectales y algunas veces han podido superponerse al fondo orgánico hereditario. Aun en el aspecto actual o en las fases pasadas podemos reconocer algunos centros originarios y determinar los límites de su expansión, límites que a veces aparecen relativamente nítidos y otras llegan a perderse en confusas zonas intermedias, pero del conjunto de los hechos resulta evidente la posibilidad de determinar, aunque a veces sea en forma provisional por el estado actual de las investigaciones, los diversos dialectos, o, al menos, parte de ellos.

Tal vez pueda corregirse más adelante alguno de estos principios en virtud de métodos y estudios nuevos — las correcciones en todas las ciencias son el mejor indicio de actividad y progreso. Entre tanto sirvámonos con serenidad y mesura de los diversos métodos que esta ciencia tiene en su poder actualmente y todos los cuales pueden concurrir a la investigación de la verdad. Ningún atlas lingüístico ha destruído el valor fundamental de la fonética. « Ni Gilliéron, ni su escuela — nos place citar aquí las declaraciones de uno entre sus mejores representantes — han expresado el propósito de erigir un nuevo culto frente a la fonética, y nuestro ánimo dista mucho de querer combatir los resultados obtenidos por medio de un conocimiento histórico más preciso de los sonidos. Pero ninguno nos impedirá prolongar los límites de la investigación, poner bajo la luz que les corresponde hechos lingüísticos ante los cuales otros han pasado sin detenerse, y considerar la HISTORIA DE LA PALABRA como distinta del ORIGEN DE LA PALABRA. Y, finalmente, no debemos ser acusados de inmodestia si reanudamos, con la guía de la geografía lingüística, el examen de los resultados etimológicos obtenidos por medio de la investigación histórica de los sonidos de nuestros predecesores, rellenando lagunas en la demostración que pueden tener un valor definitivo para iluminar el origen de una palabra » (1).

9. He aquí ahora la clasificación de las lenguas neolatinas que hoy se ha afirmado sólidamente y que

(1) J. Jud, *Probleme*, etc., cit., pág. 72.

tiene un valor empírico aun a los ojos de aquellos que no se avienen teóricamente a la tesis expuesta. Naturalmente, está tomada en un sentido muy aproximado y provisional, por otra. parte, por aquellos que creen en la clasificabilidad de los dialectos.

Partamos de Italia como del dominio central de la latinidad. De las investigaciones aludidas por Trauzzi hemos visto cómo los Apeninos señalan los mayores límites dialectales. Ya lo había advertido Dante cuando escribía: « si quis autem querat de linea dividente, breviter respondemus esse jugum Apennini » (1). Al Norte de los Apeninos se encuentran los dialectos galo-itálicos, allí donde hubo un fondo de población preferentemente céltica o celtizada. Son el *piamontés*, el *lombardo* y el *emiliano*. El piamontés está circunscrito por la cadena alpina, aunque en algunos valles de la vertiente italiana se hallan dialectos francoprovenzales y, más al Sur, provenzales. Algunas características propias más notables tiene el piamontés del Monferrato, región que en la Edad Media tuvo su individualidad política. El *ligur*, que Ascoli consideró por algunas particularidades como una especie de piamontés (2), se convierte poco a poco en toscano, con el cual llega a confundirse hacia Massa Carrara y la provincia de Luca.

Gran variedad ofrecen los dialectos lombardos, que al Norte llegan a reunirse con los reflejos ladinos, sobre los que ejercita una fuerte presión, a través de zonas

(1) *De vulgaris eloquentia*, I, cap. X.

(2) *Archivio glottologico*, II, 111 y ss. Véase también GOIDÁNICH, op. cit., págs. 128-129.

intermedias. En el lombardo septentrional pueden distinguirse dos centros principales separados por el Adda: Milán y Bérgamo, mientras Pavía, hoy fuertemente sujeta a la influencia milanesa, pertenecía más bien al grupo emiliano a través de Piacenza, más tarde sometida a influencias lombardas. En el emiliano se hacen ya menos sensibles los caracteres galoitálicos; se extiende en un amplio territorio que gira al Mediodía con la Romaña, encontrándose con las corrientes dialectales del Sur.

De otra parte, en la Italia superior están los dialectos *venecianos*, en una región de rama étnica diferente. Favorecido por la suerte gloriosa de la República dominante, el dialecto de Venecia se mantuvo en aquella región hacia el Trentino, en Venecia Julia, en Trieste, superponiéndose a las antiguas lenguas ladinas que resisten todavía en el friulano, y, hasta cierto punto, a los dialectos menores de la región veneciana (el veronés, el paduano, etc.). También llegó a ser veneciana la orilla adriática con la Istria y la Dalmacia. En algunas localidades de la Istria se conserva el dialecto indígena (especialmente en Dignano, Rovigno y Fasana), si bien muy alterado por el veneciano; en Muggia se habla un veneciano con elementos ladinos. El dialecto de Istria llegó a aproximarse al dalmático, del que pronto hablaremos.

En el centro de la Península encontramos netamente individuado y relativamente inmune de influjos perturbadores el *toscano* con sus variaciones principales florentina, sienesa, luquesa y aretina, encontrándose al

Norte y a Oriente con las lenguas emilianas de la Romaña e inclinado por una parte hacia el *umbro* y el *lenguaje de la Marca*, y por otra — a través de las subdivisiones aretina y sienesa — hacia el *romano*.

Este último sufrió en el siglo XVI una modificación sensible: los Papas toscanos con su corte y las intensísimas relaciones de todas clases con Florencia dieron por resultado una inclinación hacia lo toscano, mientras el antiguo romanesco estaba ya mucho más ligado con los dialectos del grupo meridional, especialmente con el aquilano y el umbro, hasta formar con ellos un conjunto relativamente uniforme *aquilano-umbro-romano*. El resto *abruzzés* tiene, por el contrario, diversas características notables comunes al napolitano, y se confunde con los diversos dialectos *puglieses*, donde se encuentran distribuídas de vez en cuando notas abruzzesas, napolitanas y aun calabrosículas en el extremo meridional; entretanto, la parte opuesta de la Península hacia el Tirreno se tiene por *napolitana*. Finalmente, el extremo meridional se relaciona con el *calabrés*, enlazado por una gran afinidad con el *siciliano*.

Subordinado al italiano peninsular está el *corso*, que parece tener relaciones directas con el toscano. De éste no pueden darnos razón las oscuras bases etnográficas, pero históricamente Córcega estuvo con la Toscana en relación continua. Allí se distinguen tres variedades principales: la *tramontana* al Mediodía, la *cismontana* y la *capocorsina* al Nordeste. Naturalmente, el francés va extendiendo cada vez más su influencia sobre la isla.

El *sardo* presenta caracteres individuales tan especiales que no puede relacionarse con los dialectos italianos. Forma parte de sí mismo: podremos coordinarlo, pero no subordinarlo al sistema italiano, según las palabras de Dante: «... Sardos, qui non Latii sunt, sed Latiis adsociandi videntur» (1). Si en algunas cosas se parece a la región más próxima de España (2), por otras mayores tiende hacia Italia, pero debemos considerarlo como independiente de ambas. En el Centro encontramos el *logudorés,* que fué la lengua de Cerdeña, muy usada en textos jurídicos y literarios del siglo XIV; al Mediodía, el *campidanés,* en el que se advierte más la influencia del español que se ejercitó a través de largas y estrechas relaciones políticas; al Norte están el *gallurés* y el *sasarés,* muy parecidos entre sí y diferentes del tipo sardo propiamente dicho, siendo, por el contrario, bien afines al corso, tanto, que pueden agruparse con éste (3).

En relación directa con la Península está el *dálmata,* es decir, la antigua lengua neolatina de Dalmacia, que hoy puede considerarse en desuso por haber sido sustituída por el veneciano, imperante durante siglos

(1) *De vulg. Eloq.,* I, cap. XI.

(2) BARTOLI, *Un po' di sardo,* en *Archeografo triestino,* XXIX, 139 y ss.

(3) P. E. GUARNERIO, *I dialetti moderni di Sassari, della Gallura e della Corsica,* en *Archivio glottologico,* XIII, págs. 125 y ss.; XIV, págs. 131 y ss.; 385 y ss., e *Il Sardo e il Corso in una nuova classificazione delle lingue romanze,* ibíd., XVI, 491 y ss. Del mismo, la relación bibliográfica, en *Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der rom. Ph.,* IX, I, págs. 129 y ss., e *Il Dominio Sardo,* en *Revue de dialectologie romane,* III, 193-231.

y siglos en las costas adriáticas. El dálmata nos ha sido revelado, en primer lugar, por cuanto sabemos referente al *vegliolo* — dialecto que aún se hablaba hace pocos años en boca de un habitante de la isla de Veglia, Antonio Udina, muerto en 1898. Otros elementos del dálmata pueden encontrarse en antiguos documentos latinos y venecianos de la Dalmacia, en la toponomástica y en las huellas que se conservan de él en varios dialectos serbocroatas que llegaron a insinuarse en aquella región que fué siempre fuertemente neolatina, sin solución de continuidad.

Después de las demostraciones de Bartoli es indudable que el dálmata tuvo muy estrecha relación (tanto como el istriano) con el italiano meridional, y precisamente con la zona abruzzopugliesa, que estaba enfrente. Este resultado de la investigación fonética aparece bien natural cuando preferentemente se considera el común fondo ilírico; después, el hecho de que toda Italia meridional movilizara la gran corriente del comercio y de las colonias militares hacia la Iliria, de la misma manera que, más tarde, fué Venecia el gran centro de irradiación y como lo es en la Edad Moderna el veneciano de Trieste para todo el Adriático. La Iliria fué verdaderamente, en todo tiempo, desde Roma hasta ahora, un reflejo constante de Italia, como también se revela por las profundas y tenaces influencias latinas y neolatinas de que está penetrado el albanés. El dálmata, a pesar de cierto tinte posterior ladino, veneciano y rumano, nos presenta la imagen de una Romania apeninobalkánica, que ha impreso el primer sello

latino infrangible sobre la Dalmacia (1). La romanización de la Dalmacia no se ha interrumpido hasta la actualidad, interrumpida cuando los romanos pusieron el pie allí. Latina primero y luego constantemente italiana (veneciana) en la tradición escrita, también en Ragusa, en la lengua viva fué neolatinamente dálmata, hasta que, después, el dálmata fué sustituído por el veneciano y en algunos lugares por el eslavo, que se superpuso al originario fondo latino.

Huelga referirse a las diversas pequeñas colonias dialectales que algunas emigraciones han transportado a Italia desde regiones no latinas, como el albanés y el griego, esparcidos en algunos países de Calabria y de Sicilia, y el alemán en unos pocos municipios del Vicentino, del Veronés y en torno al Monte Rosa, y otros territorios neolatinos como el catalán de Argel, es decir, aquellos que se deben a emigraciones dentro de los límites de Italia, como el dialecto galo-itálico trasladado antiguamente desde la región lombarda occiden-

(1) Para el dálmata y para toda la bibliografía que se refiere a él, cfs. la citada obra de Bartoli, *Das dalmatische.* Contra las opiniones opuestas de C. Merlo, en la *Rivista di filologia e di istruzione classica,* XXXV, págs. 472 y ss., en los *Annali delle Universitá toscane,* XXX, y en el *Rendiconti* del R. Instituto lomb. de ciencias y letras, serie II, vol. XLIII, págs. 271 y ss., se defiende Bartoli en la *Revue de dialectologie romane,* II, págs. 456 y ss. La tesis mantenida por Merlo es que el vocalismo y el consonantismo veglioto son, en el fondo, ladinos (los materiales conocidos no consienten demostraciones de orden morfológico y léxico). Para él, el parentesco entre el dálmata y el italiano meridional está por demostrar. A pesar de la oscuridad del problema y las agudas argumentaciones de este notable estudioso, parecen prevalecer las razones de Bartoli.

tal, más exactamente del alto novarés, y que aún se conserva en un grupo de aldeas sicilianas (1).

10. Esta propagación rapidísima basta para mostrar cuán complejo, multiforme y discorde es el cuadro de los dialectos hallados en Italia. Ello es natural para quien considere en primer término la gran variedad de estirpes de que está formado el pueblo italiano, según veíamos en un capítulo anterior; así un vigoroso partidario de las reacciones étnicas pudo clasificar (prescindiendo del agrupamiento tradicional expuesto anteriormente) los dialectos de Italia, según la superposición de las estirpes prerromanas (2) — distinguiendo galo-romano, ligur-romano, ilírico-romano, itálico-romano y toscano; puede añadirse el reto-romano o ladino que se acostumbra a clasificar aparte aunque no tenga una individualidad mayor, por ejemplo, que los dialectos galoitálicos. En segundo lugar, precisa tener en cuenta las condiciones particulares en que se ha desarrollado la historia de Italia. Trabajada en todo tiempo por un flujo y reflujo de cambiantes destinos, fraccionada en numerosos centros políticos privados de unidad, habiendo quedado dividida durante

(1) Para los llamados « lombardos » de Sicilia (en San Fratello, Piazza Armerina, Nicosia, Sperlinga, Aidone), véase SALVIONI, *Arch. glott. ital.*, XIV, 437 y ss., *Romania*, XXVIII, 409 y ss., *Jahresb.*, I, 120, y *Memorie Ist. Lomb.*, 1907, v. XXI (12° de la S. III), págs. 255 y ss. Para todas las colonias dialectales véase el conjunto en W. MEYER-LÜBKE, *Grammatica storico-comparata della lingua italiana e dei dialetti italiani*, Turín, 1901, págs. 4 y ss.

(2) GOIDÁNICH, op. cit., pág. 190.

largos siglos no sólo en los hechos sino también en espíritu — que fué regional en el pasado con más frecuencia que nacional — y, por añadidura, muy alargada geográficamente, con los altos muros divisorios de montañas, Italia debió tener por necesidad dialectos muy diversos entre sí, y esta diversidad, fatalmente profundizada por mil barreras, se mantuvo más sólida, más profunda que en otros sitios.

El florentino pudo actuar sobre las otras lenguas de la Península únicamente por la vía de la cultura, porque Florencia no fué nunca el centro político de la nación, la cual no tuvo centro alguno hasta la Edad Moderna. Con los nuevos destinos de Italia su lengua no sólo fué medio de cultura sino también instrumento de una poderosa unidad política en la que llegaron a fundirse armónicamente los miembros esparcidos de la nación, y con la unidad veremos de día en día apresurado el ocaso gradual de los dialectos.

Hemos dicho antes que el lombardo y el veneciano en su expansión septentrional van ganando terreno a los dialectos ladinos. Fué Ascoli quien analizó y describió con admirable precisión este grupo. Ladino es una voz dialectal correspondiente a «latino», usada en algunas partes del ámbito territorial y aplicada por Ascoli a toda la extensión de aquél, mientras los indígenas dan más comúnmente a sus lenguas el nombre de *romance*. Los diversos dialectos indicados así en su conjunto son hablados en una zona fragmentaria y desigual de territorio situado entre las regiones lombardo-venecianas, el país alemán al Norte y el eslavo a Occi-

dente. Mucho más vasta antiguamente, la zona ladina ha ido restringiendo poco a poco su amplitud y rompiendo su continuidad no sólo por las influencias italianas, sino también por efecto del alemán que con asidua penetración artificial llega de lo alto. Privada de unidad política y de centro lingüístico, provista de escasa y limitada literatura local, dispersa en la rica gradación de sus múltiples formas dialectales — numerosísimas por el fraccionamiento del suelo en valles profundos que dividen y aislan a los habitantes — no podía ofrecer por sí sola una resistencia sólida a las influencias poderosas que se agitaban sobre ella en nombre de una fuerza nacional bien superior (1).

Traspasando los países en que viven dialectos intermedios lombardoladinos, y venecianoladinos, es genuinamente ladina una buena parte del grisonés, que constituye la extensión occidental del dominio. Son los valles donde brotan las primeras fuentes del Rhin, la Engadina, el curso superior del Inn hasta la frontera austríaca y el valle de Monasterio. Este grupo tuvo, primero, cierta cohesión política bajo la tutela de la autoridad eclesiástica residente en Coira ; desde 1803 formó parte de la Confederación suiza. El grupo central se encuentra entre los diversos valles del Trentino : el valle del Noce y del Avisio, respectivamente, a derecha e izquierda del Adigio, separados por un profundo núcleo alemán que se insinúa a lo largo del curso de este último río, y, después, los valles de la Gardena

(1) V. Carlo Salvioni, *Ladinia e Italia*, en el *Rendiconti* del R. Ist. Lomb., vol. L, ser. II, págs. 1 y ss.

y de la Cándera, que se alzan a su vez hacia las tierras alemanas; el valle del Cordevole y el del Boite que bajaban en la provincia de Belluno, y, por último, la región del Comelico en las fuentes del Piave. Desde allí, después de brevísima interrupción, se extiende al Oriente hacia la tercera sección, que comprende el Friul desde los Alpes Cárnicos hasta el Adriático, terminando en la cuenca del Isonzo, con pocas infiltraciones alemanas o venecianas.

Allí se detiene, mientras antiguamente bajaba más hacia Venecia y Trieste, haciéndose luego veneciana, y a la Istria, llevando su influencia todavía más lejos.

Los dialectos ladinos son sensiblemente distintos entre sí, y no sólo encontramos diferencias determinadas, poco a poco, por las transformaciones internas o por influencias extrañas, sino más bien por diferencias originarias. Cuando se habla de «ladino» o retorromano, como otros quieren llamarlo — es decir, romance de la Recia — se llega, pues, a expresar una entidad abstracta — porque los dialectos no salieron del fraccionamiento dialectal — : un conjunto de variedades, más de una veintena, alguna de las cuales se usaba en los actos públicos y en una exangüe literatura provincial, ligadas entre sí sólo por la afinidad de ciertos caracteres comunes. Las afinidades no son siempre muy profundas: el vocabulario, por ejemplo, ofrece de trecho en trecho divergencias sensibles. Éstas son superadas aun más por la diferencia fonética, tanto, que se ha podido afirmar de algunos que

no tienen positivas características fonéticas comunes para todo el territorio reto-romance (1).

Sin llegar a tanto, quien tenga presente la suma de los caracteres ladinos tal como fué trazada por Ascoli, puede recordar cuán variada fué la distribución de aquellos caracteres en el sistema fonético de los distintos dialectos. En cuanto a la sintaxis, se le ve coincidir habitualmente con la italiana, y donde se aparta de ella no es para seguir un espíritu propio sino por influencia germánica. Por otra parte, de un lado por la débil resistencia ofrecida por idiomas así fraccionados a los que no detiene ninguna fuerza central, y de otro por razones naturales de afinidad y de cambios, han hecho, como ya observamos, que en muchos lugares entre la zona ladina y la italiana haya llegado a formarse como una zona neutra en la cual las particularidades de los diversos dialectos aparecen como interferentes y confusas. En realidad, donde no exista un límite idiomático bien determinado de las condiciones geográficas, quien quiera trazar una frontera precisa no puede contar con otra guía que el arbitrio. La individualidad lingüística del ladino es una abstracción creada por los fonéticos según un principio de método clasificador y de oportunidad teorética, pero prácticamente no existe un verdadero límite entre el sistema de dialectos italianos y el sistema ladino. Esto mismo puede decirse de tantas otras cla-

(1) Ascoli nos proporciona un conjunto claro en *Arch. glott. it.*, VIII, 102, y Salvioni, como puede verse en el anteriormente citado discurso *Ladinia e Italia*, págs. 15 y ss.

sificaciones registradas por nosotros en esta obra. Una difusión más dilatada de la cultura italiana en aquel territorio podrá poner un dique a la sofocación gradual causada por la invasión alemana, defendiendo las razones de la latinidad, sin negar por eso los caracteres idiomáticos locales.

11. Hemos visto que los dialectos galoitálicos de la Italia superior se han desarrollado sobre un fondo de población celta, afín a la que habitó la Galia, y que varios dialectos transalpinos atraviesan los Alpes y se extienden por algunos valles altos del Piamonte. Si examinamos ahora las condiciones del neolatín en el territorio francés, encontraremos dos grupos notablemente distintos : el dominio francés propiamente dicho, al Norte, y el provenzal al Sur — o, como se dice desde la Edad Media, según las diversas formas de afirmación, el dominio de la lengua *d'oïl* y el de la lengua *d'oc* (de la misma manera que fué llamada Italia por Dante « el hermoso país donde suena el *sì* »).

Estas subdivisiones fundamentales que se basan, como decimos, en la evolución a la A tónica latina, parte del curso inferior del Garona para seguir después el de la Dordoña y unirse en Lussac. Desde allí se aproxima a los límites entre los departamentos del Charente y Dordoña, y desde junto a Angulema se dirige casi directamente hacia el Norte en dirección a La Rochefoucault, donde tuerce a la derecha siguiendo casi sin interrupción el curso del Vienne. Allí se empieza a no encontrar ya demarcaciones exactas sino una zona

intermedia que cada vez se prolonga más. En primer lugar, circunda los límites meridionales del departamento del Vienne e Indre, y luego continúa hacia el Este, terminando en Verneuil, para bajar rápidamente al Mediodía, y seguir de allí hacia el Este entre el Delfinado y la Provenza, hasta los Alpes.

En esta parte oriental es necesario distinguir todavía un territorio especial que Ascoli llama franco-provenzal y que limita de la siguiente manera : « Esta serie de lenguas vernáculas se extiende en Francia por la zona septentrional del Delfinado (departamento del Isère) ; de allí atraviesa el Ródano en doble dirección : hacia Poniente, para ocupar una parte, tal vez la mayor, del Lyonés, y hacia el Norte para hacer suya la región meridional de la Borgoña (departamento del Ain) ; de allí, después, como en columna longitudinal, viene a introducirse, no sin padecer muchos daños, entre el francés a Poniente y a Levante, atravesando entero el Franco Condado, y adentrándose profundamente en el territorio lorenés (secciones de los departamentos del Jura, Doubs, Alto Saona y los Vosgos).

Francia, sin embargo, cuenta actualmente con la Saboya que es franco-provenzal, así como también lo son Suiza y los dialectos propios de los cantones de Ginebra, Vaud, Neufchâtel con un pequeño resto del de Berna (entre el Jura y el lago de Bienne), la mayor parte del cantón de Friburgo y la sección occidental del cantón de Valais. Al otro lado de los Alpes, finalmente, pertenecen a este sistema los dialectos roman-

ces que son propios del Val d'Aosta y el del Val Soana » (1).

Al Sudeste se consideran de igual manera como cosa aparte, el grupo de los dialectos gascones, entre el Garona y los Pirineos : en los departamentos de la Gironda (salvo una porción septentrional), de las Landas, Bajos Pirineos (exceptuando la parte vascongada), los Altos Pirineos, Gens ; al Mediodía de aquél, el del Alto Garona, y en la parte occidental de los departamentos del Ariège y del Lot y Garona. El gascón se parece sensiblemente al español por algunos de sus caracteres.

Señalando ahora los grupos dialectales que se quiere distinguir en cada una de estas divisiones mayores, encontramos en el territorio francés propiamente dicho el *normando* al Noroeste (que tiene por centros principales a Caen y Rouen) ; el *picardo* al Nordeste (Amiens, Arras) y más allá el *valón* que se habla en Bélgica ; al Este, el *lorenés* (Metz) ; el *champañés* (Troyes, Reims) ; el *dialecto del Franco Condado* (Besançon) ; el *borgoñón* (Dijon) ; al Oeste, el *santongés* (Saintes) ; el *poitevino* (Poitiers) ; el *angevino* (Angers, Tours). En el Centro está el dialecto de la Isla de Francia, con su centro en París. Éste, como ya hemos dicho, triunfó sobre los demás dialectos, convirtiéndose en lengua nacional, y bajo su influencia siempre intensa — que casi se inició en el siglo XII en las esferas de la cultura, luego

(1) *Schizzi franco-provenzali*, en *Archivio glottologico italiano*, III, 61-62. Algunas modificaciones parciales propone SUCHIER, en el *Grundriss der rom. Ph.*, I², 755, sin excesivo fundamento.

se difundió entre el pueblo y no fué nunca tan sensible como en la Edad Moderna por los múltiples medios de instrucción y comunicación — tienden a desaparecer los dialectos menores. En algunos lugares, como ocurre en localidades de la Suiza francesa, ya no son perceptibles. Los que ceden con más facilidad son los dialectos más afines al francés de París, que por su mayor afinidad ofrecen menos resistencia.

Sin detenernos en la subdivisión del grupo gascón y del franco-provenzal, veamos las condiciones del otro grupo, mucho más importante, al que se da el nombre de provenzal porque pertenece a la región de Provenza — la antigua *Provincia Narbonensis* de los romanos. La familia de los dialectos provenzales está constituída por el provenzal propiamente dicho y las diversas ramas que se hablan en Auvernia, el Lemosín, Rouergue, Quercy, Languedoc y parte del Delfinado. Estos idiomas tuvieron alteraciones literarias propias y no se encuentra entre ellos una lengua literaria bien definida que pudiera vivir establemente e imponerse a los otros. No obstante la moderna floración, debida al genio de Mistral, también se extienden las alas dominadoras del francés sobre los dialectos provenzales impidiendo su autonomía en el pasado y amenazando con reducir aún más los caracteres tradicionales.

12. El catalán se hace pertenecer a la familia provenzal. Dentro de los límites políticos de Francia es hablado casi en todo el departamento de los Pirineos Orientales, y en el territorio políticamente español en

una faja de la costa oriental de Cataluña y Valencia hasta el río Segura, es decir, con más precisión, en las cuatro provincias que formaban el antiguo Principado de Cataluña (Gerona, Barcelona, Tarragona y Lérida) y las tres provincias del reino de Valencia (Castellón de la Plana, Valencia y Alicante). Por otra parte, en las islas Baleares con las adyacentes Pitiusas y los alrededores de Alghero en Cerdeña, adonde fué importado bajo el dominio catalán de 1322. Durante cierto tiempo descendía por la costa española hasta Murcia, pero el castellano volvió a limitarlo empujándole hacia el Norte.

Es difícil determinar de dónde partió, en su origen, la marcha del catalán. Se cree generalmente que vino a España en la época carolingia desde el territorio francés, es decir, del Rosellón, la antigua Septimania visigoda. La afinidad con el grupo provenzal es muy grande, aunque también en Francia se mantiene el catalán, en algunos aspectos, sensiblemente distinto. Aun se expresa recientemente la hipótesis contraria, es decir, que el catalán es autóctono en su sección española y precisamente en la parte montañosa ; de allí se extendió poco a poco, mediante las continuas incursiones de los cristianos, por el suelo morisco, hacia el Mediodía en las costas orientales, empujándole después hacia las Baleares. En Francia fué introducido por una emigración catalana llegada de España, tal vez en la época de las invasiones de los árabes, manteniéndose después por los íntimos contactos políticos entre Cataluña y el Rosellón y la Cerdaña francesa. Mucho más atendible es la opinión de Morf, según la

cual el catalán — que en Francia aparece verdaderamente como extranjero entre los dialectos provenzales — proviene también de España, pero no por efecto de la invasión sarracena (1).

El Rosellón pertenece verdaderamente al condado de Barcelona. En el siglo XII, el conde de Barcelona, en su calidad de rey de Aragón, se emancipó del anterior vasallaje francés, y el Rosellón llegó a estar así separado de Francia durante cinco siglos, con sus diócesis propias. El catalán se resuelve gradualmente en los dialectos españoles a través del aragonés; y más visible era aún el paso cuando el aragonés no estaba todavía sojuzgado por el castellano. De ahí que, a pesar de la diferencia que existe entre el catalán y este último, no hay motivo para considerarlo distinto del grupo de los dialectos españoles (2). Después de todo lo que hemos dicho, en general, acerca de la clasificabilidad de los dialectos, sólo interesa declarar que este problema sólo podrá resolverse — suponiendo que tenga solución — mediante cuidadosas investigaciones en los centros de difusión y en el camino de las características idiomáticas catalanas.

Los dialectos españoles sólo tienen una individualidad débil; las diferencias entre unos y otros son, en realidad, mínimas, todavía menores que entre los dialectos septentrionales de Francia. A pesar de la variedad de las estirpes que confluyeron en edad prehistórica sobre el suelo español, se encuentra en él una fusión étnica pro-

(1) En el *Bulletin de dial. rom.*, l. c., págs. 3 y ss.

(2) J. Saroïhandy, en *Grundriss der rom. Ph.*, I², 845-846.

funda. Por otra parte, los límites de los diversos dialectos locales llegaron sin duda a confundirse cuando la España neolatina fué rechazada por la invasión árabe hacia el Norte de la Península, donde pronto empezó a reconquistar lentamente el terreno perdido con un esfuerzo colectivo de la nación, en la cual vinieron a atenuarse necesariamente muchas huellas particulares de esta o aquella región. Andalucía tuvo que ser repoblada casi enteramente (a fines del siglo XV), y esto explica que el andaluz sea una derivación del castellano. La reconquista cristiana se encontró después generalmente con los núcleos locales que habían permanecido bajo el poder de los moros *(mozárabes)*, pero llevando nuevas formas de vida llegó a sobreponerse lingüísticamente también a ellos.

Pueden distinguirse aún los siguientes dialectos, especialmente en las regiones septentrionales : el *navarro-aragonés* y el *asturiano ;* más abajo, el *leonés ;* el *castellano* en el centro, y como prolongación y derivación meridional de este último, el *andaluz.* El castellano, que es la lengua dominante, es decir, aquella que se designa sencillamente como « español », tiende cada vez a borrar más las huellas de los restantes dialectos, como ocurrió ya con el aragonés, que fué el único usado con cierta independencia como lengua, y su obra fué fácil, precisamente por no encontrar en ellos resistencia, dada la gran afinidad común.

No menos uniformes son los dialectos portugueses, que después del catalán y el español, constituyen el tercer grupo lingüístico de la Península ibérica : antes bien, apenas puede hablarse de dialectos y no es pre-

ciso detenerse en ellos. Al grupo portugués va unido el gallego, al Norte de Portugal, que políticamente es español y lingüísticamente se inclina a Portugal, que también tiene algunos puntos de contacto con el asturiano y el leonés. Galicia fué reino suevo mientras la contigua región de Asturias, española, perteneció a los godos, y en esto puede encontrarse alguna razón de la diferencia que entre ellos se encuentra: pueden aplicarse a este lugar las observaciones hechas a propósito del franco-provenzal. El gallego tuvo que ceder ante el castellano, mientras sus hermanos portugueses están sostenidos por la propia unidad política. Son portugueses el dialecto de las Azores y el de Madera.

13. Del extremo occidente del mundo neolatino volvamos ahora hacia su sección oriental extrema: el rumano. Mientras, como hemos visto, el territorio que hemos examinado ya, desde la Península ibérica a la antigua Recia, a través de Francia e Italia, con sus prolongaciones adriáticas de la Istria y de la Dalmacia forma un todo continuo, en el que innumerables corrientes idiomáticas pudieron fluir en todo tiempo de un lugar a otro, llegando a crear entre los diversos países una red finísima de intercambios migratorios de hechos dialectales, el rumano, aislado, quedó circunscrito entre lenguas de otra rama, isla solitaria de la latinidad en medio de olas distintas y contrapuestas que azotaban de todas partes.

La división de los dialectos rumanos tiene una razón de ser fundamental por el hecho de que los rumanos, debido a muchas vicisitudes, a algunas de las

cuales nos hemos referido (cap. II, §§ 12-13) forman núcleos de población destacados, sin contacto recíproco, en regiones diversas (1). Tenemos, en primer lugar, el *dacio-rumano*, es decir, el rumano de la Dacia, hablado en el reino de Rumania, en Besarabia, Transilvania, Bánato, Bucovina y en algún otro punto disperso junto a la orilla derecha del Danubio, especialmente en la Dobrudja. A pesar de esta importante extensión territorial, el dacio-rumano se nos presenta singularmente uniforme : sus variedades dialectales son virtualmente insignificantes. Después está el *macedonio-rumano*, disperso en numerosas colonias de rumanos o aromuni, como ellos se llaman, no sólo en Macedonia sino también en el Epiro, Tesalia, Albania (2) : en una palabra, a través de toda la Península balkánica. Caracteres propios, afines al dacio-rumano, tiene allí el *meglenítico*, al Noroeste de Salónica. Por último está el *istro-rumano* reducido a un corto número de individuos, en la Istria alpina, en Val d'Arsa y en una localidad del Carso.

Hemos visto en otro capítulo cuáles y cuántas influencias extrañas han pasado y alterado la pureza del rumano ; naturalmente, estas influencias se han distribuído de diversas maneras en las distintas zonas. Predominan las griegas en el macedonio-rumano, y entre las influencias eslavas, intensamente sensibles en el dacio-rumano, casi queda ahogado el istro-rumano, sin

(1) H. TIKTIN, *Die rumänische Sprache*, en *Grundriss*, I², 564 y ss., y O. DENSUNIANU, *Histoire de la langue romaine*, París, 1902, I, 288 y ss.

(2) Para estos últimos v. WEIGAND, *Die Aromunen in Nord-Albanien*, en *Jahresbericht des Instituts f. rumänische Sprache zu Leipzig*, XVI, págs. 193 y ss.

hablar de influencias locales serbias en el Bánato, alemanes y magiares en Transilvania, etc. Toda esta variedad, debida a las oscuras vicisitudes de una estirpe en gran parte alejada de sus sedes primitivas, proceden evidentemente de un tronco común, de un rumano primitivo, del cual han ido diferenciándose con las emigraciones. El rumano, en el conjunto neolatino, está ligado por muchas causas con mayor afinidad al italiano ; a través de las gentes extrañas llegadas en mezcla, la madre Italia y su lejana hija se reunieron en la tenaz armonía lingüística de la Rumania originaria italobalkánica y se conserva aún por la maravillosa resistencia de los rumanos a través de las vicisitudes casi dos veces milenarias de su destino.

Para concluir, tenemos seis grupos principales de lenguas neolatinas : ITALIANO, FRANCÉS, PROVENZAL, ESPAÑOL, PORTUGUÉS y RUMANO ; a éstos se coordinan otros cinco grupos menores, de los que corresponden al dominio italiano el *sardo-corso*, el *ladino* y el *dálmata ;* al francés el *franco-provenzal* y el *francés del Oeste*, y al provenzal el *catalán*, de forma que el conjunto puede resumirse en las siguientes tablas (1) :

(1) Cfs. MEYER-LÜBKE, *Einführung*², pág. 17, y el mismo en *Grundriss* I², págs. 551 y ss. Por otra parte, M. BARTOLI, *Grammatische Uebersicht über die italianischen Mundarten und Glossar*, en SAVI-LOPEZ, *Altitalien. Chrestomathie*, Estrasburgo, 1903, págs. 171 y 214, y GUARNERIO, en *Revue de dialectol. romane*, III (1911), pág. 200, I. — Otra clasificación hizo G. I. ASCOLI de la *Italia dialettale*, en *Arch. glott. it.*, VIII, 98 y ss., partiendo del criterio de la mayor o menor dependencia de los dialectos de tipo « toscano » ; el artículo apareció primero en la *Enciclopædia Britannica*, Edimburgo, 1880, y fué puesto al corriente por SALVIONI, en la última edición de dicha Enciclopedia.

- **Italiano**
  - galo-itálicos
    - I. Piamontés
      - monferrino
    - II. Lombardo
      - milanés
      - bergamés
    - III. Emiliano
      - piacentino
      - boloñés
      - romaño
    - IV. Ligur
  - V. Veneciano
    - veneciano
    - veronés
    - paduano, etc.
  - VI. Istriano
    - dialecto de Dignano
    - » » Rovigno
    - » » Fasana
  - VII. Toscano
    - florentino
    - sienés
    - luqués
    - aretino, etc.
  - VIII. Umbro-romano
  - IX. De las Marcas
  - X. Abruzés (aquilano)
  - XI. Pugliés
  - XII. Napolitano
  - XIII. Calabrés
  - XIV. Siciliano
- **Sardo-corso**
  - lugodorés
  - campidanés
  - gallurés
  - sassarés
  - ultramontano
  - cismontano
  - capocorsino
- **Ladino**
  - grisonés
    - suprasilvano
    - subsilvano
    - engadinés
    - dialecto de Val Monasterio
  - tridentino
    - occidental
      - dialecto del Valle del Noce
      - » » » » Avisio
    - oriental
      - dialecto del Val de la Gardena
      - » » » » » Candera
      - » » » » »Cordevole
      - » » » » » Boite
      - » » » del Comelico
  - friulano

DALMÁTICO	ragusano veglioto
FRANCÉS	normando picardo valón lorenés champanés francés de la Isla de Francia dialecto del Franco Condado borgoñón santongés poitevino angevino
FRANCO-PROVENZAL O FRANCÉS DEL OESTE	lionés delfinés friburgués dialecto de Neuchâtel vadés vallesano saboyano
PROVENZAL	gascón languedociano provenzal auvernés lemosín dialecto de Rouergne » » Quercy, etc.
CATALÁN	Barcelona, etc. Valencia, etc.
ESPAÑOL	navarro-aragonés asturiano leonés castellano andaluz
PORTUGUÉS	gallego portugués del Norte » » Sur » de las Azores » » Madera
RUMANO	dacio-rumano macedonio-rumano meglenítico istro-rumano

Notas bibliográficas

Para los **métodos y fines de la investigación lingüística**: el libro de Hovelacque, *La linguistique*, 4.ª ed., París, 1888, ya anticuado. Acerca de los principios de la lingüística general, la obra verdaderamente interesante, incompleta y publicada póstumamente por los alumnos, es la de F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, París-Lausana, 1916. Deben tenerse en cuenta, además: Albert Dauzat, *La vie du langage*, París, 1910, y del mismo: *La Philosophie du langage*, París, 1912.

A los estudios de *geografía lingüística* se unen los de *semasiología* y de *onomasiología*. En semántica ocupa el primer lugar M. Bréal, *Essai de sémantique*, 5.ª ed., París, 1911. Para los principios fundamentales de la onomasiología frente a la semántica: Tappolet, en el prólogo de su obra mejor, acerca de los nombres propios; además, Zauner y Merlo en los prólogos de sus obras respectivas sobre las partes del cuerpo humano, y las estaciones y los meses que pronto aduciremos. Cfs., además, la discusión que de ello hace F. Nicoli, en *Psicologia e linguistica: La nuove vie della linguistica romanza*, en la *Rivista Filosofica*, X (1908), págs. 247 y ss.; además, C. Volpati en el estudio que pronto alegaremos.

La masa de los estudios de onomasiología es rica y la citaremos con detalle, como requiere la novedad de la materia: C. Salvioni, *Lampyris Italica*. Discurso en torno a los nombres de la «luciérnaga», en Italia, por Salvioni-Rossi, Bellizona, 1892. — E. Tappolet, *Die romanischen Verwandtschaftsnamen*, Estrasburgo, 1895, y las observaciones e integraciones de C. Salvioni, en *Rend. Ist. Lomb.*, serie II, vol. XXX (1897), páginas 1497 y ss. — A. Zauner, *Die romanischen Namen der Körperteile*, en *Roman. Forschungen*, vol. XIV (1903), págs. 339 y ss. — Cl. Merlo, *I nomi romanzi delle stagioni e dei mesi*, Turín, 1904, y del mismo: Forficula Auricularia, en los *Atti dell'Accad. di scienze di Torino*, vol. XLIII (1908); Grillotalpa vulgaris, en los *Studi romanzi*, vol. IV (1908), págs. 149 y ss.; cfs. *Bulletin de dialect. rom.*, II, 63; *Die roman. Benennungen des Faschings*, en *Wörter und Sachen*, III (1912), págs. 88 y ss.; *I nomi romanzi della Candelara* (la fiesta de la Purificación), Merlo-Sarteschi,

Perugia, 1915 ; *I nomi romanzi del di feriale con una appendice sui nomi del di festivo*, Pisa, 1918. — W. v. WARTBURG, *Die Ausdrücke für die Fehler des Gesichtsorgans in den romanischen Sprache und Dialekten*, en la *Revue de dialectologie rom.*, III (1911), págs. 402-503, y IV (1912), págs. 16 y ss. — KARL GÖHRI, *Die Ausdrücke für Blitz und Donner in Galloromanischen*, ibíd., IV (1912), págs. 45-67, 140-172. — C. VOLPATI, *Nomi romanzi del pianeta Venere*, ibíd., V (1913), págs. 412 y ss. — P. G. GOIDÁNICH, *Denominazioni del pane e di dolci casarecci in Italia*, en las *Memorie della R. Accad. d. Scienze di Bologna*, ser. I, tomo VIII (1913-1914), págs. 23 y ss.

La investigación del príncipe L. L. BONAPARTE es siempre útil por su abundancia de materiales, aun siendo obra de aficionado : *Words connected with the vine in latin and the neolatin dialects* (Transactions of the philological society, 1882-1883, págs. 251-312) ; *Names of European reptiles in the living neolatin languages* (ibíd., 312-354) ; *Neolatin names for artichoke* (ibíd., Appendix, 41-46). — Por otra parte, C. J. FORSYTH MAJOR, *Italienische Vulgärnamen der Fledermaus*, en *Zeitschr. f. rom. Philol.*, XVII (1893), págs. 148 y ss., y cfs. C. SALVIONI, *Jahresb.*, V, 169. — W. FÖRSTER, *Der Pflug in Frankreich*, ibíd., XXIX (1905), págs. 1 y ss. — FRYKLAND, *Les changements de signification des expressions de droite et de gauche*, Upsala, 1907. — P. E. GUARNERIO, *La rosa delle Alpi*, aportación al estudio de los nombres romances del « Rhododendron », en la Miscelánea Rajna, Florencia, 1911, págs. 675 y ss. — Otros más pueden verse registrados por GÖHRI, op. cit., págs. 46-47.

Recordaremos más bien, siempre a propósito de la historia simultánea de los objetos y las palabras, la espléndida publicación de HUGO SCHUCHARDT, por ADOLFO MUSSAFIA, Graz, 1905, en su 73.º aniversario, en torno especialmente a los « morillos » y a la « devanadera », con ilustraciones en el texto, y la conferencia de E. TAPPOLET, *Wie die Dinge zu ihren Namen kommen*, en *Wissen und Leben*, VIII (1910-1911), págs. 839 y ss., y de J. JUD, *Neue Wege und Ziele der romanischen Wortforschung*, ibíd., IX (1911-1912), págs. 270 y ss. y 320 y ss. Por otra parte, H. SCHUCHARDT, *Cose e parole*, comunicación al Primer Congreso Etnográfico Italiano, Roma, 1911, y CL. MERLO, *Parole e idee*, conferencia, en los *Annali delle Università Toscane*, N. S., vol. II (1917). Además, la revista *Wörter und Sachen*, revista históricocultural

para investigación de idiomas y dialectos, fundada en Viena en 1909, cuyos principios están expuestos en el vol. I, 1-2, y en el III, 12-56. — Por último, las notas publicadas en el *Bulletin du Glossaire des patois de la Suisse romande :* E. Tappolet, *Les termes de la fenaison dans le patois romans*, ibíd., VIII (1909), págs. 26 y ss. ; del mismo : *Le regain et la pâture d'automne*, ibíd., X (1911), págs. 17 y ss. — J. Jud, *Les noms des poissons du Lac Leman*, ibíd., XI (1912), págs. 3 y ss. — L. Gauchat, *La trilogie de la vie :* I, Nacimiento y bautismo ; II, Noviazgo y matrimonio ; III, Muerte y entierro ; ibíd., IX, págs. 3 y 33 ; X, 3 ; XIII, 65 ; XIV, 3.

Además, una bibliografía razonada completa de *estudios semánticos* y de *geografía lingüística* en cuanto contiene referencias a las lenguas romandas de Suiza, pero que se desarrolla en límites poco amplios, es la que se consigna en *Bibliographie linguistique de la Suisse Romande*, por L. Gauchat y J. Jeanjaquet, cap. III : *Grammaire et Lexicographie*, págs. 134-170, Neuchâtel, 1916.

Por último : J. Gilliéron, *Généalogie des mots qui désignent l'Abeille, d'après l'Atlas linguistique de la France*, París, 1918.

Para cada una de las lenguas y dialectos nos limitaremos a las obras principales, cada una de las cuales contienen oportunas y también abundantes indicaciones referentes a publicaciones especiales :

Italiano. W. Meyer-Lübke, *Italianische Grammatik*, Leipzig, 1890. — La traducción italiana *Grammatica storico-comparata della lingua italiana e dei dialetti toscani*, por M. Bartoli y G. Braun, Turín, 1901, despojada de toda la parte referente a los dialectos no toscanos, expuesta abundantemente en el original alemán, contiene también un apéndice del autor. — F. d'Ovidio y W. Meyer-Lübke, *Grammatica storica della lingua e dei dialetti italiani*, traducida por E. Polcari de la 2.ª ed. alemana, rehecha por Meyer-Lübke, en la 2.ª ed. del *Grundriss*, de Gröber, Milán, Manuales Hoepli, 1919, 2.ª ed. italiana revisada, pero poco afortunada. — Se concede una parte importante al italiano en la *Fonologia romanza*, de P. E. Guarnerio, en la Colección Hoepli, donde ha aparecido la *Morfologia italiana* de E. Gorra (1895), y del mismo, *Lingue Neolatine* (1894), de la que existe una nueva edición. — G. I. Ascoli, *L'Italia dialettale*, en *Archivio glottologico*, III, 98 y ss. — Una sucinta pero precisa

característica de los dialectos nos ofrece M. Bartoli en el cit. vol. de P. Savj-Lopez y M. Bartoli, *Altitalienische Chrestomathie*, Estrasburgo, 1903. — También B. Wiese da cuenta de los dialectos en *Altitalienisches Elementarbuch*, Heidelberg, 1904. — Véase, además, el citado volumen de Trauzzi y el reciente manual de G. Bertoni, *Italia dialettale*, con exclusión de los dialectos sardos y ladinos, aparecido en 1916 en los Manuales Hoepli. — Minuciosas y cuidadosas reseñas anuales de cuanto se viene produciendo en la investigación científica tanto de los dialectos italianos como de cualquier otro territorio neolatino encontramos en el *Kritischer Jahresbericht*, de Vollmöller, a cargo de Salvioni, Guarnerio, Bartoli, Monaci, etc. — E. Monaci, *Crestomazia italiana dei primi secoli, con prospetto delle flessioni grammaticali e glossario*, Città di Castello, 3 vols., 1889, 1897, 1912. — Una colección de textos de las regiones veneciana, lombarda, piamontesa, genovesa, emiliana y ladina, se ha conseguido por medio del trabajo de C. Battisti, *Testi dialettali italiani in trascrizione fonetica*, Halle, 1914 (n.º 49 de los suplementos al *Zeitschrift für romanische Philologie*), con indicaciones bibliográficas para los diversos dialectos.

Para el **sardo** en relación con el corso puede consultarse particularmente P. E. Guarnerio, en el *K. Jahresb.*, de Vollmöller, IX, I, 129 y ss. — Lo mismo, *Il sardo e il côrso in una nuova classificazione delle lingue romanze*, en *Archivio glottologico italiano*, XVI, 491 y ss., e *Il dominio sardo, Relazione retrospettiva degli studii sul sardo fino al 1910*, en la *Revue de dialect. rom.*, III, 193 y ss.

Para el **ladino**, además de los *Saggi* fundamentales de Ascoli, Th. Gartner, *Die rätoromanischen Mundarten*, en el *Grundriss der rom. Ph.*, I², 608 y ss., con bibliografía hasta 1904; del mismo, *Rätorom. Grammatik*, Heilbronn, 1883, y *Handbuch der rätorom. Sprache und Literatur*, Halle, 1910.

Francés. La determinación de los límites respecto al provenzal ha sido cuidadosamente estudiada (aunque sean justas las reservas que hemos introducido en el texto del presente capítulo) por H. Suchier, *Die französischen und provenzalische Sprache*, en *Grundriss der rom. Ph.*, I², 712 y ss. Hay una traducción francesa de la 1.ª edición dirigida por P. Monet, *Le fran-*

çais et le provençal, París, 1891. — El mismo límite fué tratado con muy diligentes investigaciones por CH. DE TOURTOULON y O. BRINGUIER, *Étude sur les limites géographiques de la langue d'oc et de la langue d'oïl,* en *Archives des Missions,* Ser. III, t. III, París, 1876. — Las características de los dialectos han sido expuestas por SUCHIER, *Grundr.,* cit. I², 752 y ss., acompañadas por una buena bibliografía, a la que ha de unirse toda la floración de estudios ajena a las publicadas en *Atlas linguistique,* del que hemos hecho mención en el texto y que puede seguirse principalmente en la *Revue de dialectologie romane.*

Una excelente aportación al estudio de los dialectos modernos se encuentra en la *Revue des patois gallo-romans,* dirigida por J. GILLIÉRON y ROUSSELOT, París, 1887-1893. — Un manual práctico para servir de introducción al estudio de los dialectos antiguos es el de G. BERTONI, *Testi antichi francesi per uso delle scuole di filologia romanza,* Roma-Milán, 1908. — Gramáticas históricas : C. NYROP, *Grammaire historique de la langue française,* 4 vols., Copenhague-París, 1899-1913. La segunda edición del vol. I es de Copenhague, etc., 1904. — W. MEYER-LÜBKE, *Historische Grammatik der französischen Sprache,* Heidelberg, 1908, 2.ª ed., 1913. — SCHWAN-BENRENS, *Grammatik des Altfranzösischen,* nueva edición, Leipzig, 1909, y traducción francesa por OSCAR BLOCH, *Grammaire de l'ancien français,* Leipzig, 1913. — K. VORETZCH, *Einführung in das Studium der altfranzösischen Sprache,* y también la edición francesa : *Introduction à l'étude de l'ancienne langue française,* 4.ª ed., Halle, 1911. — BOURCIEZ, *Précis historique de phonétique française,* 3.ª edición, París, 1907. — H. E. BERTHON y V. G. STARKEY, *Tables synoptiques de phonologie de l'ancien français,* Oxford, 1908. — F. BRUNOT, *Histoire de la langue française des origines à 1900 ;* París, 1905 y ss. (5 vol. publicados hasta ahora, el último de los cuales está dedicado al siglo XVII). — En general : E. KOSCHWITZ, *Einführung zum Studium der französischen Philologie,* 4.ª edición (de la 3.ª, algo dirigido por G. THURAN), Marburgo, 1911. — Textos : K. BARTSCH, *Chrestomathie de l'ancien française,* 11.ª ed. corregida por L. WIESE, Leipzig, 1913. — W. FOERSTER y E. KOSCHWITZ, *Altfranzösisches Uebungsbuch,* 4.ª ed., Leipzig, 1911. — L. CONSTANS, *Chrestomathie de l'ancien française,* nueva edición, París, 1890. — Para los dialectos particulares indicaremos sólo, dada la importancia histórica del

anglonormando, J. E. MENGER, *The anglo-norman dialect. A manual of its phonology and morphology, with illustr. specim. of the lett.*, Nueva York, 1904, y para los dialectos modernos en transcripción fonética: E. HERZOG, *Neufranzösische Dialekteste mit Grammatischer Einleitung*, Leipzig, 1906. — El léxico del francés antiguo está recogido por FR. GODEFROY, *Dictionnaire de l'ancienne langue française du IXe au XVe sc.*, 10 vols., París, 1880-1902. — En 1915 empezó a publicarse el nuevo *Altfranzösisches Wörterbuch*, de A. TOBLER, que a causa de la muerte del autor se va publicando en fascículos, dirigidos por E. LOMMATZSCH. — L. CLÉDAT, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París, 1912 (buen manual elemental).

Provenzal. V. CRESCINI, *Manualetto provenzale*, 2.ª edición, Verona-Padua, 1905. — O. SCHULTZ-GORA, *Altprovenzalisches Elementarbuch*, Heidelberg, 2.ª ed., 1911. — C. H. GRANDGENT, *An outline of the phonology and morphology of Old Provençal*, Boston, 1905. — BARTSCH-KOSCHWITZ, *Chrestomathie provençale*, 6.ª ed., Marburgo, 1904. — C. APPEL, *Provenzalische Chrestomathie*, 4.ª ed., Leipzig, 1912. — El provenzal se estudia junto con el francés, por H. SUCHIER, en la obra citada en *Grundriss der rom. Ph.*, I² 712 y ss. — De la lengua y de todo cuanto a ella se refiere trata en una bella síntesis P. MEYER, *Provençal Language and Literature*, en la *Enciclopædia Britannica*, XIX. — Un buen diccionario del antiguo provenzal, en 8 vols., es obra de EMIL LEVY, *Provenzalisches Supplement-Wörterbuch, Berichtigungen und Ergänzungen zu Raynouards*, «Lexique roman» (suplemento al antiguo, pero importante *Lexique roman* de RAYNOUARD), Leipzig, 1894 y ss. — Del mismo LEVY hay un excelente *Petit dictionnaire provençal-française*, Heidelberg, 1909.

Para el **gascón** precisa considerar como fundamental la obra de A. LUCHAIRE, *Études sur les idiomes pyrénéens de la région française*, París, 1879. — Del mismo, *Recueil de textes de l'ancien dialecte gascon*, París, 1881. — F. FLEISCHER, *Studien zur Sprachgeographie der Gascogne*, que investiga la extensión de las características fonéticas propias del gascón, diss., Halle, 1912. — G. MILLARDET, *Le domaine gascon, compte-rendu rétrospectif, jusqu'en 1907*, en la *Revue de dial. rom.*, I, 122 y ss.

Estudios geográficos recientes acerca de la demarcación entre el provenzal y el **catalán** se deben a F. KRÜGER, *Sprachgeographische Untersuchungen in Languedoc und Roussillon*, en la *Revue de dialectologie romane*, 1911 y 1912, repetidas veces, y K. SALOW, *op. cit.* y A. MOREL-FATIO e I. SAROÏHANDY, *Das Catalanische*, en el *Grundriss der rom. Ph.*, I², 841 y ss. — P. E. GUARNERIO, *Il Catalano d'Alghero*, en *Archivio glottologico*, IX, 261 y ss. — B. SCHÄDEL, *Manual de la fonética catalana*, Cöthen, 1908. — Para los dialectos catalanes, SCHÄDEL, en el *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXIX, 712 y ss., y J. HADWIGER, en *Romanische Forschungen*, XX, 713 y ss. — B. SCHÄDEL, *Die katalanischen Pyranäendialekte*, en la *Revue de dialectologie romane*, I, 15 y ss. (con bibliografía). — El mismo, *La frontière entre le gascon et le catalan*, en *Romania*, XXXVII, 140 y ss.

El **franco-provenzal** fué objeto de un estudio admirable por ASCOLI, en *Archivio glottologico*, III, 61 y ss. — El abate DEVAUX, *Essai sur la langue vulgaire du Dauphiné septentrional au Moyen-âge*, 1892. — Importante también es el trabajo de PHILIPON acerca del lionés en *Romania*, XIII, 542 y ss., y XXX, 213 y ss.

Rumeno. CIHAC, *Dictionnaire d'etimologie daco-romaine*, 2 vols., Francfort s. M., 1879. — OVIDE DENSUNIANU, *Histoire de la langue roumaine*, París, 1902, vol. I (único publicado hasta ahora). — H. TIKTIN, *Die rumänische Sprache*, en el *Grundriss der rom. Ph.*, I², 564 y ss. — El mismo, *Rumänisches Elementarbuch*, Heidelberg, 1905. — G. WEIGAND, *Praktische Grammatik der rumänischen Sprache*, Leipzig, 1903. — J. A. CANDREA-HEHCTS, *Cours complet de grammaire roumaine*, París, 1900. — *Dictionarul Limbii Române*, Academia e Română Bucuresti, en publicación. — Descripciones de variedades del dacio-rumano en el Bánato, en Transilvania, en las provincias de la Rumania, etc., se encuentran en abundancia e interesantes en el *Anuario dell'Istituto di filologia rumana*, en Leipzig, dirigido por G. WEIGAND (*Jahresbericht des Instituts für rumänische Sprache zu Leipzig*). Allí también, para el meglenítico (an. V), al cual pueden referirse los excelentes trabajos de P. N. PAPAHAGI, *Romînii din Meglenia*, Bucarest, 1900, y *Megleno Romînii*, ibíd., 1902-1903.

Macedo-rumeno : G. WEIGAND, *Die Aromunen*, en II *Jahresber. d. Inst. f. rumän. Sprache* (1894).

Istro-rumeno : G. WEIGAND, *Nouvelles recherches sur le Roumain de l'Istrie*, en *Romania*, 1892, págs. 240 y ss. — A. BYHANS, *Istrorumänisches Glossar*, en VI *Jahresb. d. Inst. f. rumän, Sprache* (1899) (cfs. M. BARTOLI, en *Studj di filologia romanza*. VIII, fasc. 23).

Un diccionario etimológico excelente del rumano se debe a S. PUSCARIU, *Etymologisches Wörterbuch der rumänischen Sprache*, Heidelberg, 1905.

Textos antiguos han sido coleccionados por M. GASTER, *Crestomatie romînă*, Leipzig, 1891. — Ya hemos aludido al gran *Linguistischer Atlas des dacorumänischen Sprachgebietes*, Leipzig, Barth, de 1909 (por dispensa).

Español. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Manual elemental de gramática histórica española*, 3.ª ed., Madrid, 1914. — Por otra parte : F. HANSSEN, *Gramática histórica de la lengua castellana*, Halle, 1913, también excelente. En el *Grundriss der rom. Ph.*, I², 878 y ss. (1905), y *Die spanische Sprache*, de G. BAIST, más sumaria, pero igualmente notable. En las págs. 880-881 se encuentran indicaciones bibliográficas acerca de los dialectos españoles, así como en la obra de HANSSEN, *Gramm.* cit., págs. 8-9. Cfs. *Revista de filología*, ed. Centro de Estudios Históricos, Madrid. — Debe consultarse la 2.ª edición de la útil obra de E. GORRA, *Lingua e letteratura spagnuola delle origini*, Milán, 1898. — ZAUNER, *Altspanischer Elementarbuch*, Heidelberg, 1908. — G. W. HUMPHREY, *The aragonese Dialect*, en la *Revue Hispanique*, XXIV, págs. 5 y ss. — E. STAAF, *Études sue l'ancien dialecte léonais, d'après des cartes du XIII siècle*, Upsala, 1907. — Se empieza a estudiar la variedad española de América : por ejemplo, M. ESPINOSA, *Studies in New Mexican Spanish*, en la *Revue de dial. rom.*, I, III, IV.

Portugués. J. CORNU, *Die portugiesische Sprache*, en el *Grundriss der rom. Ph.*, I², 916 y ss. ; trata también del gallego, para el que puede verse V. GARCÍA DE DIEGO, *Elementos de Gramática Histórica Gallega* (Fonética-Morfología), Burgos, 1909. — A. R. GONÇÁLVEZ VIANA, *Portugais*, Leipzig, 1903, manualito con intento de reproducción gráfica del portugués hablado. — El mismo, *Ortografia Nacional*, Lisboa, 1910. — J. LEITE DE VASCONCELLOS, *Mappa dialectologica do continente portugues*, Pa-

rís, 1897. — El mismo, *Estudos de philologia mirandesa*, Lisboa, 1900. — El mismo, *Esquisse d'una dialectologie portugaise*, París-Lisboa, 1901. — El mismo, *Textos arcaicos para uso da aula de philologia portuguesa*, etc., 2.ª ed., Lisboa, 1908. — En Italia: E. MONACI y FR. D'OVIDIO, *Manualetti d'Introduzione agli Studi neo-latini:* 1.º Español; 2.º Portugués, también con selección de textos, Imola, 1881.

Capítulo V

Huellas prerromanas e influencias extrañas

1. En el estudio de las huellas que las lenguas prerromanas pudieron dejar a través del latín y del neolatín, las investigaciones marchan por un camino difícil, frecuentemente velado por las sombras, lleno de incertidumbres y de falacias; pero del mismo modo que no debemos exagerar arriesgándonos en hipótesis ligeras y pretendiendo hallar en todas partes restos de lenguas anteriores al latín, tampoco es necesario cerrarse, con excesivo escepticismo, caminos que pueden conducir a resultados felices.

Ya sabemos que en la variedad neolatina tiene una parte importante el fondo étnico; que las características de toda variedad pueden haber emigrado, pero no por eso dejan de ser debidas a alteraciones del latín, que inicialmente se manifestaron en el seno de determinada raza prerromana; por último, que muchas veces no acertamos a encontrar conexión alguna

visible entre las fases neolatina y prerromana, sencillamente porque ésta sigue siendo misteriosa para nosotros, mientras de la conexión existen huellas evidentes en aquellos lugares en que los dialectos anteriores a la conquista romana nos son bien conocidos.

Cuanto contiene el latín mismo en materia de elementos itálicos ya lo hemos estudiado anteriormente; ahora convendrá detenerse en los residuos léxicos y en las características fonéticas prerromanas, que es difícil reconocer o adivinar en los dialectos neolatinos.

2. Comenzando por el léxico, los estudios más recientes vienen a acentuar en gran manera el tesoro de aquellas reliquias. Cuanto más profundamente se investigan los dialectos vivos en la gran masa flúida de su vocabulario, tanto más numerosas aparecen ciertas palabras en las que perdura el eco de lenguas remotísimas sobre las cuales se extendió el latín, acogiendo en sí, localmente, una gran cantidad de vocablos indígenas, especialmente en el campo, en los lugares más alejados de la elevada cultura y del gran tráfico, allí donde mil expresiones de la vida agrícola, de flora y fauna, de la limitada existencia doméstica, no siempre podían ser suplidas por una lengua importada por personas de condición, vida y cultura diferentes, como ocurría con la lengua romana.

Muy significativa es a este propósito la investigación de J. Jud referente a algunos elementos prerro-

manos en los dialectos de los Alpes (1). Son palabras de origen oscuro que se refieren casi siempre a la terminología de los diversos aspectos del suelo alpino o de la vida que allí se desarrolla. Estas palabras se encuentran difundidas por un territorio extensísimo, generalmente montañoso, que se extiende desde los Alpes a los Pirineos.

« Palabras prerromanas se difunden desde los Alpes réticos, valeses o piamonteses, a través de Francia hasta España, o descienden a la Italia central, y a veces es difícil decir si esta difusión geográfica fué primaria o secundaria. Si, por ejemplo, GRAMOLA « instrumento para macerar el cáñamo » se usa desde los Alpes réticos hasta la Toscana, volviendo en algunas provincias del Mediodía de Francia y reapareciendo en España y en Portugal, habrá que dilucidar si la palabra no se ha difundido por medio de los labradores que iban de una parte a otra, en la estación oportuna, para macerar el cáñamo y el lino (2) ».

« Se encuentran otras palabras que cubren un territorio que comprende la Italia superior y central, Francia meridional y aun España septentrional : SAPA « sapo » ; MURMOR « montón de piedras » ; MUTT-, MOTT- « montón, collado sin cúspides, cabra sin cuernos », etc. ; BALMA « roca inclinada bajo la cual se

(1) *Dalla storia delle parole lombardo-ladine*, en el *Bulletin de dialectologie romane*, III (1911), 1 y ss., y 63 y ss. Cfs. recens. en *Zeitschr. f. rom. Phil.*, XXXVII, 736-740, y *Revue savoisienne*, 1912, pág. 280.

(2) J. JUD, l. cit., pág. 10.

protegen de una lluvia repentina los pastores »; CALMIS «pastos alpinos»; NAVA en sentidos distintos; BERR-, BARR- «montón»; BARR- «campo vasto, landa» (1).

Es todo un rico filón de voces remotas el que se oculta en las solitarias lenguas alpestres, en los términos que expresan las formas del suelo, de las aguas, de las costumbres humanas. La investigación apenas se ha iniciado, y no sabemos explicar qué parentesco tienen con las lenguas indoeuropeas aquellas bases reconstruídas a través de las formas actuales de los dialectos alpinos.

3. Naturalmente, una riquísima mina de reliquias prerromanas es la toponomástica. Gran número de denominaciones locales celtas, por ejemplo, perduran aún en la toponomástica francesa o en otras regiones en que dominaron los celtas; daremos de ellas algunos ejemplos. Lo mismo puede decirse de las otras estirpes que precedieron al Imperio: etruscos, ligures, iberos, etc. El Monte Rosa parece deber su nombre, a primera vista, a la blancura de los glaciares, rosados por algún efecto de luz: se trata de un vocablo antiquísimo que los dialectos alpinos nos presentan en muchas formas diversas (*reuse, ruise, ruiza, rose, roisa, roesa, rösa*, etc.) siempre con significado de «glaciar», en una vasta

(1) Cfs. en el citado trabajo de JUD todas las continuaciones dialectales modernas sobre las cuales se reconstruyen estas bases comunes. Algún error ha escapado al autor, algunas afirmaciones no persuaden del todo, pero aun cuando sus resultados estén sometidos a revisión, su trabajo será, durante mucho tiempo, el punto de partida de ulteriores investigaciones.

zona que va desde la Saboya a los Grisones, de los Alpes Graicos a los Réticos, y que actualmente continúa usándose con el significado primitivo de « glaciar » también en el uso común. ¿De dónde proviene *rosa*? Descartadas las supuestas derivaciones celtas y etruscas, en el estado actual de nuestros conocimientos, sólo podemos afirmar, al parecer, que la palabra *rosa* con valor de « glaciar » pertenece a una base no latina. Como se encuentra difundida en las regiones habitadas un día por los réticos, pudiera considerarse de origen rético, pero al encontrarle también más frecuentemente en las regiones valdostana y saboyana hace pensar que su origen se deba más bien a la raza que vivió primero en aquellas comarcas y que desde allí se propagó a las otras zonas alpinas (1).

4. Los estudios acerca de los léxicos dialectales puede decirse que están aún en sus comienzos, habiéndose dedicado hasta ahora las investigaciones con preferencia a la fonética, a la morfología y a la etimología latina o germánica. Lo que sabemos respecto a las derivaciones prerromanas es, pues, poquísimo, y la mayor parte de las veces tenemos que contentarnos con registrar alguna huella más abiertamente revelada y que se mantiene hasta en las lenguas literarias. Así, de un dialectal itálico STĒVA en vez de STĪVA se derivará el italiano *stégola*, milanés *streva*, español *esteva*, y de la misma manera de un itálico ĒLEX, por el latín

(1) P. E. GUARNERIO, *Intorno al nome del Monte Rosa*, en *Athenaeum*, IV (1916), págs. 355 y ss., y V (1917), págs. 294 y ss.

ĬLEX se formará el italiano *ẹlce*, provenzal *euse* (1); ĒLEX fué coleccionado por Gregorio de Tours; Gröber, por el contrario, explica el italiano *elce* con *e* estrecha, suponiendo la existencia de un ĬLEX.

Con mucha frecuencia, ciertas voces romances que son continuación, como éstas, de una voz latina con cierto sello latino que no concierta con la base latina, deben su divergencia fonética a alguna forma dialectal itálica que fué usada en la lengua latina junto al vocablo propiamente romano.

Hay en el latín un grupo de palabras en las que se encuentra una aspirante sorda intervocálica, contra las normas de la fonética romana, es decir, se encuentra F en vez de B, por ejemplo, BUFALUS junto al clásico BUBALUS y BUBULCUS por BUFULCUS. Trátase de una variación oscoumbra introducida en el latín. Donde éste tiene la sonora - *b* - interior, el osco-umbro tiene, por el contrario, la aspirante bilabial sorda - *f* -. El italiano *bufalo* conserva, pues, aquel sello, y lo mismo ocurre con *bifolco*. Algo parecido vemos en TŪFUS, italiano *tufo;* FORFEX sardo *fórfighe*, rumano *forfecă*, italiano *forfici*. Junto a CUBARE vemos en el latín un itálico *CUFARE, del que se derivan numerosas formas dialectales italianas y provenzales: rético *scufá* « descubrir », friulano *cufarse*, provenzal *s'accoufa*, etc. El pistoyés *farfecchia* « bigotes » debe proceder de un oscoumbro *FARFA en vez de *barba*, y de *OCTUFER osco por OCTOBER procede el antiguo napolitano *ottrufe*. Así se explica el italiano *scarafaggio* junto a *scarabeo*.

(1) ERNOUT, *Les élém. dial.* cit., pág. 57.

En los dialectos romances encontramos después alternados los reflejos del latín SIBILARE y los del dialectal SIFILARE, francés *siffler*, italiano *zufolare*, español *chiflar*, que en francés antiguo hace *subler*, provenzal antiguo *siular*, español *silbar*, italiano *sibilare*, etc. Por el latín TABANUS el italiano tiene *tafano* y *tavano*. El italiano *taffiare* corresponde al osco TAFLARE del latín. *TABULARE (1). El italiano *profenda* procede de una forma oscoumbra del latín *PRO-BENDA por PRAEBENDA. Junto al latín TUBA encontramos el actual napolitano *tofa* « trompeta » ; todavía existen más ejemplos de esta clase (2).

Otras voces de origen itálico se reconocen en el léxico neolatino, pero son de menor importancia porque ya habían sido adoptadas por el latín de Roma y convertidas en suyas ; ya hemos hablado de algunas.

5. Los restos léxicos de los dialectos celtas son mucho más numerosos.

Las relaciones entre Roma y la Galia comenzaron pronto y en el latín fueron adoptadas en tiempos muy

(1) G. I. ASCOLI, *Di un filone italico, diverso dal romanzo, che si avverta nel campo neolatino*, en *Arch. glottol. ital.*, IX, 1 y ss., y ERNOUT, op. cit., págs. 75 y ss.

(2) Alguno — como *tofa* y otros que no recordamos — explica F. RIBEZZO, *Reliquie italiche nei dialetti dell'Italia meridionale*, en *Atti della R. Accademia d'archeologia, lettere e Belle Arti di Napoli*, nueva serie, I, 1910, págs. 151 y ss., con muchas noticias sobre el argumento. Ribezzo toma del conjunto de los italianismos algunas voces, entre las cuales están las señaladas por Ascoli, antes citadas, entre los ejemplos ; sus razones no nos parecen, sin embargo, bastante persuasivas.

antiguos palabras de origen gálico, y se aclimataron en él de tal manera que no fueron reconocidas como extranjeras por los mismos romanos. De tal género es CARRUM « carro », que tiene traducción en todas las lenguas romances (rumano *car*, suprasilvano *căr*, italiano *carro*, francés *char* y español y portugués *carro*). Otras eran reconocidas como extranjeras por los gramáticos, pero por su precoz introducción en la literatura pueden considerarse como latinas, especialmente cuando su propagación posterior en la Romania revela el carácter popular. Tales son, por ejemplo, BRACAE « calzones » > italiano *brache*, inglés *braya*, francés *brayes*, español y portugués *bragas*, rumano *imbrăcá* « vestirse », *desbrăcá* « desnudarse »; ALAUDA > italiano *lodola*, francés *alouette*, español *aloa* ; BETULLA > italiano *bidollo*, suprasilvano *baduñ*, francés *beoul*, *bouleau*, español *abedul*, etc. Entre las prendas de vestir se solía citar también CAMISIA, que encontramos por primera vez en San Jerónimo, a fines del siglo IV (Epístola LXIV, II) y se suponía de origen germánico y que había entrado en el latín por mediación del gálico, pero ahora, después de las investigaciones de Sepulcri (1), se le debe considerar aceptada por el latín del griego, y del mismo origen es *cámice*, ambas voces de una familia perteneciente, como otras muchas germánicas y celtas, a la raíz indoeuropea *KAM- « curvo ».

Son notables algunas palabras transmitidas ya en época latina, pero que se difundieron por la Romania

(1) A. SEPULCRI, en *Rend. Ist. Lomb.*, vol. L (1917), págs. 371 y ss.

en la forma que salieron de Francia. Tales son CEREVĬSIA y SAGUM. Ambas subsisten en el francés, y la segunda en la forma plural: *cervoïse, saie,* que han dado origen al italiano *cervogia, saia,* español *cerveza, sayo,* portugués *cerveja, saio.* En los derivados de SAGUM la *i* que sigue a la G revela que la palabra no es indígena e igualmente la *ó* del italiano *cervogia* indica que la palabra no deriva directamente de CEREVISĬA; ésta debe proceder del dialecto de la Francia septentrional, donde pronuncian *cervoise* con ĭ en *oi,* forma que, pasando por **cervoisa *cervosia,* ha dado lugar a *cervogia.* Por el contrario, el español y portugués *cerveza, cerveja,* no puede probar su carácter extranjero porque la desinencia corresponde a la de *cereza, cereja* < CERESEA, de donde se deduce que encontramos casos en los que la fonética no puede darnos pruebas de origen celta.

Es importante la serie de palabras de origen gálico que se encuentran en las lenguas romances, pero que no han sido transmitidas por el latín. Su forma nos impide creer que nos han sido comunicadas por una lengua celta actual: es necesario creer más bien que proceden de una época en que existía el gálico como lengua hablada. Cierto es que las lenguas celtas, como el irlandés y el címrico, pueden ayudar para el estudio de los elementos gálicos en las lenguas romances, pero hay que evitar la comparación de un vocablo del irlandés o del címrico moderno con otro del francés o del provenzal actual. Se opone a ello el criterio cronológico, debiéndose tener presente la forma que cada

palabra celta tenía en la época de la fusión de los galos con los romanos. Así, el provenzal *ban*, *bana*, catalán *banya* « cuerno, cuerno de ciervo » derivan de un gálico BANNO o BANNA, pero no del irlandés *benn*, címrico *ban* « cuerno, punta » correspondiente también al gálico BANNO, BANNA (REW. 934).

Se encuentran algunas palabras sólo conservadas en regiones que fueron antiguamente centros de población celta, como Francia e Italia. De éstas son : BENNA «cesto, carro de mimbre», de donde proceden el lombardo, emiliano e inglés *benna*, francés *banne*, etc. (REW. 1035); CLETA « zarzo, reja » > francés *claie*, provenzal y catalán *cleda*, portugués *chedas*, piamontés *čeja* (REW. 1988); *DLUTO, cfs. el irlandés *dluith* « compacto », francés y provenzal *dru* « grueso, espeso », francés *dru*, genovés *druo*, com. *drüd*, vallanz. *drüw* (REW. 2708); GRAVA « piedra », cfs. címrico *gro* > francés *grève*, provenzal y catalán, veneciano y trevis. *grava* y provenzal *gravena* « suelo arenoso », cuyo sufijo *-ena* es gálico (REW. 3851). De manera semejante, *BRŪCUS o *BRAUCUS de un primitivo celta VROICO, cfs. címrico *grûg*, irlandés *froich* > provenzal *bruc*, piamontés *brü*, genovés *brüĝu*, milanés *brüĝ* y los derivados francés *bruyère*, milanés *bruĝera*, provenzal *briguieira*, de donde el italiano *brughiera*, y juntamente valsug. *brok*, tic. *bröĝ* y el derivado nònes. *brokon* (REW. 1333). Seguramente también VIVERRA « comadreja », cfs. címrico *gwywer*, gaél. *feoragh* > monferrés *vinverra* y los derivados por -ACEA : sab. *vardasse*, valdost. *verĝasse*, pero que ahora excluye el REW. 9412.

Aparecen sólo en la Alta Italia : *BARROS « copete, cresta », cfs. irlandés *barr*, bretón *barr* > friulano *bar* « césped », veneciano, triest. *baro*, boloñés *bär*, parmesano, ferr. *ber* « fardo » ; derivados, veneciano *barena*, etc. (REW. 964) ; *DRAGINOS « espina », cfs. irlandés *draigen*, címrico *draen* > valmag. *dren* « frambuesa » (REW. 2762) ; FRUTA « cascada », cfs. címrico *ffrwd*, a. bretón *frot* > lombardo *fruda*, *fro(d)a*, *fru(v)a*, *fodra* (REW. 3545) ; GULBIA cfs. címrico *gylf* « pico, macho cabrío », *gylyb* « podadera » > italiano *sgorbia*, napolitano *gulbia* (REW. 3911) ; NANTU « valle » > saboyardo *nā* « arroyuelo » (REW. 5818) ; [AT]TEGIA « cabaña » > veneciano, veronés, reg. *teža*, boloñés *tiza*, bergamés *teža*, suprasilvano *tega*, etc., y hasta calabrés *uteja* (REW. 761).

Otras proceden de Italia y Francia, y aparecen ya en el italiano antiguo, como BECCUS, conocido ya por Suetonio, > italiano *becco*, log. *biccu*, francés, provenzal y catalán *bec*, español *bico*, etc. (REW. 1013) ; BROGILOS > italiano *brolo*, inglés *bröl*, francés *breuil*, provenzal *brolh*, etc. (REW. 1324) ; *CRŌDIUS « duro », cfs. irlandés *cruaidh* > alto italiano *crojo*, de donde a. italiano *croio*, provenzal y catalán *croi*, etc. (REW. 2338) ; *PARIUM « caldera », cfs. irlandés *coir*, címrico *pwr* > provenzal *par*, ferr. pav. *per*, solandro *pai* « caldero para queso », etc. (REW. 6246) ; *PETTIA » « trozo » > italiano *pezza*, *pezzo*, francés *pièce*, provenzal *pesa*, catalán *pessa*, log. *petta* « carne », etc. (REW. 6450).

Un rico filón se refiere a Francia y a la Península ibérica : ALAUSA, especie de pescado « alosa » > francés

alose, provenzal *alauzo*, español *alosa* (REW. 314); *AIBOM «aspecto», cfs. irl. *aib* > prov. *aip*, a. gen. y a. ver. *aibo* «costumbre», portugués *eiva* (REW. 300); *BERURA «berro» latinizado en *BERULA, cfs. címrico *berwr* > francés *berle*, español *berro* (REW. 1054); *GRENNOS «pelo», cfs. irlandés *grend* > provenzal *gren*, español *greña*, portugués *grenha* (REW. 3862); *ĪVA > francés *ive*, provenzal, español y portugués *iva* (REW. 4559); *ĪVUS «tejón», cfs. irlandés *eo*, címr. *yw* > fr. *if*, prov. mod. *lieu* (REW. 4560); TARATRUM «sonda» > fr. *tarere*, prov. *taraire*, esp. *taladro*, p. *tadro* (REW. 8570); TRŪGANT «mendigo» > fr. *truand*, de donde a. it. *truante*, prov. *truan*, de donde cat. *truhd*, esp. *truhán*, etc. (REW. 8945).

La región en que no perduran voces gálicas exclusivas es la Península ibérica, donde hasta ahora parece que sólo hay una palabra de origen gálico que falta en las otras regiones romances y es el portugués y gallego *tona* «corteza de la fruta, pelo, etc.», que corresponde al címrico *ton* «corteza, etc.», irlandés central *tonn* «superficie, etc.», del gallego *TUNNA (REW. 8986).

Es particularmente rica la serie de los celtismos en Francia, entre ellos los siguientes: *AGRANIO -ONE «ciruela selvática», cfs. irl. *airne*, címr. *eirinen* > prov. *aranhon*, cat. mallor. *aranyó*, etc. (REW. 294); ANCORAVUS «especie de salmón» > picard. *ancreu*, val. *ãkraw* (REW. 445); BASCAUDA «especie de vaso» que se nombra en Marcial > a. fr. *baschoue*, alberñ. *bosọva* «cuba para uva» (REW. 969); BRACE «especie de ce-

real » > fr. *brai*, vallon. *braḣ*, picard. *braš* (REW. 1253); CAMBITA « aro de hierro », cfs. bretón *kammet* y *camites*: *modioli* en Corpus Gloss. lat. II, 617, 24 > fr. *jante* « cuarto de rueda », prov. mod. *gento*, val. *šam*, etc. (REW. 1542 y cfs. *CAMBICA ibíd. 1541); CARPENTU « especie de carro » > a. fr. *charpent*, fr. mod. *charpente* « madera de construcción » *-entier* « carpintero » y por otra parte en inglés *krapaint* « carruaje », suprasilvano *karpien* « trineo para llevar la leche de la montaña » conocida también por nosotros: valtell. (Bormio) *krapẹna* « tablado o entablado sobre el henil », friul. *čarpint* « eje del carro » (REW. 1710); CARRUCA « carro » > garden. *čaruia*, prov. *caruga*, fr. *charrue* « arado », etc. (REW. 1720); DARSUS « especie de pescado » > fr. *dars*, fr. mod. *dart* (REW. 2480); *GABALOS > a. picard. *gav(r)elot*, *gaverlot*, fr. *javelot*, de donde it. *giavellotto* (REW. 3624); *GORTIA « césped » > prov. mod. *gorso*, fr. *gourse* (REW. 3823); MARGA « marga » > a. it., cat., esp. y pg. *marga* y diminutivo MARGILA > a. fr. *marle*, fr. mod. *marne*, de donde it. *marna*, prov. mod. *marlo*, etc. (REW. 5351 y 5354); *MESĬGUM « suero », cfs. irl. *medg*, címr. *maidd* > prov. *merga*, fr. *mègue* (REW. 5537); ODĔCUS « yezgo » > lion. *ugo*, prov. *olegue* (REW. 6039); RĬCA « surco » > a. fr. *roie*, fr. mod. *raie*, prov. *rega* (REW. 7299); SESCA « caña » > prov. *sesca*, esp. *jisca* (REW. 7877); *SŎCCUS « reja del arado », cfs. irl. *suc* > fr. *soc* (REW. 8053); TARĮNCA « clavija » > fr. *taranche*, prov. mod. *tarenco* (REW. 8585); VERNA « aliso » > prov. *verna*, gas., cat. *vern* y bastante difundido en Italia: com., piam. *verna*, basil. *(a)verna*, ancon. *verña* (REW. 9232);

VĬDŬBIUM « podadera » > fr. *vouge*, prov. *vezog*, bearn. *bedui*, *bedulh*, de donde arag. *bodollo*, etc. (REW. 9320) y algunos otros que se discuten (1).

Se comprende que estos elementos celtas debieron ser más numerosos en el Norte de la Galia que en el Sur, donde la influencia romana fué sentida con mayor rapidez y profundidad. Por eso se encuentran ejemplos de celtismos meridionales a los que se contraponen en el Norte voces de origen latino, señal de que es necesario evitar todo juicio preconcebido al tratar de la historia de los vocablos.

6. Mucho más imprecisas son las investigaciones acerca del ibérico. Isidoro nos habla de la « sicca scabies » que el vulgo « llama sarna » (2), y *sarna*, que se usa aún en español, catalán y portugués, debe ser ibérico; pero resulta singular que en el vasco esta presunta voz ibérica aparezca importada del español (3). Claro es que son muy pocos los iberismos hasta ahora acreditados o presuntos (4). En Marcial se encuentra PALUX (var. BALUX) « arena de oro », esp. *baluz*. En una inscripción votiva del tiempo de Adriano, encon-

(1) Así, por ejemplo, GÖHRI, *Die Ausdrücke für Blitz und Donner im Galloromanischen*, en la *Revue de Dialectologie Romane*, vol. IV (1912), pág. 60, recuerda el tipo *eslaus*, *esloise*, *esloide*, etc., como procedente de un gálico LOUC, LEUC; pero es necesario estudiar bien la relación con EX-LUCIDARE v. REW. 3021.

(2) 4, 8, 6.

(3) H. SCHUCHARDT, en *Zeitschrift für rom. Phil.*, XXIX, 162 y ss.

(4) E. PHILIPON, *Les Ibères* cit., pág. 190, y MENÉNDEZ PIDAL, *Manual elemental*, etc., págs. 13-14.

trada en León, un Tulio ofrece a Diana los cuernos de un ciervo muerto «in parami aequore», en la llanura del *páramo*, en la paramera. El vocablo es característico de la topografía española, pero ¿será ibérico?

Dudas más importantes aún surgen en otras voces, muchas de las cuales están sometidas a discusión. Así BALSA «pantano», esp. y pg. *balsa*, cat. *bassa*, se duda que sea ibérica (1); LAUSA «losa de piedra», esp. *losa*, port. *losa*, cat. *llosa*, prov. *lausa*, piam. *loza*, se considera nombre ibérico o gálico (2); GURDUS «loco», que según Quintiliano es de origen ibérico, esp., pg. *gordo* «grueso, pesado», cfs. calabr. *vurdu* «harto», etcétera, se reconoce como latino (3). Se consideran prerromanas las palabras esp. *nava* «campo raso» y *vega* «llanura fértil», pero no se conoce su origen con seguridad (4). Más fundamento tiene el considerar ibéricas voces que tengan el sufijo *-rro*, como *cazurro*, *cerro*, *guijarro*, *pizarra*. Tal sufijo es bien latente en el vasco. Algo parecido ocurre con el español *izquierdo*, parecido al vasco *ezquerra*, que muestra evidente iberismo.

---

(1) MEYER-LÜBKE, REW. 917.

(2) Ibíd. 4946 y *Einführung*[2] § 35.

(3) MEYER-LÜBKE, REW. 3920.

(4) De esta cuestión ha tratado G. BAIST, *Vega und Nava*, en el *Festschrift Vollmöller*, págs. 251 y ss. Véase para *vega* MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, II, 501-502, y HUGO SCHUCHARDT, en *Zeits. für rom. Phil.*, XXXIII, 462-468, que opina que *vega* se deriva probablemente del vasco *ibaiko*, «perteneciente al río», y que *nava* no debe considerarse ibérica. Entre las voces prerromanas la menciona también JUD, loc. cit., páginas 12 y ss.

7. Si los ejemplos expuestos nos muestran en forma innegable un resto de hablas prerromanas, nos enseñan también a no exagerar su importancia y a poner siempre en una clarísima evidencia la marcha triunfal del latín. Ésta es aún más evidente para quien, dejando aparte el léxico, observe la fonética y la morfología. Las variedades iniciales del latín en las provincias estuvieron sujetas, como veremos, a una acción unificadora vigorosa, la cual cerró o hizo menos sensibles muchas características debidas en primer lugar a la costumbre glótica de las lenguas anteriores. Más tarde, después del siglo IV, mermada la gran fuerza central del Imperio y disminuída la obra asimiladora de la cultura romana, algunas de aquellas instintivas tendencias o costumbres de los órganos vocales que habían resistido, sofocadas ahora, pudieron afirmarse en el uso con mayor libertad — y entonces fué cuando se inició verdaderamente la fase neolatina, con el germen, ahora ya libre, de toda su variedad. ¿Cuánto se trabaja, por otra parte, en documentar con precisión los sonidos romances como continuación de los sonidos prerromanos? Muy poco, ya sea por la incertidumbre de los fenómenos mismos o por la ignorancia habitual, y muchas veces ya lamentada, de los antiguos lenguajes, si bien es lícito advertir que muchas relaciones nos escapan aún, y tal vez nos sean ignoradas siempre.

Algo relativamente claro puede aprenderse de los dialectos itálicos. En el falisco y en el umbro se encuentra por *-d-* intervocálica un sonido que se acos-

tumbra a transcribir con *d* o con *ř*, ejemplo PEŘI lat. PEDE ; este fenómeno puede compararse al paso de *-d-* a *đ* o *r* en los dialectos meridionales de Italia. En el osco-umbro es regular la asimilación de -ND- en -NN-, como en UPSANNAM « obrar », SAKRANNAS « consagrar ». De este fenómeno encontramos antecedentes en el latín vulgar a partir de Plauto, y se renueva en los dialectos neolatinos de gran parte de la Italia central y meridional. No se puede por menos de pensar en los dialectos modernos del Mediodía cuando se considera el desarrollo de Ē, Ō, que se convierten, respectivamente, en I, U. Lat. NĒ, osco NI ; lat. LEGE, osco LIGUD ; lat. FLORAE, osco FLUUSAI ; lat. PRO, osco PRU.

8. En materia de morfología, el Mediodía de Italia nos presenta en lugar de POSSUM, forma que procede de POTIO, cong, POTIAM (nap. *pozzo*, *pozza*). También allí se encuentra equivalencia en el osco: PUTIAD (lat. POSSIT), PUTIANS (lat. POSSINT). Un perfecto de tercera persona singular indicativo se forma en el osco con la desinencia -ATTED : PROFATTED lat. PROBAVIT, DADIKATTED lat. DEDICAVIT ; muchos dialectos modernos del Sannio, Abruzzo, Campania (y también el luchés) (1) forman el perfecto con -ATTE, y es más fácil reconocer una conexión entre estas formas antes que recurrir a la hipótesis de un *-atte* afianzado por los verbos en *-a* por la analogía de *-etti*, el cual, a su vez, procede de una extensión analógica de *stetti* STETUI en vez de STETI. Así

(1) *Archivio glottol. ital.*, XII, 165-166.

puede considerarse legítima también otra semejanza entre el italiano *ebbi* y el osco *hipid* (1).

Naturalmente, hasta que el etrusco no sea descifrado un poco mejor, es imposible ver claramente en él sus relaciones con las fases modernas. Parece posible, sin embargo, que sea de origen etrusco el sufijo latino -ITTU en los nombres propios latinos GALLITTA, JULITTA, POLLITTA, que da lugar a los diminutivos italianos *Giulietta* (2), etc. Los sufijos que sirven a la formación de los nombres, y especialmente, de los nombres locales, son restos fósiles de cultura y de lenguas remotas; por ejemplo, Flechia indicaba ya hace muchos años que el sufijo *-asco* formaba parte de muchos nombres de la Alta Italia, como *Bogliasco, Cherasco, Langasco*, como sufijo ligur; aun más recientemente Phili-

(1) Acerca de algunos argumentos cfs. la obra citada de MOHL, especialmente las páginas 115 y siguientes. Nada nuevo añade F. D'OVIDIO, *Una reliquia grammaticale osca nel vernacolo neolatino del Sannio moderno?*, en *Sumbolae litterariae in honorem Julii de Petro*, Nápoles, 1911 (habla de *-atte*). En torno a POTIO, etc., cfs. RIBEZZO, *Reliquie italiche* cit., pág. 152 n. (no cita a MOHL). Nada particularmente observable resulta de F. C. WICK, *La fonetica delle iscrizioni parietarie pompejane, specialmente in quanto risenta dell'osco e accenni all'evoluzione romanza*, en *Atti della R. Accad. di Arch., L. y B. A. di Napoli*, 1905. El opúsculo de OVIDIO, *Reliquie probabili o possibili degli antichi dialett. italici nei moderni dialetti italiani e negli idiomi romanzi in genere*, en *Atti delle R. Accad. di Arch., L. y B. A di Napoli*, 1902, no contiene más que algunas observaciones genéricas y en él no se presta atención a los estudios recientes.

(2) La hipótesis es de Decke. V. por último E. COCCHIA, *La Sfinge Etrusca*, en *Mem. R. Accad. di Arch., L. y B. A. di Napoli*, 1902, y reproducida en *Introd. stor. allo studio della lett. lat.*, Bari, 1914.

pon (1) reconocía origen prerromano a dos sufijos muy difundidos en la onomástica de la Italia superior, Francia y España (y no sólo en la onomástica) : -ARDO, -ALDO, que se siguen usando delante de sufijos exclusivamente germánicos. También fuera del campo itálico pueden concentrarse en el estudio de algunos dialectos o lenguas neolatinas algunos restos de otras lenguas prerromanas. Por ejemplo, según algunos estudiosos, se puede señalar una de las características del ibérico, que es la falta de *f* y *v* en algunos dialectos, como en el vizcaíno moderno que pronuncia *pigura* = FIGURA, *pama* = FAMA, *baba* = FABA.

Por otra parte, como los *vascones* vivían al Norte y al Sur de los Pirineos, es notable que los dialectos de Gascuña *(Vasconia)* y España central pierdan la F- inicial latina, pudiendo provenir este hecho de una influencia ibérica, como suponen algunos, aunque no están muy seguros de no ser contradichos por otros (2); F- se conservó en la escritura hasta fines del siglo XV, después fué sustituída por *h*, que se pronunciaba aspi-

---

(1) *Suffixes romans d'origine pré-latine*, en *Romania*, XLIII, 29 y ss. Cfs. para los nombres de lugar en Francia, y las relativas estratificaciones lingüísticas, H. GRÖHLER, *Ueber Ursprung und Bedeutung der französischen Ortsnamen*, I, *Ligurische, iberische, phönizische, griechische, gallische, lateinische Namen*, Heidelberg, 1913.

(2) Del primer grupo son GRÖBER, en *Grundriss* I², 314, GERLAND, ibíd. 427, y WECHSSLER, en *Festschrift Stuchier*, 450 ; del otro MEYER-LÜBKE, *Grammaire des langues romanes*, I, 575, y *Einführung*² 217. Téngase presente para los restos fonéticos ibéricos el estudio de SAROÏHANDY, *Vestiges de phonétique iberique en territoire roman*, en la *Revue Intern. Et. Basques*, VII, 475 y ss.

rada en los siglos XV y XVI. Garcilaso y fray Luis de León la usan; Quevedo y Calderón apenas la tienen en cuenta; hoy se escribe, pero no se pronuncia.

Una cuestión de importancia es la de la pérdida de esta letra. Aunque en literatura no figura la *h* antes del siglo XVI, es de suponer que entonces se generalizaría una pronunciación relegada antes como dialectal, pero mucho más antigua; se sabe que ya se pronunciaba en el siglo XII (1).

9. Pasemos ahora a las influencias extranjeras y, en primer lugar, a la importantísima de elementos germánicos.

La historia de los orígenes neolatinos llega a ser, hasta cierto punto, la historia del conflicto entre el mundo romano y el germánico, conflicto que podemos ver simbolizado en aquel rey visigodo Ataulfo que, según atestigua Orosio, soñaba con extinguir el recuerdo de Roma y acostumbraba a decir « se imprimis ardenter inhiasse, ut oblitterato Romano nomine Romanum omne solum Gothorum imperium et faceret et vocaret, essetque.... Gothia quod Romania fuisset » [deseaba ardientemente que fuese olvidado el nombre romano, que se hiciera y se llamara Imperio godo al Imperio romano, y convertir en gótico todo cuanto había sido Romania] (2).

¿Qué influencia ejercieron los germanos en el latín, primero, y luego en sus nuevas ramas vulgares? Ésta

(1) A. Thomas, *Gahel, ou les avatars d'un lépreux dans Girart de Roussillon*, en los *Annales du Midi*, XI, 197.

(2) *Historiarum adv. paganos libri septem*. Lib. VII, c. 43.

es una investigación esencial que sobrepasa en mucho los límites de los problemas meramente lingüísticos y entra en el corazón de los pueblos romances, dándonos la medida de la increíble firmeza opuesta por su romanismo contra las gentes propensas a tildar de bárbaro al fatigado Imperio de Roma cuando ésta marchaba a la ruina por su decadencia natural. Parecía que todo debía caer en aquella ruina : la cultura, el derecho, las instituciones, la lengua. Tanto más cuanto que el traslado de la capital a la remota Bizancio había debilitado la conciencia política del Imperio occidental, reducido a provincia de un débil y lejano poder, y el Cristianismo, trastornando todos los valores espirituales de la tradición, había separado, por otra parte, a los romanos de las bases mismas de su propia historia.

Aún reinaban los emperadores y ya ejercía efectivamente el poder el ejército, constituído en gran parte por milicias bárbaras. Un desorden cada vez mayor quitaba fuerza a las leyes. El trabajo industrial y agrícola llegó a ser estéril. El agricultor libre se convirtió, al crecer los latifundios, en colono ligado como un esclavo al pacto de dominio. En vano el Estado trató de poner un dique a los excesos, atribuyéndose el gravamen de los monopolios cada vez más amplios ; anquilosando la vida civil con el principio de la herencia obligatoria en las cargas administrativas y profesionales, y aun en el ejército, para asegurar así las funciones públicas ; convirtiendo, con el mismo fin, en obligatorio y hereditario el vínculo de las asociaciones obreras.

Todo en vano, porque al Imperio de Occidente le faltaban entonces las razones espirituales de existencia, y ninguna providencia de gobierno puede suscitar nuevos gérmenes de vida allí donde la vida se extingue. Tan profunda era la disminución de las condiciones económicas y sociales, que el ocaso definitivo del Imperio pudo llevarse a cabo sin sacudidas. La deposición de Rómulo Augusto, el año 476, y la subida del bárbaro Odoacro — proclamado rey de la soldadesca entre la que distribuyó, en propiedad, una parte de las tierras — no cambiaron sensiblemente aquel orden de cosas.

Los germanos tuvieron ya, en adelante, una participación no pequeña en la vida imperial — no sólo en el ejército, del cual se habían adueñado por penetración lenta, sino también en los cargos públicos y en la agricultura, así como de haberse aproximado hasta cierto punto a la civilización romana que se esforzaban en absorber, y cuando Odoacro, primero (476-490), y Teodorico, después (490-553), dominaron en Italia, conservaron uno y otro la conciencia de una sujeción a la autoridad del Imperio y recibieron en Bizancio la investidura, considerándose continuadores del antiguo estado de cosas. En nombre del emperador, Teodorico ocupó Italia y la gobernó durante algunos años como vicario general, antes de hacerse independiente.

La decadencia sucedió sin grandes y violentos conflictos : como hemos dicho, Roma no cayó en realidad bajo los golpes germánicos, pero fué consumida por el cansancio que sigue a todo exceso de poderío. Este

hecho, por una parte, y la inconmensurable superioridad de la cultura, por otra, nos explican la supervivencia de la romanización, a pesar de tanta decadencia. Sin embargo, en medio de las sombras que siguen a la decadencia, el poder espiritual de la lengua y de la cultura de Roma continuó siendo infinitamente más fuerte que el de aquellos extranjeros que nada tenían que contraponer a tanta grandeza. Así como los estudios recientes han demostrado el increíble vigor del Derecho romano a través de los siglos medievales más oscuros, así se ha mostrado también intacto el sólido tesoro del patrimonio lingüístico.

10. Aun cuando los estudios neolatinos no se apoyaban sobre una firme base científica, expresábase con frecuencia la opinión de que varios idiomas romances provienen de una contaminación del latín por los bárbaros, que pronto produjo una mezcla de latín y de bárbaro. Sabemos ahora, por el contrario, que los germanos — como otros pueblos con los que el latín tuvo contacto duradero, por ejemplo, los griegos y los árabes — no aportaron más que una cooperación léxica con alguna pequeña y limitada huella en la morfología.

El « espíritu alemán en las lenguas romances » que K. Bartsch quiere perseguir en muchos ejemplos (1), se desvanece como una sombra cuando se le examina

(1) K. Bartsch, *Vom deutschen Geiste in den romanischen Sprachen*, en *Verhandlungen der 30. Versammlung deutscher Philologen und Schulmänner zu Rostok*, 1875.

serenamente con un poco de buen sentido. La hipótesis — para dar una prueba de esta vacuidad — de que CAPTIVUS « prisionero » toma en el francés *chétif* el significado de « mísero » porque una modificación semejante había tenido el valor del alemán *elend*, nos hace sonreír ; y otra hipótesis de que entre GRANDIS y MAGNUS el vulgo neolatino había preferido el primero porque consuena con el alemán *gross*, nos demuestra a qué errores puede conducir el amor propio nacional, aplicado a la ciencia.

Las argumentaciones de Bartsch al referirse al significado de las palabras, a la composición o a la sintaxis, son todas de este calibre. De manera semejante afirmaba Max Müller, por ejemplo, que las lenguas neolatinas habían elegido LAXARE en lugar de SINERE, por influencia del alemán LASSEN (1). Lo mismo puede decirse de otras antiguas tentativas semejantes (2).

Un solo idioma romance nos presenta influencias germánicas que, excepcionalmente, van más allá de la sencilla colaboración léxica : es el ladino ; pero son influencias recientes debidas al continuo y meditado progreso que va adquiriendo el alemán entre las poblaciones ladinas con el asiduo impulso del pangermanismo ; progreso favorecido por la población mis-

(1) KUHNS, *Zeischrift*, V, págs. 11 y ss.

(2) E. DU MÉRIL, *Essai philosophique sur la formation de la langue française*, París, 1852, págs. 235 y ss., encuentra influencias sintácticas. Cfs. en sentido opuesto P. MEYER, en *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 5.ª serie, I, 4, pág. 363.

ma (1), la cual, desde el siglo XVI, se inclina a la cultura germánica, demostrando que no se da cuenta del peligro que le amenaza a pesar de las sabias advertencias de que es objeto (2); un sabio alemán pudo afirmar que «los dialectos ladinos están dedicados a la absorción de parte de la lengua y de la cultura alemanas» (3). Es de esperar que el instinto de la tradición se despierte a tiempo para salvar de la ruina aquellos dialectos.

Germanismos de distinta naturaleza, además de los léxicos, anotó ya Ascoli, el gran filólogo que tanto se ha distinguido en los estudios ladinos (4), dividiéndoles en tres grupos: «materia romana y espíritu alemán» como *ault-sacerdot* «pontifice» (literalmente «alto sacerdote») alemán *hohepriester; aungalura* «no obstante», literario «anco-allora», alemán *dennoch* y sim.; «materia alemana y forma romana» como *adač*, que se compone de *ad* y el alemán *acht* «estima, atención» y es locución primordialmente adverbial («tener

(1) Cfs. para este argumento C. SALVIONI, *Una lingua moribonda*, en *Marzocco*, 15 sept. 1912; G. DEL VECCHIO, *Il ladino al bivio*, en *Nuova Antologia*, 1.º nov. 1912; P. SAVJ-LOPEZ, *Ladini e Italiani*, ibíd., 1915, y C. SALVIONI, *Ladinia e Italia*, ya cit.

(2) H. MORF, en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen*, CXIX, 420-421; J. A. BÜHLER, *Ils periculus germanismus nella lingua romanscha*, en *Annales della Societad rhaetoromanscha*, X, 1895, págs. 303 y ss.

(3) SARTORIUS VON WALTERSHAUSEN, *Die Germanisierung der Rätoromanen in der Schweiz*, en *Forschungen zur deutschen Landes und Volkskunde*, ed. Kirchoff, XII, 1900.

(4) *Archivio glottologico italiano*, VII, 556 y ss.

en estima, en observancia », etc.), y luego posee función nominal; *gartigiar*, romanización del alemán *gerathen* « acertar », etc., de donde el abstracto *garteğ*, *sin bien gartetg* « auf's gerathewohl »; *alla grada* « directamente », alemán *gerade*, etc.; « ruda materia alemana »: *almosna*, casi contracción de « elemosina » y « almosen »; *glianti* « gente », alemán *lente* en ant. fonía *liut*, de donde para las normas locales *gliud*, *lgient*, etc.; *schuber* [*šuber*] « puro, mondo », alemán *sauber*, etc.

Otras significativas pruebas de construcciones sintácticas en las cuales la frase ladina traduce una alemana, han sido coleccionadas por Meyer-Lübke (1); Bühler (2) registra *scriver giù* por « copiar » (alemán « niederschreiben »), etc.

11. Como decimos, sólo se trata de una reciente deformación que en nada altera la verdad consolidada, a saber, que el alemán ha aportado elementos léxicos a las lenguas romances sin cortar en modo alguno la estructura respecto a los sonidos, a las formas, a la composición, a la sintaxis y a todo lo que constituye el carácter esencial de una lengua. Determinar la medida, la cronología precisa de aquella aportación, clasificándola según las diversas estirpes germánicas que estuvieron en contacto con el mundo latino, es una labor llena de dificultades. Las mayores se refieren, sin embargo, al dominio de la filología germánica, porque a ella le corresponde aclarar un punto esencial para la

(1) *Einführung*² § 47.
(2) L. c.

cronología en aquellos casos en que las voces germánicas de más antigua importación, adoptadas por el latín vulgar a causa del continuo contacto de los legionarios con las tropas bárbaras, no revelan huellas particulares de este o aquel dialecto alemán, mientras que las sucesivas pueden reconocerse por alguna particularidad fonética por pertenecer a alguna de las diversas estirpes que en edades diversas se mezclaron entre los pueblos neolatinos. La razón de este hecho está en que hacia fines del siglo VI se mantuvo entre los dialectos alemanes cierta uniformidad que, sin embargo, no debió influir demasiado en las letras, porque de los estudios más recientes se desprende cierta diferencia entre el germánico occidental y el oriental en algunas particularidades fonéticas y morfológicas que ya se advierten en edad muy remota (1). De todas maneras es obvio creer que el origen de las primeras importaciones está en el alemán occidental, porque del Rhin vinieron preferentemente, al principio, las milicias germánicas, aunque también en el Danubio se encontraron los legionarios en relaciones continuas con los germanos sometidos o enemigos.

En los escritores latinos encontramos ya referidas y usadas algunas voces de origen germánico (2). Este primer estado de germanismo que proviene esencialmente del lenguaje militar, se conserva en la mayor

(1) H. Naumann, *Die germanischen Elemente im Romanischen*, en el *Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der romanischen Philologie* de Vollmöller, XIII, I², 42 y ss.

(2) V. Fr. Kluge, en *Grundriss der germanischen Philologie*, I², págs. 331 y ss.

parte de las lenguas romances por el trámite del latín hablado (excepto en el rumano, como diremos más adelante). Son cerca de 300 palabras. Un ejemplo de las voces pertenecientes a este fondo antiguo común es BURGUS, alemán BURGS, citado por Vegecio en el siglo IV como palabra de uso corriente : « castellum parvulum quem burgum vocant » > it. *borgo*, fr. *bourg*, prov. *borc*, esp. y pg. *burgo* (y en muchos nombres locales como *Burgos*). Otras palabras alemanas : HARPA > fr. *harpe*, it., prov., cat., esp. y pg. *arpa ;* WERRA > it. *guerra*, etc. ; WÎSA > it., prov., esp. y pg. *guisa*, fr. *guise ;* HŎSA > it. *uosa*, ant. esp. *huesa*, ant. fr. *huese* ; RAUBON > it. *rubare*, ant. fr. *rober*, prov. *raubar*, cat. y esp. *robar*, pg. *roubar*, etc.

Algunas veces se encuentra en un territorio la forma germánica arcaica y en otro el residuo posterior de un dialecto especial alemán : HELMO > fr. *heaume*, esp. *yelmo*, pg. *ęlmo*, mientras el italiano y la otra forma española *ẹlmo* se parecen a la forma gótica (cfs. infra) ; lo mismo ocurre con el esp. *fieltro* respecto al it. *fẹltro ;* esp. *rueca* e it. *rọcca :* la vocal estrecha italiana nos señala el origen gótico de Ĭ y Ŭ, mientras la diptongación española se debe a un germánico occidental Ĕ, Ŏ.

A veces nos quedan incertidumbres acerca del origen de una palabra, como ocurre con FALCO, alem. « Falke », que no sabemos si es germánica o latina. La vemos usada por Firmico Materno hacia el año 300 ; como nombre de persona es de uso antiguo en latín ; otras razones posteriores inducen a considerarla como

un germanismo. En algunos casos se duda entre un origen celta o germánico, como, por ejemplo, BACCA «vaso para agua», BACCINUM (*bacchinon* en Gregorio de Tours), alem. «Becken».

12. Kluge, en un estudio que todavía posee gran utilidad (1) hace las siguientes declaraciones: «No se puede discutir que los germanos, ya en los primeros siglos de la Era vulgar, llegaron a un grado de cultura que les permitía ejercer cierta influencia en los neolatinos. Poseían hereditariamente un severo culto religioso que alimentaba las más nobles virtudes — amor conyugal, amistad, hospitalidad —, un patrimonio de leyenda mitológica y épica en el cual los tipos de héroes más perfectos tomaban forma eterna, y una antiquísima poesía..... Con este patrimonio fueron conocidos por los romanos: su heroísmo llegó a ser admirado y su fuerza temida».

Ésta es una visión algo idílica que exagera y altera un poco la verdad de los hechos históricos. Los juicios dados por los historiadores romanos acerca del pueblo germánico nos revelan algo distinto de la admiración (2). El principio de la moral germánica en sus relaciones con gentes extranjeras — principio que justificaba en perjuicio de estos últimos toda clase de insidias y vio-

(1) *Romanen und Germanen in ihren Wechselbeziehungen*, en el *Grundriss der romanischen Philologie*, I, 2.ª ed., págs. 498 y ss.

(2) Cfs. a este fin CARLO PASCAL, *Scriptorum romanorum de Germanis veteribus testimonia selecta*, en el Apéndice a CORNELIO TÁCITO, de *Origine et situ Germanorum liber*, Turín, 1916, págs. 41 y ss., en CORPUS SCRIPTORUM LATINORUM PARAVIANUM.

lencias (1) — debía herir profundamente el sentido latino del derecho. La poesía mítica y heroica, tal como nos es conocida en su forma primitiva, era, por su barbarie grosera y descompuesta, demasiado extraña al ánimo de los pueblos que, a pesar de su decadencia, conservaban el refinamiento instintivo de una larga civilización y que, por otra parte, poco o nada supieron de mitología y de poesía alemana. No se puede hablar de germanos sin distinguir los que habían adquirido cierta capacidad de respetar las civilizaciones posteriores, de los otros que se encontraban aún al nivel bruto de la ciega destrucción, los cuales, como dice un historiador alemán, « no tenían en cuenta el derecho divino ni el humano » (2) y merecían los apelativos que este mismo historiador — Jung — ha coleccionado en un texto de la baja latinidad : *latrones, praedones barbari, turba latrocinantium et barbari* (3).

(1) O. L. Jiriczek, *Die deutsche Heldensage*, 3.ª edición, Leipzig, 1906, pág. 39. « Dem Germanen war Treue nur ein rechtlich-sittliches, persönliches Verhältnis : Liebe und Treue galt zwischen den durch Blutsbande, Ehe, angestammtes oder freiwilliges Dienstverhältnis Verbundenen ; den Gegnern, den eigenen wie denen des Herrn oder der Sippe gegenüber, war Hass, Feindschaft, Rache, die Verrat und Untreue gegen den Feind nicht schent, Treuepflicht ».

(2) J. Jung, *Die romanischen Landschaften des römischen Reiches*, Innsbruck, 1881, págs. 441 y 459.

(3) *Ibid.*, pág. 441, *nota*. Cfs. G. Paris, *Mélanges linguistiques*, París, 1905, pág. 6. La palabra *barbarus*, que expresa sólo el concepto de « extraño a la civilización romana », o a veces también al Cristianismo, se encuentra unida a textos con epítetos desfavorables : *barbari feroces, impii, avari*, etc. En cuanto al sentimiento de los italianos en la Edad Media respecto a los alemanes, cfs. Alejandro Sepulcri, *Dante e « Li tedeschi Lurchi »*, en Rend. Ist. Lomb., XLIX (1916), págs. 173 y ss.

Las diversas extracciones se encuentran en muy diversos grados de desarrollo. Conviene, pues, examinar objetivamente los hechos sin dejarnos arrastrar por manifiestas exageraciones de la vanidad nacional, como sucede con Kluge cuando distingue « en el íntimo contacto entre materiales lingüísticos germánicos y latinos cierta tendencia a la formación de un vocabulario mixto europeo *(gemeinromanisch)*, insinuando con frase oscura que esto debía favorecer también « el cambio de otros elementos lingüísticos » además de los léxicos, llegando, por fin, a distinguir « un contacto orgánico *(eine organische Berührung)* de las dos lenguas, que consiste en que los temas germánicos en -O adoptados por las lenguas romances son considerados como los temas latinos en O (it. *brando, elmo, baldo, bianco*) ; que los temas femeninos germánicos en -A se incorporan a la familia de los temas latinos que tienen la misma desinencia (it. *duna, guisa, marca*) ; que coinciden temas germánicos y latinos en -N (it. *campione*, fr. *échanson*, *gonfanon*), es decir, que otros temas germánicos conservan la característica morfológica propia entrando en la forma neolatina ; que nombres propios, como los franceses *Hues-Huon*, *Foulques-Foulquon* conservan la influencia de la flexión germánica HÛGO-HÛGUN, FULKO-FÛLKUN ; que los verbos germánicos en -I (con desinencia de infinitivo -IAN) mantienen su característica etimológica, originando verbos neolatinos en *-ire :* WARNIAM, it. *guarnire ;* MARRIAN, fr. *marrir ;* HANNIAN, fr. *honnir*, etc., pero en ninguno de estos casos ha tenido el neolatín que hacer violencia acogiendo una particularidad morfológica heterogénea :

sencillamente ha marcado la impronta de los propios temas nominales o verbales a voces extranjeras, que se encuentran por naturaleza dispuestas a entrar en aquellas categorías morfológicas señaladas por el latín. El mismo Kluge no pudo por menos de observar que *campione, échanson, gonfanon, éperon, gazon,* han adoptado la acentuación latina y están compuestos con «formación no extraña al latín» *(nicht unlateinisch)*. Así, pues, un sufijo romance *-one*, igual al latino, puede haberse desarrollado en el francés y también en el ladino (los territorios más próximos al alemán), por la declinación germánica de los temas en -N. Es un cruzamiento de elementos afines entre dos dominios. HÛGO-HÛGUN se ha regulado por el NERO-ONEM, y este sufijo fué usado como diminutivo en nombres femeninos, como *Marion, Nanon,* o para formaciones del género de *Aiglon*, etc.

Un tipo flexional singular nos representa BARBANE de una inscripción latina, junto a BARBA; es la declinación AMITA-AMITANIS, que se usa en Francia para nombres femeninos; nom. *Berte, Eve, pute, nonne,* oblicuo *Bertain, Evain, putain, nonnain.* También se encuentran huellas indirectas en el ladino y en el italiano *(puttana, mammana)*. Se trata de una formación análoga al tipo flexivo germánico -A, -UN, que primero se desarrolla en nombres propios de origen alemán, y luego en algún apelativo común (1).

(1) W. MEYER-LÜBKE, *Grammatik der rom. Sprachen*, II, Leipzig, 1894, pág. 24, y, por último, J. JUD, *Recherches sur la genèse et la diffusion des accusatifs en -ain et -on*, Halle, 1907,

En la formación de los nombres, el neolatín ha tomado algunos sufijos germánicos, principalmente -ALD: fr. *lourdaud*, *héraut*; it. *araldo*, *ribaldo*, que tal vez sean sonidos franceses, *spavaldo*; -HART: it. *bastardo*, fr. *bâtard*; it. *bugiardo*, fr. *richard*; -ING: it. *camerlengo*, *casalingo*, fr. *flamand*, *chambellan*; esp. *abadengo*, prov. *albenc*, etc. (1).

Una modificación aparente de sonidos latinos se encuentra en voces como la it. *guado*, cat. *gual*, fr. *gué* por VADUM, donde la influencia germánica es aún de naturaleza léxica, habiéndose confundido la voz latina con la germánica WAIDA. Así lat. VASTARE + germ. WASTJAN = fr. *gâter*, it. *guastare*, esp. y pg. *gastar* (la w alemana en algunas regiones del latín vulgar tiene sonido de *gw*). Lo mismo puede decirse del fr. *haut* = ALTU + HÔH.

13. Para seguir las infiltraciones sucesivas de las diversas razas germánicas es necesario referir, si-

que vuelve a estudiar el problema basándose en parte en materiales de trabajo de E. PHILIPON, en *Romania*, XXXI (1902), págs. 201 y ss., y de C. SALVIONI, ibíd., XXXV (1906), páginas 198 y ss.

(1) Algunos piensan que el sufijo provenzal *-enc*, it. *-ingo*, *-engo*, puede ser también de origen ligur. Cfs. E. PHILIPON, en *Romania*, XXXV, págs. 1 y ss., pero véase las reservas hechas por THOMAS, ibíd., págs. 19-21, que reclama también el trabajo de SALVIONI, *Dei nomi locali leventinesi in* -engo *e d'altro ancora*, en el *Bollettino storico della Svizzera italiana*, Bellinzona, vol. XXI (1899), págs. 49 y ss., y la respuesta de PHILIPON en la misma *Romania*, 333-335. SALVIONI volvió a argumentar en *Ancora i nomi leventinesi in* -engo, en el mismo *Bollettino*, vol. XXV (1903), págs. 93 y ss.

quiera sea brevemente, la historia de las invasiones bárbaras. Como es sabido, una primera corriente se decidió por los germanos orientales y vivió junto al Danubio, en íntimo contacto con el Imperio. Aquéllos ya se aproximasen pacíficamente al Imperio o tratasen de derribarlo violentamente, de todas formas tuvieron una tendencia común: la de absorber hasta donde era posible la cultura y la civilización romana, y a las instituciones de Roma supieron adaptarse hasta cierto punto según la propia naturaleza.

Junto al Danubio, los GODOS se habían estrellado contra las barreras imperiales en una guerra de casi dos siglos (III-IV), hasta que Alarico, en el año 410, logró llegar a Roma con sus VISIGODOS y dominó en ella momentáneamente; dos años después, en 412, los visigodos pasaron a la Galia, y con consentimiento del emperador Honorio tomaron firme posesión de la Aquitania. Desde allí bajaron a España, donde les habían precedido otras estirpes germánicas: allí habían ido los VÁNDALOS a principios del siglo V, después de haber devastado la Galia; este pueblo residía originariamente entre el Vístula y el Oder, en tiempos de Plinio, y en 429 habían pasado, bajo Genserico, a las costas florecientes del África septentrional, donde bastó después el breve lapso de un siglo o poco más para hacerlos asimilar o desaparecer sin que quedase huella de ellos. En España habían seguido a los SUEVOS que, a su vez, sucumbieron a la avalancha visigótica con Teodorico II, en 456, de forma que tuvieron que retirarse a las montañas de Galicia.

Los visigodos, pues (mientras al Norte perdían, como diremos, una gran parte del reino aquitano a causa de la invasión de los francos y sólo conservaban en la Galía el Languedoc, además de las ciudades griegas de las costas conquistadas el año 623), fundaron en España un fuerte y duradero dominio que se conservó durante tres siglos hasta que fué destruído al ser conquistada España por los árabes el año 711. Los visigodos son, pues, los elementos tenidos en cuenta en la historia de la Península ibérica, mientras las otras razones se pueden pasar por alto porque dominaron de una manera más superficial y efímera.

La otra rama de los godos — los OSTROGODOS — tuvo, por el contrario, en Italia particular importancia. Desde el Danubio, su país natal, bajaron a Italia con Teodorico (489) y allí abatieron el fugaz reino de Odoacro instituyendo una fuerte dominación que duró desde 490 al 553. Aun no contento con Italia, Teodorico, primero vicario imperial y luego, con sólida energía, monarca de un reino independiente, extendió los límites de su dominio hacia la Panonia, conquistó en lucha con los francos la Galia hasta el Ródano, rigió el gobierno visigodo de España como tutor del sobrino de Amalarico, se erigió en Occidente y heredó la dignidad imperial contraponiéndose al emperador de Oriente, hasta que murió en 526. «Es evidente, escribe Kluge (1), que tanto Italia como la Francia meridional y España estuvieron bajo el dominio gótico en los siglos v y vi, penetradas de costumbres germánicas *(mit*

(1) L. c. en *Grundr. rom. Phil.*, I², pág. 501.

germanischer Art durchsetzt)», y el mismo autor lamenta que no se haya estudiado aún bastante el proceso de descomposición lingüística *(der sprachliche Zersetzungsprozess)* producido por los godos.

Como ya observábamos, aquellos godos aspiraban ante todo a ser romanos. Aun bajo la dominación vigorosa de Teodorico eran romanas, y siguieron siéndolo, la magistratura y las instituciones. Los godos no podían ocupar cargos civiles ni contraer matrimonio con los romanos. Las leyes especiales de la monarquía ostrogoda representan una continuación bárbara del Derecho romano, según escribe un excelente historiador del Derecho latino (1). El célebre *Edictum Theodorici regis* es una compilación, hecha por un magistrado romano, de las fuentes romanas usadas más generalmente, sin contener algunos principios de derecho nuevo.

Casiodoro nos informa de cómo Teodorico había deseado que sus godos « Romanorum prudentiam caperent et virtutem gentium possiderent » — y toda la historia de aquella edad nos confirma este alto testimonio. Se asegura que esta invasión gótica, numerosísima para aquella época, constaba, según los cálculos más aceptables (2), de 200 ó 300 000 personas, las

(1) A. Solmi, *Storia del diritti italiano*, Milán, 1908, pág. 47.

(2) Salvioni, *Stato e popolazione d'Italia prima e dopo le invasioni barbariche*, Palermo, 1900, pág. 59 ; G. Bertoni, *L'elemento germanico nella lingua italiana.* Génova, 1914, pág. 12. En general, acerca de los resultados de esta obra debe tenerse en cuenta C. Salvioni, *Dell'elemento germanico nella lingua italiana ; a proposito di un libro recente*, en los *Rendiconti dell'Istituto Lombardo*, vol. XLIX (1917), págs. 1011 y ss.

cuales se esparcieron por un vastísimo territorio ; sería, pues, inoportuno exagerar su posible influencia.

No podían acontecer mayores novedades durante los débiles reinados de los sucesores de Teodorico : Atalarico, transcurrido entre sangrientas disensiones y continuo desorden guerrero, o Teodato durante la áspera guerra gótica terminada en 553 con la conquista bizantina. Ningún cambio profundo de intimidad y de cultura nos es conocido entre godos y romanos — en cambio tenemos razones para creer que estos últimos mantuvieron íntegra la conciencia de su raza y de su lengua. Recuérdese el conocido epigrama de un latino, que sentía reacia la propia musa en medio de la batahola de las voces bárbaras :

> Inter *eils* goticum, *scapia, matzia, ja, drincan,*
> Non audet quisquam dignos edicere versus (1).

14. Sin embargo, es evidente que cierto número de voces góticas debieron introducirse en nuestros idiomas. He aquí algunos ejemplos : en gótico la Ĕ indoeuropea es sustituída por *i*, que sigue las trazas de la ĭ latina, es decir, es semejante a la *e*. GOT. TRIGGWA > it., esp., prov. *tregua*, mientras en francés *trève, trieve* provienen de un germánico occidental TREUWA ; þRISKA > it. *tresca*, esp., pg. *triscar ;* HILMS > it., esp. *ẹlmo*, mientras el francés *heaume* (ant. *hieaume*), otra forma esp. *yelmo* y el pg. *ęlmo* deben proceder de una voz germánica HELMO, sin características dialectales y anterior a la invasión gótica.

(1) *Anthologia latina*, ed. RIESE, I, n. 285. Cfs. STREITBERG, *Gotisches Elementarbuch*, Heidelberg, 1906, págs. 235-236.

Por otra parte, son góticas : GRIUT > it. *grelo*, mientras el fr. *grès* es de un germ. GRIOZ ; *GARWI « ornamento » > it., esp. pg. *garbo*, it. *garbare* (fr. *garbe*, *galbe*, son italianismos) ; HAIFSTS > fr. *hâte ;* STAKKA « palo » > fr. *estache*, pro., esp., cat., pg. *estaca*, it. *staccare*, *attaccare*, etc. ; STIKKA > it. *stecca* (los masculinos góticos en -A pasan al italiano en la I decl. femenina : *stecco* es un derivado) ; HRINGS > fr. *rang*, prov. *renc*, it. *arringo* (it. *rango* es un galicismo) ; KAUSJAN > fr. *choisir*, prov. *chausir* y de ahí el ant. it. *ciausire;* MANWJAN > it. *ammannire*, ant. fr. *amanevir*, prov. *amanoir*, esp. *manir ;* RIKAN > it. *recare;* TRIMPAN « prensar » > it. *trampoli*.

Hablando del longobardo en comparación con el gótico veremos algunos caracteres del consonantismo que nos permiten distinguir dos estratos, pero si esta distinción es posible en italiano no lo es en otros idiomas, como ocurre con el español, donde no podríamos reconocer el elemento gótico por falta de criterio, ni siempre es posible distinguir lo que es gótico de lo que era comúnmente germano arcaico. Por lo demás, los visigodos en España no eran numerosos y habían pasado cerca ya de dos siglos en contacto con los romanos antes de llegar a la Península ; por esto en España no llevaron mucho de su propia lengua. En general, un medio de reconocerlo puede ser el hecho de que la emigración gótica en la Europa meridional es anterior a la transformación germánica de A ton. en *e* por efecto de *j*. Ejemplo : el it. *albergo*, prov. *auberc*, se parecen a la forma gótica HARIBERGO, mientras el ant. fr. *her-*

berge, mod. *héberge* lo son al franco (*auberge* es voz importada).

Un criterio útil es el de la localidad : una voz que fonéticamente puede parecer gótica lo será efectivamente cuando sólo se la encuentre en un territorio que perteneció a los godos (Italia, España), mientras que si se ha esparcido más debería considerarse como germánica arcaica. Por ejemplo, *tascar* es gótica, con toda seguridad, y sólo se le encuentra en España y Portugal. Cuanto más extendida está una voz germánica tanto más probable es que pertenezca desde edad remota al fondo común del latín vulgar, a no ser que se trate de una difusión producida mucho más tarde por el paso de una lengua neolatina a la otra. Por ejemplo, de un franco GARDO se forma fr. *jardin*, con su alteración de inicial característica, y si la inicial así alterada se encuentra también en el it. *giardino* y en el esp. *jardín*, quiere decir que estas palabras son galicismos. De la misma manera hay un italianismo, el esp. y pg. *bruno* del germ. BRUNS (1).

En resumen, el gótico ha dejado, particularmente en Italia y en España, cierta cantidad de palabras, pero es una exageración atribuírle un proceso de disolución del latín.

15. El pueblo germánico que en Italia tuvo mayor influencia, después de la decadencia gótica, es el de los lombardos. Procedían del curso inferior del Elba y se establecieron primero en el Danubio ; en 568 fue-

(1) MEYER-LÜBKE, *Einführung*², § 41.

ron con Alboíno a la Italia superior, se extendieron al Mediodía hasta los ducados de Espoleto y Benevento, teniendo en guerra continua la parte de Italia que había permanecido bizantina, reduciendo el señorío bizantino poco a poco a Nápoles y Amalfi, en el vértice extremo meridional de la Península y a las islas y, finalmente, sucumbiendo a los ataques de los francos en 774, pero sin desaparecer en seguida de la derrota, puesto que gran parte de la población longobarda conservó su lenguaje y siguió siendo lombarda.

Los lombardos en Italia habían llevado consigo muchos elementos heterogéneos. En Paulo Diácono (1) se lee : « Certum est autem, tunc Alboin multos secum ex diversis, quas vel alii reges vel ipse ceperat, gentibus ad Italiam adduxisse. Unde usque hodie eorum in quibus habitant vicos Gepidos, Vulgares, Sarmatas, Pannonios, Suevos, Noricos, sive alii huiuscemodi nominibus appellamus ». Pero todas estas gentes no han dejado otra huella de su paso que algunos nombres antiguos de lugar, por ejemplo, un *Bulgari* en el cremonés, un *comitatus burgariensis* en el milanés, etc. Otros Bulgari cerca de Benevento hablaban aún su lengua en tiempos de Paulo Diácono.

A diferencia de los godos, los lombardos más rudos, más próximos a los propios orígenes bárbaros, no sufrieron la influencia de la civilización romana y desplegaron una fuerza más activa en el ordenamiento social de la tierra conquistada. No entraron como federados sino como conquistadores. El elemento germá-

(1) II, 6, 26.

nico, en la plenitud de su instinto, encontró ante sí un pueblo en el que se iba debilitando el sentido de su propia tradición histórica y acertó a comunicarle algo de sí mismo, de sus propias instituciones, aun cuando, por otra parte, este pueblo vencido obrase sobre el vencedor con la fuerza asimiladora de una civilización que había permanecido, aun en la decadencia, infinitamente más elevada y madura.

Ni el elemento germánico ni el puro elemento romano oprimido, excluído de los derechos políticos, ya que no de la libertad civil, salieron vencedores de aquella pugna tumultuosa, pero en la sombra un nuevo elemento se fué desenvolviendo, que podemos llamar vulgar o neolatino. No es ya el resultado de una fusión de los dos primeros: es un evolucionar independiente de nuevas energías populares, hecho posible por aquel conflicto entre la rígida tradición romana y la nueva influencia extranjera, por la ayuda de una fuerza que crecía también de día en día: la Iglesia romana.

Es un mundo nuevo el que nace: romano, pero de una romanidad nueva, provisto de todas las fuerzas instintivas de una raza nueva, dueño de la propia alma renacida y capaz de resistir a toda infiltración heterogénea, pero dispuesto a convertir en vigor propio, en juventud propia, la renovación social que aquella infiltración sacó del tronco milenario de la estirpe. Decaído el viejo espíritu, oscurecida la antigua cultura, el pueblo, con su sangre latina intacta, volvió a alcanzar un estado de vigor más ingenuo y de simplicidad

primitiva, en el cual pudieron madurar los gérmenes de la nueva civilización naciente.

En el primer período de la conquista y en los diez años salvajes del interregno (575-584) que siguió a la muerte del rey Clefi, la dominación de los lombardos, envueltos todavía en un estado de barbarie primordial, no tenía aptitudes para aportar una contribución propia a las gentes sometidas; más tarde, cuando el reino fué restaurado por Autari (que quiso reconciliarse con la tradición romana asumiendo el título de Flavio) y los guerreros bárbaros se hicieron agricultores, comenzaron a desenvolverse las relaciones entre las dos poblaciones — pero entonces sucedió lo que tenía que suceder, fatalmente: que los lombardos asimilaron cuanto les fué posible de la civilización latina que aun se conservaba y tomaron de ella cuanto les faltaba. « La posesión territorial fué un estímulo para que volviera a aproximarse el orgulloso vencedor a las costumbres de los vencidos, a los que los lombardos no tardaron en cambiar todo el orden de la propiedad territorial, junto con el sistema de colonización del suelo, y luego, lentamente, la lengua, el arte, la cultura y, en parte también, el derecho » (1).

Sin embargo, los datos que tenemos de aquella edad nos muestran la barrera infranqueable que el odio cordial de los romanos vencidos y la diferencia de cultura oponían a los dominadores. Mientras que la población germánica no estuvo tan completamente separada de la romana como en tiempos de la domi-

(1) SOLMI, op. cit., pág. 101.

nación goda, la romana siguió siendo siempre un elemento en sí, legalmente reconocido, y conservó vigente el propio derecho junto al derecho lombardo, buena prueba de la resistencia bien sólida de su individualidad étnica.

16. La lengua de los lombardos persistió aún después de la conquista de Italia por Carlomagno, aunque no podemos ofrecer noticias bien precisas a este respecto. Kluge cree que se extinguió a fines del siglo x (1), mientras Brückner (2) afirma que el lombardo vivía aún hacia el año 1000, al menos en aquellos lugares en que la invasión había sido más intensa ; no obstante, los lombardos terminaron por aprender la lengua del vulgo, del cual son visibles muchas huellas en la lengua vulgar de aquéllos.

La característica principal del lombardo, respecto a las consonantes, está en haber participado de la llamada « Lautverschiebung » del alto alemán, es decir, de aquella mutación por la cual las consonantes del alemán originario fueron sustituídas por sonidos fricativos o aspirados; por ejemplo, en el lombardo la *p* intervocálica se convierte en *-ff-* o, después de consonante, *-f-* ; *t-* inicial se convierte en *z-* e intervocálica en *-zz-*.

Así, es gótico o germano común *grattare* de KRATTEN, fr. *graiter*, prov. *gratar*, donde no se ha transformado. Al gótico KRAMPA > it., esp. *grampa*, franco KRAMPO > fr. *crampon*, corresponde el lomb. KRAMFA > it. *granfia*.

(1) *Grundriss der rom. Phil.*, I², 503.

(2) *Die Sprache der Longobarden*, Estrasburgo, 1895, páginas 11 y ss.

Así, germ. RAMPA > it., prov. *rampa*, lomb. RAMPF > it. *ramfia*, tosc. *ranfio*, lomb. *ranf*; franco SKRAPAN > ant. fr. *escraper*, long. SKRAFFEN > it. *sgraffiare*; gót. *TAPPIS > b. lat. TAPPUS, it. *tappo*, long. ZAPFO > it. *zaffo*; ZIHHA > it. *zecca* (insecto), cfs. ingl. *tirk*, fr. *tique*; gót. *TATURA > it. *tattera* « bagatela », long. *ZAZZA > it. *zazzera* (habría que explicar las razones de los diversos significados). El gót. BLAUTS « desnudo » es en a. it. *biotto* « mísero », lomb. *biot* « desnudo », mientras el long. BLOZ corresponde al emil. *bios*, a. fr. y prov. *blos*. K intervocálica produce en longobardo una aspirante sorda, resuelta en italiano en *cc* : RIHHI > it. *ricco*, mientras el gótico RIKS produce *rico*; SPAHHAN > it. *spaccare*; STUHHI > it. *stucco*; BRIHHIL > it. *briccola*.

El cambio de la inicial *p* y *b* es también un indicio de la procedencia longobarda, porque B- inicial sonora se sustituía en la pronunciación longobarda por un sonido parecido a *p*, y esto producía cierta confusión en la escritura. Ejemplo : BALLA del franco y otros dialectos es PALLA en long., y una y otra forma se encuentran en el italiano ; cfs. fr. *balle*, esp., pg. *bala*, etc. (sólo en italiano se encuentra la forma long.). Gót. BANKA, BANKS, en it. *banco*, *banca* (de donde fr. *banque*), fr., prov., cat. *banc*, esp., pg. *banco*; pero long. PANKA, it. *panca*.

Bastan estos ejemplos para demostrar qué método se sigue en la investigación (1). He aquí, además, una

(1) Un completo desarrollo del argumento ha sido dado por W. BRÜCKNER, *Charakteristik der germanischen Elemente im Italienischen*, Basilea, 1899.

serie de ejemplos genéricos de voces de origen long. en el italiano: ARAPAITÔN *arrabattarsi*, BARIGILDUS *bargello*, BIGA *bica*, DVEHR *guercio*; FARA «estirpe», *fara* «posesión» que sirve para tantos nombres locales: *Fara Sabina*, etc. (1); SPORO *sperone* (gót. SPORA, esp. *espuera*, *espuela*); GRIMMAN *ghermire*, KASTALDO *castaldo*, MUNDWALD *mundualdo*, KLEOFJAN *caleffare*, LINK, *sbilenco*, RIGA *riga*, SKINKO *stinco*, SKRAUNA *scranno*, STAFFA *staffa*, etc.

17. La conquista franca en Italia, llevada a cabo en 774, representa el último período bárbaro en Italia, que duró hasta la caída del Imperio carolingio, sucedida a la muerte de Carlos el Gordo, el año 888. El elemento franco, no muy numeroso, circunscrito a la línea dominadora, aportó innovaciones importantes y contribuyó especialmente al desarrollo del feudalismo en el cual maduraban las nuevas energías locales, pero no llegó a penetrar dentro de las poblaciones.

De los francos llegó, así, al italiano una tercera capa de germanismo. Ellos introdujeron en el uso latino de la época un buen número de vocablos de carácter jurídico (2) que no duraron en el vulgar.

Las voces italianas de importación franca comenzaron ya a tener en la fonética alguna huella carac-

---

(1) W. BRÜCKNER, *Die Sprache der Langobarden*, pág. 87. LE MORITZ HARTMANN, *Die Geschichte Italiens im Mittelalter*, I Anhang, Gotha, 1897, ha estudiado la difusión de los lombardos en Italia, tomando como base los nombres locales con *fara*.

(2) BRÜCKNER, *Die Sprache der Langobarden*, págs. 6-7.

terística del francés, y la importación continuó más tarde cuando en los siglos XII-XIII llegaron de Francia a Italia muchísimas palabras con los primeros contactos literarios: entre ellas había también algunos germanismos franceses de origen franco. El italiano *guaitare* no nos explicaría su *-it-* (franco WACHTA > fr. *guaite guaiter*, mod. *guetter*) si no hubiese pasado a través del francés. Lo mismo puede decirse del grupo *bl* en *blindare* < BLENDE, fr. *blinder;* de *ghi* en *ghindare* < WINDAN, fr. *guinder* y de *ǧ* en *giardino* < franco GARDO, fr. *jardin*.

Otra importancia muy diferente tuvieron los francos en la Galia, que de ellos debió recibir su nombre. Los francos formaban en la orilla derecha (1) un pueblo renano, empujado de día en día hacia el vecino suelo gálico. Desde la segunda mitad del siglo III tendió a invadir la Galia, unas veces impulsado por los romanos, otras estipulando tratados con ellos, prolongándose de generación en generación al someterse los belgas y los celtorromanos. Clodoveo, rey de los francos, con residencia en Tournay en Flandes, llevó sus conquistas hasta el Garona a fines del siglo V y terminó, poco después, rechazando más allá de los Pirineos a los visigodos de la Aquitania, llegando así a dominar en gran parte de Francia.

Después de él, el año 534, cayó también en poder de los francos el reino que hasta entonces habían poseído pacíficamente los burgundios, otra tribu germá-

(1) El origen de los francos no está claro del todo. Cfs. F. STEIN, *Urgeschichte der Franken*, 1897.

nica que se extendía por el curso medio del Ródano con las ciudades de Vienne y Lyon, el país lindante con el lago de Ginebra y la Saboya. Cerca de un siglo antes los burgundios que seguían viviendo junto al Rhin, donde tenían otro reino cuya capital era Worms, habían sido ya destrozados por los hunos a consecuencia de la sangrienta aventura cantada después en la leyenda histórica del *Nibelungenlied.*

La potencia unitaria, el sólido organismo de la dominación franca hicieron posible la penetración en Francia del elemento germánico sin duda bastante mayor que en España o en Italia, donde las dominaciones bárbaras fueron siempre fragmentarias y poco resistentes, pero tampoco aquí es necesario exagerar y debe tenerse en cuenta la alta cultura de la Galia detenida por el milagroso vigor de su elemento latino. Kluge, por ejemplo, exagera indudablemente cuando encuentra las características del antiguo estilo poético alemán evidente en la epopeya francesa. Los estudios de Bédier (1) nos han iluminado suficientemente acerca de los pretendidos orígenes germánicos de aquella epopeya. No es menos aventurado el atribuir a influencia germánica el uso frecuente de la aliteración entre los poetas latinos del territorio francés (2).

Fustel de Coulanges ha demostrado cumplidamente todo el enorme poder de resistencia opuesto a los inva-

---

(1) J. Bédier, *Les Légendes épiques, Recherches sur la formation des Chansons de Geste,* París, 4 vol., de los dos primeros una nueva edición en 1914.

(2) *Grundriss der rom. Phil.,* I², pág. 508.

sores por el elemento celtorromano (1). Los francos dieron su nombre al pueblo: de FRANK se formó el derivado FRANCISCUS, *franceis*, que luego se transformó en *françois* y, por último, en *français*, y de esta manera se formó el nombre del país, FRANCIA. Este nombre apareció por primera vez en la Historia refiriéndose a una parte de la Holanda actual, luego siguió paso a paso el movimiento de los francos hacia Occidente. Con los merovingios pasó la frontera, y en tiempo de los sucesores de Clodoveo sirvió ya para designar todo el país ocupado por los francos, tanto a la derecha como a la izquierda del Rhin. Luego parece que se limitó a la Francia occidental o Neustria, y, por último, en tiempos de los carolingios no se aplicó más que a la región que tenía por centro París, y cuyos señores se llamaban duques de Francia, significando a veces todo el reino asignado a Carlos el Calvo y sus sucesores desde 843. La suerte posterior de los duques de Francia que sustituyeron a los descendientes de Carlomagno influyó en la suerte del nombre: aun en la Edad Media *France* se acostumbró a llamar sólo a la provincia circunscrita por el río, a la que más tarde se llamó *Île de France*.

La mejor prueba de la superioridad del elemento celtorromano consiste en que los francos terminaron adoptando su lengua. De los dialectos franceses ordinarios el documento principal es la *Lex salica*, anterior

(1) *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, París, 1888-1892. Cfs. HALPHEN, *L'histoire en France depuis cent ans*, París.

al año 500 ; al sálico, que había penetrado con los salios francos, se unieron variedades dialectales de otras estirpes, pero aquél siguió dominando de manera que de él proceden la mayor parte de los germanismos franceses que no se derivan del fondo romance común.

Son vocablos de guerra, ajuar, instituciones políticas, sociales o judiciales o términos domésticos, nombres de animales y plantas, etc. Ejemplo : NARWA « ofensa » prov. *nafra*, fr. *navrer ;* HERIALT *heràut* (de donde it. *araldo*, ant. esp. *haraute*, esp. mod. *heraldo*) ; BRUNNIA ant. fr. *broigne*, prov. *bronha ;* ALLÔD ant. fr. *aluef*, mod. *alleu* (it. *allodio*, esp. *alodio*) ; BIDAL *bedeau* (bajo latín BEDELLUS, it. *bidello*) ; KNIF *canif*, HROK *froc*, HRIM *frimas*, HESTR *hêtre*, KRUKA *cruche*, LOþR *leurre*, prov. *loire*, LIPPA *lippe*, HATJAN *haïr*. Numerosos adjetivos : LAID *laid*, prov. *lait* (de donde it., esp. *laido*), HLAO *flou ;* BLAO ant. fr. *blau* (it. *biavo*), mod. *bleu* (it. *blu*), etc. De origen franco es tal vez la preposición *for* — de un **fer* primitivo, franco *fir*, que se ha llegado a confundir con FORIS en *forbannir*, donde es franco por el segundo elemento, mientras *forfait*, lat. FORFACTUM nos da la traducción latina de FIRTÂN (1).

No habiendo participado en el desquiciamiento consonántico de que fué afectado el longobardo, el elemento franco no siempre se puede aislar con facilidad, pero cuando no se trató de voces germánicas introducidas en época remota en toda la romanidad (2),

(1) G. BAIST, en *Romanische Forschungen*, XII, 650 y ss.

(2) Cfs. A. POGATSCHER, *Zeitschrift für rom. Phil.*, XII, 551 y ss.

en los casos de duda puede suponerse que el origen sea franco. Anterior a los francos es *bière*, germ. orig. *BĒRA, franco y long. BARA, con una fase intermedia *BĘRA representada por las voces francesas (1); it. *bara* del longobardo.

Algunos germanismos posteriores se presentan con la degradación consonántica del longobardo (y del alto alemán); ejemplo: *griffe*, alto alem. GRIFAN, it. *griffie*, *grinfie*, junto al franco GRIPAN, al que corresponde el fr. *gripper*, lomb. *gripá*; fr. *agrafe* se parece a un alto alemán; KRAPFO, mientras el franco KRAPPO da *agrap* del picardo y del valón, fr. *agrapper*. Hemos visto ya el fr. *blos* con el mismo cambio de consonantes. Otros germanismos extraños y posteriores al franco son *bride*, germ. BRIDEL; *quille* bajo alemán KIEL; el ag. *sale*, long. SALO, SALAWER, en it. *salavao*, etc.

En conclusión encontramos, pues, en el francés, una primera capa de germanismos comunes; una segunda, bastante más rica, que proviene del franco, y una tercera del antiguo alto alemán que se reconoce por particularidades fonéticas o de otras clases. Una cuarta serie está representada, finalmente, por el antiguo nórdico, del que hablaremos más adelante.

18. Entre las estirpes germánicas que tuvieron mayor contacto con las gentes neolatinas, debemos recordar a los NORMANDOS. Originarios de Dinamarca o de la Escandinavia meridional, comenzaron a asolar las costas francesas en tiempos de Carlomagno, teniendo

(1) MEYER-LÜBKE, *Einführung*², pág. 54.

como refugio especialmente la ciudad de Bayeux — donde, según el poeta francés Benoît de Sainte More, se hablaba danés aun en su época, es decir, en el siglo XII — la costa entre las bocas del Loira y del Sena en la Neustria que se llamó Normandía. Los normandos absorbieron rápidamente la lengua y la cultura francesas, transportándolas más tarde a Inglaterra, y un poco también a Sicilia y a la Italia meridional, por donde se extendieron en el siglo XI desde Aversa, reconocida como su primer feudo imperial, a todo el Mediodía de la Península, constituyendo un dominio elevado a reino por Roger II, el año 1130.

Hasta ahora no se conoce un estudio completo acerca del elemento nórdico en el francés, y sería interesante intentarlo. Las dificultades para conseguirlo son grandes, pues es difícil distinguir lo que procede de los normandos de las derivaciones de las lenguas afines (bajo alemán o anglosajón). Por ejemplo, BAT ¿será anglosajón o nórdico? (fr. *batel*, fr. mod. *bateau;* el it. *batello* procede del francés). Una parte de estas voces — y son las más antiguas — procede del nórdico, otra del bajo alemán; desde el siglo XII se han adoptado también palabras del anglosajón, a través del anglonormando.

Son frecuentemente términos de mar (1), pero no faltan tampoco de otra naturaleza; algunos de ellos penetraron también en otros lugares romances, pero generalmente con sello francés. He aquí algunos ejem-

(1) Un cierto número de ellos ha sido estudiado por G. Baist, en *Zeitschrift für deutsche Wortschopfung*, IV, 257.

plos: BYTIN, fr. *butin*, prov. *botin*, del que procede el it. *bottino*, esp. *botín*; HEIT «voto», fr. *hait*, mod. *souhait*; GABB, fr. *gab* (de donde it. *gabbo*), prov. *gap*; *HERRNEST, fr. *harneis*, mod. *harnais* (it. *arnese*, prov. *arnes*, esp. *arnés*); JOL «fiesta de Navidad», fr. *jolif*, de donde it. *giulivo*, fr. mod. *joli*, cat. *joliu*; HAUGR «colina», normando *hogue*; KRIKI, *crique*; ag. HROKR *rogue*.

Como se ve, la influencia germánica en el francés fué bastante notable, penetrando en todas las categorías del vocabulario. Lo mismo puede decirse, también, de la Italia superior. Se trata de aquellas regiones en que los germanos, francos y lombardos, tuvieron asiento duradero y se mezclaron un poco más profundamente con las poblaciones romanas, las cuales, sin embargo, aun acogiendo en aquellas alteraciones cotidianas una rica abundancia de vocablos extranjeros, no tardaron en imponer recíprocamente el uso integral de la lengua propia al elemento germánico absorbido por la cultura latina.

El ladino es, como vemos, la única lengua afectada por la influencia germánica, incluso en la sintaxis (1). «Con la decadencia del Imperio romano el impulso de la cultura no llegó ya a los países ladinos de Italia, aunque en los valles de los ríos descendientes del Norte, venía de la Germania» (2). Es de esperar que

---

(1) G. I. ASCOLI, *Arch. glott. ital.*, VII, no se refiere más que en su *Saggio di morfologia e lessicologia soprasilvana*, páginas 406 y ss.

(2) H. NAUMANN, *Die germ. Elem. im Romanischen* cit., pág. 51.

la latinidad restaurada sepa defender el territorio que espiritualmente le pertenece en absoluto. Cerca de 500 voces de origen alemán reunió Th. Gartner (1), las cuales llegan casi a 700, según otro investigador (2). Por otra parte, hay que tener en cuenta que los términos que sirven para designar objetos se refieren a las distintas profesiones y al comercio, aunque algunos indican también conceptos abstractos, cosa rara en las otras lenguas, nos dan testimonio de penetración más vasta y profunda que en otras partes. El dialecto germánico que más se ha adentrado en el latín es el alemán.

El rumano ocupa una situación especial, en orden a las influencias germánicas. En general puede afirmarse que fué inmune a todos los antiguos germanismos que penetraron en otras lenguas (3). R. Löwe (4) trató de seguir la huella de algunos, indicando cinco palabras de origen germánico adoptadas por el latín ya en el siglo I a través de las lenguas militares y llevadas a la Dacia por los colonos de Trajano: fueron *bălan* «rubio», *bardă* «hacha», *stangă* «palanca», *nastur* «nudo, botón», *beară* «cerveza». Esta hipóte-

(1) *Rätoromanische Grammatik*, Heilbronn, 1883, págs. 14 y ss.

(2) P. GENELIN, *Germanische Bestandteile des rätoromanischen (surselvischen) Wortschatzes*. Programa de la Escuela superior imperial de Innsbruck, 1899-1900. Véase también la recensión crítica de GARTNER, en *Zeitschrift für roman. Phil.*, XXV, 616 y ss. Cfs. R. BRANDSTETTER, *Das schweizerdeutsche Lehngut in Romontschen*, en las *Rätorom. Forschungen*, I, Lucerna, 1905.

(3) KR. SANDFELD JENSEN, *Die nichtlateinischen Bestanteile im Rumänischen*, en *Grundriss*, I², 524.

(4) KUHNS, *Zeitschrift*, XXXIX, 280 y ss., 306 y ss.

sis fué refutada viva y victoriosamente por Meyer-Lübke (1), aunque poco o nada nos queda de ella. Lo mismo puede decirse de las tentativas realizadas para encontrar una segunda capa de voces rumanas adoptadas por los visigodos que bajaron de los Balkanes un par de siglos después.

Por el contrario, el alemán dió cierto número de palabras más tarde, a partir del siglo XII, cuando se establecieron en algunos lugares de Transilvania poblaciones alemanas (francas). Son, generalmente, términos que se refieren a las diversas profesiones. Una nueva ola llegó en el siglo XVIII por efecto del dominio austríaco sobre Hungría y la Transilvania (2).

El autor de un diccionario reciente que comprende las etimologías germánicas admitidas por el neolatín nos da una lista de poco más de 2520 números (3). El reciente trabajo de Jud, encaminado a descubrir qué palabras latinas han sido sustituídas por una germánica equivalente es un estudio genial de geografía e historia lingüística (4). El lat. PRAESEPE no se encuentra en la Galia porque allí, como en buena parte

(1) KUHNS, *Zeitschrift*, XXXIX, 593 y ss.

(2) JON BORCIA, *Deutsche Sprachelemente im Rumänischen*, 1904 (*Jahresbericht des Instituts für rumänische Sprache*, X). — G. PASCU, *Elemente germane in limba romînă*, en *Archivă Soc. stiinț și lit. d. J.*, 1904.

(3) E. ULRIX, *De Germaansche Elementen in de romaansche Talen, Proeve van een Germaansch-Romaansch Woordenbock*, publ. por la R. Academia flamenca, Gante, 1907.

(4) J. JUD, *Probleme des altoromanischen Wortgeographie*, en *Zeitschrift für rom. Phil.*, XXXVIII (1914), págs. 1 y ss., y dara el argumento el § VIII, págs. 68-69.

de Italia, ha sido sustituído por el germ. KRIBBJA (franco KRIPJA), fr. *crèche ;* por el contrario, se le encuentra en español, ladino y en muchos dialectos italianos. Los dialectos celtas insulares tienen PRAESEPE : címrico *preseb*, irlandés *praiseach* y puede suponerse que se encontrara en la Galia antes de la aceptación de *crèche* (5).

19. Los pueblos neolatinos tuvieron con los árabes muchas clases de relaciones que en algunos países y durante varios siglos llegaron a ser estrechísimas.

A principios del siglo VIII, después de haber derrotado los árabes a los visigodos se apoderaron de toda o la mayor parte de la Península ibérica y se dirigieron hacia la Francia meridional, donde trataron de mantenerse durante poco tiempo a partir de 720. Allí los derrota primero Carlos Martel el año 732 y el 738; en 759 Pipino el Breve los rechazó hasta el otro lado de los Pirineos. En España tuvieron largo y floreciente dominio, aunque siempre estuvieron contenidos por el espíritu rebelde de los sometidos a los que encendían dos nobles ardores : el nacional y el cristiano. Entre constantes luchas, y cada vez reducidos a más angostos límites, lograron resistir hasta 1492 cuando, con el reino de Granada, cayó su último baluarte y, finalmente, se vieron expulsados de todo el territorio español.

(5) Tiene cierto interés para la filología neolatina por el estudio del riquísmo material de palabras que las lenguas germánicas han derivado del latín : no sólo respecto al vocabulario (cfs. cap. VII y VIII) sino también para la fonética. V. *Grundriss der germanischen Philologie*, I passim, y para los reflejos de vocales en el germánico MEYER-LÜBKE, *Einführung*², pág. 117.

Todavía más breve fué su suerte en Sicilia, que conquistaron en 827 a los bizantinos, estableciendo en 831 la capital en Palermo y dominando allí hasta la invasión de los normandos (1070-1191), que, sin embargo, respetaron la cultura árabe, como más tarde supo respetarla la mente excelsa y liberal de Federico II. En manos de los árabes estuvieron también otras islas (las Baleares, Córcega, Cerdeña y Malta), ello sin hablar de las efímeras incursiones en el Continente.

Herederos y continuadores de la ciencia griega, capaces de una civilización refinada, maduros en el ejercicio de los estudios y de las artes como en las ordenaciones civiles, los árabes medievales se hallaban en un nivel muy superior al que habían descendido las poblaciones neolatinas envilecidas por la propia decadencia y por la fatiga, oprimidas por el yugo de los bárbaros, arrancadas, por el Cristianismo, de las fuentes naturales de su tradición y de su cultura. El centro de la civilización no estaba entre los cristianos sino entre los árabes. De ello tenemos abundancia de testimonios, admirable literatura poética, mística, científica, que floreció en su territorio de España — y aun se encuentran en España y Sicilia restos elegantísimos de la arquitectura creada por ellos. En España, principalmente, la civilización árabe alcanzó un grado excelso con el concurso de los hebreos que en gran número colaboraron en toda la vida civil.

En estas circunstancias era de esperar que la Península ibérica — donde fué más rica y duradera aquella civilización — quedara penetrada toda de las costum-

bres, pensamientos y lengua árabes, como suele suceder cuando un pueblo llega a ser dominado por otro pueblo que sea superior a él en fuerza material y en nivel intelectual. Sin embargo, no fué así. Ya hemos señalado la brava y secular resistencia opuesta por el elemento latino — que había sabido ya asimilarse a los godos — contra el elemento árabe, hasta la última victoria; resistencia en la que el sentimiento nacional se mezclaba con el religioso; aun cuando hubiera podido debilitarse el primero — y esto era imposible — el segundo le impedía toda intimidad duradera con el enemigo y mantenía una barrera firme e infranqueable entre las dos razas, que no llegaron a disminuir los *mozárabes*, es decir, los descendientes de cristianos que a causa de su relativa comunidad de vida habían sufrido su influencia hasta cierto punto, ni los *moros latinizados* que hablaban español, ni los *cristianos algaraviados* que hablaban árabe, ni la liberal tolerancia que usaban los árabes como convenía a su civilización. Poco ayudó la literatura árabe a la naciente literatura española — y ese poco quedó, en cierto modo, limitado a lo externo, es decir, pudo proporcionar algunos materiales, pero no penetrar en lo vivo del espíritu. También en la lengua, la aportación árabe quedó limitada siempre al exterior, como veremos.

¿Fué un perjuicio esta falta de fusión que hizo nula para nuestra raza toda la linfa poderosa de la civilización árabe? Sin duda, si consideramos cuánto más rápida y fecunda se desenvolvió con ella la vida nueva de otros pueblos fecundados por una cultura más rica.

Pero, por otro lado, debemos juzgar admirable la tenacidad moral de la resistencia que conservó intacta para el porvenir la energía espontánea, instintiva, de aquellas gentes, que pudieron resistir, precisamente, porque a pesar de la profunda humillación de los siglos impuros conservaron en ellas encerrado bien profundo el tesoro espiritual de una tradición gigantesca destinada a reverdecer más tarde, por su propio impulso.

Las palabras árabes que pasaron a las lenguas romances serán unas 250, muy pocas si se tiene en cuenta lo que representaban entonces los árabes en los órdenes civil, intelectual y artístico. Las más numerosas se encuentran, naturalmente, en España y Portugal, aunque muy disminuídas de lo que fueron en los primeros siglos ; luego viene el italiano (especialmente el dialecto siciliano), el provenzal y el francés. En otros idiomas los arabismos son raros e indirectos.

Es bastante frecuente el caso de una voz árabe que sólo siga usándose en la Península ibérica. Ejemplos : AMRÀ > esp. *amarillo*, pg. *amarilho ;* ARD « revista militar » > cat., esp. y pg. *alarde ;* CHALLAK « seducir », > val. *falagar*, esp. *halagar*, pg. *afagar*, cat. *afalegar*, todos con el significado de « acariciar » ; DAIAH « fondo campestre » > cat., esp., pg. *aldea* « pueblecito » ; DARAKA « escudo » > cat., esp. y pg. *adarga ;* GANNAM « pastor » > esp. *gañán ;* GARAH « incursión » > esp. *algara*, *algarada* « grito de guerra » (de donde el fr. *algarade*) ; GARAMAH « aduana » > esp. *garrama ;* GARI « hermoso, garboso » > esp. *garrido ;* HAZIN « triste » > esp. *hacino ;* KADIM « viejo, experto » > esp. *cadimo ;*

KANDARA « palanca » > esp., pg. *alcándara* « palanca en la que se posa el halcón » ; KERÉ « precio de alquiler » > esp. *alqueire*, esp., pg. *alquiler ;* MAUSIM « estación » > esp. *monzón* (de donde it. *monsone*, fr. *mousson*), pg. *monção ;* MOGHADDA « almohada » > esp. *almohada*, pg. *almofada ;* MOSTARIB « arabizado » > esp. MOSRIF « inspector » > esp. *almojarrife*, pg. *almoxarrife* « perceptor de tributos » ; QAID « el que manda » > esp., pg. *alcaide ;* SCHARIF « noble » > esp. *jarifo ;* RAS « testuz, cabeza de ganado mayor » > esp. *res*, pg. *rez* « bestia de matadero » ; EN SCHA ALLAH « ¡quiera Dios! » > esp. *ojalá*, pg. *oxalá*.

Muchas veces, los arabismos del español pertenecen también al provenzal, introducidos más por vía catalana que por directa reminiscencia del brevísimo dominio árabe : MARFAKA « almohadón » > prov. *marrego*, cat. *màrfega* « saco de paja », esp. *marfaga*, pg. *amarfega* « cubierta gruesa » ; QAWWAD « rufianería » > prov. *alcavot*, esp. *alcahuete*, pg. *alcayote*. En cambio, es muy raro un arabismo provenzal solo : AZUM AL HUC, « anca », *amaluc*. No menos raro es un arabismo exclusivo del francés : GHUSSIA « cubierta de silla », *housse ;* MASS « palpar », fr. *masser*. Del italiano hay también pocos : BIZEFF « mucho », *bizeffe ;* GAMAL *gomena ;* IBRĪQ *bricco ;* QAFA « revés », *caffo*.

Mucho más frecuentes son los arabismos propios de los dialectos sicilianos, que a veces se encuentran también en los dialectos meridionales del Continente, por ejemplo, ÁRATA « alejar » > sic. *arrassari*, sic., nap. *arrassu* « atrás, lejano » ; CHANAKA « collarín de perlas »

> sic., cal., nap., abr. *cannácca;* MELEMM « vaso » > sic. *lemmu,* cal. *limba;* SCHURTAH « policía » > sic. *ŝurta* « guardia nocturno » y también « canto nocturno ». Algunas veces se encuentra en el español y en el siciliano, aislados, como es natural, si se atiende a razones históricas: ejemplo, ÇIBAR « áloe » > sic. *sabbara,* cat. *aciber,* esp. *acíbar,* pg. *azevre.* Otras veces, con más frecuencia, coinciden el español y el italiano con los dialectos respectivos: « AG » AMI « bárbaro » > esp. *aljamía* « español hablado por los árabes », it. *aggeminare;* AMÂRA > it. *alamari,* esp. *alamar;* BORNIYYA « vaso de terracota » > sic. *burnia,* gen. *brünia,* piam. *bürnia,* cat. *alburnia,* pg. *albornia;* KOFA > it. *coffa,* esp. *cofa,* pg. *alcofa;* LAMPTA « antílope » > it. *dante,* esp. *ante;* FARIS > it. *alfiere,* esp., pg. *alférez;* FONDAK > it. *fondaco,* esp. *alhóndiga* (*fóndago* es italianismo), pg. *alfandega.* En veneciano *fonteco,* friul. *fontik* debieron llegar por otro camino. Así ocurre también con el rumano *fundak.* NĀ'URAH > it., sic., esp. *noria,* pg. *nora;* QAÇR « castillo » > it. *cassero,* esp. *alcázar,* pg. *alcacer;* SHAKA > it. *acciacco,* esp., pg. *achaque,* nap. *ciaccà* « herir ».

20. Muchas veces, los arabismos del italiano y el español se encuentran también en el francés por haber penetrado directamente o — con más frecuencia — por derivación de aquellas lenguas. Ejemplos: AL'UD > a. fr. *leut,* fr. mod. *luth,* it. *liuto,* esp. *laúd,* pg. *alaude;* ANBAR > it. *ambra,* fr. *ambre,* esp., pg. *ámbar, alambre;* ANBIQ > it. *lambicco,* esp. *alambique,* pg. *lam-*

bique, fr. *alambic ;* BABUSCH > it. *babbuccia*, esp. *babucha*, fr. *babouche ;* BALAKHŠ > it. *balascio*, fr., prov. *balais ;* esp. *balaj*, pg. *balais*, *balache ;* BARDAĞ > it. *bardascia*, fr. *bardache*, esp. *bardaja*, pg. *bardacha ;* ÇIFR > esp. *cero*, it. *zero* (¿españolismo?) ; it., esp., pg. *cifra*, a. fr. *cifre*, fr. mod. *chiffre ;* ÇOFFA > it., esp., pg., fr. *sofà (sopha) ;* DARÇANAH > it. *darsena* y *arsenale*, de donde fr., esp., pg. *arsenal*, ven. *arzanà ;* DIWAN > it. *dogana*, esp., pg. *aduana*, fr. *douane*, por otra parte it. *divano*, etc. ; FARFAR « inconstante »> sic. *farfaru* « cautivo sujeto », *farfanti* « embustero », it. *fanfarone*, esp. *fanfarrón*, fr. *fanfaron ;* KAFOR > it. *canfora*, esp. *alcanfor*, fr. *camphre ;* KALLA > it., esp. *cala*, fr. *cale ;* KARĀ'A > it. *caraffa*, esp. *garrafa*, a. cat. *cherraba*, fr. *caraffe ;* G'ABR > it., esp., pg. *álgebra*, fr. *algèbre ;* G'UBBAH > it. *giubba*, fr. *jupe*, prov. *jupa*, esp., pg. *aljuba ;* G'ULEB « agua de rosas » > it. *giulebbe*, esp. *julepe*, pg. *julepo*, fr. *julep ;* MAYZEN > it. *magazzino*, sic. *magasenu*, fr. *magasin*, esp. *almacén*, pg. *armacen ;* MESKIN (1) unas veces con significado de « muchacho », otras como despreciativo « chicazo » > it. *meschino*, prov., cat. *mesquí*, esp. *mezquino*, fr. *meschin*, *meschine* « muchacho, -a » ; NAFĀH > it. *acqua nanfa*, fr. *eau de naffe*, esp. *nafa ;* QABĀLA > esp. *alcabala*, it. *gabella*, prov., esp. *gabela*, fr. *gabelle ;* QIRMISI > it. *cremisino*, fr. *cramoisi*, esp. *carmesí*, pg. *carmesim ;* RABEB > it. *ribeca*, a. fr. *ribebe*, fr. mod. *rebec*, prov. *rebeb*, *rebec*, cat. *rabec*, *rabell*, esp., pg. *rabel ;* RIZMA

(1) Glos. de REICHENAU (siglo IX) : « Saraceni *miskinum* mendicum vocant ».

> it. *risma*, fr. *rame*, cat. *raime*, esp., pg. *resma* (1). Una gran parte de estos ejemplos nos revela, pues, arabismos indirectos que proceden del francés, del español o del italiano. Sólo en francés y en español se encuentra ARIR, a. fr. *aride* « grito de guerra de los sarracenos », esp. y pg. *alarido*.

Aunque estos ejemplos estén muy lejos de darnos un catálogo completo de palabras de origen árabe, nos dejan entrever de modo suficiente la naturaleza de la aportación que aquella fuente ha llevado a las lenguas neolatinas. En su mayor parte son sustantivos, raros adjetivos y verbos. Sólo se encuentra una preposición en el esp. y pg. antiguo : *ata*, árabe *hatta* « hasta », esp. mod. *hasta*. Los sustantivos son, generalmente, denominaciones de cosas : términos de guerra, de instituciones sociales, comercio, agricultura, etc. Restos de civilización noble son los términos científicos y particularmente los matemáticos y astronómicos. Los vocablos árabes se reconocen también fácilmente por el hecho de que, llegados en edad relativamente tardía, cuando ya los nuevos idiomas habían pasado por sus mayores innovaciones fonéticas, sufrieron una asimilación menos profunda que las voces germánicas.

En algunas voces españolas del fondo latino fué modificada la pronunciación de *s*- inicial por influencia árabe : SAPONE *jabón*, SUCU *jugo* (ant. *xabón*, *xugo*) ;

(1) Otras voces italianas del árabe : *alcova*, *alezano*, *ammiraglio*, *assassino*, *auge*, *barda*, *candito*, *carciofo*, *carrubbo*, *catrame*, *materasso*, *petonciano*, *quintale*, *sciabecco*, *sciroppo*, *sulla*, *zucchero*.

el sufijo *-í* es árabe y se emplea para formar adjetivos de algunos nombres propios *(Marroquí, Tuneci)*; también se encuentra en algún otro adjetivo; un grupo de vocablos latinos y griegos ha llegado al español con sello árabe: PASTINACA *biznaga*, CAESARAUGUSTA Zaragoza, ἄμβιξ *alambique*, δραχμή *adarme*, etc.

En conjunto, las influencias árabes constituyen una nueva prueba de la energía renovada con que el mundo latino supo conservar su carácter propio aun en los siglos más oscuros.

El recuerdo de la dominación árabe perdura después en muchísimos nombres locales de España y Sicilia. El nombre griego de Palermo (Πάνορμος) nos llega a través de la modificación árabe *Balermo;* el palacio árabe de la Cuba en Palermo tiene el nombre de QOBBAH (de donde it. *alcova*, esp., pg. *alcoba*); *Gibilrossa, Gibellina* y otras formaciones semejantes son, así como el nombre del Etna, *Mongibello*, de GEBEL «monte» (cfs. *Gibilterra*); *Caltagirone, Calatafimi, Calatabiano, Caltabellotta, Caltanisetta*, etc., de KALATA «castillo» (cfs. el esp. *Alcalá*); por otra parte, *Alcamo, Favara, Licata, Marsala*, etc.

En España: *Gibraltar* es GEBEL TÂRIK (del nombre del jefe de la primera conquista árabe); *Medina* (*Medina Celi* MEDINA SÊLIM), *Albufera, Alcántara, Guadalquivir, Guadiana, Guadarrama* (WÂDI «río»); *Alhambra*, etc. La toponomástica de origen árabe es extraordinariamente rica.

21. Nos hemos detenido con los elementos germánico y árabe por los problemas históricos que llevan

involucrados, especialmente el primero, o porque uno y otro han llevado al neolatín algo heterogéneo, mientras el griego, de que hay una aportación grandísima, estuvo en todo tiempo ligado con el latín por estrechísimos vínculos culturales. En los grecismos, numerosos en las lenguas romances, pueden distinguirse muchos grados. Encontramos vocablos remotos de la Magna Grecia y de la Sicilia griega ; es toda la aportación llegada con la cultura helénica el latín literario, una parte de la cual fué adoptada vulgarmente y perduró ; tras ella llegaron la gran ola de palabras venidas con la primera literatura cristiana, traducida toda del griego ; los restos lingüísticos de la dominación bizantina ; los ecos del comercio medieval con Oriente. Una gran parte de este helenismo multiforme se ha perdido por su carácter literario ; otra parte ha quedado también en palabras populares, y basta hojear un diccionario etimológico para darse cuenta de ello.

Naturalmente, después, las condiciones históricas y las vicisitudes de la cultura han producido otras importaciones de todo género ; cambios entre las varias hablas neolatinas o que provienen de otras lenguas. Este fenómeno se advierte frecuentemente en las lenguas literarias (1), de las cuales no se trata aquí ; no es raro encontrar ciertas voces extranjeras de las esferas superiores de la cultura que han pasado al dialecto popular, reflejando las vicisitudes históricas de la región.

(1) Véase, por ejemplo, A. AMATI e P. E. GUARNERIO, *Dizionario etimologico di dodicimila vocaboli italiani derivati dal greco.* Milano, Fr. Vallardi (1902).

Tomemos como ejemplo un dialecto de la Italia meridional, el napolitano. Además del elemento griego, que ya hemos señalado, y el árabe, se encuentra allí algún resto de la dominación angevina en un pequeño número de antiguos galicismos (1); el período español, a su vez, ha dejado huella en muchísimas voces populares y, tal vez, hasta en algún hecho fonético del siglo XV (2).

De todo esto no es posible discurrir parcialmente. Un interés especial pueden tener las importaciones del vasco en el español por si en ellas se puede ocultar algo del antiguo ibérico, pero en realidad se trata casi siempre de importaciones recientes y poco numerosas en una esfera de conceptos muy limitada, como es natural, dadas las condiciones rudamente alpestres y agrestes del pequeño pueblo vasco.

He aquí algunas de estas procedencias: vasco EXKER «izquierdo» > esp. *izquierdo* cat., prov. *esquer*, pg. *esquerdo*; MUGA «límite» > esp. ant. *muga*, pg. ant. *mugo*; GORRI «rojizo» > esp., pg. *gorro*, *gorra* «birrete»; ZAKUR > esp. *cachorro*; BATSARRA «tumulto» > gascón *batsarre*, de donde fr. *bagarre*; BIZAR «barba» > esp., pg. *bizarro* «valeroso, caballeresco», de donde, con distinto significado, it. *bizzarro*; AUSKO «carbón» > esp., pg. *ascua* «brasa», etc.

También tiene gran interés el rumano que vemos inmune de las influencias extranjeras estudiadas hasta

(1) P. SAVI-LOPEZ, *Appunti di napoletano antico*, en *Zeitschrift für rom. ph.*, XXX, pág. 34.
(2) Ibíd., pág. 41.

ahora, pero en compensación ha debido sufrir vastas y profundas infiltraciones de otras lenguas, de forma que, en conjunto, el material importado supera en mucho a lo heredado. El albanés, el griego, el magiar y el turco han contribuído de distintas formas; en otro sentido, es igual la acción del eslavo (principalmente búlgaro y serbio) y estas influencias no sólo se han ejercído en el vocabulario sino también en toda la íntima estructura y desarrollo de la lengua y en la sintaxis. Sonidos, formas gramaticales, significados de las palabras, tienen señales evidentes de contacto eslavo, y las voces eslavas son bastante más numerosas que las latinas. La influencia griega se revela particularmente en la tendencia a sustituir el infinitivo con una preposición subordinada, y en la formación del futuro con el verbo « querer », así como en otras particularidades síntácticas. Entre los helenismos del vocabulario los hay antiquísimos, seguidos de otros muchos directos o indirectos (a través del búlgaro y el albanés) de la edad bizantina, o posteriores. El magiar comienza a aportar elementos léxicos de la época en que fué a instalarse en sus territorios actuales, es decir, a fines del siglo IX: palabras magiares se encuentran ya en los textos rumanos más antiguos, pero se trata de una acción mucho menos importante que las precedentes. El contacto con los turcos principia en el siglo XIV, y las palabras turcas fueron numerosísimas: mientras las más recientes se han desvanecido por el uso, las más antiguas mantuvieron el derecho de ciudadanía que habían conquistado.

Hay muchas y muy notables concordancias con el albanés que nos inducen a creer en una relación íntima y antigua entre las dos lenguas, que debió producirse en la orilla derecha del Danubio. Lo mismo puede decirse para las concordancias con el dálmata. A pesar de las influencias extrañas, la latinidad del rumano aparece muy evidente ya en los humanistas del siglo XV. Poggio escribe en las *Disceptationes convivales* publicadas en 1451 (1): «Apud superiores Sarmatas colonia est ab Trajano ut aiunt derelicta, quae nunc etiam inter tantam barbariem multa retinet latina vocabula, ab Italis, qui eo profecti sunt, notata» (2). Y el paduano Andrés Brenta nos dice haber oído el mismo juicio de Demetrio Calcondila: «...a praeceptore meo Demetrio Atheniensi puer audivi, qui legatus in Sauromatas Scythas profectus est, esse civitatem illic longue nobilissimam et potentissimam, in qua adhuc ita verba nostratia sonant, ut nihil suavius sit quam illos antiquo more romano loquentes audire» (3).

---

(1) Libro III. Cfs. R. SABBADINI, *Quando fu riconosciuta la latinità del rumeno*, en *Atene e Roma*, XVIII, 83 y ss.

(2) Entre los Sármatas superiores hay una colonia, según dicen, abandonada por Trajano, que aun ahora, entre tanta barbarie, retiene muchos vocablos latinos, advertidos por los italianos que han ido allí.

(3) ... Le oí decir cuando era niño, a mi maestro Demetrio Ateniense, que fué como legado entre los Scitas Sauromatas, que había allí una ciudad de antiguo muy noble y muy poderosa en la que se oyen todavía palabras nuestras, de manera que nada hay más suave que oír hablar a aquellos que son romanos de pura cepa.

Así, las lenguas neolatinas, renovadas pero no desnaturalizadas por las variadas influencias extranjeras, en unos sitios más intensas, en otros menos sensibles según la naturaleza, la duración y la intensidad de las dominaciones, han continuado su desarrollo ascensional, pero siempre ligadas a las fuentes naturales de su tradición y de su cultura, y así veremos que se afirman hacia el año 1000, más o menos tardíamente en toda la Romania.

Notas bibliográficas

Una reseña sumaria completa de los estudios hechos en más de veinte años acerca de los elementos germánicos en las lenguas neolatinas, es la realizada por H. NAUMANN, en el *Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der romanischen Philologie* ed. por K. VOLLMÖLLER, XIII, I, 40 y ss. Para mayores detalles cfs. en su bibliografía ; aquí sólo anotamos los trabajos más importantes.

Los ensayos de KLUGE se citan en el texto del capítulo y además véase del mismo : *Die sprachliche Stellung der Germanen*, en *Intern. Wochenschrift f. Wissensch. Kunst u. Technick*, Berlín, 10 junio 1911. Para su influencia sobre el latín vulgar tenemos J. BRÜCH, *Der Einfluss der germanischen Sprachen auf das Vulgärlatein*, Heidelberg, 1903. Acerca de las emigraciones germánicas véase R. v. ERCKERT, *Wanderungen und Siedelungen der germ. Stämme*, 1901. — G. MARINA, *Romania e Germania*, Trieste, 1896 ; no está al corriente de los estudios modernos. — Debe usarse con discreción, la obra de SÜPFLE, *Geschichte des deutschen Kultureinflusses*, 1886-1887.

Para el LADINO son suficientes las indicaciones mencionadas en el texto.

La historia de las dominaciones bárbaras en Italia está magistralmente estudiada por G. ROMANO, *Le dominazioni barbariche in Italia* (395-1024), Milán, Fr. Vallardi, 1909. — Cfs., por otra parte, C. CIPOLLA, *Della supposta fusione degl'Italiani coi Germani nei primi secoli del medioevo*, en *Rend. R. Acc. dei Lincei* (Cl. ciencias morales, hist. y filol.), s. V., vol. IX, 1900,

e *Intorno alla costituzione etnografica della nazione italiana*, Turín, 1900. — El citado trabajo de Brückner, *Charakteristik der germanischen Elemente im Italienischen*, Basilea, 1899, sigue siendo fundamental ; cfs. del mismo un estudio suplementario en *Zeitschrift für roman. Phil.*, XXIV, 1900, págs. 60 y ss.

Para el español y las otras lenguas de la Península ibérica no hay una obra buena moderna. Muy anticuada es la de Goldschmidt, *Zur Kritik der altgermanischen Elemente in Spanischen*, disertación de Bonn, Lingen, 1887. — G. Baist, *Die hochdeutsche Lautverschiebung im Spanischen*, en *Romanische Forschungen*, I (1883), pág. 106.

Para el francés : E. Waltemath, *Die fränkischen Elemente in der französischen Sprache*, Paderborn, 1885 (disert. de Estrasburgo). — E. Mackel, *Die germanischen Elemente in der französischen und provenzalischen Sprache*, en *Französische Studien*, VI (1888), fasc. 1. Una buena recensión crítica de esta obra se debe a A. Pogatscher, en *Zeitschrift für rom. Phil.*, XII, 550 y ss. — G. Pfeiffer, *Die neugermanischen Bestandteile der französischen Sprache*, Stuttgart, 1902. — J. Jud, *Was verdankt der französische Wortschatz den germanischen Sprachen*, Zürich, 1909.

Para el rumano véase las notas. — En general debe tenerse presente W. Meyer-Lübke, *Einfuhrung*[2] cit., §§ 38-47, y Braune, *Neue Beiträge zur Kenntnis einiger romanischer Wörter deutscher Herkunft*, en *Zeitschrift für rom. Phil.*, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII (véase los índices respectivos).

Algunas adiciones y correcciones a los elementos germánicos en el diccionario etimológico de Meyer-Lübke hizo J. Brüch, en *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXXVI, págs. 577 y ss.

La fuente bibliográfica más rica para todo lo concerniente a los árabes es la *Enzyklopädie des Islam, geographisches, etnographisches und biographisches Wörterbuch der muhammedanischen Völker*, hg. v. Th. Houtsma y A. Schaade, Leyden-Leipzig, desde 1908.

La obra de A. F. de Schack, *Poesie und Kunst der Araber in Spanien und Sicilien*, 2 vols., 2.ª ed., 1877, es una obra anticuada pero siempre hermosa para conocer la vida árabe en España y Sicilia, traducida del alemán, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, por don Juan Valera, 3.ª ed., Sevilla, 1881, vol. 3. — C. Huart, *Histoire des Arabes*. — B. y E. Whishaw, *Arabic Spain*, Londres, 1912.

Para las influencias de las lenguas neolatinas pueden consultarse: R. Dozy y W. H. Engelmann, *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*, 2.ª ed., Leyden, 1869. — R. Dozy, *Supplément aux dictionnaires arabes*, I, II, 1881. — L. de Eguilaz y Yanguas, *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, Granada, 1886. — A. A. Fokker, *Mots espagnols et portugais d'origine orientale dont l'étymologie ne se trouve pas ou est insuffisamment expliquée par les dictionnaires*, en *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXXIV, 560 y ss.; XXXVIII, 481 y ss. — G. Baist, *Die arabischen Hauchlaute und Gutturalen im Spanischen*, Erlangen, 1889, y recensión en *Romanische Forschungen*, IV, 345. — D. Lopes, *Trois faits de phonétique historique arabo-hispanique*, París, 1906 (particularmente el paso de g lat. a *j* por influencia árabe). — Dévic, *Dictionnaire étymologique des mots français d'origine orientale*, 1876. — Lammens, *Remarques sur les mots français dérivés de l'arabe*, 1890. — F. Lasinio, *Delle voci italiane d'origine orientale*, Florencia, 1886. — L. Rinaldi, *Le parole italiane derivate dall'arabo*, Nápoles, 1906 (a pesar de algunas lagunas, es un compendio útil que facilita la obra antigua de Narducci, 1856-1863). — G. de Gregorio y C. F. Seybold, *Glossario delle voci siciliane d'origine araba*, en *Studi glottologici italiani*, III, 1903. — Los mismos, *Sugli elementi arabi nel dialetto e nella toponomastica dell'isola di Pantelleria*, ibíd., II, 1901. — D. Lopes, *Toponymia arabe de Portugal*, en *Revue hispanique*, IX, 1902. — Archiduque Luis Salvador de Austria, *Voci di origine araba nella lingua delle Baleari*, en *Actes du 12ᵉ Congrès des Orientalistes, Rome, 1899*, Florencia, 1902.

Siempre de gran valor es Pedro de Alcalá, *Vocabulista arábico en letra castellana*, Granada, 1505: vocabulario en caracteres latinos del dialecto de los moros de Granada, hoy más accesible por una excelente reimpresión dirigida por Lagarde, 1883. — También puede consultarse F. J. Simonet, *Glosario de las voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, Madrid, 1888. — Un resumen preciso y seguro de la influencia árabe nos da C. Seybold, *Die arabische Sprache in den romanischen Ländern*, en el *Grundriss der rom. Ph.*, I, 2.ª ed., Estrasburgo, 1904.

Acerca de las relaciones del vasco con el romance: H. Schuchardt, *Baskisch und Romanisch*, en el VI supl. al *Zeitschrift für rom. Ph.* — *Romano-baskisches*, en el mismo *Zeitschrift* XXXVI, págs. 33 y ss. — Enrico Zaccaria, *Contributo allo studio*

degli iberismi in Italia e della Wechselbeziehung (sic) *fra le lingue romanze ossia voci e frasi spagnuole e portoghesi nel Sasseti, aggiuntevi quelle del Parletti e del Magalotti*, Turín, 1905.

Para estudiar el rumano respecto a las influencias extranjeras, cfs. en general el ya citado O. DENSUSIANU, *Histoire de la langue romaine*, París, 1901-1902. — Por otra parte, KR. SANDFELD JENSEN, *Die nichtlateinischen Bestandteile im Rumänischen*, en *Grundriss der rom. Ph.*, I, 2.ª ed., págs. 524 y ss. Allí se encuentran otras indicaciones bibliográficas que pueden completarse fácilmente por medio de los informes acerca de los estudios de filología rumana publicados anualmente por G. WEIGAND, en el ya citado *Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der rom. Ph.*, hg. v. K. WOLLMÖLLER.

———

Capítulo VI

Las lenguas literarias

1. Las lenguas neolatinas no se desarrollaron contemporáneamente en toda la Romania y las causas fueron muchas y complejas, unas de orden general, otras de especial naturaleza. Cuando se deshizo la unión del Imperio y al choque con los bárbaros se alentó cada vez más la separación de las provincias con respecto a Roma, es fácil comprender que el latín vulgar fué desarrollándose y afirmándose cada vez más, con una individualidad propia, según las regiones que habían padecido durante más o menos tiempo la invasión de los bárbaros y, por lo tanto, su influencia, con mayor o menor intensidad.

Como ya hemos advertido, los gérmenes de diferencias locales no se perdieron del todo, y el latín del Imperio varió sensiblemente aun en su época más rica, hacia el siglo v. Cuando, después, Carlomagno renovó el Imperio romano, pareció que la potestad imperial resurgía perpetuándose, y que Roma iba a revivír de sus ruinas : tan grande era la fuerza que irradiaba de

sus monumentos y de su lengua, que el nuevo emperador había vuelto a poner en uso. Esta lengua latina en la que palpitaba el alma grande de Roma tuvo entonces un nuevo florecimiento poco menos grandioso del que alcanzó en la época de la conquista de tierras y pueblos. La Iglesia la había hecho suya confiándole el depósito solemne de la fe y del Evangelio y haciéndola instrumento augusto de la plegaria. Como ya hemos dicho, no todos los Padres de la Iglesia escribieron el latín, modelándolo en el clásico, pero es un hecho que hablaron la misma lengua de los escritores antiguos. « Los metros que habían servido para celebrar a Júpiter y a Venus, sirvieron después para ensalzar a Cristo y a María, como indica Graf (1). La lengua latina era, junto con los escritores latinos, lo mejor que sobrevivió de la disipada herencia de Roma : leyendo, hablando, escribiendo latín, el hombre de la Edad Media podía sentirse cristiano y romano a un tiempo ».

En la Península italiana, donde las tradiciones de la antigua lengua de Roma estaban mucho más firmes y presentes en la mente de los que la hablaban, las lenguas vulgares neolatinas vivieron humilladas y descuidadas durante mucho más tiempo que en cualquier otra provincia de la Romania. En Italia, donde el latín había desplegado el vuelo triunfal, era considerado siempre como la lengua nacional aun en los tiempos más oscuros de la Edad Media, y los italianos, divi-

(1) A. Graf, *Roma nelle memorie e nelle immaginazioni del medioevo,* Roma, 1883, II, 169-170.

didos por discordias seculares, no se sentían «romanos» más que por el vínculo de la lengua latina que los hermanaba en los antiguos recuerdos gloriosos de Roma y en los recientes de la Iglesia.

En Italia, pues, los lenguajes vulgares tardaron bastante en dejar oír su voz junto a la poderosa rival y tuvieron que sostener una lucha, en los primeros tiempos lenta y desigual, luego más rápida y gallarda, hasta que las razones prepotentes de la vida no tardaron en imponerse victoriosas, pero siempre bastante más tarde que en las otras provincias.

Debemos, pues, admitir teóricamente cierta diferencia en el nacimiento de las distintas lenguas neolatinas, pero también prácticamente puede observarse en los documentos que están a nuestra disposición. En general, cualesquiera poblaciones frente a un idioma literario sienten instintivamente la inferioridad de la propia lengua vulgar cotidiana de manera que se retraen de usarla en la escritura, y este hecho se advierte más cuando el idioma literario es el latín, lengua universal que siguió manteniendo durante toda la Edad Media la primacía indiscutible de la cultura.

Pero, por otra parte, aun en el propio dominio del latín vemos que en la escritura se infiltra poco a poco la lengua vulgar, por la razón impulsora que todas las lenguas tienen para extenderse. He aquí, pues, cómo aun donde menos podíamos esperarlo, aparecen algunos vocablos de cuño vulgar en las actas cancillerescas y notariales, que por costumbre o por ley debían estar escritas en latín. Son, generalmente, diplo-

mas originales de donación a monasterios y a la Iglesia, testamentos o actas de compra o venta, etc., en que los notarios y cancilleres, ya por ignorancia de los términos propios, o por hacerse entender con más claridad y precisión por las partes interesadas, introducían formas semivulgares o vulgares. Cuanto más se avanza en los siglos, tanto mejor se ve el completo desenvolvimiento de la expresión latina en la vulgar, y la sustitución de una nueva sintaxis embrional por la antigua.

He aquí algunos ejemplos sacados de documentos de todas las regiones de Italia : A. 730 : *De uno latere corre via publica* (Carta pisana, en MURATORI, *Antiq. Ital. Diss.* XXXII, tomo VI, col. 480-481). — A. 746 : *De uno latum decorre via publica... nomero quindeci* (*Memorie e Docum. per servire all'Istoria del Ducato di Lucca*, tomo V, parte II, pág. 23). — A. 748 : *Una libra cera... perexolvant* (ibíd., pág. 26). — A. 759 : *Reddere debeamus uno soldo bono expendibile* (ibíd., págs. 39-40).— A. 765 : *Prandium eorum tali sit per omnem septimana : scaphilo grano pane cocto, et duo congia vino, et duo congia de pulmentario faba et panico mixto, bene spisso, et condito de uncto aut oleo* (ibíd., pág. 55). — A. 792 : *Medietate vino puro* (ibíd., pág. 138). — A. 816 : *Avent in longo pertigas quatordice in transverso, de uno capo pedes dece, de alio nove in traverso... de uno capo duas pedis, cinque de alio capo* (Carta pisana, en MURATORI, *Diss.* cit., col. 481). — A. 850 : *Per longu passi sidici et gubita trea et pede unu* (Carta nocerina en el *Codex diplom. Cavensis*, tomo I, pág. 40). — A. 857 : *In locu nominato*

casamavile (ibíd., pág. 63). *Ut dare in cambio... ipsa terra sua, qui dicitur ad casa amabile* (ibíd., pág. 65); etcétera.

Encontramos también indicios fuera de Italia, por ejemplo en España; en el testamento del obispo Odoardo del año 747, junto a voces como *ganare* se encuentran frases como éstas: *fundata in locum, per suis terminis, de tertia pars, cum omne familiae suae* (1). Para el Norte de Francia nos da el biógrafo de S. Mommoleno un testimonio de los albores romances del siglo VII, al que podemos dar fe con algunas rectificaciones y reservas, cuando nos hace saber que el Santo fué llamado por el obispo de Noyon «*quia praevalebat non tantum in Theutonica, sed etiam in Romana lingua*» (2). Por otra parte, en el Concilio de Tours (813) se prescribía, *ut easdem homilias quisque aperte trasferre studeat rusticam romanam linguam aut theotiscam* (3).

(1) GRÖBER, *Archiv. für lat. Lexicogr.*, I, pág. 52.

(2) P. RAJNA, *S. Mommoleno e il linguaggio romanzo*, en *Mélanges offerts à M. M. Wilmotte*, París, 1909, págs. 541-567. Trataron de este punto, después, F. D'OVIDIO, en los *Rendiconti dei Lincei*, 1910, págs. 158-200, donde se comunica una revisión de RAJNA; F. COCCHIA, en las *Atti della R. Accad. d'Arch. ecc. di Napoli*, N. S., III (1910), págs. 33-52 y P. G. GOIDÁNICH, en *Arch. glott. it.*, XVIII (1914), págs. 191-193. — También trata de ello brevemente V. CRESCINI, *Romana lingua*, en la *Miscellanea di Studi in onore di A. Hortis*, Trieste, 1910, págs. 441-451. Después de esto RAJNA nos informa privadamente que tiene preparado el material para «una obra de conjunto, que a su juicio ha de ser exhaustiva, emprendida, interrumpida y que acabará Dios sabe cuándo, que tendrá por título *Tra le brume mattutine romanze nelle Gallie del nord-est*».

(3) DIEZ, *Gramm. der rom. Sprachen*, I³, 99.

Entonces sucedió que los vocablos latinos se hicieron cada vez más difíciles de comprender y se sintió la necesidad de explicarlos en obritas de gramáticos y glosadores, como las llamadas Glosas de Reichenau, a la cual hemos hecho referencia (cfs. pág. 140, nota 2) y las Glosas de Cassel que se conservan en un manuscrito del siglo VIII ó IX en la Biblioteca de Cassel o de Fulda, en las que hay una serie de voces del latín vulgar confrontadas con las correspondientes voces germánicas (1).

2. En el siglo IX aparece ya el primer documento del francés: es el juramento que, durante las disensiones entre los hijos de Ludovico Pío, y precisamente en 842, Luis el Germánico, prestó en *romana lingua* a su hermano Carlos el Calvo, y éste después en *teudisca*, conservados por el historiador Nitardo, sobrino de Carlomagno (manuscrito F. L. 9768 de la Biblioteca Nacional de París). Helo aquí íntegro:

---

(1) V. un ensayo de E. MONACI, *Facsimili di antichi manoscritti*, Roma, 1881 y ss., I fasc., 7-11 tav.; del mismo: *Crestom. dei primi secoli*, apénd., págs. 521 y ss., y W. FOERSTER y E. KOSCHWITZ, *Altfranzösisches Uebungsbuch*, cit. varias veces, páginas 37 y ss. En cuanto a la patria de origen de la parte romance de este glosario, contra la atribución francesa admitida generalmente, ha sido demostrada primero por PAUL MARCHOT, *Les Gloses de Cassel*, Friburgo (Suiza), 1895, y *Zeitschr. f. rom. Phil.*, XX, 82-84; luego por Morf y Monaci el origen ladino, y es triste que la muerte le haya impedido llevar a cabo la demostración que se había propuesto publicar, como aparece en la conmemoración de RAJNA, *In memoria di E. Monaci*, en nota de la pág. 39, del Estrac. [*Archivio della R. Società Romana di Storia patria*, vol. XLI, pág. 341 n].

. . . *Cumque Karolus haec eadem verba romana lingua perorasset, Lodhuvicus, quoniam maior natu erat, prior haec deinde se servaturum testatus est :* Pro Deo amur et pro christian poblo et nostro commun salvament, d'ist di in avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo, et in aiudha et in cadhuna cosa, sicum om per dreit son fradra salvar dift, in o quid il mi altresi fazet ; et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai qui, meon vol, cist meon fradre Karle in damno sit.

Quod cum Lodhuvicus explesset, Karolus teudisca lingua sic haec eadem verba testatus est : In Godes minna ind in thes christianes folches ind unser bedhero gealtnissi, fon thesemo dage frammordes, so fram so mir Got gewizci indi madh furgibit, so haldih tesan minan bruodher, soso man mit rehto sinan bruher scal, in thiu thaz er mig so soma duo ; indi mit Luheren in noheiniu thing ne gegango the, minan willon, imo ce scadhen werhen.

Sacramentum antem quod utrorumque populus quique propria lingua testatus est, romana lingua sic se habet : Si Lodhuvigs sagrament, que son fradre Karlo jurat, conservat, et Karlus meos sendra de suo part non lo stanit, si io returnar non l'int pois, ne io ne neuls cui eo returnar int pois, in nulla aiudha contra Lodhuwig nun li iu er.

Teudisca autem lingua : Oba Karl then eid, then er sinemo bruodher Ludhuwige gesuor, geleistit, indi Ludhuwig min herro then er imo gesuor forbrihchit, ob ih inan es irwenden ne mag, noh ih noh thero noh-

hein then ih es irwenden mag, widhar Karle imo ce follusti ne wirdhit (1).

Como se ve, los juramentos respectivos, que debían ser pronunciados por los soldados, se expresaban en la lengua de cada uno de los dos ejércitos, mientras los dos reyes lo cambiaban en su lengua.

De la misma manera que ya hemos visto en los documentos notariales, en los que se introducían fórmulas de lengua vulgar para que fuesen bien entendidas por las partes interesadas, así también en un acto político y militar las certificaciones debían ser bien comprendidas por los ejércitos respectivos para que pudieran prestar su juramento. No es, pues, la ignorancia del notario que suple con algunos vocablos vulgares su latín cancilleresco; es el vulgo quien obliga a la tradición habitual del latín por necesidades de la vida.

No esperemos que el francés aparezca ya con rasgos firmes en sus formas y en la sintaxis. Como observaba

---

(1) Texto y bibliografía en W. FOERSTER y E. KOSCHWITZ, *Alfr. Uebungs.* cit., págs. 45-46. De este juramento, como del otro prestado a la vez en romance y en alemán por las milicias, puede verse el facsímil en la colección llamada *Les plus anciens Monuments de la langue française*, París, Didot, edit. 1875, donde está reproducido del precioso códice de fines del siglo X ó comienzos del XI, perteneciente al Vaticano y que luego fué llevado a París. Véase también un facsímil en E. MONACI, *Facsimili di ant. mss.*, Roma, 1881 y ss., tav. 91 y del mismo: *I più antichi monumenti della lingua francese con glossario*, Roma, 1894, págs. 3-4, del que tomamos el texto. Cfs. también C. W. WAHLUND, *Bibliographie der französischen Strassburger Eide von Jahre 842*, dividida en cuatro partes en la Miscelánea en honor de A. Mussafia, 1905, M. Wilmotte, 1910, P. A. Geijer, 1911 y E. Picot, 1913.

Muratori (1) a propósito de este mismo documento, la lengua francesa se parecía entonces mucho más que ahora a la italiana. Lo mismo puede decirse de todas las lenguas neolatinas en el período de su origen, las cuales son más semejantes entre sí, y a la vez se asemejan al latín tanto más por razón de su mayor proximidad al tronco de que proceden, mientras que cuanto más se alejan más se diferencian de él. Así ocurre en este primer texto francés, para el que puede consultarse el largo comentario de E. Koschwitz y las conjeturas y correcciones de los distintos críticos que se han ocupado de él (2). Damos la traducción de la parte francesa:

«Por amor de Dios y por el pueblo cristiano y nuestra salvación común, desde hoy en adelante en cuanto Dios me dé saber y poder, salvaré a mi hermano Carlos, tanto en conjunto como en cada cosa de la manera que debe salvar por derecho un hombre a su hermano en aquello que él me haga por otra parte y no tomaré con Lotario ningún acuerdo que pueda ocasionar daño a mi hermano». Y por otra parte: «Si Ludovico mantiene el juramento que hace a su hermano Carlos, y Carlos mi señor rompe, por su parte, el suyo, si yo no lo puedo evitar, ni yo ni nadie, a quien yo pueda inducir, prestará ayuda contra Ludovico».

---

(1) *Antiq. Ital. Diss.* cit., col. 457.

(2) E. Koschwitz, *Commentar zu den ältesten französischen Sprachdenkmälern*, Heilbronn, 1886, págs. 1 y ss., y para los otros críticos véase la bibliografía en la cit. *Altfranzös. Uebungs* de Foerster y Koschwitz.

A fines del mismo siglo IX pertenece también la *Cantilena di Santa Eulalia*, conservada en un manuscrito de la Biblioteca de Valenciennes (Ms. 143, fol. 141). Es una composición breve, de veintinueve estrofas, acerca de cuya versificación no están de acuerdo los críticos (1). Comienza así :

Buona pulcella fut Eulalia
Bel avret corps bellezour anima.
Voldrent la veintre li Deo inimi,
Voldrent la faire diaule servir.
Elle no'nt eskoltet les mals conselliers,
Qu'elle Deo raneiet chi maent sus en ciel ;
Ne por or ned argent ne paramenz,
Pór manatce regiel ne preiement...

Como puede juzgarse por estos versículos, no se puede dudar que se trata de una de aquellas canciones populares en lengua vulgar que hemos mencionado y que eran cantadas no sólo por cantores de profesión sino también por todo el pueblo.

A la misma Biblioteca de Valenciennes pertenece un texto curioso (Ms. 475) escrito casi enteramente con notas tironianas y que contiene un comentario al texto de *Giona*, en que el latín se mezcla con el francés para darnos la explicación (2) :

(1) Texto y bibliografía en FOERSTER y KOSCHWITZ, *Altfranzös. Uebungs.*, págs. 48 y ss.; E. MONACI, *I più ant. monum.*, etcétera., pág. 5, del que seguimos el texto más extendido y del mismo *Facsim. d'ant. manoscritti*, Roma, 1891, tav. 86.

(2) Texto y bibliografía en FOERSTER y KOSCHWITZ, *Altfranzös. Uebungs.*, págs. 52 y ss., y MONACI, *I più ant. monum.*, etc., págs. 6 y ss., de donde tomamos este breve ensayo.

.... *dicit* .... *me rogat* aler *in Niniven* .... p.... *si est* venude cist tres *dies super* ... *me et* ... ... eisi .. *dixit* ore nos .. aire......... end .. *me sit* ... *ut me* ... *vivamus* ... *licerent* revenir al ... niul moud *quia mare ibat et intumescebat super eos* ... *d* .. e si distrent : *quaesumus, domine, ne pereamus in anima viri istius et ne des super nos sanguinem innocentem....*

Una larga serie de críticos la han sometido a examen, entre ellos Gastón Paris, en su obra *Romania* (l. aleg. en *Altfr. Uebungs.* cit. en la nota), aduciendo varias hipótesis y suposiciones. Se atribuye generalmente a principios del siglo x, suponiéndose que se trata de un manuscrito compuesto de prisa por un predicador antes de salir al púlpito.

Podemos estudiar dos verdaderas composiciones, los « poemas de Clermont », llamados así porque se conservan en un magnífico manuscrito de la Biblioteca de Clermont-Ferrand (Ms. 189). El primer poemita es la *Passion du Crist*, en 129 estrofitas de cuatro versos octosílabos, en conjunto 516, asonantes de dos en dos (1). Debió ser escrito a fines del siglo x en un dialecto mezcla de formas francesas y provenzales. Algunos trozos del poemita siguen el Evangelio apócrifo de Nicodemo y nos conservan el tipo de aquellas lamentaciones religiosas, compuestas por la Iglesia para instrucción del pueblo y que los cantores populares difundían de país en país. Comienza así :

(1) Texto y bibliografía, en Foerster y Koschwitz, *Altfranz. Uebungs.*, págs. 60 y ss., y Monaci, *I più ant. mon. fr.*, etc., págs. 10 y ss., de donde tomamos el ejemplo.

Hora vos dic vera raizun
de Jesu Christi passiun :
los sos affanz vol remembrar
per quę cest mund tot a salvad.
Trenta tres anç et alques plus,
des quę carn pres, in terra fu :
per tot obred que verus deus,
per tot sosteg quę hom carnals.

El segundo poemita es la *Vie de Saint Léger* (vida de San Leodegario), escrito aproximadamente en el mismo siglo x en lengua *d'oïl*, pero con ciertos matices de lengua *d'oc* que, sin duda, se deben al amanuense (1). Comprende 40 estrofas de seis versos octosílabos, en conjunto 240, asonantes dos a dos. Es el tipo de aquella vida de santos, también debida a la Iglesia, para edificación del pueblo y difusión por los cantores populares. Allí se narran especialmente las controversias entre el obispo de Autun y Ebroïn, que terminan con el martirio de Leodegario. He aquí el principio :

Domineddeu devemps lauder
et a sos sancz honor porter ;
in su'amor cantomps del sanz
quae por lui augrent granz aanz,
et or es temps et si est biens
quae nos cantumps de sant Lethgier.
Primos didrai vos dels honors
quae il auvret ab duos seniors ;
apres ditrai vos dels aanz
que li suos corps susting si granz,
et Ewruins, cil deumentiz,
qui lui a grand torment occist.

(1) Texto y bibliografía ibíd., págs. 78 y ss., donde el poemita está acompañado al pie de página con el texto latino de la leyenda. Aquí damos un ensayo de MONACI, *I più ant. mon. fr.*, etc., págs. 24 y ss.

La serie de los antiguos documentos franceses entre los que es notable una versión del *Lapidario* del obispo Marbodo († 1123) es un texto en prosa *Les quatre livres des Rois* (1), y continúa sin interrupción, hasta un monumento de capital importancia, la *Chanson de Roland*, el poema más espléndido de la antigua literatura francesa, compuesto en el último tercio del siglo XI por autor ignorado. Con la *Chanson de Roland* se asegura el triunfo de la lengua *d'oïl*.

Las lenguas literarias neolatinas, como ya hemos dicho, no tienen fundamento más que en un dialecto, que llevado a la escritura, se convierte en medio de expresión de una colectividad para sus necesidades literarias, políticas, administrativas y comerciales. Sin estar limitado a la materialidad de las relaciones diarias, y alimentado cada vez más por las necesidades intelectuales, se extiende de mano en mano a otras colectividades afines, y tanto más llega a imponerse a las poblaciones circundantes cuanto mejor representa una cultura superior, una fuerza política, o las dos juntas. El florentino llegó a ser la lengua literaria de Italia exclusivamente por la vida de la cultura y por el genio universal de Dante, no habiendo sido nunca Florencia el centro político de la nación. Por el contrario, el dialecto de París se convirtió en lengua nacional de Francia por razones de cultura y de política combinadas.

El Noroeste de Francia, como ya hemos dicho, nos presenta la región dialectal francesa más homogénea,

(1) V. Foerster y Koschwitz, *Altfranz. Uebungs.* cit., págs. 174 y ss., para el *Lapidario*, y págs. 192 y ss. para el otro.

y corresponde precisamente al dominio de la *langue d'oïl*, donde no hay una delimitación bien clara entre el normando y el picardo o entre el dialecto de la *Île-de-France* y el de la *Champagne*. Sus literaturas dialectales respectivas pierden pronto toda individualidad característica hasta que la de la *Île-de-France* las domina y somete a todas ; esto se debe no sólo a las condiciones literarias favorables sino también a razones políticas y económicas de carácter particular.

Ya hemos visto cuál fué la suerte del vocablo *France*, que en la Edad Media se atribuía generalmente a la provincia circunscrita por el Sena y el Loira, a la que más tarde se llamó *Île-de-France*. De allí arranca el poder unitario y el sólido organismo de la dominación franca, tomando el impulso para la conquista de lo que luego había de ser *France*.

Cuando la monarquía de los Capetos sustituyó poco a poco los diversos poderes feudales y concentró la potestad real en la dinastía, la lengua de la corte, que es el dialecto de París, robustecida por la mayor cultura, se convirtió en lengua oficial del Gobierno y, allanando las diferencias provinciales, se impuso a la aristocracia y a los escritores, y se difundió por las poblaciones cada vez más como lengua de cultura. Continuaron produciéndose aún poemas y prosa en los diferentes dialectos hasta el siglo XIV, y se introdujeron en la lengua formas y locuciones de las hablas locales, así como también la pronunciación varió más o menos sensiblemente de provincia en provincia ; pero hasta el siglo XII queda asegurada la primacía a la lengua

de la Isla de Francia, y cuando Felipe Augusto y San Luis llevaron la corte al mayor esplendor, determinaron su triunfo definitivo.

Cuando, más tarde, Francisco I, en 1539, dió de lado al latín y prescribió que todo acto jurídico se escribiera sólo en la lengua de la corte, dió ocasión a que el francés venciera también al provenzal, que hasta entonces había vivido como lengua literaria del Mediodía. La lengua de París llegó a ser verdaderamente la lengua nacional de Francia entera, que aun hoy, según Ascoli (1) « recoge en París la unidad de su idioma porque París es el gran crisol en el que se ha fundido y se funde la inteligencia de Francia entera. Del vertiginoso movimiento del municipio parisino parte todo impulso de civilización francesa, y como en aquel movimiento toman parte activa franceses de todas las provincias que no se sienten eficaces sino cuando despliegan su fuerza en el único, maravilloso y tiránico laboratorio que hay a orillas del Sena, ningún concepto, ninguna obra, ningún argumento de civilización puede difundirse por Francia con otra lengua que no sea la parisina, por la cual y con la cual ha nacido ».

3. Si Mamerto Claudiano escribe ya en el siglo v a Sapaudo « grammaticam video... pugno et calce propelli » (2), no puede dudarse que también en el Mediodía de Francia la lucha entre el latín y el *roman*

(1) *Archivio glottologico italiano*, I, pág. x.

(2) Cfs. Aubertin, *Histoire de la langue e littérature française*, París, 1883, I, 54.

o *lingua romana* fué muy evidente y manifiesta. Se encuentran huellas indudables de las transformaciones en los documentos religiosos y notariales de los siglos VII, VIII, IX y X. Así puede verse en unas inscripciones « Requiiscit membri bone memorie Andolena, bona caretate suam », por decir « aquí reposan los miembros de Andolena de buena memoria, amada por su caridad », y en otra « se penetivit » ; y el papa Zacarías en el siglo VIII tuvo que resignarse a convalidar los bautismos administrados con esta fórmula extraña : « In nomine de Patria et Filia et Spiritua sancta », etc. En todos estos documentos los escribanos han tenido presente siempre el latín que ellos creían saber y usar, pero en realidad tomaban a todas horas la lengua vulgar que sonaba en sus labios y en sus oídos.

En el siglo XI se hace cada vez más manifiesta en las cartas la mezcla de *roman* con latín, y en el siglo XII aparecen escritas completamente en lengua vulgar, como se ve en los numerosos documentos que se han venido publicando en los volúmenes de la *Revue des langues romanes* (1). Del Archivo de Montpellier proviene, después, la colección más importante, llamada *Memorial des Nobles*, que comprende 613 documentos entre los años 1020 y 1204, del que un centenar están escritos en provenzal y entre éstos el más antiguo es de 1130 (2). Estos primeros documentos son distintos de los popu-

(1) Montpellier y París de 1870, dedicado por completo al provenzal, a pesar del título.

(2) Editado por A. MONTEL, en la *Revue des langues romanes*, IV, 480, y más completamente en 1886, por A. GERMAIN.

lares, pero son impuestos, como ya hemos dicho, a los legos por sus obligaciones profesionales y a los clérigos para edificación de los fieles. Poco a poco se destacan ejemplos puramente populares que muestran una gran seguridad de lengua y de métrica no sin cierta intención artística. De esta clase es el oscuro estribillo de un Alba.

En una lengua vulgar no bien definible — según unos provenzal, según otros, con menor verosimilitud, ladina — fué compuesto seguramente (a pesar de las hipótesis de origen latino literario o bajo latín) el famoso estribillo de un *Alba bilingüe* que se encuentra en el Cod. Vat. reg. 1462. He aquí el texto :

Phebi claro nondum orto iubare ;
Fert aurora lumen terris tenue
Spiculator pigris clamat surgite ;
Lalba par um & mar atra sol
Poypas abigil miraclar tenebras ;
En incautos ostium insidie
Torpentesq ; gliscunt intercipere :
Quos suad& preco clamat surgere
Lalba part um& mar atra sol ;
Poy pas abigil miraclar tenebras
Abarcturo disgregat aquilo ;
Poli suos condunt astra radios
Orienti tendit septemtrio
Lalba part um& mar atra sol ;
Poy pas abígil... (falta el resto).

Muchos críticos probaron a descifrar esta jerga, y sus interpretaciones pueden verse resumidas por Foerster y Koschwitz (1), de donde tomamos el ejemplo.

(1) *Altfranzösisches Uebungsbuch* cit., pág. 258, con todas las indicaciones bibliográficas.

Gorra volvió a insistir en esta cuestión (1), refutando la interpretación latinoliteraria o bajolatina y proponiendo una nueva interpretación de *poypas*.

De verdadera e indiscutible importancia para la literatura provenzal es el llamado *Poema de Boecio*, fragmento de 257 decasílabos que se conserva en un manuscrito del siglo XI de la Biblioteca de Orleáns (2). El autor, seguramente un eclesiástico, toma como base de su versión cristiana algunos pasajes del famoso libro *De Consolatione Philosophiae* de Boecio, y para hacerlo accesible a los fieles e inducirles al desprecio de las cosas terrenas y al amor de las celestiales, adopta la lengua y la métrica de la poesía popular. Comienza, como de costumbre, a vituperar los males de la generación presente, y empieza a contar cómo Boecio fué encarcelado por felonía del rey, y cómo bajó a consolarle en la cárcel una señora celestial que simboliza la Filosofía cristiana. El vestido y la hermosura de la mujer simbólica son descritos minuciosamente. Es escaso el mérito estético del fragmento de este poema moral, pero es muy grande su valor para la historia de la lengua y de la literatura, porque allí se traza una de las variedades dialectales del provenzal, es decir, la del lemosín o de la Marca, que habrán de participar en la formación del idioma literario de la Provenza.

(1) *Ancora del ritornello dell'Alba bilingue*, en *Scritti varii in onore di Rodolfo Renier*, Turín, 1912, págs. 167 y ss.

(2) HÜNDGEN, *Boethius*, Oppeln, 1883, edic. crítica; MONACI, *Facsimili di antichi manoscritti*, tav. 33-39 y la edición luego citada.

Bartsch supone que la composición es del año 950; Paul Meyer, con mayor probabilidad, la atribuye al 1000 ó 1050; pero aun con esta segunda fecha sigue siendo el documento más antiguo de Provenza (1).

He aquí una prueba:

Nos iove omne, quandius que nos estam,
de gran follia per foll edat parllam;
quar no nos membra per cui viuri esperam,
qui nos soste tan quan per terra annam
e qui nos pais que no murem de fam,
per cui salv' esmes per pur tan quell clamam.
Nos iove omne menam ta mal iovent,
que us non o preza sis trada son parent,
senor mi par, sill mena malament,
ni l'us vell'aitre sis fai fals sacrament,
quant o a fait miia no s'en repent
e ni vers Deu non fai emendament,
pro non es gaigre si penedenza 'n pren;
dis que l'a bresa, miia nonqua la te,
que, epslor forfaiz, sempre fai epsamen,
laisa 'n Deu lo grant omnipotent
kil mort et vius tot a in iutramen;
eps li satan son en so mandamen,
ses Deu licencia ia non faran torment.... (2).

Por el contrario, es incierta la edad remota de otras composiciones poéticas que pertenecen a los albores de la literatura provenzal, como la *Vida del Beato Amando*, obispo de Rodez, del cual no nos quedan

(1) Acerca del lugar que corresponde a *Boecio* en la poesía épica, cfs. RAJNA, *Origini dell'Epopea francese*, pág. 691.

(2) *Il Boecis* en antiguo provenzal, según las lecciones del apógrafo orleanés con glosario por A. BOSELLI. Texto romance para uso de las escuelas dirigido por E. Monaci, 2.ª edición, Roma, 1908.

más que 37 versos alejandrinos incluídos en una obra del siglo XVII por el jurisconsulto Dominicy de Cahors; un fragmento de una *Vida de S. Fides de Agen* en 20 versos octosílabos conservados por Fauchet en su obra acerca del origen de la poesía francesa, de 1581, y reproducido por Raynouard, quien los atribuye al siglo XI; otro fragmento de la *Vida de S. Fides de Rouergue*, reproducido por Catel en su *Historia de los Condes de Tolosa*, de 1623, cuya antigüedad no puede precisarse. La idea de parafrasear en versos la vida de un santo o un himno latino para edificación de los fieles no podía nacer más que en una edad en la cual la poesía popular había hecho ya sus ensayos en lengua vulgar. Tenemos, efectivamente, un documento en un *Llanto de San Esteban* que comprendía brevemente la vida y el martirio del Santo en 17 estrofas de cuatro octosílabos monorrimos, obra que tiene su origen en una epístola interpolada que se cantaba en la fiesta del Santo en la iglesia, después de la epístola canónica (1).

Del mismo género es una epístola de *San Juan Evangelista*, de la que no nos queda más que las dos primeras estrofas y un breve *Intermedio* de seis decasílabos que se encuentran en un manuscrito de San Marcial de Limoges, actualmente en París, ms. lat., 1139. Se cantaba en la Misa de Navidad en notas mu-

(1) Es tal vez posterior al siglo XII, y GAUDIN en *Revue des langues romanes*, II, 133-139, publica dos redacciones, la segunda de las cuales no es provenzal, sino francesa, muy provenzalizada por el copista.

sicales bastante agudas, como aparece por la ingenua frase escrita por un cantante : « Estoy cansado porque he tenido que cantar demasiado alto » (1). Otras poesías de carácter religioso-didáctico son un *Acto de fe* y una *Fórmula de Confesión* en versos pareados de medida desigual, de escaso interés, y cuya remota antigüedad es incierta (2). Por el contrario, son verdaderamente antiguas dos poesías también de carácter moral-religioso, pero con una entonación más lírica que las precedentes, obras que se conservan en el mismo manuscrito de París, lat. 1139. Una es *Noel*, esto es, una canción para la noche de Navidad en estrofas alternadas, ocho latinas y once provenzales con el ritmo y melodía del himno latino *In hoc anni circulo*. La otra es una *Plegaria a la Virgen*, en doce estrofitas de a cuatro versos, de las que damos un ejemplo a continuación :

O Maria, deu maire,
deus t'es e fils e paire :
domna, preja per nos
to fil lo glorios.
E lo pair' aissamen
preja per tota jen ;
e c' el no nos socor,
tornat nos es a plor.
. . . .

(1) Para todos estos fragmentos cfs. BARTSCH, *Grundriss zur Geschichte der provenzalischen Literatur*, Elberfeld, 1872, págs. 3-12, advirtiendo que es corriente creerlas más antiguas de lo que son en realidad.

(2) Para esta poesía y las precedentes, v. P. MEYER, *Anciennes poésies religieuses en langue d'oc*, París, 1860.

Eva, moler Adam;
quar creet lo Setam,
nos mes en tal afan
per qu' avem set e fam.
Eva mot foleet
quar de queu frut manjet,
que deus li devedet,
e cel que la creet.

Al ciclo poético que en la Edad Media cantó la gesta de Alejandro Magno pertenece un fragmento de un poema sobre *Alejandro Magno* en 105 octosílabos en serie monorrima (1). Alberico de Besançon o Briançon, de principios del siglo XI, es el autor de este poema en lengua vulgar que se sirve de un compendio del tiempo de Carlomagno, del libro que un tal Julius Valerius en el siglo IV tradujo del romance griego, conocido con el nombre de Seudo-Calístenes, sobre la historia fabulosa del héroe macedonio. Aunque de materia profana, al poema se le ha dado un aspecto didáctico, como puede juzgarse del principio, que es lo único que nos queda. En la gloria y en la muerte prematura del héroe, el autor ve reflejarse la máxima bíblica de la vanidad de las cosas del mundo. El poema está compuesto en el dialecto del Delfinado, es decir, pertenece al territorio borgoñón o franco-provenzal, y es de lamentar que no esté completo un fragmento de cierto mérito artístico como éste, porque es el más antiguo de los muchos poemas escritos sobre Alejandro Magno que han llegado hasta nosotros (2).

(1) Para la versificación, v. RAJNA, *Orig. dell'Epopea ranc.*, pág. 500 n.

(2) G. PARIS, *Lit. franc. au moyen âge*, París, 1890, pág. 74 y las notas bibliográficas a la pág. 263, nota 44.

Los diversos documentos citados hasta ahora, que alcanzan hasta el siglo xi, muestran, aun en medio de las diversas corrientes dialectales, cierta estabilidad en los caracteres de la lengua y en la técnica de la gramática y de la métrica, de manera que maravilla cómo, casi de un salto, en el mismo siglo aparece la literatura trovadoresca ya adulta, consciente de sí y conocedora del manejo de las diversas clases de versos y de estrofas. Con Guillermo, VII conde de Poitou y IX duque de Aquitania, que reinó entre 1087 y 1127, se inicia la serie de trovadores ya conocidos, pero es probable que él no fuese el primer trovador, tan formada y artística es su poesía. Después de él continúa sin interrupción la serie de los trovadores que alegraron con sus rimas las cortes feudales en los siglos xi, xii y casi toda la primera mitad del xiii, desde Eble II de Ventadour a Bernardo de Ventadorn, desde Jaufré Rudel a Giraldo de Borneil, a Bertrán de Born, Gaucelmo Faidit, Americo de Peguilhan, Arnaldo Daniello, Pedro Vidal, Rambaldo de Vacqueiras, etc. Sin embargo, fué de breve duración el espléndido florecimiento trovadoresco; la cruzada contra los Albigenses que cayó sobre Tolosa en 1209, apagó para siempre la vida elegante y liberal de las cortes de Provenza, y privó a los poetas de su fuente principal, dispersándolos por las hospitalarias cortes de Cataluña, Aragón e Italia.

¿Cuál fué el dialecto que prevaleció en el Mediodía de Francia? ¿Cuál la lengua de estos trovadores, que se designó después con el nombre de «provenzal» o

« *langue d'oc* »? En la primera mitad del siglo XIII el poeta Raimón Vidal de Besalú, del Norte de Cataluña, tal vez en la corte de Pedro II de Aragón, escribió un tratado de gramática al servicio de la poética, titulado *Las Razos de trobar*. Comienza por establecer las reglas de la recta dicción, y da preferencia entre todas las regiones provenzales a la lemosina, diciendo : « *tuit li home qi en aqella terra sunt nat ni norit han la parladura natural e drecha..., et per aizo sun en major autoritat li cantar de la parladura de Lemozi que de nengun' autra lenga* ». H. Morf (1) reclama la atención de los provenzalistas sobre este célebre pasaje, y recuerda que, con este nombre, Raimón Vidal designó la lengua de todo el Mediodía, llamada más tarde « provenzal ». Cree que Raimón Vidal usó este término por la gran fama literaria a que había llegado el lemosín a principios del siglo XIII. Los comentaristas antiguos se han engañado acerca del sentido de la palabra y lo han circunscrito a ella. También nos equivocamos muchos modernos considerando la « lengua lemosina » como la propia de los trovadores hasta el punto de hacerla sinónima al « toscano » de los dialectos provenzales.

Esta lengua, por el contrario, es ciertamente muy mixta, pero al principio de la poesía lírica debió tomar más de un rasgo de los dialectos del Noroeste de la Occitania (2). Por otra parte, la lengua del Sur tenía

(1) H. MORF, *Vom Ursprung der prov. Schriftsprache*, en *Sitzungsber. d. k. p. Ak. d. Wiss. zu Berlin*, phil.-hist. kl., XLV (1912), págs. 1014-1035.

(2) Cfs. ANGLADE, en *Jahresb. Rom. Phil.*, XIII, I, 246-247, que confirma la teoría de Morf.

ya gran unidad a mediados del siglo XII, como lo atestiguan los documentos desde los Alpes hasta Burdeos. La lengua del siglo XII fué, pues, sólo parcialmente lemosina, y la gran fama poética de la provincia lemosina hizo creer que fuese especialmente la lengua de esta región. Es difícil encontrar en los trovadores características verdaderamente lemosinas porque falta aún un estudio histórico especial acerca del lemosín.

La lengua trovadoresca fué especialmente la de las cortes, y decayó rápidamente con la Cruzada, como cayeron los feudos donde había tomado aliento y fuerza, que fueron reducidos a términos bien insignificantes, mientras los franceses se apoderaron de los más ricos y extensos, como la comarca de Tolosa, en 1249, y en 1246 el condado de Provenza para los dos hermanos del rey de Francia. Para cortar de raíz la fuente de la lengua trovadoresca no faltó ni siquiera el apoyo de Roma. El año 1245, Inocencio IV condenaba en una bula la lengua provenzal como herética, y prohibía el uso de ella a los estudiantes. Pero aun sin la tempestad albigense, bastó la caída del sistema feudal provenzal para arrastrar en su ruina a la poesía caballeresca amatoria que allí fué la expresión más espiritual y excelsa. Con la poesía cayó también la lengua provenzal, y ya durante el siglo XV se impuso en el Mediodía de Francia la supremacía literaria francesa, como hemos dicho anteriormente. No faltaron tentativas para mantenerla viva, en Francia y en España, donde desde el siglo XV se establecieron a tal fin los Juegos Florales; con todo esto, la lengua pro-

venzal se redujo poco a poco a producción meramente dialectal.

Sólo al correr los años, en 1859, la aparición de *Mireya*, el admirable poema de Federico Mistral, volvió a unir en torno a sí el grupo de los poetas del Mediodía, llamados con un oscuro término *Felibres*, y así se llamó después a la importantísima asociación que reunió a todos los poetas provenzales y pareció volver a dar a la lengua el esplendor antiguo, manteniéndola circunscrita, sin embargo, a la gran patria francesa.

Subordinado o coordinado al provenzal aparece el catalán. Éste siguió el desarrollo evolutivo que hemos descrito hasta ahora para las otras lenguas, pasando de los primeros intentos en las cartas notariales a los documentos escritos completamente en lugar vulgar y a los textos originales de prosa y poesía que se sucedieron en los siglos XI, XII y XIII, cada vez más interesantes.

El texto literario más antiguo conocido con el nombre de *Les Homilies d'Organyà*, descubierto por J. Miret y Sans (1), es ya de las postrimerías del siglo XII o principios del XIII. Véase un ejemplo de ellas :

Dominica in LXª. In illo tempore cum turba plurima conuenirent et de ciuitatibus properarent ad ihesum dixit per simjlitudinem. Exit qi semjnat seminare semen suum. Senyor,

(1) MIRET Y SANS, *El més antic text literari escrit en català*, precedido de una colección de documentos de los siglos XI, XII y XIII, en la *Revista de Bibliografia Catalana*, IV (1906), páginas. 30-47, 215-220 ; además, en *Antics documents de llengua catalana: Reimpressió de les Homilies d'Organyà*, Barcelona, 1915 ; cfs. *Jahresb. f. rom. Phil.*, X, 178.

nostre Senyor dix aqesta paraula per semblant, et el esposa per si elex. Aqel qi ix seminar la sua sement, e dementre qe semenaua, la una sement cadeg prob de la via e fo calzigad, els ocels del cel mengaren aqela sement. Aqest seminador dix nostre Senyor qe son los maestres de sent eglesia, la sement e la predicacio de ihesu crist. Los auzels del cel qi mengaren la sement son los diables qi tolen la paraula de deu de coratge dom per... e per pecatz e per males obres... (1).

La poesía catalana se desarrolló siguiendo las normas de la provenzal, si bien adoptó el nombre de «lemosín» para significar el idioma propio en cuanto los trovadores la modelaron a manera de la lengua proclamada perfecta por Raimón Vidal, no usándola siempre correctamente porque era distinta la lengua vulgar que pronunciaban sus labios y usaban en su prosa. Así, en su primer período, que llega casi hasta mediados del siglo XIV, la historia de la poesía catalana se confunde con la de la poesía provenzal, favorecida también por causas políticas, puesto que con el matrimonio de Berenguer III de Barcelona y doña Dulce, heredera del condado de Provenza, se aseguró cada vez más aquella unión.

Sin embargo, en época anterior, independientemente de la lírica trovadoresca, el catalán había hecho sus ensayos, especialmente en prosa. La propia lengua vulgar parece que se ha versificado en materia religiosa, si los llamados *Goigs*, especie de cánticos religiosos preferidos por el pueblo catalán, pertenecen a una edad muy antigua. Algunos ensayos de esta poesía

---

(1) *Les Homilies d'Organyà*, transcripción diplomática por ANTONIO GRIERA, Barcelona, 1917.

litúrgica tienen, en efecto, un número menor de provenzalismos que la poesía profana.

Desde 1137, la unión de Cataluña al reino de Aragón señaló el triunfo de la dinastía con Alfonso II, Pedro II, Jaime I y Pedro III, que llevaron al más alto esplendor a Cataluña en las artes liberales de la caballería y en empresas guerreras, especialmente al otro lado del mar, en Cerdeña, Sicilia, Grecia y hasta en el lejano Oriente. La lengua tuvo de esta manera unidad y fuerza vital, especialmente en la prosa, y, en la corte misma, nació la prosa histórica con la *Crónica d'En Jacme* (1), con la de *En Muntaner* y otros. Abunda, por otra parte, la literatura en prosa catalana de traducciones y reconstrucciones de obras extranjeras que demuestran cuán vasta fué la cultura de aquel pueblo. No faltan tampoco escritores originales, aun de materia moral y religiosa, entre los que descuella Raimundo Lulio († 1315), autor de gran número de obras morales y religiosas (2).

La unión del reino de Aragón con el de Castilla en 1479 con motivo del matrimonio de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla fué fatal para la lengua y literatura catalanas. Cataluña trató de conservar la independencia propia, pero fué en vano. La caída política del país llevó rápidamente consigo la ruina del catalán, que tuvo que vivir en su retiro reducido a la

(1) *Crónica o comentaris del gloriosissim i invictissim Rey en Jaume I rey d'Aragó*, etc., *escrita per ell mateix en llengua natural;* Barcelona, 1905.

(2) A. Morel-Fatio, *Katalanische Litteratur*, en el *Grundriss*, II, 2.ª, págs. 75 y ss. y bibliografía relativa.

condición de dialecto, mientras el castellano imponía su tiránica hegemonía en las leyes, en las escuelas y en la literatura. Sólo a fines del siglo pasado, con el despertar general de la nacionalidad en Europa, volvió Cataluña a cultivar la lengua propia con tal ardor y tal éxito, que en adelante este problema empapa toda la vida nacional y le prepara un triunfo glorioso.

4. Mientras a partir del siglo x la literatura francesa y la provenzal abundan cada vez más en composiciones que permiten seguir paso a paso el desenvolvimiento de los idiomas respectivos, en Italia, por el contrario, hasta la segunda mitad del siglo XIII no se puede hablar de verdaderos monumentos literarios en este o aquel dialecto. Ya hemos dicho las razones de esta diversidad entre el nacimiento de las distintas literaturas neolatinas, pero hemos observado también cómo en Italia estuvieron en lucha continua el latín y el habla vulgar. Se continúa y continuará considerándose durante mucho tiempo al latín como la lengua de la cultura y de la literatura, pero también se abrirá siempre camino la lengua vulgar italiana en los mismos mapas latinos hasta intentar después la prueba en alguna composición particular.

Los textos indudablemente vulgares más antiguos en el dominio italiano aparecen a mínima distancia de tiempo y de lugar, unos de otros, y son muy parecidos entre sí. Se trata de fórmulas de testimonio referidas en forma directa y en lengua vulgar que fueron pronunciadas en ocasión de litigios judiciales mo-

tivados por la propiedad de terrenos eclesiásticos del convento de Monte Cassino y de una dependencia suya, el convento de Santa María de Cengla. Se trata, pues, como siempre, en estas primeras cartas, de actos en los que interesa dar prueba precisa de que son acuerdos de ambas partes.

La primera fórmula es una carta de Capua del año 960, conservada en el Archivo de Monte Cassino y dada a conocer por Erasmo Gattola en el año 1734 (1). Aun cuando, como decimos en la nota, el editor no dejó de reclamar la atención sobre ella, la fórmula no fué advertida por Muratori, que tardó aún cinco años en publicar la disertación *De origine Linguae Italicae*, y sólo en 1842, casi un siglo después, fué reimpresa por Tosti, sin cuidarse de cotejarla con el original (2). Acoge la fórmula Cantú en un apéndice de la *Storia degli Italiani* (3), más tarde en la Memoria *Sull' origine della lingua italiana*, premiada por la Academia de Nápoles en 1865 (4), y, por último, en la nueva edición de la *Storia degli Italiani* (5). Con tantas publicaciones, Diez

(1) *Ad Historiam Abbatiae Cassinensi Accessiones*, 1.ª parte, Venecia, 1734, págs. 68-70, con la observación: « In renunciatione anno primo supra vigesimum Pandulfi facta, haec balbutientis Italicae linguae verba observanda : *Sao...* Ex quibus rustica, ut ita dicam, Italicae linguae initia latinitati barbarae permixta videre est ».

(2) *Storia della Badia di Montecassino*, Nápoles, 1842, I, 220-223.

(3) C. Cantú, *Storia degli Italiani*, edic. originaria de 1855, I, 162.

(4) Publicada en Nápoles, en el mismo año, por la « Stamperia della Regia Università », V, 88.

(5) Turín, XV, 1877, 113.

no tomó en cuenta la fórmula, aun cuando no la ignoró, y sólo después que Morandi divulgó correctamente el texto haciendo notar que las palabras del período se han repetido en él cuatro veces (1), y después que Monaci publicó íntegramente la carta en su *Crestomazia* (2) se ha asegurado a este monumento italiano el lugar y la divulgación que por derecho le corresponde.

Es un laudo del juez capuano Arechiso para fallar un pleito entre el monasterio de Monte Cassino y un tal Rudelgrimo de Aquino. Cada uno de los testigos llamados a deponer en torno a la propiedad de aquella tierra, teniendo en una mano la *abbreviatura* de las cartas procesales y tocándolas con la otra mano, dicen, por lo menos tres, de cuatro : *Sao ko kelle terre per kelle fini, que ki contene, trenta anni le possette parte Sancti Benedicti* (3).

La segunda fórmula es de Teano, de tres años más tarde, es decir, del 963, y es también un laudo que se relaciona no sólo con el monasterio de Monte Cassino sino también con una de sus filiales : el convento femenino de Santa María, fundado en 729 ó 730 en una localidad llamada *Cengla.* Fué descubierta por el padre

(1) L. Morandi, *Origine della lingua italiana*, disertación, Città di Castello, 1883, 1.ª ed., aquí se cita la 3.ª de 1887, página 66.

(2) E. Monaci, *Crestomazia italiana dei primi secoli ;* Città di Castello, 1912, págs. 1-3.

(3) Ha sido sometida a un examen diligente bajo todos aspectos por P. Rajna, *I più antichi periodi risolutamente volgari nel dominio italiano*, en *Romania*, XX (1891), págs. 385 y ss., junto con la fórmula de Teano que mencionamos a continuación en el texto.

Ambrosio Amelli entre los pergaminos del Archivo del convento cassinense, y dada a conocer por d'Ovidio (1) a propósito de un curioso pronombre *bobe*, que va a unirse a la serie de reliquias de antiguos textos meridionales ilustrados por él en *Arch. glott. ital.*, IX, 55-57. La simple fórmula, sin conocer hasta ahora nada más del contenido preciso de la carta, nos permite argüir que las dos partes convinieron ante el juez y los testigos probaron que la tierra en cuestión era propiedad del convento y que éste la poseía por lo menos hacía treinta años, con esta fórmula: *Kella terra per kelle fini qi bobe mostrai sancte Mariae et trenta anni la posset parte sancte Marie.*

La tercera, de Sessa Aurunca, fechada también en el mismo año 963, se debe a un romanista americano (2). Está contenida en un laudo como las precedentes, y se refiere también al convento de Santa María de Cengla como la otra de Teano. El período vulgar es la fórmula de testimonio ya conocida: *Sao cco kelle terre per kelle fini que tebe monstrai Pergoaldi foro que ki contene, et per trenta anni le possette.*

---

(1) F. D'OVIDIO, *Di una interessante forma di pronome in un antico testo volgare inedito*, en *Zeitschr. für rom. Phil.*, XX (1906), págs. 523-524, y reproducida por MONACI, *Crestom.* Apéndice 523.

(2) J. E. SHAW, *Another early monument of the italian language*, en *Modern Language Notes*, XXI (1906), págs. 105 y ss. Fué vuelta a encontrar por el profesor J. A. Child de la Universidad de California, que le añadió a Shaw. Ha sido estudiada por nosotros junto con la otra de Teano de 963, de ALEJANDRO SEPULCRI, *Intorno a due antichissimi documenti di lingua italiana*, Bérgamo, 1908.

Finalmente, la cuarta fórmula, también de Teano, fechada en 964, fué todavía menos afortunada que la de Capua de cuatro años antes, descubierta por Gattola (1), de cuya historia no salió sino en 1876 para pasar a formar parte de una colección jurídica (2). El primero que la ha tomado es Rajna (3). Sigue tratándose de un laudo que se refiere al convento de Santa María de Cengla, y no contiene elementos distintos de los otros : *Sao cco kelle terre per kelle fini que tebe mostrai trenta anni le posette parte Sancte Marie.*

De casi un siglo más tarde, es decir, del XI, es una inscripción romana que se leía en la basílica inferior de San Clemente en Roma, desaparecida durante el saqueo que desoló en 1084 la región del Celio por obra de Roberto Guiscardo. Se encontraron en las excavaciones cuatro pilastras con pinturas al fresco ejecutadas por orden de un tal *Beno de Rapiza cum uxore sua Maria*, que representan escenas de la vida de San Clemente. Una de las pinturas lleva una leyenda, en parte vulgar, que dice así : *Falite dereto co lo palo carvoncelle — Duritiam cordis vestris — Saxa traere meruisti — Cos. Maris : Albertel, Trai. Sisinium : Fili de le pute, traite* (4).

Mucho más difundidos en el siglo XII están dos documentos en lengua vulgar que se refieren a Cer-

(1) E. GATTOLA, *Historia Abbattiae Cassinensis*, págs. 39 y reproducida por MONACI, *Crestom.* Apénd., 523.
(2) FICKER, *Urkunden zur Reichs- und- Rechtsgeschichte Italiens* ; Innsbruck, 1874, pág. 31.
(3) L. c., pág. 387.
(4) MONACI, *Crestom.*, pág. 4, con un facsímil de la pintura.

deña (1). Uno es la carta logudoresa de los años 1080-1085, editada por Tanfani y luego por Monaci, y publicada recientemente en el original de Solmi en doble transcripción diplomática y crítica (2). He aquí un ejemplo de esta última :

✠ In nomine domini amen. Ego iudice Mariano de Lacon fazo ista carta ad onore de omnes homines de Pisas pro xu toloneu ci mi pecterunt ; e ego donolislu pro ca lis so ego amicu caru e itsos a mimi . ci nullu imperatore c'il naet potestate istum locu de nou, n'apat comiatu de leuarelis toloneum in placitu, de non occidere pisanu in gratis e ccausa ipsoru ci lis aem leuare in gratis, de faccerlis iustitia inperatore ci 'nce aet exere intu locu. E ccando mi petterum su toloneu ligatorios ci mi mandarun homines ammicos meos de Pisas fuit Falceri e Azulinu e Manfridi . ed ego feci 'nde lis carta pro honore de xu pisccopum Gelardu, e de Ocu biscomte e de omnes consolos de Pisas ; e ffecila pro honore de omnes ammicos meos de Pisas....

El otro es la carta cagliaritana en caracteres griegos editada por Blanchard y Wescher (3), que Schultz

(1) No interesa recordar las *Carte d'Arborea,* que no constituyen hoy para la historia más que un episodio de monstruosa falsificación. Cfs., por último, W. Foerster, *Sulla questione dell'autenticità dei codici d'Arborea.* Examen paleográfico con una galvanización en el texto y dos fototipias, en las *Memorie delle R. Acad. delle Scienze di Torino,* ser. II, tomo IV, págs. 223-254, Turín, 1905. Cfs. en *Bullettino Bibliografico Sardo,* vol. IV (1904), págs. 38 y ss. y pág. 169.

(2) Arrigo Solmi, *Sul più antico documento consolare pisano scritto in lingua qarda,* en *Archivio storico sardo,* II (1906), págs. 149 y ss. Un sencillo examen nos muestra cuánto aventaja el texto de Solmi a la copia editada por Tanfani y reproducida por Monaci, *Crestomazia,* págs. 4-5.

(3) *Charte sarde de l'abbaye de Saint-Victor de Marseille en caracteres grecs,* en la Biblioteca de la Escuela de Chartres. XXXV (1879), 255-265 con facsímiles ; Monaci, *Facsimile di ant, mss.,* tav.

atribuye a un período comprendido entre el año 1089 y el 1103 (1). He aquí el principio con la transcripción en caracteres latinos al lado :

Ηνόμ... δε πάτρη ἐτ φιλ ... σσάντωή σπήριτω ἔγω ἰουδ[ικι.... βολουν]τάτη δε δόννου δ[εου] πότεστανδω πόρτη δε Κ[άραλη]..... σο ηστα κάρτα πρό καωσα κη δέδητί πάτρε μέον ἰούδικι τρογοτόρη, ἀ σάντου σατούρνη... λησα δοννακαλια σοῦα δε κλούσω κουν σέρβους σούους ἐ κουν ἀκίλας σούας...	Inom... de patri et fil... ssantoi spirito ego iudiki... voluntati de donnu deu potestando porti de Karali... so is ista karta pro kausa ka dediti patre meu iudiki Trogotori a santu Saturni... lisa donnakalia sua de Kluso cum servus suus e cun ankilas suas...

Entre la carta logudoresa de Pisa y la cagliaritana en caracteres griegos ocupa un lugar una *Fórmula de confesión* contenida en un códice misceláneo de la Biblioteca Valliceliana de Roma, procedente de la antigua abadía de San Eutizio, cerca de Norcia (2). Flechia, que publicó por primera vez esta fórmula en *Arch. glott. it.*, VII, 121 y ss., piensa que el dialecto de ella pertenece verosímilmente a la Italia central, con exclusión de las provincias napolitanas y de la Toscana, y en cuanto a su época cree que no es anterior al año 1000 sino que, por el contrario, es posterior a 1095 porque la « santa tregua » mencionada en ella comenzó después de 1040, y no

(1) *Zeitsch. f. Rom. Ph.*, XVIII, 139-141, y cfs. *Jahresb. f. rom. Philol*, II, 1909.

(2) MONACI, *Crestom.*, pág. 5, y en *Facsim. ant. manoscr.*, Roma, Martelli, 1880, tav. 19-20.

obtuvo la sanción universal de Urbano II más que en 1095. La fórmula comienza: *Domine, mea culpa confessu so ad me senior Dominideu et ad mat donna sancta Maria et ad s. Mychael archangelu et ad s. Johanne Baptista et ad s. Petru et Paulu et omnes sancti et sancte Dei, de omnia mea culpa et de omnia mea peccata, ked io feci da lu batismu meu usque in ista hora, in dictis, in factis, in cogitatione, in locutione, in consensu et opere, in perjuria, in omicidia, in aulteria, in sacrilegia, in gula, in crapula, in commessatione et in turpis lucris....*

En el siglo XII se hacen más frecuentes los documentos. Además de la *Carta rossanesa* de 1104 y 1122, escrita en latín pero mezclando formas vulgares y frases y períodos (1), tenemos una *Iscrizione* que se leía en la catedral de Ferrara sobre el arco del coro, que, deteriorada por un terremoto, fué restaurada imperfectamente en 1572, y en el siglo pasado, por demolición del arco donde estaba, fué destruída del todo. Hoy se poseen de ella dos facsímiles, uno anterior y otro posterior a la restauración. He aquí la lectura, según el primer facsímil:

Li mile cento trenta cenqe nato,
Fo questo templo a San Gogio donato
Da Glelmo ciptadin per so amore,
E mea fo l'opra Nicolao scolptore (2).

Siguen a ésta una *Cantilena di un giullare toscano*, contenida en el códice laurenciano S. Croce XV, 6,

(1) MONACI, *Crestom.*, pág. 6.

(2) MONACI, *Crestom.*, pág. 9, que da las variantes del texto restaurado en el segundo facsímil con las alteraciones introducidas.

muy oscura a pesar de los esfuerzos de Novati y Monaci, una *Carta sarda* de 1173, una *Carta fabrianesa* de 1186 (1); casi de la misma época un *Sermone gallo-italico* de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Turín, cod. D, VI, 10, cuya escritura es atribuída al siglo XII, no es original sino una copia, al parecer, de amanuense francés (2). La colección de que forma parte el discurso fué publicada e ilustrada por W. Foerster (3), y por la importancia dialectal damos a continuación un ejemplo de ella: *Fratres karissimi, hodie celebramus sanctam nativitatem Xpisti secundum carnem seignor, oi celebrem la sancta nativitá del nostre seignor Jhesu Xpist segun le carn. or devem esgarder & perpenser in nos meesme quan grant fo la misericordia de nostre seignor vers hom plus que vers nuilla creatura que el fees. la premera creatura que el fei, si fo angel, sicum dit Liber sapientie; prior omnium creata est sapiencia . car de sutil & de invisibel substancia la crié, zo es de se meisme, sicum dit Ezechiel propheta del mal angel.....*

Todavía más importante en el aspecto literario es el *Contrasto* del trovador provenzal Rambaldo de Vaqueiras, encontrado en el Genovesado hacia 1189-1190, y que en una composición bilingüe hace hablar en cuatro estrofas de dialecto genovés a una señora

(1) MONACI, *Crestom.*, respectivamente, en págs. 9, 10 y 11.
(2) MONACI, *Crestom.*, pág. 12, y *Facsim. ant. manoscr.* tav. 40-42; FOERSTER y KOSCHWITZ, *Franz. Uebungs.*, página 264.
(3) En *Romanische Studien*, IV, 1-92, y cfs. ASCOLI, *Arch. glott. ital.*, VIII, 107.

casada que rechaza las protestas de amor que el poeta le va haciendo en provenzal (1):

Jujar, voi no se corteso,
che me cardajai de co:
che neente non farò
anzi foss'oi voi apeso
vostr'amia non serò,
certo ja v'escarnirò,
provenzal malagurado,
tal enojo ve dirò,
sozo, mozo, escalvado,
nè ja voi non amarò,
ch'eo chiù bello marì ho
che voi no se', ben lo so.
. . . .
Jujar, to provenzalesco,
si ben s'engauza de mi,
non lo prezo un genoì,
nè l'entend chiù d'un toesco
o sardesco o barbari
ni non ho cura de ti...

Además de la *Cantilena bellunese* que contiene pocos versos aludiendo a la empresa de Casteldardo, asaltado y destruído por los belluneses en 1193:

De Casteldar havi li nostri bona part
i lo zetta tutto intro lo flumo d'Ard,
e sex cavaler de Tarvis li plui fer
con se duse li nostri cavaler (2);

hay una *Carta picena* de 1193 (3) que nos presenta el llamado *ritmo Cassinese*, porque procede de la Bi-

(1) Monaci, *Crestom.*, pág. 14, y Morandi, *Origine*, cit., pág. 72.
(2) Texto y bibliografía en Monaci, *Crestom.*, pág. 15.
(3) Monaci, *Crestom.*, pág. 16.

blioteca de Monte Cassino, Cod. 552, 32 (1). De contenido muy oscuro y también de fecha incierta (siglo XII ?), es difícil de comprender. Según Novati, parece tratarse de un monje tal vez cassinense que vivió en el siglo XI, lo más pronto, y no más tarde del siglo XII, cuyo clérigo, para exhortar a los hombres a abandonar los bienes terrenos y aspirar a los celestiales, compuso una especie de apología en la que dos personajes, representando uno la vida mundana y otro la espiritual, discuten en torno al valor y a los peligros de una y otra vida. Comienza así :

Eo, sinjuri, s'eo fabello,
de questa bita interpello
poi k'em altu m'encastello,
en mebe cendo flagello.
Et arde la candela sebe libera.
et altri mustra bia dellibera.
Et eo, se nce abbengo culpa jactio,
tuttavia me nde abbibatio
. . . .
Ajo nova dicta per fegura,
ke da materia no sse transfegura
e ccoll'altra bene s'affegura...

Los documentos van creciendo en número, extensión e importancia : entre ellos están los *Frammenti di un libro di Banchieri fiorentini* escrito en 1211, una *Carta sarda* de 1213, el *Cantico di S. Francesco d'Assisi* compuesto, según parece, hacia 1224, una *Carta sangemignanese* de 1227, las *Formole epistolari* del maestro Guido Fava de Bolonia, una *Lauda* de

(1) Texto y bibliografía en MONACI, *Crestom.*, pág. 17, y MORANDI, *Origine*, 3.ª ed., pág. 75 n.

1233, los *Ricordi di Matasala di Spinello senese* de 1233-1243 publicados todos por Monaci (1), al cual merece agregarse *Il diploma arborense* del monasterio de Bonarcado de 1230, publicado nuevamente por Arrigo Solmi (2). Por la importancia de la nueva edición y por las dificultades que surgen para proporcionársela, creemos útil reproducir una buena parte de ella :

« In nomine domini nostri Ihesu Christi amen. Egu Petrus dei gratia uicecomes de Bassu et rege et iudicis d'Arboree, cum bona uoluntade de donna Diana uiscontissa mugere mia, donna et regina d'Arboree, faço custa carta pro beni ki 'lli façço ad sancta Maria de Bonarcado. Dolli su saltu de kerkedu qui est si pra Bonarcadu : et ingiçase custi saltu daue su nurake dessa mura de Kerkedu, in co bat deretu ad bruncu de su lenu, et benit adsa sella dessa sogaria, et fallat ad jenna d'aquila, et benit adssu budragu paris cum sanctu Luxuriu, et girat deretu adssu monti glu de pedru fumu, et benit ad bau d'erriu de corru, et collat adssu monumentu dessa senega, et benit deretu adsu sauccu supra bau de flascu, et benit deretu adsu coroniu de judice Torbeni, et benit supra su tellare dessas pedras mannas, et iampat supra bau de mela, et tenit deretu adssa jenna dessereda, et incurbassi ad castru de Janni Arrasca, et benit ad pedras clobadas deretu ad nurakes de idalos, et falat ad s'ilike de Mariani de Scanu, et benit deretu ad nurake de canarios, et benit deretu adsu nurake dessa mura de kerkedu et inuei si fliscet apare custu saltu. Dollilu custu saltu ki si 'llu arreat et castiget de onnia temporale dess'annu, pro pastu et pro lande et pro laoriu et pro linna et pro silua. Custu bene illi façço ad santa Maria de Bonarcado... »

(1) *Crestom.*, págs. 19, 28, 29, 31, 32, 35 y 36, respectivamente.

(2) En 31 *Bolletino Bibliografico Sardo*, Cagliari, vol. IV (1905), págs. 81 y ss., separado del diploma original conservado en la Biblioteca Universitaria de Cagliari. El diploma fué editado por MITTARELLI, *Annal. Camaldul.*, apénd. al tomo IV, col. 489 y reproducido en edición no muy bien corregida, de TOLA, *Cod. dipl. Sard.*, I, pág. 342 b.

Aun cuando el *Cantico delle Creature*, de San Francisco de Asís (1224 ?) para la poesía y los *Ricordi di Matasala di Spinello* (1233-1243) para la prosa, demuestran que desde entonces la lengua vulgar italiana fué empleada intencionalmente en composiciones literarias, no puede hablarse, sin embargo, de una verdadera literatura vulgar italiana hasta la segunda mitad del siglo XIII, mientras la literatura francesa y la provenzal estaban en pleno florecimiento y aun la segunda comenzaba ya a declinar. No repetiremos las razones anteriormente expuestas, pero queremos añadir que en la lucha de las lenguas vulgares italianas contra el predominio del latín como lengua culta encontraron ayuda en las lenguas transalpinas que le precedieron en la literatura. Mientras persistía el uso del latín en Italia como lengua docta se dió el caso, poco común en la cuna de las otras literaturas, de que algunos se sirvieran del provenzal, como los trovadores en las cortes de Lunigiana, Monferrato, la Marca gioiosa del Trevigiano, etc., como Alberto Malaspina, el maestro Ferrari, Lanfranco Cigala, Bonifacio Calvo, Bartolomé Zorzi, para citar a algunos de ellos. Otros usaron el francés, como Martín de Canale en su *Cronica de' Veneziani*, y Bruneto Latini en su *Tesoro;* otros, aún, adoptaron la lengua vulgar propia mezclándola con curiosas interpolaciones de otros idiomas, como puede verse en los *Cantari franco-veneti* y, por último, otros emplearon su lengua nativa vulgar procurando pulirla sobre el modelo latino, como Gerardo Patecchio de Cremona en el *Selanampnto dei Proverbj di Salomone* o en

las *Noje*, Uguccione da Lodi en su *Libro*, Pedro de Bascapè en su *Sermone*, Santiago de Verona en la *Babilonia infernale* y en la *Gerusalemme celeste*, el autor anónimo del *Lamento della sposa padovana*, Bonvesin da Riva en sus poemitas, etc. (1).

Junto a esta abundante literatura dialectal de la Italia superior en la que triunfaba el lombardo-veneciano con predominio del veneciano, aparecieron aquí y allá, cada vez más frecuentemente, poetas y prosistas con tintes dialectales de todas las regiones : ahí están el *Contrasto* de Celo da Camo o d'Alcamo; el *Liber Ystoriarum romanorum* o historia de Troya y de Roma, la compilación más antigua de historia de la Antigüedad que posee la literatura italiana, escrita primero en latín, tal vez por un maestro del siglo XII, vulgarizada más tarde en romance, y que gozó de cierta popularidad en Toscana ; el libro *Fiore di retorica* de fray Guidoto de Bolonia, compendio de la *Retórica* de Erennio, vulgarizada más tarde, más o menos libremente ; la *Composizione del Mondo* de Ristoro d'Arezzo ; el *Serventese della guerra tra i Lambertazzi e i Geremei* y la colección de rimas del anónimo genovés (2). Sin embargo, en medio de las distintas escuelas en las que se acostumbra a dividir por la crítica los poetas de los orígenes va afirmándose una clase de lengua vulgar con diversas influencias y variado contenido pero

(1) Ensayo de texto y bibliografía en MONACI, *Crestom.*, págs. 101, 110, 149, 378, 385, 393, respectivamente.

(2) Pueden verse todos en MONACI, *Crestom.*, con llamadas en las págs. 106, 118, 154, 362, 406, 438, respectivamente.

que establece normas en la viva floración de la Toscana, ya sean las rimas de Jaime de Lentini, el Notario, contemporáneo de Federico II, que vivió probablemente en Toscana, o de Pier de la Vigna, Santiago Mostacci, Arrigo Testa d'Arezzo, el tesorero de Brunetto Latini, los sonetos de Rustico Filippi, las rimas de Guido Guinicelli de Bolonia y de Bonagiunta Orbiciani de Luca (1).

A fines del siglo XIII se levanta el genio de Dante que personifica la estirpe italiana y suplanta a los precursores, arrebatándoles «la gloria de la lengua». Cuando en los umbrales del siglo XIV contempló el espectáculo de los idiomas discordantes de los de la Península italiana, debieron parecerle éstos una especie de confusa Babel y, por encima de ellos, desdeñando con noble orgullo «los hombres malvados de Italia que confiaban a otros el uso de la lengua vulgar y despreciaban la propia» brotó entonces en su elevada mente una nueva lengua vulgar, ilustre, áulica, curial, que llegó a ser «luz nueva, sol nuevo, que nacerá dondequiera que se eleve por el uso». Por eso se intentó investigar dónde se encuentra esta nueva lengua vulgar, y después de haber distinguido en catorce tipos principales los distintos dialectos de Italia y de haberlos examinado, los rechazó todos, comprendiendo en ellos también el toscano y el florentino, afirmando que la nueva lengua vulgar por él inventada «descansa sobre todos y no se encuentra en ninguno»

(1) MONACI, *Crestom.*, véase, respectivamente, las págs. 41, 56, 58, 63, 168-192, 227-245, 246-250, 298-303 y 308.

de los dialectos italianos, viniendo a decir que debía estar constituída por lo más escogido de los dialectos italianos. Sin embargo, el gran poeta cayó en una gran ilusión. Cuando creyó encontrar esta lengua vulgar ilustre en la escuela de los rimadores boloñeses y toscanos, y especialmente en los del « dulce estilo nuevo » llegó, en efecto, a dar la primacía al florentino, del cual se alimentaban aquellos escritores. Más aún: cuando Dante se dispuso a « describir fundido todo el Universo » en su *Commedia* y empleó la lengua que para llamar « padre y madre » brotaba en sus labios, daba por vencido al florentino y al toscano (1). El florentino debe a Petrarca la gracia y la severidad del estilo, a Boccaccio el alimento de la construcción clásica, y llega a hacerse verdaderamente nacional durante todo el siglo xv con Ariosto y Tasso.

Que la victoria del florentino se debe especialmente al genio de Dante, no puede ponerse en duda, pero también las condiciones de Florencia en los siglos XIII y XIV fueron capaces de convertirla en un centro de cultura y de libertad, que sin ser el centro político de la nación, como sucedió con París, facilitaron la preeminencia de su lengua sobre las lenguas vulgares más o menos cultivadas de la Península. No debemos olvidar que contribuyeron a favorecer aquellas condiciones la posición geográfica de Florencia en el centro

(1) NICOLÁS ZINGARELLI, *Parole e forme della Divina Commedia aliene dal dialetto fiorentino*, en los *Studi di Filologia romanza*, I (1895), donde queda victoriosamente demostrada la florentinidad de la D. C.

de la Península y algunos valores intrínsecos de su idioma, que, como hace notar Caix, «por ser el más latino en el fondo, el más templado, el más racional de los dialectos, era naturalmente el más apropiado para sugerir normas y dar incremento a la lengua italiana, para acomodarse a sus formas y a sus leyes renunciando al colorido provincial y vistiendo un ropaje más común y más nacional» (1).

El idioma vivo de la ciudad de Florencia que sirvió de modelo durante todo el 300, 400 y parte del 500, perdió desde entonces la primacía, y el centro civil y literario de Florencia se alteró y se subdividió. La pérdida de la libertad a causa de las invasiones de franceses, españoles y alemanes, que lucharon en tierras italianas, impidió que se mantuviera el antiguo centro, símbolo de la unidad de la nación. La Toscana permaneció bajo el dominio de las otras regiones del Norte y del Mediodía que la superaban en el arte, en la literatura y en las ciencias llevando así un nuevo alimento de pensamiento a la lengua, pero sin asumir ninguna región un predominio absoluto sobre las otras. Consiguió, sin embargo, que aun no siendo un centro que constituyese la última sanción de la lengua italiana, se discutiera en ella lo que se llamaba «cuestión de la lengua» desde principios del siglo XVI al XIX con el purismo y el manzonismo, con los cuales apareció,

(1) N. Caix, *La formazione degli idiomi letterari e specialmente dell'italiano dopo le ultime ricerche*, en la *Nuova Antologia*, vol. 27 (1874), págs. 35-60 y 288-309; no están de acuerdo en todas las conclusiones.

si no definida, por lo menos orientada. Pero no es, ésta, ocasión de hablar de tales cosas.

5. Prescindiendo de la parte romance de las *Glosas de Cassel*, de que hablábamos anteriormente, y del *Glosario de Vienne* (1), que es un vocabulario retorromance del siglo XI, el documento más antiguo que se conserva del ladino es la versión interlineada de catorce líneas de una predicación seudoagustiniana que se remonta a principios del siglo XII, conservada en un manuscrito del convento de Einsiedeln (2). He aquí el texto latino con su traducción al lado :

Satis nos oportis timere tres causas, karissimi fratres, per quas tottus mundus perit. Hoc est gula et cupiditas et superbia, quia diabulus per istas tres causas Adam primum hominem circumvenit dicens : In quacumque die commederitis de ligno hoc aperientur oculi vestri. Nos autem semper timeamus istas tres causas pessimas, ne sicut Adam in inferno damnatus est, ne nos damnemur. Teneamns abstinentia contra gula, largitate contra cupiditate, humilitate contra superbia, nam nos sciamus quia christiani dicimur. Angelum Christi custodem habemus sicut ipse Salvator dicit : Amen dico vobis quod angeli eorum semper vident faciem patris mei qui in celis est.	Afunda nos des time tres causas kare frares per aquilla tutilo (*o* tuttlo) seulo (*in margine* esto seulo) perdudo aquils is gurdus & quil homo mopotesille & arcullus ki fai diabulus per aquillas tres causas ille primaris homo cannao si plaida ille diauolus in quali die quo no manducado de quil linas si uene sua uirtu fos ouli Nus timimo (*o* timuno) aquillas tres periuras causas sicu ueni Adam perdudus intin unferno (*o* uferno) ne no ueniamo si perdudi prendamus ieiunia contra quilla curda prendamus umilanz contra contenia aquilla sauire ki nos a christiani ueni [n]ominai Angeli dei aquill aueni nos wardadura si quil sipse salvator dis ueridade dico uos aquil illi angeli....

(1) P. MARCHOT, *Les Gloses de Vienne*, Friburgo, 1895, y MONACI, *Crestom.* Apénd. 523.

(2) Publicado por L. TRAUBE y G. GRÖBER, *Das älteste rätoromanische Sprachdenkmal*, en los *Sitzungsberichte der kgl-*

Tenemos algunos otros testimonios del empleo del ladino como, por ejemplo, un documento del año 1380 referente a contabilidad. Sin embargo, por las razones que ya hemos repetido, el gran fraccionamiento de los dialectos entre los Grisones impidió la formación de un núcleo que diera lugar a una lengua literaria y el ladino siguió empleándose especialmente en argumentaciones sagradas y teológicas y en la poesía de cada uno de los dialectos, mientras que en el Friul la difusión de la lengua literaria italiana por mediación del veneciano limitó cada vez más el uso del dialecto, y a partir del siglo XVI la poesía dialectal se limitó especialmente al género humorístico.

Todo cuanto de importante se debe a la lengua ladina ha sido recogido en aquella especie de *Corpus* que es la Crestomatía debida al infatigable cuidado de C. Decurtins (1) a la que tiene que recurrir quien quiera conocer las alternativas literarias de la lengua de Grigioni.

---

bayerischen Akademie der Wissenschaften (phil.-philol. und hist. klasse), 1907, págs. 96 y ss. Cfs. GARTNER, *Handbuch der rätoromanischen Sprache und Literatur*, Halle, 1910, págs. 274 y ss. Véase texto y bibliografía en FOERSTER y KOSCHWITZ, *Altfranzös. Uebungsbuch*, pág. 262 ; por otra parte, G. HARTMANN, en el *Jahresberichte*, de Volmöller, X, I, 107-108, al cual puede unirse L. SPITZER, *Zum ältesten rätor. Sprachdenkmal*, en el *Zeitschrift für rom. Ph.*, XXXVI, 477 y ss.

(1) C. DECURTINS, *Rätoromanische Chrestomatie*, Erlangen, 1888 y ss., en *Romanische Forschungen*, de K. VOLLMÖLLER, IV y ss. Del mismo, *Rätoromanische Literatur*, en *Grundriss*, II, 3.ª, 218 y ss., y bibliografía relativa.

Del dálmata, la antigua lengua neolatina de Dalmacia (1), hay poco que decir respecto a su uso literario. Todo cuanto se conoce de sus restos fué coleccionado por Bartoli, como ya hemos dicho, y a él puede recurrirse. Reproducimos a continuación un documento un poco tardío, pero característico :

Al nome de Diu amen 1397 de lulu. Item anchora facuue a sauiri ch' eu 'n uiaiu sichirisi, per fortuna in Anchona. Pare me charisimu facuue a sauiri che parun del nauiliu Aligiritu non-e pagatu del nolu, perchè non poti chatar dinari di pagar lu nolu, salu'àno abudi duhati 4 in pireçencia di Polu Dobirovacu. Saldada la raçun in pireçencia di Polu Dobirovacu, restaidar duchati X : pireguue daçi tigi. Vostiru fiol Firancisch saluta in Anchona.

A ser Cholane de Fanfona, dada in [?] a Çara (2).

Por lo demás, la Dominante revistió bien pronto con su lengua literaria los documentose scritos de la Dalmacia que entraron tanto más en la tradición italiana cuanto más se superpuso el eslavo al originario fondo latino.

6. España precedió a Italia en las primeras manifestaciones literarias. Las primeras huellas de lengua vulgar española se encuentran en documentos latinos del siglo VIII, y una fuente importante de ellas son las glosas publicadas por Priebsch, que pertenecen al

---

(1) Que ha sobrevenido ahora y que ya se hace alusión de él en las págs. 220 y 222, el ensayo de los caracteres de *Le parlate italiane della Venezia Giulia e della Dalmazia*, Carta glotológica de M. G. BARTOLI a un colega transalpino, en la revista *Nuovo Convito*, y reimpresa por Grottaferrata, tip. Italo-oriental, 1919.

(2) BARTOLI, *Das Dalmatische*, II, 261 y facsímil 308-309. También en SAVI-LOPEZ y BARTOLI, *Altitalienische Chrestomathie*, Estrasburgo, 1903. Propuso algunas correcciones G. BERTONI, en *Zeitschrift f. rom. Ph.*, XXXIV, 474 ; cfs. ibíd., XXXVII, 231.

siglo XI y están escritas en dialecto navarro (aragonés) (1). Damos como ejemplo esta carta del año 1061, de Aragón, editada por Monaci (2).

Dono... de meas armas qui ad varones et cavalleros pertinent, sellas de argento, et frenos, et brunias, et espatas, et adarcas, et gelmos, et testinias, et cinctorios, et sporas, et cavallos, et mulos, et equas, et vacas, ... et vassos de auro et de argento et de cristalo,... et meos vestitos, et acitaras, et collcetras, et almuçellas... ; et totum vadat, cum corpore meo, ad sanctum Ioanem... et illos vassos, quos Sanctius filius meus comparaverit et redimerit, peso per peso de plata, ... illos prendat.... et in castellos de fronteras de mauros, qui sunt pro facere....

A mediados del siglo XII pertenecen los *fueros* de Avilés y Oviedo, de cuya antigüedad no es lícito dudar, y que están escritos en dialecto leonés. En el mismo siglo se empezó a componer el *Poema del Cid*. Con este monumento capital de la antigua literatura española se empezó a usar en la escritura pública y privada el dialecto castellano, y pronto venció a los otros dialectos, poco destacados, de España, que tenían entre sí afinidades, de los cuales el más empleado como lengua fué el aragonés.

Desarrollándose con notorias influencias de las *chansons de geste* francesas, el *Poema del Cid* canta las hazañas de Ruy Díaz de Vivar, llamado el *Cid Campeador* contra los moros (3). No es, pues, del todo fruto de la poesía puramente popular, pero ha sido inspirado por el vivo sentimiento nacional, y es obra

(1) V. *Zeitschrift fur roman. Philol.*, vol. XIX.

(2) *Carte basso-latine e volgari della Spagna e del Portogallo*, coleccionada por E. MONACI. Textos romances para uso de las escuelas bajo la dirección del mismo, Roma, 1911, pág. 16.

(3) A. RESTORI, *Le gesta del Cid*, Milán, 1890.

de gran valor artístico. Su autor, desconocido, de fines del siglo XII o principios del XIII, habla en el dialecto de Castilla la Vieja, que ofrece notables diferencias con el de Castilla la Nueva. Estas diferencias han sido realzadas del *Cantar de Mio Cid*, publicado por Menéndez Pidal, que trata más de lo que designa el título y puede considerarse como una gramática completa, fonología, morfología y sintaxis del castellano antiguo (1).

He aquí un ejemplo :

De los sos oios tan fuerte mientre lorando
Tornava la cabeça e estava los catando
Vio puertas abiertas e uços sin cañados,
Alcandaras vazias sin pielles e sin mantos
E sin falcones e sin adtores mudados.
Sospiro myo Çid, ca mucho avie grandes cuydados,
Fablo myo Çid e tan mesurado :
« Grado a ti, señor padre, que estas en alto!
Esto a me an buelto myos enemigos malos ».
Alli pienssan de aguiiar, alli sueltan las rriendas.
A la exida de Bivar ovieron la corneia diestra
E entrando a Burgos ovieron la siniestra.
Meçio myo Çid los ombros e engrameo la tiesta :
« Albricia, Albarffanes, ca echados somos de tierra! »
Myo Çid Ruy Diaz por Burgos entrava,
En su conpaña. IX. pendones levava ;
Exien lo ver mugieres e varones,
Burgeses e burgesas por las finiestras son,
Plorando de los oios, tanto avyen el dolor,
De las sus bocas todos dizian una rrazon... (2).

---

(1) MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid, texto, gramática y vocabulario*, Madrid, 1908, tomo I.

(2) *Poema del Cid*, trozos escogidos por MARIO PELÁEZ, I, 2.ª ed. Textos romances para uso de las escuelas, dirigidos por E. Monaci. Roma, 1910. Del mismo : II, Roma, 1904, y *Glosario*, por F. D'OVIDIO, Roma, 1904.

Al dialecto de Castilla la Nueva pertenecen las poesías de Gonzalo de Berceo, el primer poeta de la literatura española del que puede señalarse con cierta seguridad la época de su florecimiento. Vivió probablemente de principios del siglo XIII hasta 1270 aproximadamente, y compuso todo un volumen de poesías de asunto místico-religioso, alabanzas de la Virgen, leyendas de santos, imitaciones de la Biblia, notables por la ingenuidad y la dulzura de sentimientos semejantes a los autores más característicos de obras místicas medievales. Salvo pocas excepciones, las poesías de Berceo están compuestas en estrofas de a cuatro versos alejandrinos monorrimos, metro que prevaleció en la poesía narrativa y didáctica castellana de fines del siglo XIV.

En los comienzos de la literatura española es digna de notar la producción prosada histórica, nacida, como la catalana, por obra e impulso de la corte. A Alfonso X de Castilla se deben, además de varias poesías en gallego, algunos escritos en prosa, entre ellos *Las Siete Partidas* (1256), una colección de leyes que se distingue por el valor de la lengua y del estilo y que ninguna otra nación posee tan antigua, y la *Crónica general de España* que alcanza a 1252, importante por la historia de la lengua y de la política, a pesar del colorido romancesco y poético de que el autor acostumbraba a revestir su estilo. *La gran conquista de Ultramar* no es obra de Alfonso, pero fué escrita por inspiración suya : es una historia de las Cruzadas hasta 1270.

Prescindiendo de otras obras menores, como una *Vida de S. Ildefonso* y de *S. Maria Maddalena* y el *Poema di Alessandro Magno*, de materia épica, no nacional, pero referente al héroe de la Antigüedad, se llega a Juan Ruiz, llamado « el arcipreste de Hita », de mediados del siglo XIV (1). Sus obras, de argumento muy diverso, son notables por su vivacidad de imaginación, por la fuerza dramática de la representación, por cierta ironía fina y punzante y, a la vez, por la historia de las costumbres de la época y por la seguridad de la métrica y de la lengua. Señala el triunfo definitivo de la literatura española.

Según Hanssen (2), se constituyó esta lengua literaria en las cancillerías de Fernando III y Alfonso X, teniendo por base lo que se llamaba dialecto de Toledo, y se enriqueció con elementos extraños, especialmente leoneses, llegó a prevalecer sobre todos los dialectos y se impuso como lengua de la nación. Para asegurar esta teoría de Hanssen con la sanción histórica, llevamos a cabo por la parte específica del dialecto de Toledo nuevas investigaciones y mayores estudios ; por lo que se refiere a la influencia de la corte, especialmente la de Alfonso X, como centro de unidad política y de cultura nos parece que el hecho tuvo su equivalente en otros ejemplos ya aducidos, de los que resulta

(1) Véase en los textos romances para uso de las escuelas dirigidos por E. Monaci : *Libro de buen amor de Juan Ruiz. arcipreste de Hita ;* trozos escogidos, por MARIO PELÁEZ, Roma, 1911.

(2) F. HANSSEN, *Gramática histórica de la lengua castellana*, Halle, 1913, pág. 10.

que sobre el poder unitario de una dinastía se funda la unidad de la lengua, que propia del Gobierno y de la cultura, llega a ser más tarde la lengua de la nación.

Con la unión de las Coronas de Aragón y Castilla terminó el primer período de la historia literaria española que poco tiempo después comienza a resentirse de la influencia del humanismo y de la gramática histórica, mientras el descubrimiento de América abrió nuevos tesoros a la nación y nuevos horizontes a la literatura; dan fe de ello los grandes escritores del siglo de oro que imprimieron el sello de su genio a la lengua nacional que ha seguido inalterable hasta nuestros tiempos.

7. En los comienzos del portugués reina gran oscuridad (1): demasiado escasos son los documentos genuinos, demasiadas dudas e incertidumbres existen acerca de la autenticidad y la época de los textos encontrados, como el canto popular publicado en la *Monarchia Lusitana* en 1609, de Bernardo de Brito, la poesía épicolírica del caballero Gonzalo Hermiguez, las dos poesías líricas del caballero Egaz Moniz Coelho y el fragmento de un poema épico sobre la caída de España en poder de los musulmanes. De estos documentos sólo las poesías de Hermiguez y de Moniz Coelho pueden considerarse como reconstrucciones de antiguos cantos populares transmitidos oralmente a través de los siglos, y el editor de la primera afirma haberla recogido

(1) C. Michaëlis de Vasconcellos y T. Braga, *Portugiesischen Litteratur*, en *Grundriss*, II, 2, 129 y ss., y bibliografía.

de boca del pueblo en la provincia de Beira ; los otros pueden considerarse absolutamente apócrifos.

Por lo demás, la lengua vulgar portuguesa no encontró facilidades para desenvolverse y elevarse a lengua literaria, por las condiciones físicas y etnográficas de sus regiones, tan semejantes a las de España, de la que sufrió también, en general, influencia política. Sin embargo, después de 1146 en que Portugal se declaró independiente de Castilla, la lengua se hizo más conforme a su propia naturaleza. Esta primera producción portuguesa es toda áulica y gallega, y se modela a imitación de la poesía amorosa provenzal favorecida por el rey Dionis (1279-1323), en cuya corte todos componían, el rey y sus hijos y los que se acogían a ella, continuando así con sus sucesores hasta Duarte (1433-1438). El marqués de Santillana en su célebre Carta (1) dice que hubo en Portugal antiguamente una hermosa floración lírica y que el dialecto gallego era usado por todo el que quisiera escribir una canción, hecho confirmado por los documentos. El mismo rey de Castilla Alfonso X, hace poco aludido, escribió en gallego sus *Cantigas* (2).

De este período se conservan las poesías de más de 120 versificadores en las colecciones que poseemos, la más importante de las cuales es el *Cancioneiro* 4803

---

(1) *Il Proemio del Marchese di Santillana*, en los textos romanos para uso de las escuelas, dirigido por E. Monaci, Perugia, 1902, pág. 8.

(2) TEÓFILO BRAGA, *Trovatores galecio-portuguezez*, Oporto, 1871.

de la Biblioteca Vaticana, editado por Monaci (1). En estas poesías se advierten dos corrientes: la áulica y la popular; aquélla de imitación provenzal, poco espontánea y nada original; la otra, por el contrario, graciosa y ligera.

He aquí un ejemplo de canción portuguesa antigua:

DOM JOHAM D'AVOYM
Cod. Vat. 4803, n.º 278; Cod. Colocci-Brancuti, n.º 676.

Caualgaua n outro dia
per hun caminho frances
e hunha pastor siia
cantando com outras tres
pastores, e nom uus pes,
e direy uus todauya
o que a pastor dizia
aas outras en castigo:
Nunca molher crea per amigo,
poys ss o men foy e non falou migo.
Pastor, non dizedes nada,
diz huna d eles enton;
se sse foy esta uegada,
aruerra ss outra sazon;
e dic a uos per que non
falou uosc, ay ben talhada,
e e cousa mays guisada
da dizerdes com eu digo:
Deus! ora uehesse o men amigo,
e aueria gram prazer migo (2).

La literatura portuguesa no sintió la influencia clásica e italiana hasta la época del Renacimiento, y

(1) E. MONACI, *Il Canzoniere portoghese della Biblioteca Vaticana*, Halle, 1875 (Comunicaciones de las Bibliotecas de Roma y de otras Bibliotecas para el estudio de las lenguas y literaturas romances, vol. I).

(2) *Manualetti d'introduzione agli studi neolatini*, por E. MONACI y F. D'OVIDIO, II, Portugués, Imola, 1881, pág. 59.

entonces se puso a la altura de las otras naciones neolatinas, llegando después a su época de esplendor.

8. En los umbrales del siglo XVI, el rumano se constituyó definitivamente tal como lo encontramos en los monumentos de aquel siglo (1). De la época anterior apenas tenemos noticias de sus orígenes y de su formación, y como su historia carece de documentos directos, se reduce a enumerar cuáles son las formas que nos han sido conservadas en escritores extranjeros y de aquellos tiempos en que no existía aún una literatura rumana.

Los primeros en compulsar han sido los cronistas bizantinos que, como todos sabemos, son una de las más preciosas fuentes para el conocimiento de la historia primitiva de los rumanos. Desgraciadamente, los frutos que pueden conseguirse son pocos en atención al estudio de la lengua. Se ha exagerado la importancia del famoso ejemplo *torna, torna, fratre,* que generalmente se alega como la huella más antigua de la lengua rumana coleccionada por el cronista bizantino Teofane. En el año 579 de su *Chronographia,* I, 397 (edición de Bonn) cuenta que en una expedición contra los Avaros, un soldado del ejército bizantino, habiendo perdido la carga de su mulo, fué advertido de ello por un compañero suyo que le gritó : τόρνα, τόρνα, φρατρε, y Teofane observa que estas palabras fueron pronunciadas en la lengua nacional (τῇ πατρῴᾳ φονῇ). La

(1) O. DENSUNIANU, *Histoire de la langue roumaine,* París, 1902, I, 389 y ss.

misma anécdota ha sido referida por Mauricio de Teofilatto, *Hist.*, II, 15 (edición de Bonn), que es la fuente del compendiador Teofane ; dice que el soldado gritó : *retorna* (ῥετόρνα), observando, además, que lo dijo en la lengua del país (ἐπιχωρίῳ χλώττῃ). Este testimonio es, a primera vista, interesante, pero no tiene la importancia que se le suele atribuir respecto a la historia del rumano. Resulta, en efecto, que *torna* era una palabra de la lengua oficial del ejército bizantino que se encuentra junto a *cede, sta,* etc., en el tratado de estrategia atribuído al emperador Mauricio (582-602), y es sólo un término de mando latino de la edad bizantina ; en cuanto a *fratre,* tiene más importancia que *torna,* pero no puede ser considerado como fundamentalmente rumano ; es una forma vulgar latina que aún no se había transformado en el rumano *frate.*

Se ha creído encontrar formas rumanas antiguas en Procopio, del siglo VI, y precisamente en los nombres de los castillos fundados o restaurados en Mesia, Tracia, etc., por Justiniano, que él enumera en su obra *De aedificiis,* IV (edición de Bonn). Estos nombres no pueden considerarse como rumanos ; son todos formas del latín vulgar, como Γέμενος Procopio 277, Κάμῖνος 279, Φασκία 280, etc., a los que corresponden los rumanos *Geamăn, Cămin, Făsii,* etc. De aspecto rumano es, por el contrario, Γεμελλο μοῦντες 307 y otros, pero no ofrecen características rumanas verdaderamente comprobadas.

También las palabras βεξζεῖτε, ὁ τζαῖσαρ a las que alude Cedreno, *Hist. Compend.*, II, 466 (edición de

Bonn), diciendo que en la batalla de Setaina (1017) de los bizantinos contra los búlgaros, éstos se pusieron a gritar dichas voces, asustados de la improvisada aparición del enemigo, no son rumanas, porque en realidad el verbo no es otra cosa que la forma búlgara *bĕžite*, y el nombre tiene la misma razón. Parece más bien tener carácter rumano el nombre de lugar Κίμβαλογγον, señalado por Cedreno, II, 457, hacia el año 1014, que puede identificarse con el rumano *Cîmpulung* = *Campus longus*, del que se encuentran ejemplos en Italia, en la Recia, etc., como friul. *Ciamplung*.

También en los documentos húngaros de los siglos XI al XIII se encuentran algunas voces rumanas, especialmente en nombres locales, como *Petra, ad montem nomine* « Surul », cfs. *Surul Sura*, montaña y colina de los distritos de Arges y Mehedinți; *piscina quae vocatur* « Piscar » cfs. *Peșcar, Pescari*, lagos del distrito de Tulcea, etc. En la antigua toponomástica de Hungría, por el contrario, se encuentra gran cantidad de nombres compuestos que contienen en su segunda parte la voz *mal* con significado evidente de « montaña y colina ». El húngaro no conoció este sentido, y de todas las lenguas con las que estuvo en contacto no hay más que el rumeno que posea la palabra con el significado de « montón de tierra, orilla, costa », y en la toponimia rumana *mal* apareció como nombre de montaña y colina. Corresponde al albanés *mal'* « monte » y debe tener origen albanés o ilírico.

Se encuentran, por el contrario, formas rumanas antiguas auténticas en los documentos latinos y esla-

vos, por cuanto de estos últimos es escasa hasta ahora la publicación de cartas anteriores al siglo XVI. La serie de las palabras abunda especialmente en nombres propios, como se ve en el conjunto que publica cronológicamente desde el siglo XI al XV Densunianu, op. cit., págs. 393-397. Las formas que aduce no enriquecen mucho nuestro conocimiento del antiguo rumano, pero son bastante importantes para el léxico y especialmente para la fonética y confirman, por otra parte, que el rumano, como ya hemos dicho, estaba constituído en sus trazos más característicos desde el siglo XIII en que se confirman notables diferencias entre las formas de aquella edad y las del siglo XVI, en cuya época alcanzó dignidad literaria.

En los primeros textos, que en su mayor parte son religiosos, especialmente bíblicos, traducidos del eslavo, el rumano había adoptado en la escritura el alfabeto cirílico, introducido, según se cree, por el apóstol Cirilo en el siglo IX, y perseveró hasta el XVIII, a fines del cual fué sustituído por el alfabeto latino que ahora es el único que se emplea.

A la influencia del eslavo (1550-1710) sucedió en la literatura rumana la griega (1710-1830), pero desde entonces se inició el período moderno con orientación hacia las lenguas hermanas latina, francesa e italiana, en la literatura, y con poderoso desarrollo de los estudios en torno a la lengua y a la literatura, conforme a los moldes germánicos.

Notas bibliográficas

Interesa señalar en este apartado muchas de las gramáticas generales y especiales, las crestomatías, colecciones de textos, monografías, etc., que han sido indicadas en las notas bibliográficas precedentes y, por otra parte, las revistas, vocabularios y manuales que se citan en la primera nota bibliográfica, a las que puede agregarse: *Giornale storico della letteratura italiana*, fundado por A. GRAF, FR. NOVATI y R. RENIER, Turín, 1883, y sucesivamente dirigido por Novati y Renier, luego sólo por Renier, hasta su muerte, al cual sucedió EGIDIO GORRA, y a la muerte de éste se encargó de la dirección VITTORIO CIAN. — La *Rivista di Filologia romanza*, de E. MONACI, Roma, 1872-1874; *Giornale di Filologia romanza*, del mismo, Roma, 1878-1883; los *Studj di Filologia romanza*, del mismo, Roma-Turín, 1885-1903, con participación directiva de CESARE DE LOLLIS en los dos últimos volúmenes; por último, los *Studj romanzi* editado bajo la dirección del mismo MONACI por obra de la *Società filologica romana*, 1904 y ss. — *Zeitschrift für neufranzösische Sprache und Literatur* hrg. G. KÖRTING y E. KOSCHWITZ, Oppeln, 1879 y ss.

Además de las publicaciones anotadas al pie de página en el curso del capítulo precedente, pueden recordarse para cada caso las siguientes obras:

ITALIANO: N. CAIX, *Saggio sulla storia della lingua e dei dialetti d'Italia*, con una introducción sobre el origen de las lenguas neolatinas, Parma, 1872. — DE MATTIO, *Origine, formazione ed elementi della lingua italiana*, Innsbruck, 1878, 2.ª edición. — P. RAJNA, *Le origini della lingua italiana*, en *Gli albori della vita italiana*, Milán, 1891, vol. I, págs. 343 y ss. — El mismo: *Origine della lingua italiana*, en *Manuale della letteratura italiana*, de A. D'ANCONA y O. BACCI, Florencia, 1892, I, págs. 9 y ss., en varias ediciones. — F. NOVATI, *Le Origini*, Milán, en la *Storia letteraria*, editada por Francisco Vallardi. — G. BELARDINELLI, *La questione della lingua*, recens. de Rajna en el Bol. Soc. Dant. It., XIII, 81-100. — E. G. PARODI, *L'eredità romana e l'alba della nostra poesia*, discurso pronunciado en la R. Academia de la Crusca, en *Atti* de la misma, fasc. de 1913, págs. 55-110.

FRANCÉS : G. GRÖBER, *Französische Litteratur*, en *Grundriss*, II, 1.ª, 441 y ss., y bibliografía relativa.—PARIS et LANGLOIS, *Chrestomathie du Moyen-âge*. — CONSTANS, *Chrestomathie de l'ancien français*, nueva edición, París, 1890. — G. PARIS, *La Littérature française au moyen âge*, 2.ª ed., París, 1890. — K. VORETZSCH, *Einführung in das Studium der altfranzösischen Literatur*, 2.ª ed., Halle, 1913.

PROVENZAL : RAYNOUARD, *Choix des poésies originales des troubadours*, 6.ª ed., París, 1816-1821 ; el mismo : *Lexique roman*, París, 1838. — GATIER-ARNOULT, *Monuments de la littérature romane*, Tolosa, 1841. — H. SUCHIER, *Denkmäler der provenz Litteratur*, Stuttgart, 1856. — P. MEYER, *Recueil d'anciens textes bas-latins, provençaux et français*, París, 1874-1877. — El mismo : *Documents linguistiques du midi de la France*, París, 1909. — MONACI, *Testi antichi provenzali*, Roma, 1888. — CHABANEAU, *Histoire générale du Languedoc*, y en el vol X : *Les Biographies des Trobaudours en langue provençale*, Tolosa, 1885. — A. STIMMING, *Provenzalische Litteratur*, en *Grundriss*, II, 2.ª, 2 y ss., y bibliografía relativa. — A. RESTORI, *Letteratura provenzale*, Manuales Hoepli, Milán, 1891, además los trabajos de millot, Fauriel, Diez, etc.

ESPAÑOL : A. SÁNCHEZ, *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, París, 1842. — MILÁ Y FONTANALS, *De los Trovadores en España*, Barcelona, 1861 y 1889. — G. BAIST, *Spanische Litteratur*, en *Grundriss*, II, 2.ª, 383 y ss. y bibliografía relativa. — Para el catalán : CHAMBOULIU, *Histoire de la Littérature catalane*, 1878. — A. MOREL-FATIO, *Katalanische Litteratur*, en *Grundriss*, I, 2.ª, 70 y ss. y bibliografía relativa.

PORTUGUÉS : F. WOLF, *Zur Geschichte der portugiesischen Litteratur in Mittelalter* (en *Studien zur Geschichte der span. u. port. Nationallit*). — F. DIEZ, *Ueber die erste portugiesische Kunst- und Hofpoesie*, Bonn, 1863.

RUMANO : M. GASTER, *Chrestomathie Roumaine*, Berlín, 1859. — El mismo : *Rumänische Litteratur*, en *Grundriss*, II, 3.ª, 262 y ss. y bibliografía relativa.

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

64-65. **Historia de la Economía, I : Antigüedad y Edad Media (2.ª ed.)** .... O. Neurath y H. Sieveking
66. **Introducción a la Ciencia (3.ª ed.)** .... J. A. Thomson
67. **Socialismo (3.ª ed.)** .... R. MacDonald
68. **Compendio de instrumentación (2.ª ed.)** ... H. Riemann
69. **Historia de la España musulmana (3.ª edición)** .... A. G. Palencia
70. **Historia de Inglaterra (2.ª ed.)** .... L. Gerber
71. **El Parlamento (2.ª ed.)** .... Sir C. P. Ilbert
72. **Orientación de la clase media (2.ª ed.)** ... L. Müffelmann
73-74. **La Pintura española (2.ª ed.)** .... A. L. Mayer
75. **La era de los grandes descubrimientos** ... G. de Reparaz
76. **Cooperativas de consumo (2.ª ed.)** .... F. Staudinger
77. **India (2.ª ed.)** .... S. Konow
78-79. **La escultura de Occidente (2.ª ed.)** ...... H. Stegmann
80. **Prehistoria, II : Edad del bronce (3.ª edición)** .... M. Hoernes
81. **Introducción a la Psicología (2.ª ed.)** .... E. von Aster
82. **Cultura del Imperio bizantino (2.ª ed.)** .. K. Roth
83-84. **España bajo los Borbones (2.ª ed.)** .... Zabala Lera
85. **Prácticas escolares (3.ª ed.)** .... R. Seyffert
86. **Techumbres y artesonados españoles (2.ª edición)** .... J. Ráfols
87-88. **Geología, II : Ríos y mares (2.ª ed.)** .... F. Frech
89-90. **Historia de Francia (2.ª ed.)** .... R. Sternfeld
91. **Derecho canónico (2.ª ed.)** .... E. Sehling
92-93. **Geografía económica (3.ª ed.)** .... W. Schmidt
94. **Arte romano (2.ª ed.)** .... H. Koch
95-96. **Psicología del trabajo profesional** .... A. Chleusebairgue
97. **Geografía de Bélgica (2.ª ed.)** .... P. Oswald
98-99. **Historia de la Literatura latina (2.ª ed.)** .. A. Gudemann
100. **Arte árabe (2.ª ed.)** .... Ahlenstiel-Engel
101-102. **Historia del Derecho romano, II (2.ª edición)** .... R. von Mayr
103. **Geografía de Francia** .... E. Scheu
104. **Política económica (2.ª ed.)** .... Van der Borght
105. **Romántica caballeresca : Ideales de la Edad Media, II (2.ª ed.)** .... W. Vedel
106-107. **Historia de la Pedagogía (3.ª ed.)** .... A. Messer
108. **Artes decorativas en la Antigüedad** ...... F. Poulsen
109. **Psicología del niño (3.ª ed.)** .... R. Gaupp
110-111. **Historia de Italia (2.ª ed.)** .... P. Orsi
112. **La Música en la Antigüedad (2.ª ed.)** ..... K. Sachs
113. **Química orgánica (2.ª ed.)** .... B. Bavink
114. **Zoología, II : Insectos** .... J. Gross
115. **Prehistoria, III : Edad del hierro (2.ª edición)** .... M. Hoernes
116. **Desarrollo de la cuestión social (2.ª ed.)** .. F. Tönnies
117-118. **Física experimental, I (2.ª ed.)** .... R. Lang
119-120. **Historia de la Literatura alemana** .... M. Koch
121. **Teoría del conocimiento** .... M. Wentscher
122. **Fundamentos filosóficos de la Pedagogía (2.ª ed.)** .... A. Messer
123-124. **Historia de la Literatura portuguesa** ..... F. de Figueiredo
125. **Arte indio** .... O. Höver
126. **Música popular española** .... E. López Chavarri
127-128. **España bajo los Austrias** .... E. Ibarra
129. **Geometría del plano** .... G. Mahler
130. **Geometría del espacio** .... R. Glaser
131-132. **Historia del Derecho español (2.ª ed.)** .... S. Minguijón
133. **Liberalismo** .... F. J. Hobhouse
134. **Historia del Comercio mundial** .... M. G. Schmidt
135. **Mineralogía** .... R. Brauns
136-137. **Física teórica, II** .... G. Jäger